UNA HISTORIA DE VENGANZA, MAGIA RÚNICA Y PACTOS OSCUROS

CARLOS M. CHINILLACH

CLAMOR DE TORMENTA

Clamor de Tormenta

Carlos M. Chinillach

Para Alba. Es difícil salir con un escritor. Para mi madre. También es difícil criar a un escritor.

Table of Contents

Title Page
Dedication
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
Interludio 1
8
9
10
11
12
13
Interludio 2
14
15
16
17
18
19
Interludio 3
20
21
22
23
24
25
Interludio 4
26
27
28

29
30
31
About The Author

Prólogo

Se arrastraba como un gusano. Cada centímetro que avanzaba era un infierno, la tierra se metía por debajo de sus uñas partidas; la sangre manaba de cientos de heridas en sus manos y bajaba hasta mancharle los puños de la chaqueta. Hacía tiempo que había perdido sus gafas y solo era capaz de atisbar formas borrosas ante él, un mundo de brumas pintado en verdes y negros. Estiró la mano una vez más y se arrastró otros cinco centímetros profiriendo un grito de dolor. Le ardían los pulmones, le dolía el esternón y ni siquiera sentía las piernas.

Escuchó algo moverse a su espalda, sonaba como el filo de un cuchillo arrastrándose por un suelo empedrado. Era la criatura que lo perseguía. La misma criatura que le había roto las piernas, la que le había abierto una herida en el pecho para desangrarlo como a un cerdo. La bestia que estaba jugando con él antes de devorarlo. Echar un vistazo atrás solo habría servido para ver una nebulosa informe en la que algo se movía, así que hizo lo único que podía seguir haciendo. Lo único que servía de algo.

Arrastrarse. Otros cinco centímetros, acompañados de otro desesperado grito de dolor. Todo se reducía a eso, a arrastrarse por encima del duro suelo como un gusano, fingiendo que la criatura no era más rápida que él. Era eso o rendirse y morir. Sería mucho más digno, pero algo en su ser se lo impedía.

Miedo. Era el miedo a morir allí, en aquella ciudad maldita, solo y abandonado, traicionado. Miedo de morir sin haber logrado nada de importancia, sin haber entrado todavía en La Academia, sin haber confesado su amor secreto, sin haber hecho frente a las cosas que llevaba demasiado tiempo posponiendo. Estaba aterrado, así que se arrastró un poco más y luego otro poco, aunque cada impulso le destrozase los dedos y le hiciese temblar todo el cuerpo de dolor. Podía sentir el aliento de la criatura cerca, como si estuviese saboreando el momento antes de atacar. Como si su miedo bastase para alimentarla.

¿Por qué? ¿Por qué no lo mataba ya y acababa con el sufrimiento? Quiso gritarle algo, pero no lo hizo, estaba demasiado cansado, demasiado derrotado. Dos lágrimas se desprendieron de sus ojos y bajaron por sus mejillas abriendo dos limpios surcos entre la suciedad que impregnaba su piel. Se arrastró un poco más, se le saltó una uña y el dolor le retorció las entrañas. Hubiese vomitado

si le quedase algo que vomitar. Notó un olisqueo cerca de su nuca y sintió el aliento caliente de la bestia rozando su espalda. Iba a morir. Aún así, alargó el brazo por última vez, pero esta vez no se arrastró. No. Dibujó con los dedos en el aire y una runa apareció como si sus dedos fuesen un lápiz capaz de moldear la nada. Era la runa *Idra*, que significaba 'arma'. Dibujó otras dos runas iguales y unió las tres formando un triángulo perfecto. Las runas habían salido mal, como si fuesen los primeros intentos del cuaderno de caligrafía de un niño pequeño, pero tendrían que bastar. Más le valía. Activó el conjuro y las runas absorbieron la magia de su interior. Era lo último que le quedaba. Gimió de dolor, más lágrimas inundaron sus mejillas.

Un estoque apareció en su mano, el metal brillaba como si estuviese pulido y aceitado, la empuñadura era dorada y preciosa. Hubo un pequeño chispazo de esperanza en su interior. Entonces se derrumbó. Enterró la cabeza en el barro, la boca se le llenó de mugre y el sabor terroso se mezcló con el de la sangre. Cerró los ojos. ¿A quién quería engañar? No podía más. Era suficiente, ya había luchado todo lo que podía. Se merecía un descanso. Escuchó aquel chirriante sonido metálico de nuevo e intentó, contra su propia voluntad, darse la vuelta y alzar el arma, pero… pero se dio cuenta de que el sonido no se estaba acercando. Se alejaba. Se giró sacando fuerzas de donde no las había. No vio a la enorme sombra que era la criatura en su desenfocada visión, en su lugar había otra cosa. Una figura humanoide, parecía una mujer alta y esbelta, quizás demasiado delgada. Parpadeó un par de veces intentando captar algún detalle, pero era como si sus ojos estuviesen inundados.

—¿Qui… quién eres? —balbució.

La sombra se movió hacia él con un gesto espasmódico e irreal, en un segundo estaba a cinco metros, al siguiente estaba agachada a su lado y durante todo el trayecto habían quedado sombras residuales del movimiento que se fueron deshaciendo poco a poco. La sombra lo examinó con curiosidad.

—Ayuda… —imploró el hombre destrozado—. Ayuda, por favor

Extendió la mano para coger del brazo a aquella mujer, ella no se apartó. Al tacto estaba fría, antinaturalmente fría, como si su piel estuviese hecha de hielo. El hombre retiró la mano rápidamente al comprender que aquella sombre no era nadie. No era Iris. Era otra criatura más de la necrópolis. Otro ser.

Solo había escapado del pez pequeño para encontrarse con el grande.

—¿Qué te ha pasado, niño mío? —la voz de la sombra le sorprendió. No era una, eran cientos. Cientos de voces de mujer mezcladas y reverberantes—. ¿Quién te ha hecho esto?

El tono de aquella voz era el mismo que utilizaría una madre preocupada al ver que su hijo se ha hecho una herida. Era una voz que reconoció. La sombra se inclinó un poco más sobre él y el hombre pudo al fin atisbar algo más que niebla. Un rostro hermoso de facciones amables y unos ojos naranjas, naranjas como la lava ardiente. Era ella.

—Han… han sido mis amigos —contestó el muchacho sin saber muy bien porqué—. Ellos se han marchado sin mí, ellos…

Ella le ordenó callar con un delicado chistar mientras le posaba el índice sobre los labios. Lo cogió de la nuca y lo atrajo hacia sí hasta que el rostro del muchacho descansó en su pecho.

—Tranquilo, niño mío —susurró con dulzura—. Ahora te he encontrado y nada más podrá herirte.

Él sintió un calor en su pecho que le hizo pensar que aquellas palabras eran reales. Se aferró a la mujer que le abrazaba y a la tranquilidad que manaba de ella, se aferró como si no existiese otra cosa en el mundo, como si aquello fuese lo único capaz de calmar todo su dolor. Entonces sintió algo, como un golpeteo sobre su cabeza, alzó el rostro y vio que ella estaba llorando. Lágrimas negras caían de sus ojos naranjas.

Él abrió la boca y bebió.

1

Ander se despertó aquel día con sentimientos encontrados. Por un lado, tenía muchas ganas de encontrarse con sus amigos, de ir al río cercano con ellos para bañarse, disfrutar el día y olvidarse de todo lo que no fuese pasar un buen rato. Por otro lado, solo quedaban veinticuatro horas para su entrevista en La Academia, la entrevista que marcaría su futuro, que podía hacer que el estigma de ser un uniruna pesase menos. Faltaban horas para que llegase un momento que iba a determinar el resto de su vida, ¿cómo se lidiaba con algo como aquello? Con nervios, eso seguro. Había dormido pocas horas y en un duermevela ligero que no le había dejado descansar como tocaba.

La alarma en su móvil volvió a sonar, indicándole que llevaba cinco minutos entre las sábanas, perdido en sus pensamientos y en los nervios que le devoraban el estómago. La apagó, se puso en pie y abrió las ventanas; se quedó ciego por unos instantes. El sol resplandecía fuera con mucha fuerza, al otro lado de su ventana solo se veía el risco sobre el que se asentaba su casa y el eterno azul claro del mar Cantábrico. Como el sol, el rumor del oleaje también entró en su habitación. Respiró hondo aquel olor a sal, aquel olor a hogar.

Se hacía tarde, tenía que salir de su habitación aunque eso significase enfrentarse a su padre. Salió al pasillo y escuchó ruido de platos en el piso de abajo. Por las escaleras ascendía como un fantasma el olor a huevos cocinándose y pan recién hecho. El estómago se le contrajo, de normal habría devorado su desayuno y el de otra persona sin pestañear, pero no aquel día.

Escuchó el rumor de una conversación, sus padres hablaban, obviamente, sobre la entrevista del día siguiente. Corrió hasta el baño. Encendió el grifo de la ducha para acallar cuanto antes las voces y lo giró para que el agua saliese bien caliente. Se quitó la camiseta y se detuvo un instante a mirarse en el espejo. Era un muchacho de veinte años, normalmente, desprendía ese aire resuelto y seguro de sí mismo que da la juventud y la inexperiencia, pero aquel día daba pena. Estaba encorvado y le habían salido densas ojeras bajo sus ojos azules. Llevaba el pelo rapado a ambos lados de la cabeza, largo por arriba y, habitualmente, recogido en un apretado moño, en aquel momento su pelo era, sin embargo, un

amasijo negro despeinado. Ander era un muchacho atractivo, mandíbula cuadrada, la barba afeitada, ojos muy claros y, según decían algunas novias que había tenido en el pasado, de mirada penetrante. De su cuello pendía un colgante que llegaba hasta sus pectorales; eran dos manos huesudas de plata que sujetaban una esfera negra como la brea.

—Puedes con esto —se animó—. Es solo una entrevista, impresionarás a unos vejestorios y entrarás en la Cámara de Cazadores.

Poco después salía del baño con una toalla atada a la cintura. Se vistió con una camiseta gris y un bañador rojo. Por encima, se puso unos vaqueros negros rotos por las rodillas, se colocó su colgante y preparó una mochila con las cosas que se llevaría en cuanto acabase de desayunar. Tras alargarlo todo lo que había podido, bajó a desayunar con sus padres.

—Buenos días —saludó al entrar en el comedor.

Con su llegada, la conversación que estuviesen teniendo se deshizo en silencio. Iris estaba preparando la mesa. Su madre era una mujer hermosa, de largos cabellos castaños que siempre llevaba recogidos con dos palillos de jade. Su sonrisa era de aquellas que podían iluminar hasta la más oscura de las noches y, por suerte para el mundo, sonreía mucho.

—Buenos días, cariño —le devolvió el saludo, dejó lo que estaba haciendo para acercarse y darle un beso en la mejilla—. ¿Tienes hambre?

—No mucha —contestó él.

Su padre gruñó. Estaba sentado en la mesa con el plato todavía lleno ante él y el periódico apoyado al lado. Era más parecido a Ander de lo que el muchacho admitiría jamás, pero más mayor y con el rostro lleno de arrugas. Fruncía el ceño constantemente y solía apretar los dientes cuando quería decir algo, pero se lo guardaba… justo como en aquel momento. Evan era así, difícil, pero, ¿no lo eran todos los padres? La relación entre ambos era complicada, sobre todo desde la desaparición de su hermano mayor, Kalan. Evan era un hechicero, un rúnico completo, lo que significaba que podía aprender a dibujar y usar casi todas las runas que la magia conocía. Kalan, el primer hijo, había sido hechicero también.

«Es…» se recordó el muchacho, sus padres lo daban por muerto, pero él se resistía a creerlo.

Ander, por su lado, había salido a su madre. Era un uniruna, capaz de dibujar y activar una sola runa, la del rayo, lo que le

convertía en un Clama Tormentas. Su madre era una Sanadora.

Ander se acercó a la encimera y cogió un plato lleno de huevo revuelto, queso, fiambre y un chusco de pan. Se sentó con sus padres y, sin mucho apetito, empezó a comer.

—¿Te has preparado para la entrevista de mañana? —preguntó Iris con dulzura.

—Tampoco es que el muchacho tenga mucho que preparar —contestó Evan cogiendo el periódico.

—Gracias por el cumplido, papá —masculló Ander.

Evan apretó el periódico entre las manos y alzó la mirada para encontrarse con el ceño fruncido de su esposa. Suspiró.

—Lo siento —dijo—. Pero es verdad, eres un uniruna, hijo. Recuerda que el consejo no va a olvidar lo que eres durante la entrevista.

Ander asintió y se llevó un poco de comida a la boca, masticó sin ganas.

—Sé lo que soy —suspiró después de tragar—. Otros unirunas han entrado en La Academia.

—Pocos —aseguró su padre, llenándolo de ánimos—. Si eligieses la Cámara de Custodios podría…

Ander se levantó de la mesa. Por la magia crepitante, no iba a tener aquella conversación de nuevo.

—Me marcho, he quedado con los demás —anunció mientras salía de la cocina.

Su madre intentó decir algo, pero el muchacho no lo escuchó. Recogió su mochila, cogió las llaves del coche y se marchó tan rápido como las piernas le permitieron. En aquel momento, lo último que necesitaba eran más dudas, más reproches, más Evan siendo Evan.

Cerró de un portazo.

***

—¿Tienes que ser siempre así? —le reprochó su mujer tras el portazo.

Evan se encogió de hombros, apartó la vista del periódico que por lo visto no iba a poder leer aquella mañana y miró a su mujer. Siempre le había parecido que Iris poseía una belleza arrebatadora y eso le hacía bajar las defensas, pero en aquella cuestión debía mantenerse firme.

—Créeme, lo hago por su bien —rezongó—. Puede que él olvide lo que es, pero te aseguro que el consejo no lo va a olvidar. Hasta en el remoto caso de que consiguiese entrar en La Academia, siempre le mirarán por encima del hombro.

—No hay nada de malo en ser un uniruna, cariño —le reprochó Iris con cierto retintín.

—Claro que no —suspiró él, estaba cansado y eran solo las nueve de la mañana, se frotó los ojos con insistencia—. Sabes que no opino eso, solo sé lo elitistas que pueden ser en La Academia; no le abrirán sus puertas fácilmente y encima el chico se niega a tomar el único camino que mis contactos podrían facilitarle.

Iris frunció los labios en un gesto disgustado, parecía que iba a decir algo, pero o no encontraba las palabras o tenía miedo del daño que estas pudiesen causar. Evan miró a su mujer y sintió frío en el estómago al pensar que le estaba haciendo daño con su comportamiento. Por la magia crepitante, se había vuelto un viejo gruñón con los años, era igual que su padre. Jugueteó con la taza de humeante café entre las manos antes de decidirse a darle un sorbo.

—Di lo que estés pensando.

Iris se levantó de la mesa, recogió sus platos y los dejó en la pila. Se apoyó en la encimera con la cabeza gacha.

—A veces parece que culpes a Ander por no ser como Kalan —confesó.

—¡No lo culpo por no ser como Kalan! —gritó él, poniéndose en pie y derribando la taza de café en el proceso—. ¡Es él el que se empeña en ser como su hermano mayor! ¡Es él el que no quiere escuchar nada de una Cámara que no sea la de Cazadores! ¡Él y solo él cree que debe sustituirlo!

Instantes después de su exabrupto, Evan se dio cuenta de que solo había dejado silencio y tensión en la habitación. Su mujer apretaba la mandíbula y contenía unas traicioneras lágrimas que se empeñaban en intentar escapar de sus ojos. El hechicero trató de tranquilizarse respirando profundamente. Le dolía la parte delantera de la cabeza, como si alguien le estuviese hurgando entre los sesos con una espátula.

—De verdad que no quiero otra cosa más allá de que sea feliz —continuó él, más calmado.

—A veces no lo parece —contestó su esposa.

—Porque sé que intentando sustituir a Kalan nunca será feliz. No tiene que seguir los pasos de su hermano ni demostrar que es mejor Cazador de lo que Kalan fue, lo que necesita es encontrar su propio camino y eso es lo que intento enseñarle.

Iris se giró para encararlo, estaba un poco más tranquila, aunque seguía con la mandíbula tensa y los labios apretados hasta convertirse en una fina línea. Asintió.

—Lo sé —reconoció en un susurro—. Aún así, Ander no tiene porque encontrar la felicidad siendo un Custodio.

—¿Qué otra opción tiene? —preguntó él con una sonrisa torcida —. No puede ser Alto Mago y no pienso entregarle otro hijo a los Cazadores.

—Así que es a tu manera… o nada.

—Sabes que estás siendo irracional, no me creo que no te importe que Ander se una a los Cazadores.

Iris entornó los ojos.

—Claro que me importa, pero más me importa que nuestro hijo sea feliz. Y si para ello yo tengo que pasarme las noches en vela, sin saber si volverá de su próxima cacería, pues que así sea.

Evan fue a decir algo, pero se detuvo. Supo que cualquier cosa que saliera de su boca solo traería más dolor. Aquella era una batalla perdida, así que cogió su periódico y se marchó del comedor con el mismo ímpetu que su hijo.

2

Un Seat Ibiza negro renqueaba por un abandonado camino de tierra. Era un coche viejo cuyo motor lloraba y gimoteaba en vez de rugir. El polvo volvía el negro en marrón, las ruedas estaban embarradas y la suciedad formaba dos arcos perfectos en el parabrisas, limpio solo allí donde las varillas alcanzaban. Era poca cosa, pero era lo que Ander podía permitirse y no se quejaba. *Welcome to the jungle* reverberaba por los altavoces con la fuerza suficiente como para ahogar los pensamientos del muchacho. Sus ojos azules estaban clavados en el camino, lo contemplaba expectante, intentando centrarse en cualquier cosa que le distrajese y calmase los nervios que borbotaban en su estómago.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que casi se pasó la salida. Tuvo que frenar con fuerza y pegar volantazo para tomar el desvío. Se internó por un camino más pequeño y estrecho que serpenteaba entre los árboles. Poco después la arboleda acababa abruptamente y se abría a una valla enrejada que custodiaba una casa grande de dos pisos. Se detuvo frente a la puerta de entrada, bajó el volumen de la música y pitó varias veces con el claxon. No tuvo que esperar demasiado hasta que un chico de su misma edad salió de la casa, correteó por el jardín y abrió la puerta de hierro forjado, se despidió de su madre que lo contemplaba desde el porche de la casa y se acercó al coche con una sonrisa en el rostro.

Agus era un joven regordete, de carrillos anchos y generosos y de papada prominente que se veía poco cubierta por la pelusa de una barba que no acababa de afianzarse. Tenía el pelo largo y rizado, de un tono castaño rojizo y los ojos entrecerrados y de un bonito color azul. Se cubría la cabeza con una gorra negra con el logo de Batman y llevaba una camiseta gris que decía “Caótico Estúpido no es un alineamiento” justo encima de un dado de veinte caras que mostraba un uno en su faceta superior.

—¿Qué pasa, tío? —saludó Agus tras cerrar la puerta del coche. Le extendió un puño que Ander chocó.

—Camiseta nueva —comentó él mientras daba la marcha atrás y se preparaba para volver al camino principal.

—¿Te gusta? —preguntó Agus extendiéndola, la sonrisa delataba lo orgulloso que estaba de la broma—. No viniste a la partida de ayer, sabes que la mesa no es lo mismo sin ti.

—Lo siento, tengo la cabeza en otras cosas estos días.

—¡Oh, sí! —exclamó Agus dando un salto en su asiento mientras se abrochaba el cinturón—. Lo de la beca esa para la universidad extranjera, ¿cómo va el tema?

Ander apretó las manos sobre el volante. No le gustaba mentirle a su amigo, pero lo de la beca y la universidad no eran más que tapaderas para la entrevista en La Academia. Agus era lo más parecido a un vecino que tenía, se conocían desde pequeños y compartían la difícil condición de vivir apartados de todo, lo que había creado con el paso de los años un vínculo entre ambos. Sus padres no paraban de recordarle que debía tener cuidado al tener relaciones cercanas con gente que no conocía el mundo de la magia, pero Ander había acabado necesitando a Agus. Era su ancla al mundo real, la única pincelada mundana en el vibrante cuadro de la magia que era su vida. Lo necesitaba cuando quería alejarse de todo, cuando necesitaba una idea no contaminada por las preconcebidas leyes del mundo de la hechicería, o cuando solamente quería distraerse jugando a *Dungeons & Dragons*.

Salieron del camino estrecho que llevaba hasta el hogar de Agus y enfilaron de nuevo la carretera de tierra. El coche se tambaleaba con cada bache en el camino y la tracción gimoteaba irremediablemente, era una tartana a punto de desmoronarse que se mantenía en pie por pura fuerza de voluntad.

—No has contestado.

—Perdona —susurró Ander volviendo a la realidad del interior del coche—. Mañana nos comunicarán si mi solicitud ha sido aceptada. Mi padre tiene contactos de los que podría tirar para allanar el camino, pero no sé si está muy por la labor. No parece gustarle mi elección en algunos asuntos.

—Bueno, eso nos pasa a todos, ¿no?

—Puede, cuando tienes quince años… —masculló de mala gana —, pero con veinte cualquiera pensaría que podemos tomar nuestras propias decisiones.

—¡Los padres son padres! —exclamó Agus quitándole hierro al asunto—. Nunca van a querer lo mismo que sus hijos, es el ciclo de la vida.

—Ya, bueno, en fin —Ander subió ligeramente el volumen de la música y las notas de *Stairway to heaven* empezaron a vibrar con más intensidad—. No hablemos más de esto. Cuéntame, ¿cómo fue la partida? ¿Mataron a Atharax?

Agus sonrió malévolamente y entrelazó las manos en un gesto medido y lento que le hizo parecer un villano sacado de una mala

película de espías.

—Oh no, lo intentaron, desde luego que lo intentaron, se enfrentaron al dragón dorado pero Atharax tenía preparada una última sorpresa…

***

No era un parking, eso era obvio, solo un saliente de la carretera lo suficientemente amplio como para diez coches si estos se organizaban bien. En aquel momento había dos, un Renault Megane gris y un Jaguar rojo que brillaba como si quisiese rivalizar con el inclemente sol.

—…y así El Cuervo le consiguió ensartar con su daga…—Agus seguía contando las aventuras que el grupo de jugadores había vivido sobre la mesa el día anterior, no había parado en la media hora que llevaban de viaje y Ander había escuchado con interés creciente las aventuras de la última partida de rol. Se había perdido una buena—…pero acto seguido Atharax reveló su verdadera forma.

—Parece que los demás ya han llegado —interrumpió mientras se salía del camino para aparcar junto a los otros dos coches.

—¿Crees que habrá venido Vir? —preguntó Agus al instante mientras miraba de reojo el Jaguar rojo.

—Seguro.

Ander aparcó junto a los otros coches. Ambos salieron y sacaron del maletero toallas y las mochilas cargadas con comida y refrescos. Más allá del improvisado parking había una pendiente que descendía entre matorrales. Desde la parte inferior llegaban ya gritos de alegría, risas y el chapoteo del agua. Los dos bajaron cargados con trastos y muertos de calor, pero con una sonrisa en el rostro. Abajo, la rampa de tierra se abría a un claro abovedado por las copas de los árboles en el que reinaba la sombra y la brisa corría fresca y agradable. La hierba cubría el suelo y un poco más allá, las tranquilas aguas de un pequeño riachuelo corrían entre rocas plagadas de musgo trayendo consigo un rumor constante y pausado, un rumor que componía la música de aquel lugar mágico, de aquel lugar de paz. Había varias mochilas esparcidas por el suelo junto a un par de toallas extendidas, desde el agua llegaban las voces de un grupo de jóvenes. Ander y Agus se acercaron, dejaron sus trastos y tardaron poco en quitarse la ropa que ocultaba los bañadores y

correr hacia el agua.

Ander saltó sobre el resto de sus amigos, salpicó y pudo escuchar griterío antes de que su cabeza se metiese bajo el agua. Sintió el frío mordisco del río poniéndole la piel de gallina y alertando todos sus sentidos. Abrió los ojos bajo el agua mientras movía los brazos continuamente para no salir a flote. Vio tres pares de piernas, uno de ellos se abalanzaba sobre él. No tardó en sentir el peso de una manos que trataban de hundirlo más. Forcejeó. Pronto ambas personas se convirtieron en un nudo de piernas y brazos bajo el agua. Ander tocó con la espalda el lecho pedregoso del río y sintió un rascón en la piel. Hizo un leve gesto de dolor, pegó un par de brazadas para alejarse de su atacante y salió a la superficie.

—Buenos días —saludó tras tomar una bocanada de aire.

Frente a él había un chico y una chica. Él era Félix, el conductor del Jaguar impecable, un chico de veinticinco con más barriga de la que le gustaría. Era de esos que no metían la cabeza bajo el agua nunca para no estropearse el pelo repeinado hacia atrás y que se afeitaban todas las mañanas. A su lado estaba Virginia, su hermana, la más joven del grupo, tenía dieciocho años y una figura definida por el ballet que la convertía en una muchacha delgada y atlética. Los ojos de ambos hermanos eran del mismo color, azul niebla.

Tras un par de burbujas emergió del agua otra chica, Elena. Pelo negro como el azabache y unos ojos tan oscuros que parecían dos pozos dispuestos a tragarse el universo entero. Era de caderas anchas y pecho generoso, todo lo contrario a Vir y había una belleza en sus curvas que hacía que Ander rara vez pudiese despegar los ojos de ella.

—Os ha llevado un rato, llevamos aquí desde las diez y media —comentó Félix con aquel retintín de pijo adinerado que lo caracterizaba.

—No seas pesado, Félix —replicó Agus mientras se acercaba al grupo dando saltitos dentro del agua—. Hemos llegado todo lo rápido que *Atronador* nos ha permitido. No todos podemos tener un Jaguar.

Atronador era el nombre con el que Agus había bautizado al Seat Ibiza de Ander años atrás, lo llamaba así después de una salida al monte que no fue muy bien y en la que el coche acabó escupiendo truenos por el tubo de escape.

—Obvio que no —contestó Félix—. O perdería la exclusividad.

—¿Es eso lo que le da valor? —continuó Agus con una mirada pícara y la sonrisa aflorando en los labios, le encantaba molestar al hermano de Vir—. ¿La exclusividad? ¿Que la plebe no podemos

permitírnoslo?

—Por supuesto —contestó el otro al instante, no tardó demasiado en tartamudear y tratar de rectificar—. Quiero decir, no, no pienso que seáis…

—Oh, cállate, no puedo creer que hayas dicho eso —interrumpió Vir—. ¡Es horrible!

—¡Yo no he dicho nada!

—Es un honor que se haya dignado a bajar de su trono de cristal, majestad —continuó Agus—. Los simples mortales le agradecemos su presencia, aunque nos demoremos un poco al llegar.

—Bah —suspiró Félix y acto seguido lanzó una palada de agua sobre el chico regordete—. ¡Cállate ya!

Aquel acto de guerra inició una batalla campal de agua que se prolongó por espacio de más de media hora. La pelea fue sin cuartel y todo era válido: ahogamientos, empujones, lanzar agua con las manos o con la boca, no hubo tregua ni rendición. Los bandos variaban, las alianzas se forjaban a la velocidad del rayo y desaparecían igual de rápido, las traiciones se sucedieron y cuando uno creía tener las espaldas cubiertas, su aliado se la jugaba intentando ahogarlo. Fue una escaramuza despiadada, pero en vez de gritos de agonía, había risas y en vez de balas, agua. Aquella era la música del verano, del descanso de la juventud, de esa breve inflexión en la que uno no debe preocuparse de nada más que en exprimir el tiempo y sacar jugo a cada instante.

Mientras los últimos compases de la batalla se apagaban, Ander se alejó discretamente a la orilla contraria y nadó un poco río abajo hasta una formación rocosa a la que llamaban La Sirena, porque en la cima unas cuantas rocas parecían tomar la forma de una de estas criaturas que alargaba sus brazos hacia el agua. Tras la formación rocosa uno podía ocultarse de miradas indiscretas y así lo hizo el muchacho. Esperó un poco hasta que Elena llegó nadando. Los dos compartieron una significativa mirada.

—¿Nervioso? —preguntó ella rompiendo el silencio.

—Y que lo digas —contestó él con pocas ganas—. No confío ni un poco en que mi padre piense apoyarme con la solicitud.

Elena suspiró. Se agarró a las rocas y dejó que la corriente elevase su cuerpo hasta que sus formas rompieron la superficie; se quedó allí, flotando en la nada y mirando hacia la cúpula de hojas.

—Eres estúpido —declaró ella con convicción—. Tu padre es un reconocido Custodio y deberías apreciarlo más, si supieses todas la historias que contaba antes mi madre de cuando eran jóvenes…

Ander no pudo evitar apretar los dientes sintiéndose traicionado.

—Simplemente quiero poder elegir, pertenezco a la Cámara de Cazadores —masculló—. Pero él no tiene intención alguna de permitirme entrar en ella, solo me apoyará si elijo la suya.

—De las Cámaras sé lo justo —recalcó ella dedicándole una significativa mirada de reojo—. Y tampoco me interesa, pero deberías tener más respeto por tu padre.

—La Academia me rechazará por no ser un hechicero, pero él podría tirar de contactos…—explicó él, divagando como llevaba haciendo las últimas semanas—. No quiere que me una a los Cazadores porque tiene miedo de que me pase lo que le pasó a mi hermano.

—Un miedo lógico.

—¡No soy mi hermano!

—No —concedió ella—. Él era mejor.

Ander frunció el ceño y levantó una mano, trazó una runa en el aire con gestos rápidos y entrenados. La runa se quedó en suspensión, dibujada sobre la nada absoluta, pero tan real como si fuese tinta sobre papel. La tocó con los dedos y le insufló parte de su energía, la runa le drenó primero y luego se activó. Era *Raik*, la runa de rayo, le había insuflado poco poder, pero bastante como para que una pequeña descarga volase hasta el agua y le diese un calambrazo a Elena. La chica no pudo mantener el agarre sobre las rocas.

—Hijo de… —trató de decir antes de que acabase dando vueltas llevada por la corriente.

Ander se echó a reír al verla salir del agua unos metros más allá, con todo el pelo mojado pegado a la cara y un gesto de pocos amigos dibujado en su rostro.

—Te he dicho mil veces que no uses tus trucos baratos conmigo —rezongó ella en cuanto volvió a su altura, Ander sabía reconocer cuando la muchacha se cabreaba de verdad, esta era una de esas ocasiones—. O me apareceré en tus sueños tantas veces que no podrás volver a dormir jamás.

—¿Es que no lo haces ya habitualmente? —preguntó él dando un paso para acercarse a ella.

—¿El…el qué?

—Aparecerte en mis sueños.

—No…—Elena fruncía el ceño y miraba a ambos lados desconcertada, como si de verdad no entendiese lo que pretendía el muchacho—…no he usado mis poderes de Oniromante contigo, nunca los uso con mis amigos, creo que es inmoral y…

Ander se acercó un poco más, aunque sonreía e intentaba mantener una mirada penetrante con la que transmitir seguridad, estaba temblando por dentro. Su corazón palpitaba tan rápido que no podía escuchar otra cosa y sentía como la sangre corría ardiendo hasta sus mejillas queriendo incendiarlas. Respiró con profundidad, buscando valor para acercarse más. Llevaban tiempo así, con aquel tira y afloja constante, acercándose el uno al otro para luego alejarse sin llegar a nada, quedando a espaldas del resto de la pandilla, rascando momentos en solitario cuando estaban con los demás. Ander quería creer fervientemente que compartir el mundo oculto con ella era lo que hacía que se buscasen el uno al otro, era agradable poder hablar con libertad de aquellos temas, pero lo cierto es que sabía, en el fondo de su pecho, que había algo más. Lo sabía cada vez que se descubría a sí mismo contemplando las pronunciadas curvas del cuerpo de la muchacha, cada vez que se perdía en los profundos pozos oscuros que eran sus ojos, cada vez que veía aquellos labios y sentía un estallido de calor en su pecho.

Se acercó un poco más. Ella era más bajita que él, su rostro quedaba a la altura de los pectorales del muchacho y tuvo que alzar la barbilla para mirarle a los ojos. Se sostuvieron la mirada por un instante que pareció eterno. Él se mordió los labios, ella pareció inclinarse suavemente en su dirección.

Y entonces el instante se rompió.

—¿Por qué os escondéis tanto, tortolitos? —preguntó Félix apareciendo por la esquina de la formación rocosa.

Agus apareció por detrás, una cabeza cubierta de rizos que se dejaba llevar por la corriente.

—¡Intenté que os dejara en paz! —trató de justificarse, la culpabilidad reflejada en sus ojos.

Vir también hizo acto de presencia, por supuesto. La muchacha atlética había trepado la formación rocosa y estaba sentada arriba junto a la sirena pedregosa. Sonreía y balanceaba las piernas inocentemente.

—Me parece que hemos interrumpido algo —comentó con su suave y cándida voz.

Ander y Elena se alejaron el uno del otro, ella balbuceaba palabras, él trató de dar una explicación pobre para justificar su escapada. Aquel atropellado intento de ambos por justificarse solo sirvió para despertar las risas del resto. El momento se había hecho añicos como un vaso estallando contra el suelo y ambos sabían que no lo recuperarían.

Por lo menos no aquel día.

***

El sol ya empezaba su descenso por el oeste, incendiaba la línea del horizonte con un tono anaranjado y vestía a las pocas nubes que se habían dignado a hacer acto de presencia del color de la sangre. El coche traqueteó y se quejó con fuerza según abandonaban el camino principal. La música en el interior era un murmullo lejano que quedaba totalmente oscurecida por la larga diatriba que soltaba Agus que había decidido rellenar el silencio con la continuación del relato de lo ocurrido en la sesión rolera del día anterior.

—…y Dravakur, convertido ya en un poderoso dragón blanco se abalanza sobre Atharax…

Ander no escuchaba en realidad, le interesaba lo que contaba su amigo, pero no podía evitar encontrarse a sí mismo rememorando el pequeño momento de intimidad que había tenido con Elena. Ella había estado radiante, con aquella larga y sedosa melena húmeda pegada a su rostro y descendiendo por su figura. Por la magia crepitante, había sentido ganas de partirle la cara a Félix al verlo aparecer tras las rocas. Agus llevaba todo el día disculpándose por no haber podido detener a los hermanos. Ander no le culpaba, pero aún así sentía el peso de una oportunidad perdida.

El camino terminó y la casa de Agus salió de entre la foresta. Ander detuvo el coche.

—Llegamos a su destino, princesa —comentó forzando una sonrisa que no le apetecía.

El chico regordete le extendió el puño y ambos chocaron. Agus abrió la puerta y se dispuso a bajar, pero se detuvo antes con los ojos brillando como si se le hubiese ocurrido la mejor idea del mundo.

—Mañana por la tarde podríamos bajar al pueblo e ir al cine, solos Elena, tú y yo.

—¿Y cómo nos deshacemos de los hermanos? —inquirió Ander escéptico.

—Mañana es jueves, tienen clases de piano.

Ander se permitió una media sonrisa y un pequeñísimo atisbo de esperanza.

—Mañana estaré bastante ocupado, pero podríamos organizarlo para la semana que viene, ¿hablas tú con Elena?

—¿No deberías hablar tú con ella?

—No quiero que parezca que la estoy invitando a una cita.

—Tampoco habría nada de malo en ello.

—Habla tú con ella —sentenció Ander y aceleró para que el sonido del motor ocultase cualquier posible replica de su amigo.

Agus cerró la puerta, se echó a un lado y se despidió con la mano y una sonrisa bobalicona en los labios. Ander subió el volumen de la música y pisó a fondo el acelerador, tras el coche se levantó una estela de tierra y polvo.

Poco después, llegaba al barranco sobre el que se levantaba su casa. Las olas del mar estrellándose contra las rocas formaban una melodía cadenciosa y tranquila. El cielo estaba despejado y la luna ya podía distinguirse sobre un cielo que adquiría lentamente los tonos de un estanque profundo. Ander aparcó a un lado de la casa. Se dirigió a la entrada con pasos pesados, las manos en los bolsillos y los hombros gachos. Después de haber pasado un día en el que había dejado de pensar en sus problemas, volver a entrar por la puerta de casa se le antojaba más difícil que comprender los secretos de la Alta Magia. Tenía la sensación de que todas las preocupaciones volverían de golpe en cuanto atravesase ese umbral.

Aunque tampoco tenía otra opción. Respiró hondo, sacó las llaves del bolsillo y se dispuso a abrir. Entonces algo captó su atención. Fue un visto y no visto, una sombra fugaz en el rabillo del ojo. Se giró, pero no vio nada a su alrededor. Se fijó un poco más allá, en la arboleda que transcurría en los límites del camino. Árboles, hojarasca y las habituales sombras nocturnas que danzan en el bosque. Nada más. No había nada ni nadie, pero entonces, ¿por qué le asaltaba aquella sensación de estar siendo observado? Ese cosquilleo en la nuca que avisa de unos ojos pegados a la espalda.

Le sacudió un escalofrío. Echó un último vistazo para comprobar que allí no había nada. Introdujo las llaves en la cerradura y abrió con un par de vueltas. Se adentró en la profunda penumbra de su casa.

3

Las puertas de La Academia estaban cerradas a cal y canto. Dos enormes hojas de ébano que descansaban inamovibles, sumidas en un letargo inducido por los años y el peso de lo que se sabe majestuoso. Tres enormes tallas decoraban su superficie, dos a los lados y una justo en el centro con una mitad en cada hoja. Tres tallas, una para cada Cámara. La de la derecha era una antorcha en cuyo fuego ardía un ojo, representaba la Cámara de Cazadores. La de la izquierda era una mano que sujetaba una runa protectora, la Cámara de Custodios. La última, la central, era un libro abierto que destilaba poder, la Cámara de la Alta Magia.

Frente a las puertas se extendía un jardín de vibrantes colores. El agua de una fuente corría incesante llenando el aire de su rumor tranquilizador y acompañando con su melodía al cántico de las chicharras; por todas partes crecían rosales que lo impregnaban todo con su aroma y una foresta más allá servía de amparo para los estudiantes cansados del inclemente sol de agosto. Era una mañana tranquila, de esas en las que uno puede respirar la paz. Al menos, era así para casi todos.

Ander llevaba una hora allí desde que acabase la entrevista y su padre entrase por aquellas puertas. Una hora que se le había hecho más larga que una maldita eternidad. Al principio, había sacado el móvil para distraerse, pero no había tardado en recordar que dentro de aquel lugar no había ni cobertura ni datos para navegar por internet. Los problemas de estar dentro de una dimensión de bolsillo, un lugar que se alzaba justo en el Velo entre el mundo físico y la Sombra. Ya había caminado por la plaza de la fuente de arriba a abajo y de abajo a arriba, se conocía cada recodo de la dama de piedra que vertía agua desde sus manos. Cansado de esperar y de caminar se había dejado caer pesadamente sobre el banco y llevaba quince largos minutos moviendo la pierna de forma insistente, como si aquel gesto pudiese hacer que su padre se diese más prisa.

—Venga… —rezongó.

Todavía tuvo que esperar diez minutos más hasta que las puertas decidieron moverse; se abrieron lentamente, acompañando su movimiento de un sonoro y lastimero quejido que acalló los ruidos del jardín. Del interior emergió Evan, el cincuentón de mirada

irascible iba con los hombros gachos y gesto de pocos amigos. Las puerta se cerraron en cuanto el hombre salió. Evan revisó el jardín de un rápido vistazo hasta dar con su hijo y se dirigió hacia él. Ander supo lo que iba a ocurrir antes de que pasase. Otra vez tendrían esa discusión.

Otra maldita vez.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Ander en cuanto su padre llegó a su altura.

Evan emitió un gruñido bajo a modo de respuesta.

—Padre…

—Tus notas de las pruebas son buenas, la entrevista no ha ido mal, valoran tus esfuerzos y desde luego nuestro apellido pesa —soltó Evan rápidamente, como si escupiéndolo a toda velocidad aquellas palabras pudiesen pasar desapercibidas—. Pero no pueden ignorar el hecho de que no seas un hechicero.

—Pero… —fue a replicar Ander.

—Pero nada, que en la historia haya habido excepciones no significa que La Academia acepte a unirunas —el peso de aquella última palabra pareció atascarse en la garganta de su padre.

—Por la magia crepitante, soy un Clama Tormentas —masculló el chico—. No un Adivino o un Oniromante, puedo luchar, puedo…

—No puedes —sentenció Evan y sus palabras quedaron suspendidas en el aire como una pesada losa. En ellas hubo mucho más que frustración y enfado, había decepción y Ander sabía de donde provenía.

Evan suspiró pesadamente y se dejó caer sobre el banco de mármol. Cerró los ojos y se los frotó fuertemente con los dedos. Era obvio que no quería estar ahí, que no quería hablar, pero aquella era una de esas conversaciones de las que uno no escapa aunque lo intente con todas sus fuerzas.

—¿Por qué no puedo entrar en la Cámara de Cazadores? —insistió el muchacho, la impaciencia le hacía hervir la sangre y bullía en sus palabras.

—Porque te han rechazado y no hay más.

—Pero tienes que conocer a alguien, tenemos que tener un posible padrino, Kalan…

La sola mención de su hermano hizo que Evan se tensase. Rumió algo entre dientes.

—No eres tu hermano —le pareció escuchar a Ander.

—¿Qué has dicho? —inquirió.

Su padre se levantó del banco y lo encaró, todo en él destilaba una tensión peligrosa, la misma de un león que está a punto de

saltar sobre una presa. Tenía los labios apretados, el ceño fruncido y la mirada fría clavada en su segundo hijo.

—No eres tu hermano, chico —repitió, esta vez diciéndolo alto y claro—. Kalan fue un excelente hechicero, tan bueno que hubiese podido entrar en la Cámara de la Alta Magia si hubiese querido, tú no eres él. No entrarás en la Cámara de Cazadores.

Sus palabras parecieron labradas en piedra y convertidas en ley. Ander agachó los hombros y tragó saliva. Por un instante, solo por uno, se había permitido creer que todo el esfuerzo de los últimos años serviría para garantizarle un puesto en La Academia. Por un segundo, había creído que las influencias de su padre y de su hermano podían garantizarle, por lo menos, una prueba de acceso para la Cámara de Cazadores. Darse cuenta de que todo había sido en vano le hizo sentirse más derrotado de lo que se había sentido jamás. Agachó la mirada.

—Es injusto, pertenezco a los Cazadores —murmuró—. Es la mejor Cámara para mí, es en la que mejor encajarán mis habilidades, es a la que quiero ir desde hace años —explicó; aunque su pecho ardía y quería estallar de rabia, intentó controlarse y sonar comedido, sabía que un enfrentamiento directo con el cabezón de su padre no llevaría a nada—. Nos lo deben, por Kalan.

—¡Por la magia crepitante! —estalló su padre—. Eres igual de cabezota que tu hermano, ¡la Cámara no nos debe nada! Morir en servicio es algo a lo que todos los hechiceros que entran se arriesgan. No irás a la Cámara, primero porque no te aceptarán, segundo porque no pienso entregarles otro hijo.

—Kalan no está muerto —espetó Ander con frialdad.

—Sí que lo está, pensar lo contrario es envenenarte a ti mismo con la mentira de la esperanza.

—¿Qué opción me queda entonces?

—Bueno… —su padre dudó un instante, dejó de mirarle a los ojos, se dio la vuelta y dio un breve paseo por los alrededores de la fuente. Posó una mano sobre el estanque—. Los Cazadores no te han aceptado. Dada tu naturaleza es obvio que no puedes pertenecer a los Altos Magos…

—¿Pero? —sabía la respuesta de antemano.

La misma conversación. Otra vez.

—Podría usar mis influencias y mis años de servicio para hacer presión, quizás podría conseguirte un puesto en la Cámara de Custodios.

—Eso no es lo que yo quiero —gruñó el muchacho a la espalda de su padre—. Mis aptitudes…

—¡Tus aptitudes son las que son muchacho! —rugió Evan encarándolo de nuevo—. ¡No te des ínfulas de nada! ¿Sabes cuántas runas controlo yo o cuántas controlaba Kalan?

Ander apretó los dientes, lleno de rabia y frustración.

—No quiero perder mi vida entre polvorientos artefactos y armas oxidadas —masculló—. Tu Cámara solo sirve para darle un lugar a aquellos que no cumplen con las aptitudes físicas para la caza o las mentales para la Alta Magia. Solo sirve para aparcar a hechiceros mediocres.

Solo un segundo después de que aquellas palabras brotasen de él como lava candente se dio cuenta de lo que había dicho, por desgracia era tarde para retractarse así que se mantuvo firme. Su padre, sorprendentemente, no estalló, simplemente se frotó los ojos con un gesto cansado y dejó escapar un prolongado suspiro.

—Qué equivocado estás —susurró.

Y fue lo último que dijo hasta que volvieron a casa.

***

La casa de madera se alzaba solitaria sobre el desfiladero. Estaba pintada de verde, aunque el salitre y el tiempo habían deslucido el color hasta convertirlo en una mera broma de lo que fuese antaño. En la entrada un farol luchaba contra la oscuridad reinante de una noche sin estrellas y el constante viento de un temporal que había empezado hacía unas horas. Las tormentas de verano eran las peores, justo como el humor de Ander aquella noche.

En la parte trasera de la casa había un porche que se extendía dos metros antes de acabar abruptamente en el precipicio. Abajo, tras treinta metros de roca escarpada y húmeda, el mar Cantábrico estrellaba sus olas con una fuerza embravecida y rabiosa.

Ander estaba sentado en un sofá de mimbre repleto de cojines en aquel porche. Se revolvía de forma inconsciente, sumido en sus propios pensamientos, contemplando la ira de la tormenta y asumiéndola como propia. Llevaba allí desde que había vuelto de La Academia con su padre, no tenía ganas de entrar en casa.

Tenía un disco en las manos, no paraba de darle vueltas y de pasarlo de una mano a la otra en un gesto nervioso. Ya casi nadie usaba discos para escuchar música, pero aquel era uno de los pocos recuerdos que le quedaba de su hermano mayor y lo conservaba como si fuese un tesoro atemporal.

—Es hora de que empieces a escuchar buena música —le había dicho Kalan durante aquel verano de mediados de los años dos mil —. Ponlo en tu discman por la noche cuando el silencio reine en la casa, ponte los cascos y déjate llevar, solo así apreciarás lo que te estoy entregando.

Ander había sonreído, su hermano podía ser un poco dramático cuando la cosa se refería a música. El disco contenía una recopilación de canciones que iba desde los clásicos de Led Zeppelin hasta algunos temas de Metallica, pasando por Queen y Pink Floyd. Era una buena recopilación, claro que lo era, pero Ander la apreciaba más por ser una de las pocas cosas que seguía trayendo a su hermano de vuelta, que le hacía sentir que Kalan todavía estaba ahí.

El primogénito de la familia se había unido a la Cámara de Cazadores hacía ya casi diez años, fue uno de los mejores como se esperaba de él, pues era el perfecto hechicero; apto, inteligente, competente. Sabía controlar más de diez runas y todas con soltura. Podría haber entrado en la Cámara de la Alta Magia y aprender los secretos de lo arcano y lo antiguo, pero no, él había decidido ir a donde creía que hacía más falta, donde creía que podía hacer un mayor servicio. Se había marchado a cazar, a proteger al mundo de las sombras que lo acechaban. Y a pesar de que Evan siempre desaprobaría esa elección, nunca se había sentido decepcionado por el hijo mayor, el hijo pródigo.

«Y luego estoy yo» pensó Ander con amargura y rabia.

Lo único que le quedaba a la familia para continuar el legado. Suspiró dejando que ese suspiro se llevase consigo la tormenta que anidaba en su pecho. Kalan había desaparecido en acto de servicio y de eso habían pasado seis años. Seis años de silencio absoluto, de no saber si seguía vivo, perdido en algún lugar de la Sombra. Seis años de una esperanza que se iba diluyendo como la tinta, pero que nunca se marcha del todo, que siempre está ahí, remanente, palpitando ante cualquier posibilidad, ante cualquier nueva pista. Una mancha en el alma.

Sus padres ya habían aceptado que Kalan estaba muerto, pero él no. No podía. Y esa era otra de las razones por las que quería unirse a los cazadores. Quería averiguar la verdad sobre su hermano.

Aunque, por el momento, lo único que podía hacer era escuchar aquel viejo disco. Lo introdujo en el discman que tenía apoyado en las rodillas y se puso los cascos; el aparato hizo un par de ruidos extraños mientras se ponía en marcha. Ander apretó al botón de *play*. Las primera notas de *Smoke on the water* empezaron a acariciar

sus oídos. Sonrió por primera vez desde aquella mañana y se recostó en el sofá. La música pareció amainar la tormenta a su alrededor.

Los recuerdos volvieron a la costa de sus pensamientos como náufragos arrastrados por la marea.

—Extiende la mano —le había pedido Kalan.

Él, un joven de diez años había obedecido.

—Ahora busca la magia que brota de ti, concéntrala en la punta de tus dedos y úsala para trazar la runa que te he enseñado.

Ander cerró los ojos, respiró hondo para concentrarse en sí mismo y en las energías que fluían dentro de él. Trató de derivar aquella corriente que se movía en su interior, trató de conducirla hasta su mano y sintió un cosquilleo por toda su piel según la magia se movía por su torrente sanguíneo, por sus huesos y hasta por su propia alma. Llegó hasta la mano, podía sentirla entumeciendo sus dedos. Abrió los ojos y lentamente dibujó en el aire la runa que Kalan le había enseñado, era parecida a una "V", pero con una floritura en el segundo pico y con el primer palo más alargado que el segundo. La runa de color azul se dibujó en el aire de forma inestable, con un trazo irregular, como si aquella fuese la escritura de un niño inexperto.

—Bien… más o menos —susurró Kalan, temeroso de que hablar en voz alta deshiciese el momento—. Ahora actívala.

Él había obedecido. Mala idea. La runa que debía haber sido un simple hechizo que iluminase la habitación se convirtió en una explosión que les cubrió los rostros de hollín. Sus padres los encontraron riendo a mandíbula batiente, con las caras negras y la ropa tan sucia que hubo que tirarla toda. Por supuesto, fueron castigados, pero Ander no hubiese preferido otra forma de hacer su primera runa. Aunque tiempo después, descubriría que el que no se hubiese activado no había sido culpa de su inexperiencia, sino de su naturaleza.

Los acordes de *Smoke on the water* se deshicieron y se llevaron consigo la ensoñación. Ander pasó un par de canciones, el disco emitió unos quejidos lastimeros y unos segundos después *Enter Sandman* empezó a sonar a todo volumen.

Ander tardó en percatarse de que su madre había salido al porche y lo observaba desde el umbral de la puerta.

—¿Recordándolo? —preguntó ella.

Ander asintió bajando el volumen del discman, no podía hablar pues un nudo atenazaba su garganta. Iris sonrió con alegría y tristeza al mismo tiempo, acto seguido tomó asiento junto a su hijo.

Ambos permanecieron un rato allí, en silencio, contemplando la tormenta que azotaba el mar. Era un lugar solitario aquel, una casa al final del risco, en medio de ninguna parte; una casa pensada para no ser encontrada.

—¿Sabes? —su madre fue la primera en romper el silencio, su mirada fija en el horizonte y su voz quebrada aunque intentase ocultarlo—. Tu hermano siempre se sentaba aquí cuando quería tomar decisiones importantes, decía que el rumor del mar le ayudaba a centrarse.

—¿Ah, sí?

Iris asintió.

—Aquí lo encontré el día en que le contamos que tú estabas de camino.

El chico no pudo evitar la sonrisa que afloró en sus labios al imaginarse a Kalan, a un joven Kalan, allí sentado con su rostro impertérrito y el ceño fruncido, sopesando si la idea de dejar de ser hijo único le gustaba o no. Si las circunstancias hubiesen sido otras, se hubiese echado a reír, pero Ander no tenía ganas de reír. No aquel día.

—¿Qué dijo?

—Dijo que le parecía mal que hubiésemos tomado esa decisión sin tenerle en cuenta —contestó Iris, la risa y la pena se mezclaban en su voz—. Pero que nos perdonaba. Dijo que le hacía mucha ilusión tener un hermano y que sería un buen referente para ti. Dijo que esto cambiaba la situación y que le tocaba convertirse en un hombre.

Ander negó con la cabeza. Su hermano, el intenso idiota. Un par de lágrimas recorrieron las delicadas mejillas de Iris y sus ojos se vieron empañados por la tristeza, aunque fuesen recuerdos felices, todo recuerdo del hermano perdido había acabado tiñéndose de los colores oscuros de la ausencia.

—En aquel entonces estaba empezando su aprendizaje —Iris ya no hablaba para nadie en concreto, solo ponía en palabras los recuerdos arrastrados a su mente—. Estaba empezando a comportarse de una manera más seria, como si cargase con un peso tremendamente importante sobre los hombros…ya conocías a Kalan…

—Lo conozco —rectificó él al instante.

Su madre lo miró a los ojos y a través de las lágrimas vio un brillo de tristeza en ellos, no dijo nada, se limitó a asentir.

—Padre y tú habéis renunciado a él —escupió Ander molesto, no por su madre, ella no tenía culpa de nada, pero molesto por todo

lo que había ocurrido aquel día, molesto por la discusión con su padre, por no poder entrar en La Academia, por no poder tener el apoyo de su hermano mayor—. Kalan no está muerto.

Iris asintió lentamente y luego pasó su brazo por encima de los hombros de su hijo y lo abrazó con fuerza. Ambos permanecieron así un rato, simplemente asumiendo el olvido y dejando que la tormenta de recuerdos que los atenazaba fuese amainando. Al poco, ella se incorporó ligeramente y se quitó los palillos de jade que llevaba en el pelo, deshaciendo así el moño; la melena castaña cayó como una cascada por su espalda.

—Siempre los llevas —comentó Ander—. ¿Te los regalo papá?

Ella negó con la cabeza.

—Son un recuerdo de un sitio al que no quiero volver.

—¿Y por qué los llevas?

—Porque a veces el olvido no es una opción, debemos recordar a los que perdimos —dicho aquello, su madre se giró para encararlo y cambió de tema—. Deberías ir a ver a tu padre a su despacho.

—¿Para qué? ¿Va a soltarme otra vez el mismo sermón?

—Por favor —pidió ella y Ander notó como todas sus defensas se resquebrajaban, no podía mirar a su madre a los ojos y negarle algo—. Tenéis que hablar las cosas, él… es un hombre tozudo, pero quiere verte, quiere hablar contigo con la serenidad que este tema requiere.

El muchacho se puso en pie violentamente y se alejó del sofá dandole la espalda a su madre, era incapaz de seguir mirándola y conservar la poca entereza que le quedaba. Se aferró con fuerza a la barandilla de madera que separaba el porche del abismo escabroso y contempló el violento devenir de las olas azotadas por la tormenta. Un rayo restalló en el horizonte y su luz rasgó el cielo. El trueno llegó poco después.

—No tengo nada que hablar con él —sentenció de mala gana—. Ha quedado muy claro que solo me apoyará si decido unirme a la Cámara que él decida.

—Sabes que no es un asunto tan sencillo —susurró la voz de Iris tras él—. Necesitas un padrino y tu padre tendría que pedir unos cuantos favores para…

—¡¿Para meter a un pobre intento de hechicero?!

Iris apretó los labios y lo miró con dureza, todo amago de sonrisa había desaparecido de sus labios, sustituida la expresión dulce por la firmeza desafiante de una madre.

—De verdad que los dos sois unos críos cabezones —espetó—. Y yo estoy harta de lidiar con ambos y estar todo el rato en tierra

hostil. Ve a su despacho y hablad las cosas, te lo estoy pidiendo por favor.

Ander fue a replicar, pero entendió a tiempo que una palabra más bastaría para desatar la ira de su madre. Y la ira de Iris Salguero era algo contra lo que no podría luchar ni la tormenta que arreciaba. El chico cerró la boca, asintió con rigidez y dijo:

—Iré a hablar con él.

***

El despacho de Evan, si es que podía considerarse un despacho, estaba en el sótano de la casa, custodiado por una habitación anodina llena de cajas de los objetos que una familia podía acumular durante años: ropa que se queda pequeña o pasa de moda, juegos de mesa abandonados al desuso, colecciones empezadas y no acabadas y trastos que ya nadie sabía para qué sirvieron; tras todo ese caos había una puerta, una puerta como nadie esperaría. Estaba definida por un arco de piedra blanca, cada una de las piedras tenía una runa tallada, todas ellas de protección, de custodia, de alarma; escudos contra diversos maleficios y contra distintos tipos de criaturas. Su padre se había asegurado de que nada ni nadie consiguiese atravesar aquel umbral sin su consentimiento.

Ander se detuvo frente a las pesadas hojas y posó suavemente la palma de su mano sobre la roca desnuda. Sintió como la magia crepitaba en aquel umbral, en aquel límite que unía la casa de los Nuévalos con otro lugar, con un despacho que estaba y no estaba allí a la vez. Varias runas se encendieron. La magia chisporroteó alrededor del joven Clama Tormentas, podía sentir como decenas de conjuros lo examinaban, comprobando hasta el último rincón de su alma y su ser con la intención de cerrar la puerta a cal y canto si encontraban algo sospechoso. Era la misma sensación que sentirse observado, pero multiplicada por mil, como si millares de ojos fríos y penetrantes te contemplasen desde la penumbra. De pronto la magia se detuvo, las runas se apagaron y la puerta se transformó en un portal azulado que crepitaba con fuerza. Lo atravesó. Lo primero que le llegó a Ander desde el otro lado fue el amargo aroma del té negro con limón, luego una brisa cálida y poco a poco la habitación se fue dibujando ante sus ojos.

El despacho era grande, tanto que a todas luces era imposible que estuviese físicamente construido bajo la casa o más de la mitad

sobresaldría por el barranco. Era una sala adornada con un gusto por lo clásico, a Ander siempre se le había antojado anticuada, como sacada de una película medieval. Parecía una vieja biblioteca con mesas de madera grandes y alargadas, sillas de altos respaldos y candelabros de velas rojas que lo sumían todo en una penumbra amable y silenciosa. Los estantes cubrían las paredes como un tapiz de ébano, pero en vez de libros, contenían objetos de todas las clases y tamaños. Había bastones, espadas, varitas, brújulas, rollos de pergamino, mapas, cetros, colgantes y joyería de todo tipo. Todos aquellos objetos eran peligrosos, eran objetos malditos, consumidores de almas, portadores de desgracia, embrujados y horribles. Al fin y al cabo ese era el trabajo de la Cámara de los Custodios, guardar todos los artefactos que habían causado dolor en el pasado para preservar el delicado equilibro del mundo de los hechiceros.

Ander se internó con pasos decididos en aquella habitación de los misterios, a su parecer más propia de un circo de variedades que de un hechicero serio. Se detuvo un instante antes de llegar junto a la chimenea, algo había llamado su atención por el rabillo del ojo. Allí, posada en un armero, había una lanza que no había visto en ninguna de sus visitas anteriores. Era una lanza negra como la noche, su punta estaba tan afilada que resplandecía y la superficie del metal parecía oleosa. La parte donde mango y filo se unían estaba tallada como la cabeza de un lobo con una luna llena entre las fauces. Por un instante, no supo muy bien porqué, le pareció que la lanza le llamaba. La contempló con el ceño fruncido.

«Chico.»

¿Qué? Había escuchado una voz en su cabeza, estaba seguro. Alguien, una voz susurrante y lejana le había hablado. Antes de que pudiese darse cuenta, se encontró a sí mismo dando un par de pasos en dirección al armero.

—Hijo —la voz de su padre lo sacó rápidamente del ensimismamiento y le hizo dar un brinco.

El viejo estaba allí de pie, con los brazos cruzados tras la espalda y una pipa humeante en los labios.

—Acompáñame, por favor —dicho aquello dio media vuelta y se encaminó hacia la chimenea que crepitaba al fondo de la estancia.

Ander dio un último vistazo a la lanza antes de seguirlo.

—¿Qué… qué es ese arma? —preguntó aturrullado.

Evan llegó hasta los dos sofás que languidecían plácidamente frente al fuego, bajo ellos una alfombra persa dibujaba un tapiz de colores y formas de una intrincada y complicada delicia. El hombre

tomó asiento en uno de los sofás de cuero y le indicó con un gesto a su hijo que hiciese lo propio, este obedeció.

—¿La lanza? —preguntó echando un rápido vistazo atrás—. Me alegro de que lo preguntes, así quizás podamos hablar como corresponde de este asunto.

—Padre…

—No, no —Evan alzó las manos e hizo un gesto pidiéndole silencio—. Por favor, deja que te diga lo que siento que debo decirte, luego podrás estallar como sueles hacer.

Ander suspiró con desgana y enterró la cara entre las manos, ya se estaba arrepintiendo de haber bajado hasta allí.

—Habla.

—Bien —su padre ultimó un par de caladas a la pipa y dejó que el humo se deslizase entre los dos formando una cortina, quizás no verlo con claridad le hacía más sencillo aquel trámite—. Eso de ahí es La Lanza de Gardebius, fue usada hace cientos de años por una cazadora llamada Devorah Sellwood después de que el hechicero renegado Gardebius aniquilase a todo un pueblo entero. Se cuenta que el hechicero usaba magia prohibida para adoptar la forma de un lobo cuyo pelaje eran sombras y hollín y sus ojos eran dos estrellas rojas como la sangre. Una bestia peligrosa, inmisericorde e inmortal.

El muchacho dejó el descontento atrás por un momento y escuchó la historia con atención, todo lo que tuviese que ver con los Cazadores removía algo en su interior que le hacía vibrar de emoción.

—¿Inmortal? ¿Cómo se mata a un inmortal? —preguntó.

—No se les mata —aclaró Evan, dio otro par de caladas y fijó la mirada en el fuego con intensidad—. Devorah talló el arma como un contenedor, asestó un golpe letal y, con su último aliento, maldijo a Gardebius a permanecer en el arma por el resto de sus días.

Ander miró hacía atrás, a la lanza que permanecía allí, inmóvil, muerta. Sintió un escalofrío y le pareció que el arma le devolvía la mirada. Rápidamente negó con la cabeza.

«No seas idiota», se dijo en su fuero interno.

—¿Entiendes la razón por la que guardo la lanza aquí?

—Porque eres un Custodio y tu trabajo es proteger objetos que… —la respuesta de Ander era monocromática y programada, eran las mismas palabras que le había oído pronunciar a su padre cientos de veces.

—No quiero la explicación formal —interrumpió el hombre—.

Quiero que entiendas el verdadero trabajo de un Custodio, quiero que puedas alcanzar a comprender la importancia de nuestra Cámara, de lo fundamentales que somos para el bienestar de nuestra sociedad.

—Soy todo oídos —rezongó el chico sin mucho entusiasmo.

—Somos la primera y última línea de defensa, hijo —y en aquellas palabras había un trazo de algo que su padre nunca dejaba entrever, pasión—. La Alta Magia solo se dedica a sus asuntos, a sus estudios, su trabajo es fundamental para la comprensión del arte de la hechicería y sin ellos mucho de lo que se ha alcanzado durante los años sería una quimera. La Cámara de Cazadores es importante, pero no son más que un montón de sanguinarios hechiceros adictos a la adrenalina que buscan dar rienda suelta a la violencia que supuran. Oh, no, no me mires con esa cara. Es la pura verdad. ¿Son necesarios? Por supuesto, pero su trabajo no es otro que cazar y destruir. Matar es su oficio y quien vive por la espada muere por ella.

—¿Y tu cámara? —se quejó Ander acompañando sus palabras de un gesto de burla—. Solo guardáis trastos y objetos en vuestros despachos viejos y… ¿qué? Esperáis a que los años os hagan el pelo blanco y las arrugas se os coman el rostro. No es la vida que quiero.

—¡Somos algo más que eso! —gritó Evan, enseguida se dio cuenta de que había alzado el tono y guardó silencio, tomó aire, se recostó de nuevo en el sofá y dio un par de profundas caladas. Dejó que el humo volase de nuevo entre ambos—. Muchos de los objetos que hay en mi despacho son dañinos, si se perdiesen tendríamos problemas; si cayesen en malas manos, esos problemas podrían empeorar. Pero hay objetos, hijo, objetos que poseo como Custodio, que en las manos incorrectas podrían ocasionar el peor de los daños. Objetos que podrían destruirnos a todos, que podrían acabar con la magia y que podrían liberar horrores que escapan a la comprensión humana. Aquí yacen llaves que llevan a dioses antiguos y olvidados, criaturas de la sombra, bestias sanguinarias y mapas a lugares que nunca deberían encontrarse. Esa es nuestra función, Ander, proteger el mundo. La Alta Magia organiza y planea desde sus altas torres de cristal, los Cazadores dan el golpe de gracia, pero nosotros, los Custodios, limpiamos la escena, guardamos las pruebas y hacemos que el problema no pueda repetirse jamás. Sin nosotros, nunca habría paz.

Ander guardó silencio. Dejó de mirar a su padre y clavó la vista en las llamas que crepitaban en la hoguera, ardían con la misma intensidad que su pecho en aquel momento. Sin darse cuenta

apretaba los puños y hacía chirriar los dientes. Su estómago era una tormenta, una vorágine de rabia. No entendía porqué tenía que repetir aquella conversación una y otra y otra vez. No entendía porqué se le negaba el derecho a elegir.

Estaba harto.

Se puso en pie violentamente.

—¡No! —gritó, perdiendo por completo las formas—. ¡Eres un viejo que vive encerrado en su despacho guardando objetos que a nadie le importan!

Evan soltó la pipa que se estrelló contra el suelo y esparció sus brasas por la alfombra. Imitando a su hijo, se puso en pie y lo encaró.

—¡¿Con quién te crees que estás hablando?! —increpó clavándole el índice en el pecho al muchacho—. Yo soy Evan Nuévalos, el Hechicero del Albor. Yo luché en los confines de la Sombra para desterrar a la Dama Cuervo, yo cargué el primero contra las huestes de no muertos de Evangeline, yo visité la necrópolis de Ter Valax y sigo vivo para contarlo. Ni por un segundo te permito que me hables así, tú que no eres más que un Clama Tormentas, ¡eres una deshonra para esta familia!

Silencio. Ninguna otra cosa podría haber pesado más que el silencio que reinó tras aquellas palabras. Los dos se sostuvieron la mirada con la intensidad ferviente de un incendio, ninguno parecía dispuesto a dar un paso atrás, a retirar alguna de sus palabras. Y entonces Ander dijo algo que lo empeoró todavía más:

—Si hubieses apreciado a Kalan a pesar de convertirse en Cazador quizás no se hubiese alejado de la familia y hoy estaría con nosotros.

Y dicho aquello se marchó del despacho con el mismo ímpetu de un ciclón. Las olas en el exterior restallaron con más fuerza, un rayo cayó desgarrando las nubes y el trueno rugió al instante.

La tormenta estaba en su punto más álgido.

4

Se despertó como impulsado por un resorte. Estaba empapado en sudor y tenía el pelo erizado por todo el cuerpo. Notaba una vibración en el aire, una cadencia constante que susurraba peligro. Magia, magia peligrosa, magia oscura. Ander salió de la cama de un salto, cogió los vaqueros del suelo y se los puso a toda prisa, hizo lo mismo con las botas y con la primera camiseta que encontró arrugada en la silla del escritorio. Salió al pasillo en posición de batalla, muy similar a la que adoptaría un boxeador, de perfil y con una mano adelantada a la otra, ambas cubriéndole el rostro, pero sin cerrar los puños. Necesitaba los dedos libres para dibujar runas. Echó un rápido vistazo a la oscuridad. Toda la casa estaba sumida en el silencio, no se oía nada más que el murmullo de las olas rompiendo contra el acantilado y el suave quejido de la madera, ni un solo movimiento parecía alterar la paz del lugar, pero la sensación no desistía. Esa vibrante molestia no quería desvanecerse, solo se acrecentaba. Avanzó lentamente por el pasillo, atento a cualquier movimiento. Iba despacio, caminando pegado a las paredes para que así la madera del suelo no crujiese. Era un viejo truco que había aprendido al llegar a casa a altas horas de la madrugada en noches que supuestamente se había pasado estudiando o castigado. Llegó hasta las escaleras que descendían al primer piso, antes de bajar echó un rápido vistazo al fondo del pasillo y vio la puerta del cuarto de sus padres. Valoró la opción de avisarlos, pero la descartó rápidamente. Ni siquiera sabía si ocurría algo o solo se había despertado tras una mala pesadilla, ni siquiera sabía si todo aquello no era más que el producto del estrés de los últimos días. Negó con la cabeza y abandonó la postura de combate. ¿Qué estaba haciendo? Allí no había nada.

Escuchó de pronto el crepitar de la magia e instintivamente se echó a un lado, vio un resplandor rojizo que procedía de fuera y que se filtraba como *flashes* por las ventanas del piso inferior. La sensación de malestar se incrementó y le retorció las entrañas hasta dejarlo sin aliento. Un rugido estalló en la noche y, como si respondiese al rugido, la tormenta se acrecentó. La lluvia se volvió torrencial, repiqueteaba sobre el techo y bañaba las ventanas.

«Por la magia crepitante…» pensó Ander con el corazón encogido.

La puerta de la habitación de sus padres se abrió con un estallido y Evan salió del interior vestido con su pijama blanco con rebordes negros, al menos había tenido la decencia de quitarse el sombrero que completaba el conjunto.

—¡Escóndete, Ander! —gritó su padre para hacerse oír por el creciente estruendo, era como si balas de plomo cayesen sobre el techo.

—¿Qué está pasando?

—¡Escóndete! —insistió su padre.

Algo impactó contra la puerta de entrada, la fuerza del golpe la sacó de las bisagras y la puerta se estampó contra el suelo derribando la mesa del salón. Un montón de bolas decorativas y un jarrón se esparcieron por el suelo tintineando y añadiendo su griterío a la tormenta. Un relámpago iluminó la noche y marcó la silueta de algo que se colaba por el umbral destrozado. Era una criatura de las sombras, un devorador abisal, Ander los había estudiado por si algún día entraba en la Cámara de Cazadores. La bestia era parecida a un pez abisal corriente, un apéndice que terminaba en una pequeña chispa de luz emergía de su cabeza y acababa justo delante de una enorme boca llena de afilados y letales colmillos, pero aquello solo era el principio. Esta bestia medía más de dos metros de largo y se sustentaba sobre cuatro patas acabadas en garras, su cuerpo estaba cubierto de escamas azuladas y verdosas y de su espalda emergía una aleta grande y roja que vibraba con la emoción de la cacería. Una cola retorcida y fina remataba el conjunto y al final de ella un aguijón se balanceaba buscando una presa. El devorador abisal se internó en el salón con la cabeza gacha y movimientos lentos, como si fuese un león acechando a su presa, no tardó en localizar a Ander al final de las escaleras y abrió la correosa boca para mostrar sus colmillos capaces de cercenar un brazo de cuajo. Una atronadora tormenta de relámpagos comenzó a formarse entre las fauces de la criatura.

El Clama Tormentas reaccionó al instante, todo su cuerpo impulsado por el subidón de adrenalina que lo invadió. Dibujó tres runas con su mano izquierda y las unió formando un triangulo. Una descarga de rayos emergió de entre sus dedos e impactó con la que la criatura lanzaba en ese momento. Las atronadoras fuerzas se encontraron a medio camino y estallaron por el salón destrozandolo todo y dejando madera quemada a su paso. Ander trató de mantener el control, pero la criatura era más fuerte y su descarga empezó a ganar terreno. El chico desactivó el conjuro y se zambulló por el suelo, rodó y se estampó contra algo, no supo que era, pero

escuchó el estruendo de algo pesado rompiéndose.

—¡Ander! —gritó su padre.

Abrió los ojos y vio al viejo Custodio corriendo hacia las escaleras, trazaba runas en el aire mientras corría y las activaba sobre la marcha. Su destreza era increíble, sus movimientos eran fluidos como el agua y su precisión en las runas era la de un escritor que lleva toda su vida entrenando como escribir una sola letra. Las runas se incendiaron a su paso. Ander pudo reconocer varias: *Eir*, escudo. *Athos*, armadura. *Idra*, arma. La magia estalló y crepitó y alrededor de su padre se formó una armadura de energía azul y en sus manos se materializó un sable de niebla. Otro estallido de rayos alcanzó el piso superior, pero el escudo de Evan bloqueó el impacto y ni se inmutó. Su padre saltó por la barandilla hacia el piso de abajo y el baile empezó con la criatura de las sombras.

Ander tardó unos segundos en recuperar el aliento y ponerse en pie. No pensaba quedarse allí tirado sin hacer nada. Trastabilló un poco hasta llegar a la barandilla y poder sujetarse. En el piso de abajo el devorador abisal siseaba y lanzaba dentelladas intentando derribar al hechicero, pero este lo mantenía a raya con una maestría que Ander jamás hubiese imaginado en su padre. De pronto, el pijama ridículo ya no le importaba tanto, solo podía ver la brillante armadura mágica y el arma que empuñaba el viejo, runas poderosas. Runas que él ni podía soñar con activar.

Un grito lo sacó de sus pensamientos y le devolvió a la realidad. La casa estaba bajo asedio. El grito venía del cuarto al fondo del pasillo. Ander echó un último vistazo a su padre que tenía la situación bajo control y salió corriendo. Entró en el cuarto de sus padres con el ímpetu del combate palpitando en sus sienes. Vio al instante a su madre agazapada en una esquina, cubriéndose el rostro con las manos y gritando. La ventana de la habitación estaba rota y los cristales se extendían por el suelo como una trampa mortal. Ander vio a una figura recortada por la escasa luz que entraba por la ventana rota. Parecía la figura de un hombre muy alto y de complexión fuerte. Iba encapuchado, pero por la oscuridad de la capucha emergía el cráneo de un ciervo con una enorme cornamenta.

Ander no sabía qué era aquello, pero no dudó ni un instante en colocarse frente a su madre y dibujar de nuevo la runa de rayo. Fue a insuflarle magia cuando la criatura levantó una mano huesuda y la cerró en un puño. La runa se arrugó en el aire, como si fuese una bola de papel y luego desapareció. Ander lo intentó de nuevo, el resultado fue el mismo. Miró a la bestia, estaba confundido y

asustado, pero se negaba a dejarse llevar por el miedo. Una risa macabra y oscura emergió de la capucha y rebotó en el cráneo de ciervo confiriéndole una profundidad terrible. El Clama Tormentas tragó saliva y retrocedió un paso.

Otro rayo partió la noche y el destelló lo cegó por un instante. Cuando abrió los ojos de nuevo la criatura estaba frente a él. Lo contemplaba con sus cuencas vacías, exudaba frío, un frío antinatural y terrible que se colaba hasta los huesos y hacía castañear los dientes. Ander intentó conjurar de nuevo. En un movimiento tan veloz como un pestañeo la criatura le cogió de la muñeca impidiéndole conjurar. La fuerza de aquella cosa era sobrehumana, creyó que le iba a partir el brazo mientras se lo retorcía. Ander dejó escapar un gemido de dolor y sus piernas le fallaron cayendo de rodillas. La criatura volvió a hacer ese sonido que parecía una risa perversa.

—Yo soy El Saqueador —anunció una voz sepulcral y terrible que parecía provenir del mismísimo infierno—. Apártate.

El Saqueador lo empujó a un lado en un gesto que pareció casual, pero Ander voló dos metros hasta estamparse contra la pared contraria. Escuchó todos sus huesos crujir y un estallido de dolor sacudió su espalda. Cayó al suelo como un saco y allí se quedó, retorciéndose de dolor.

—¡Ander! —escuchó que gritaba Iris, pero la oía lejana, como si la escuchase a través de un manto de agua—. ¡Ander!

El llanto de su madre le heló la sangre y le hizo volver a aquel cuarto. Abrió los ojos justo para ver como la criatura agarraba a la mujer del cuello y la alzaba en volandas, ella gritaba y se retorcía, lanzaba patadas al aire, pero nada de lo que hiciese parecía poder sobreponerse a la fuerza inhumana de aquel ser. Ander apretó los dientes y se levantó. Trazó a toda velocidad una runa en el aire. El Saqueador, sin siquiera observarlo, cerró la mano que le quedaba libre y la runa se deshizo como todas las anteriores.

Ander sonrió. Había trazado otra runa a su espalda con la mano izquierda, la activó. Sintió como la runa robaba magia de su interior y de pronto una bola de crepitantes rayos se formó en su puño izquierdo y fue extendiéndose por su brazo cubriéndolo de una tormenta que crepitaba sobre su piel.

Raik. La runa de rayo. Su especialidad, su único talento. Él era un Clama Tormentas, como siempre se empañaba en recordarle su padre.

Bien, pues era hora de desatar una.

***

Evan afianzó el agarre sobre su sable de niebla. La criatura no se detenía en su ataque feroz, pero el hechicero había conseguido descifrar el patrón de movimientos del devorador abisal y conseguía repeler los golpes o mantenerse a la distancia adecuada. La bestia siempre se abalanzaba primero intentando agarrar a su presa a dentelladas, si eso fallaba intentaba alcanzarlo con el aguijón, ahí era cuando el Custodio retrocedía o desviaba la cola usando escudos mágicos. No podía permitirse ni un roce de aquel aguijón que supuraba veneno o la pelea acabaría.

Escuchó los gritos en el piso superior, escuchó el revuelo, los golpes, la ventana estallando y el miedo anidó en su corazón, pero sabía que no podía hacer otra cosa que continuar peleando aunque la preocupación lo estuviese desgarrando por dentro. El devorador atacó de nuevo saltando por encima del sofá y abalanzándose sobre el hechicero con las garras por delante. Evan rodó por el suelo para esquivar la acometida y mientras lo hacía dibujó cuatro runas formando un cuadrado. El conjunto se componía de dos runas iguales en cada esquina opuesta.

Dos runas de *Ekre*. Paralisis. Dos runas de *Ur*. Tierra.

El suelo bajo el devorador se retorció, crujió y se resquebrajó. Cuatro pilares de tierra surgieron de abajo destrozando el parqué y se retorcieron como entes con vida propia hasta formar una jaula que atrapó a la criatura. La bestia siseó y se retorció con violencia haciendo que los pilares temblasen y empezasen a resquebrajarse. Evan corrió hacia ella dispuesto a ensartarla con su sable, pero la bestia leyó sus intenciones y le lanzó un aguijonazo entre los barrotes.

El hechicero se detuvo en seco e intentó invocar un nuevo escudo. Demasiado tarde.

«Descuidado», pensó mientras el aguijón atravesaba su armadura mágica y rasgaba su carne. El dolor lacerante le hizo trastabillar y quedarse sin aliento. El devorador tiró de su aguijón y se lo sacó de golpe, dejando tras de sí un boquete en su carne que supuraba líquido negruzco y un reguero de sangre por el suelo. El Custodio miró la herida.

«Has sido descuidado», se reprendió de nuevo.

¿Pero quién podía culparlo? Aquel ataque lo había pillado por sorpresa. Nadie asaltaba la casa de un Custodio, nadie podía saltarse las protecciones de su cámara personal. ¿De qué servía entonces todo aquello?

Evan sacudió la cabeza para luchar contra el adormecimiento del veneno que ya corría a toda velocidad por sus venas. Parpadeó varias veces hasta que su vista se enfocó de nuevo. Tenía que aguantar. Su familia estaba en peligro.

Vio al devorador destrozando los barrotes de tierra y saliendo de la jaula con un rugido triunfal. Acumuló rayos en la boca y los lanzó contra el hechicero. Evan dibujó y activó una runa *Ur*. Tierra. Hizo que el suelo bajo él se levantase formando una pantalla que detuvo los rayos. El Custodio utilizó el parapeto para apoyarse un momento y tomar aire.

Vio su salón. Su casa. Los sofás estaban derribados y rasgados, su relleno esparcido por todas partes como grandes copos de nieve. La mesa estaba destrozada y astillada, el suelo cubierto de cristales, trozos de jarrón y los cuadros que se habían desprendido de las paredes. Las ventanas habían estallado hacia dentro. Una foto familiar yacía rota junto a todo lo demás. Era terrible. Alguien había convertido su hogar, su lugar, en un campo de batalla. Una rabia incandescente y primaria estalló en su interior.

Con las manos temblorosas por el veneno dibujó las runas *Ur* y *Ahtos*, unidas en un circulo. Las imbuyó con magia y toda su piel empezó a recubrirse de roca solida. Empezó despacio, con una rigidez en los dedos que casi no le permitiría conjurar, poco a poco se fueron petrificando y la roca, como si fuese una segunda piel, se fue deslizando por su muñeca, su antebrazo, sus hombros y así continuó hasta cubrirlo entero. Incluso petrificó la herida dejada por el aguijón. Cuando terminó, todo él se había convertido en una estatua viviente. Intentó moverse, su cuerpo era pesado y torpe y tardó unos segundos en acostumbrarse, con cada paso levantaba una nube de polvo y pequeñas piedras se desprendían de su cuerpo.

Salió de su cobertura, el devorador lo estaba esperando y se abalanzó sobre él con la velocidad de un cazador hambriento. El pesado cuerpo de la bestia lo derribó. El devorador lo apretó contra el suelo con sus patas delanteras y atacó con el aguijón, pero la punta se rompió al encontrarse con la dura piedra. La bestia aulló de dolor. Evan cogió la pata de la criatura para evitar su retirada, alzó su sable de niebla y de un tajo lo hendió entre las escamas de la bestia. Los aullidos de dolor se intensificaron. El hechicero sentía como todo le daba vueltas, su visión se nublaba por momentos, pero la tensión de la batalla se sobreponía por encima de todo lo demás. Dejó de escuchar los gritos de dolor del devorador, dejó de escuchar el combate que tenía lugar en el piso de arriba, dejó de escuchar incluso la tormenta que arreciaba en el exterior. Golpeó de nuevo.

El sable se hundió más en la pata de la bestia. El devorador luchaba por retirarse, pero la presa del hechicero era férrea y pesada. Otro tajo. Otro y otro. El aguijón impactó de nuevo contra su pecho de roca inútilmente. Los dientes de la bestia se intentaron clavar en su cara, pero no encontraron más que una inexpugnable fortaleza.

El sable de niebla rajó la carne y la garra se desprendió de la pata. El devorador se retiró aullando, con los ojos muy abiertos y la brillante luz de su antena parpadeando. La criatura de las sombras se refugió en una esquina del salón, lloriqueaba como un perro herido y en su mirada oscura podía verse un miedo visceral.

Evan se puso en pie lentamente dispuesto a terminar el trabajo. Sentía todo su cuerpo bajo el peso de un enorme yunque, sus músculos querían ceder, sus piernas querían tirarle al suelo y su cabeza no dejaba de dar vueltas.

«Acábalo», se dijo en su fuero interno. «Acábalo.»

Dio un paso que se sintió como un millón. Luego otro y otro. El devorador se encogió sobre sí mismo y enseñó los dientes, dientes que ya nada podían hacer contra el hechicero. Evan llegó hasta la bestia, convertido ahora en cazador y no en presa. Alzó el sable de niebla.

«Acábalo.»

Hundió el arma en la cabeza del ser, la hundió hasta el mango. La niebla que componía el arma atravesó las escamas como si no fuesen más que una ligera molestia. El devorador se retorció unos segundos, coleteó y dio un par de patadas al aire antes de dejar de moverse para siempre.

Evan deshizo la magia y la roca que cubría su piel se fragmentó y empezó a desprenderse de su cuerpo. Respiró profundamente como si acabase de salir a la superficie después de bucear por un largo tiempo. Se sintió liviano, aunque su cabeza seguía abotargada y amenazaba con perder el conocimiento en cualquier momento.

Escuchó otro grito en el piso de arriba.

Se giró para encarar las escaleras y dio un paso hacia ellas, pero justo en ese instante advirtió que alguien entraba por el umbral que antes era la puerta de su casa. Adoptó rápidamente una posición de combate, con el sable ante él, dispuesto para atacar y defenderse. Entre la neblina borrosa que era su visión, advirtió la inconfundible silueta de un hombre. Parpadeó un par de veces hasta que su vista se enfocó mostrando al visitante inesperado.

Un gesto de sorpresa se dibujó en el rostro de Evan. Lo conocía. Los años habían sido crueles con aquel hombre, pero sus facciones eran reconocibles bajo el manto de arrugas que había dibujado el

tiempo. Sus ojos seguían siendo de un azul profundo y oscuro y su mirada seguía teniendo aquel mismo aspecto desangelado y esquivo. Su mentón parecía estar hecho de acero y una barba descuidada lo cubría, una nariz ancha y de tabique prominente aguantaba unas gafas redondas. Llevaba el pelo largo y rubio echado hacia atrás y recogido en una coleta, aunque dos mechones canosos se escapaban y caían por su rostro marcado por el tiempo. Vestía una chaqueta de *tweed* color beige con coderas y unos pantalones marrones anchos que acababan en dos zapatos de piel cubiertos del barro del exterior.

—Cadeus… —susurró Evan con la voz entrecortada.

Cadeus parpadeó un par de veces, como si el escuchar su nombre hubiese despertado algo en él. Por un instante, solo uno, miró al Custodio a los ojos y luego volvió a desviar la mirada, como si le quemase.

—Evan —acompañó el saludo de un asentimiento.

—¡Por la magia crepitante! —exclamó el Custodio—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Lo que debo hacer —contestó el intruso, su voz era apenas un susurro, casi inaudible—. Es su momento, por fin. Ella volverá. Lleva mucho tiempo preparándome para ello.

—¿Ella? —Evan frunció el ceño, intentó seguir en pie pero las piernas le fallaron y se fue de rodillas contra el suelo. El veneno ya se había extendido y no pensaba darle ni un segundo más de tregua. La cabeza le daba vueltas. Su visión se perdía en un túnel blanquecino. Iba a desmayarse—. ¿Cómo…?

Escuchó unos pasos lentos que se se aproximaron hasta su posición. Sintió la presencia de Cadeus a su lado, lo sintió arrodillarse junto a él aunque ya no pudiese verlo. Le cogió de las mejillas y apretó.

—Ella, Evan —afirmó, su voz convertida en una súplica furiosa —. Ella necesita un cuerpo y yo debo proporcionárselo.

—No…tú te quedaste…allí…—alcanzó a susurrar el Custodio.

—Sí. Estaba, pero ya no. Quiero la llave, Evan. Sé que la tienes —había resentimiento, odio en aquellos susurros lejanos—. Me sorprendió descubrir que te habías convertido en Custodio, luego entendí que te sentías responsable de la llave. ¡De mi llave!

—Nunca fue tuya.

Cadeus apretó la presa sobre sus mejillas haciéndole daño.

—Tú tenías que encargarte de todo, ¡pues mira lo que te ha traído eso! Abre tu cámara, Evan, dame la llave.

—No.

—¡Ábrela! No me obligues a hacerte más daño…—un instante de silencio—. O te haré sufrir de verdad.

Evan intentó decir algo más, pero no le quedaban fuerzas. La oscuridad vino a por él.

***

Ander lanzó un puñetazo atronador. Los rayos recorrían sus brazos como serpientes que se enroscaban sobre él, le daban vida, le daban velocidad, poder, rapidez. Era como si él mismo se transformase en la tormenta. El Saqueador se echó para atrás esquivando el golpe, soltando a Iris en el proceso. Ella cayó de bruces contra el suelo. El Clama Tormentas se concentró en su presa, saltó por encima de la cama y descargó otro puñetazo sobre la criatura. El Saqueador trató de detener su golpe con su mano esquelética.

«Error.»

Ander descargó una oleada de rayos desde su puño y la estampida de energía estalló directamente en la mano de la bestia. Rayos relampaguearon dentro de la habitación cegando por un instante a todos en su interior. Cuando la centelleante luz cesó, Ander pudo ver el humo saliendo de la mano destrozada de su enemigo, los huesos que lo conformaban se habían ennegrecido y la raída túnica todavía brillaba en sus bordes como brasas ardientes. Las risas cesaron y el cráneo de ciervo se ladeó para observarlo con algo parecido a la curiosidad.

Ander apretó los puños. La adrenalina de la batalla le hacía latir el corazón con fuerza, podía escucharlo bombeando, inundando sus sienes. Estaba sediento de batalla y los crepitantes relámpagos que recorrían todo su cuerpo no le permitirían detenerse.

Cargó de nuevo, gritando. El Saqueador no retrocedió y salió a su encuentro. Chocaron en el medio de la habitación, el impacto hizo saltar la lámpara de la mesita de noche, destrozó un espejo y varios rayos descontrolados impactaron contra la madera dejando negror a su paso. El Clama Tormentas desvió un golpe de su enemigo, lo agarró por la cintura y corrió hacia la ventana. Quería llevar la batalla a su terreno.

Monstruo y muchacho salieron volando de la casa y se internaron en la tormenta que arreciaba fuera. Cayeron sobre el barro y rodaron convertidos en un amasijo de puñetazos y patadas. Chocaron contra una piedra y se separaron rodando. Ander perdió

la noción de lo que era arriba y abajo hasta que se encontró a sí mismo con la cara enterrada en la mugre. La lluvia mojaba su ropa y los truenos partían el cielo como si hubiese llegando el fin del mundo. A pesar del dolor que atenazaba su cuerpo, sonrió. Se puso en pie de un salto. Un rayo iluminó la noche y vio la silueta de su enemigo de pie a unos metros más allá, estaba quieto.

—Debo reconocer que te he subestimado —dijo El Saqueador inclinando levemente la cabeza—. Esta será una batalla gloriosa.

Ander soltó una carcajada llena de socarronería y se crujió los nudillos mientras los relámpagos de su cuerpo seguían ondeando por su piel.

—No —contestó—. Va a ser rápida, sucia y va a acabar muy mal para ti.

Cargó de nuevo contra su enemigo, impulsado por la magia de *Raik*. Lanzó un par de puñetazos cargados de energía, pero la bestia los esquivó balanceándose con gracilidad para un lado y para otro. Ander rugió y siguió atacando, cada uno de sus golpes tenía la misma potencia que un cañonazo, pero no conseguían impactar. El Saqueador retrocedía y se movía con la ligereza del viento, aprovechó un descuido en sus defensas para asestarle un golpe con su mano huesuda. El impacto apenas le rozó, pero Ander salió despedido veinte metros para atrás y rodó por el barro de nuevo.

Tardó unos segundos en recomponerse. Se incorporó lentamente. Escupió una flema sanguinolenta que se perdió en un charco y se limpió la sangre de sus labios con el dorso de la manga. Miró a su rival con rabia hirviendo en los ojos. Gritó. Un trueno le devolvió el grito, un rayo estalló en las alturas y cayó sobre él uniéndose a la tormenta que ya azotaba su cuerpo.

Cargó otra vez y la bestia fue a su encuentro. El impacto de las dos fuerzas creó ondas en el barro y levantó piedras que salieron volando en todas direcciones. La danza comenzó de nuevo, Ander peleaba con la atronadora pasión de la tormenta, su movimientos eran arriesgados, pero no daban tregua. El Saqueador se movía con aquella velocidad sobrenatural y cada roce suyo se sentía como un martillo. El joven Clama Tormentas sabía que no podía contener todo aquel poder durante mucho tiempo pues sus reservas mágicas no eran muy amplias, por eso peleaba con la ansiedad desgarrando su pecho. A cada golpe que impactaba contra la nada se desesperaba más y más.

Ander lanzó dos violentos puñetazos, la criatura los esquivó e intentó rozarlo con los dedos de la única mano que le quedaba, el Clama Tormentas se echó para atrás evitándolo por los pelos. Y vio

su oportunidad. En una llave rápida agarró al Saqueador de la muñeca y le bloqueó la huida. El cráneo de ciervo se levantó violentamente y le dedicó una significativa mirada con sus cuencas vacías. Ander sonrió. Gritó. Gritó con toda la fuerza de la tormenta. Lanzó un puñetazo con su mano libre y puso en él toda su rabia, toda la magia y toda la electricidad que sacudía su alma. Su puño crepitó mientras se electrificaba, la piel se volvió azulada y una estampida de rayos se juntó entre sus dedos.

El impacto fue atronador. Destructivo. Ander no dejó de gritar mientras sentía como toda la tormenta le abandonaba y destrozaba a su enemigo. Para cuando terminó, del Saqueador no quedaba más que el humeante brazo que Ander tenía cogido, el resto del cuerpo se había volatilizado.

«Jódete», pensó.

En aquel mismo instante, toda la adrenalina, todo el impulso mágico y toda el ansia de batalla desaparecieron de su cuerpo. Cayó de rodillas. Poco a poco, empezó a ser consciente del dolor y el entumecimiento que se habían hecho dueños de su cuerpo. Cerró los ojos. Notó el mundo girar a su alrededor, le pesaban los párpados, la dulce inconsciencia quería apoderarse de él.

«No».

Sabía que el trabajo no había terminado, estaba lejos de hacerlo. Se dio un tortazo en la cara para recomponerse y quitarse de encima la neblina mental que la resaca mágica traía consigo. Soltó el brazo del Saqueador, se dio la vuelta y echó un vistazo a la entrada de su casa. De su hogar. La puerta ya no existía, el umbral estaba arañado y roto. Pensó en el devorador abisal y en su padre. Corrió hacia allí.

5

Despierta —la voz llegaba distorsionada por capas y capas de dolor—. Despierta, no tenemos tiempo.

«No, no despiertes.»

—Despierta, Evan —palabras lejanas, susurradas a océanos de distancia—. Tienes que hacer esto, no hay más remedio.

«Sigue en la oscuridad, no te despiertes, no cedas».

—Voy a curarte, pero va a doler un poco. Lo siento.

Dolió. Sí que dolió, como un hierro candente sobre su herida. Casi pudo oler la pestilencia a carne quemada. Apretó los dientes y trató de aguantar el tipo, pero era demasiado. Fuego sobre su piel. Gritó de dolor y lágrimas escaparon de sus ojos. Volvió a la realidad. Estaba de rodillas en su sótano, frente a la puerta de piedra que daba acceso a su cámara. Frente a él, Cadeus había dibujado un entramado circular de runas interconectadas, era una obra increíble, compleja, llena de escarpadas aristas y círculos dentro de círculos y runas sobre runas.

Alta Magia.

«¿Cómo?», se preguntó impresionado. Cadeus nunca había llegado a entrar en La Academia, no podía conocer… o sí.

Las runas brillaban con intensidad y dibujaban una línea rojiza que iba hasta su hombro. Evan la siguió y vio que la herida del aguijón se estaba cerrando y el veneno salía de ella a borbotones, abandonando su cuerpo y su mente.

«Brillo rojo», pensó sintiendo un escalofrío.

La magia corrupta por las sombras, la magia oscura era la única que brillaba con ese color. Quiso decir algo, poner en palabras las cientos de preguntas que acudían a su cabeza, pero el dolor se lo impedía. No podía hacer otra cosa que apretar los dientes y los puños. No podía parecer débil, no frente a un enemigo capaz de blandir Alta Magia. El hechizo se prolongó durante unos segundos más hasta que la herida se cerró y las runas se deshicieron en el aire como hebras de plata. Evan seguía de rodillas y sentía todo el cuerpo cansado y dolorido como si lo hubiesen molido a palos, pero la herida y el veneno se habían esfumado para siempre. Ni siquiera quedaba cicatriz.

—Ahora, abre la puerta —imploró Cadeus en un desesperado susurro.

—No pienso abrir mi cámara —sentenció el hechicero con determinación férrea—. Sabes que no lo haré, la puerta de un Custodio siempre permanece cerrada.

—¡Agh! —gritó Cadeus mientras daba un paso a un lado y a otro en un gesto nervioso y frenético, se retorció las manos con insistencia y miró a todas partes como si esperase encontrar algo—. No lo entiendes, no, eres incapaz. Ábrela o tendré que hacerte daño.

—Mátame si quieres. No la abriré. Jamás.

Cadeus empezó a caminar delante de su presa como si fuese un león encerrado, de vez en cuando se detenía y dejaba caer todo su peso sobre los talones y se balanceaba un par de veces. Todo en él destilaba una tensión nerviosa y extraña. Tras unos segundos, Cadeus se abrió la chaqueta y de su interior extrajo un vial lleno de un remolino negro, lo estampó contra el suelo y el humo creció y se estiró hasta adoptar la vaga forma de una enorme araña, sus ocho ojos eran pequeñas luces incandescentes que se movían con la misma volatilidad que el resto del conjunto. La visión del ser era terrible y estremecedora. Evan solo había visto aquellas arañas en un lugar y el recuerdo no era nada agradable.

Ter Valax.

—¿Por qué? ¿Por qué te obedecen las criaturas de la Sombra? —inquirió harto de todo aquello—. ¿Acaso has sido manchado por la oscuridad, Cadeus? ¿Por qué quieres abrir la puerta?

—¡Ella me ha dado una misión! —gritó Cadeus de pronto, perdiendo por completo los papeles y, por primera vez, mirándolo a los ojos directamente—. Ella necesita un cuerpo de mujer.

—Iris —el nombre de su mujer acudió a su boca al instante—. Como le pongas un dedo encima…

Evan dejó la frase inacabada sabiendo que no tenía fuerzas para cumplir amenaza alguna. La ira le retorcía las entrañas. Cadeus no dijo nada, se tomó un momento para abrocharse de nuevo la chaqueta de *tweed*, arreglarse los puños y repeinarse hacia atrás los mechones rebeldes que escapaban de su coleta. Carraspeó un par de veces y volvió a su estado de serena y antinatural rectitud.

—Disculpa el exabrupto —susurró—, no era mi intención. Comprendo que todo esto puede ser un poco confuso, pero le debo una vida de servidumbre a quien me salvó del lugar en el que vosotros me abandonasteis.

—Fuiste tú quien quiso quedarse —masculló Evan—. Lo sabes.

Otro acceso de ira pareció estar a punto de estallar en su enemigo, pero lo controló después de volver a arreglarse los puños de la chaqueta y respirar hondo.

—Sueño con ella todas las noches —dijo, cambiando de tema e ignorando al Custodio—. Lo sigo haciendo, me habla en esos… sueños. Me habla sobre la tortura y el dolor que sufre en el corazón de la oscuridad, me suplica que la saque de allí. No puedo quedarme de brazos cruzados, Evan, no cuando ella fue la que me salvó.

—Sabes lo que habita ahí dentro —trató de razonar el hechicero —. Es el propio corazón de la oscuridad lo que te está hablando, no puedes ceder.

—¡No! Ella no es oscuridad Evan, ella es luz. Ella elimina el dolor.

El humo que conformaba la araña se estremeció y bailoteó hasta que la figura cuasi espectral encaró las escaleras del sótano. La bestia emitió un siseo leve y constante.

—¡Papá! —gritó una voz mientras unos pasos empezaban a bajar hacia el sótano.

«¡No!»

—¡Huye, Ander! —gritó Evan con todas sus fuerzas.

Los pasos se detuvieron.

—Ve a por él —susurró Cadeus.

Y la araña salió despedida como si fuese un mota de humo volando a través de ráfagas de viento.

—¡Corre! —gritó de nuevo el Custodio.

Tarde. Se escuchó un desgarro, como dientes hendiendo carne, un grito de dolor y una maldición entre dientes, luego un golpe seco y nada más. La araña volvió, sus ocho patas traqueteando contra el suelo como si fuesen completamente solidas. De su parte trasera emergía un grueso hilo negruzco que acababa en el pie de Ander, el chico estaba como ido, balanceaba la cabeza a un lado y a otro y sus ojos permanecían entrecerrados. La araña lo arrastró hasta llegar a la altura de los dos hechiceros. A Evan el corazón se le hundió hasta el estómago al ver así a su hijo, tenía dos heridas perfectamente circulares en el cuello donde la bestia había inyectado el veneno. Cadeus se acercó hasta el muchacho y se arrodilló a su lado.

Evan no pudo soportarlo más, intentó ponerse en pie a pesar del dolor y el abotargamiento de sus músculos. Estaba dispuesto a luchar. Cadeus tenía otros planes para él. Sin siquiera mirarlo o cambiar el gesto impertérrito de su rostro, dibujó las runas *Ur*, piedra, y *Eska*, parálisis, y las conectó con una línea. Dos grilletes de piedra se crearon en las muñecas de Evan. El Custodio intentó contrarrestar el hechizo, pero se sentía lento, pesado y demasiado

viejo.

Por la magia crepitante, nunca se había sentido tan mayor.

Sus manos no pudieron hacer nada antes de que los grilletes le encadenasen y su peso lo derribase al suelo. La caída le destrozó las lumbares y le hizo perder el aliento, se sintió patético y débil allí tirado, contemplando como el maldito intruso examinaba a su hijo como si fuese alguna clase de herramienta.

—¡Aléjate de él! —gritó.

Cadeus asintió varias veces como si estuviese pensando en algo. Luego le dio un par de palmadas gentiles en la cara al chico.

—¡No lo toques!

Ignorándolo por completo, se puso a dibujar un círculo de runas, de nuevo Alta Magia. Evan se retorció intentando librarse de los grilletes que lo apresaban, pero nada pudo hacer. Sin las manos libres para dibujar runas aquel combate había acabado antes de empezar.

«¡Joder!»

El círculo rúnico que había conjurado Cadeus se activó y, como hiciese antes con él, empezó a drenar la sangre de la herida de Ander. Evan no pudo evitar sentir algo de alivio. Cuando todo terminó y el sortilegio de deshizo, el chico tosió un par de veces mientras recuperaba la conciencia. Al abrir los ojos y ver ante él a la gigante araña de humo y al tipo de la chaqueta de *tweed* se asustó y retrocedió arrastrándose por el suelo.

—No… no… chico, para —susurró Cadeus, implorando—. No me obligues a hacerle daño a tu padre.

Ander reparó por primera vez en él y Evan no se sintió capaz de mirarle a los ojos. No podía con la vergüenza de sentirse derrotado, no ante su hijo.

—Papá…¿Qué…?

—Chico, chico, escucha, solo necesito que abras la cámara de tu padre, seguro que tienes acceso.

—¡No! —gritó Evan retorciéndose—. Ni se te ocurra, Ander.

—¡Ya es suficiente! —contestó Cadeus perdiendo de nuevo los papeles, tras ello carraspeó y se colocó bien el pelo—. Disculpad. Solo estoy pidiendo algo muy simple, pero creo que no se me está tomando en serio. Muérdele.

La araña de humo se deshizo y un segundo después apareció tras Evan. El viejo hechicero sintió aquellos incisivos clavándose en su carne, abriéndose paso por su brazo e inyectándole un veneno ardiente, fue como si un incendio se desplegase por su torrente sanguíneo. Apretó los dientes, no quería gritar, pero no pudo evitar

gemir cuando la araña sacó los colmillos de golpe. Ni un segundo después empezó a sentir como el mundo a su alrededor se oscurecía.

—¡Papá! —escuchó como gritaba Ander.

El chico trató de conjurar una runa *Raik*, a pesar de que no fuese un hechicero completo, a pesar de que solo pudiese activar una runa, era muy bueno conjurando el rayo. Estaba orgulloso de él y ahora sentía que se había comportado como un viejo gruñón.

Había sido demasiado estricto. Sus miedos le habían impedido aceptar a su hijo como era y había intentado obligarlo a tomar un camino que no le correspondía. Lo sabía perfectamente, el corazón de un Clama Tormentas jamás podría domarse y doblegarse al estudio y la paciencia necesarias para un Custodio.

Qué estúpido había sido. Estúpido viejo. Se prometió a sí mismo que, si salía de aquella, dejaría a Ander convertirse en Cazador. Lo prometió por la magia crepitante y por el Archicustodio.

«Por favor, que no le pase nada al chico.»

No supo que pasó, todo era una neblina que se iba oscureciendo, pero era obvio que la runa de Ander no había funcionado o no había sido suficiente. ¿Cómo iba a serlo? Si Cadeus manejaba los entresijos de la Alta Magia no había nada que un uniruna pudiese hacer.

—No vuelvas a intentarlo o tu padre muere —escuchó la sibilante y horrible voz de aquel hombre que le había destrozado la vida en solo una noche—. El veneno que corre ahora por sus venas lo matará en un minuto más o menos, puedo deshacerlo como lo he hecho contigo, pero tienes que colaborar.

«No», quiso decir Evan, pero su voz ya no le pertenecía, se hundía en la oscuridad.

Silencio.

«No caigas en la trampa», imploró, «no abras la cámara de un Custodio».

Más silencio.

—El tiempo corre.

—No, él no querría…—la duda se deslizaba en las palabras de su hijo.

—Entonces morirá.

«Sí, prefiero morir.»

—No —sentenció Ander—. Sálvalo.

—¡Abre la cámara! —gritó Cadeus.

«No.»

—No.

—Veinte segundos. Dile adiós a tu padre.

«Adiós, Ander.»

—¡Para! La abriré.

«No.»

Escuchó como los resortes defensivos de la puerta que custodiaba su cámara se ponían en marcha. Escuchó como las runas aceptaban a Ander y como el portal se abría para dejarle pasar. Entonces, el inequívoco chasquido de alguien cruzando.

«No, no, no, no, hijo…¿qué has hecho?» Evan quería gritar, desgañitarse y llorar.

Escuchó un par de pisadas que se detuvieron delante de él y dos manos frías y sudorosas que lo agarraban del rostro. La frente de Cadeus se apoyó en la suya, como en un extraño y retorcido gesto de cariño.

—Adiós, viejo amigo, gracias por guardar la llave para mí, de verdad.

«Hijo de puta», el viejo hechicero quiso gritar, quiso conjurar y luchar, quiso clavarle su espada de niebla a aquel mal nacido. Pero no pudo hacer nada.

Escuchó como otra persona atravesaba el portal y después solo hubo silencio. La oscuridad lo envolvió lentamente, sus pulsaciones empezaron a descender y el silencio reinante lo arropó como si fuese un bebé que se fuese a dormir. Sintió una extraña calidez y comodidad. Ya había acabado todo. Al menos para él.

«Por favor, que no le pase nada al chico.»

***

Ander apareció en la cámara de su padre, pero esta vez nadie le esperaba al otro lado, el fuego de la chimenea estaba apagado y el lugar estaba cubierto de una penumbra solo interrumpida por el portal que crepitaba a su espalda. La magia restalló y otra figura atravesó desde el otro lado, por un segundo el muchacho guardó la esperanza de ver aparecer a su padre, pero no. Claro que no. El que apareció en el despacho era el extraño tipo que parecía sacado de una convención de testigos de Jehova. Junto a él viajaba la enorme araña de humo. Ander no había visto una criatura así jamás, pero tenía claro que era un ente peligroso, su mordedura le había incapacitado en solo un segundo.

—¿Y mi padre? —preguntó intentando sonar impasible, pero

tuvo la sensación de que el miedo que le agarrotaba el estómago se filtraba también por su boca.

—Está bien —contestó el tipo extraño acompañando sus palabras de una sonrisa conciliadora—. Está bien.

—Ya estás aquí, me marcho.

El tipo sonrió apenado.

—No te vas a ninguna parte, muchacho.

Justo en ese momento el portal se apagó y toda la estancia quedó sumida en la oscuridad más absoluta. Ander aprovechó el momento para dibujar la runa de *Raik* y activarla, un estallido tormentoso se desató por su brazo de nuevo y fue extendiéndose por su cuerpo. Sonrió al notar el familiar impulso de la tormenta en sus venas, era el momento de que las tornas se cambiasen.

—No, no, no —escuchó susurrar a su rival, la tranquilidad y cadencia de su voz le heló la sangre—. Igual de cabezota que su padre, igual de estúpido.

El tipo del *tweed* ni se había movido, se estaba frotando los ojos con fuerza por debajo de las gafas. Ander no dio crédito, pero no se lo pensó dos veces antes de intentar cargar contra él, la tormenta desatada en su interior se lo imploraba.

—Mata —fue lo único que dijo su enemigo.

La araña se interpuso entre Ander y su objetivo. El joven esquivó un golpe y lanzó un par de puñetazos que se toparon contra…humo. Nada. Era como golpear al mismísimo aire. La araña lanzó un grito desgarrador y agudo y se abalanzó sobre él. Ander intentó esquivarla, convencido de que esta vez sería distinto, el rayo estaba con él.

Pero fue lo mismo.

Los colmillos de la criatura se hundieron en su cuello de nuevo, apenas había sido capaz de verla moverse. En una fracción de segundo no era más que una nebulosa de humo negro y al otro volvía a ser una araña tan solida como una real. ¿Qué criatura era aquella? Poco importaba ya, sintió de nuevo los latigazos del ardiente veneno inundando su cuerpo y paralizando sus músculos. Solo la tormenta desatada en su ser fue capaz de mantenerlo en pie. Miró a su enemigo con un gesto desafiante cargado de rabia y odio.

—Eres débil —escupió con sus últimas fuerzas. Mientras hablaba, un par de rayos bailaron en sus puños—. Necesitas que otros hagan el trabajo por ti, ¿eh?

El tipo del *tweed* se colocó las gafas con el pulgar en lo que pareció más un tic que un gesto premeditado.

—No soy débil —susurró.

Ander perdió pie y su pierna izquierda acabó cediendo. Estaba de rodillas ante su enemigo, pero no dejó de mirarlo como si tuviese el control de la situación. No pensaba darle ni un ápice de terreno.

Aunque aquel fuese su final.

—¿Por qué no acabas esto con tus propias manos? —no sabía ni lo que decía, su mente se estaba convirtiendo en una amalgama extraña de ideas que se encendían y apagaban como rayos en una tormenta—. No lo haces porque eres débil. Patético.

—¡No soy débil!

Ander sonrió con sorna. Había hecho perder los papeles a su enemigo y con eso le bastaba, ¿qué más podía hacer? La tormenta desapareció de su cuerpo y se sintió desfallecer. Ya no sabía si era cosa del veneno o de la resaca mágica, pero una cosa tenía clara, iba a desvanecerse en cualquier momento.

De pronto, vio un brillo rojizo. Consiguió alzar el rostro para ver como el tipo del *tweed* acababa de dibujar cuatro runas entrelazadas en un círculo hecho de runas más pequeñas.

«Alta Magia.»

Las runas se activaron y se metieron dentro del hechicero.

—No soy débil —dijo, pero esta vez había vuelto a esa calma extraña que helaba la sangre, generaba la misma inquietud que un manso estanque en el que no puede atisbarse el fondo—. No soy débil.

Como si quisiese reforzar sus palabras, se acercó a Ander y lo cogió del cuello. El Clama Tormentas lo siguió desafiando con la mirada. Todo cambió cuando el tipo empezó a apretar. Su fuerza era descomunal, sus dedos fuertes como una apisonadora, Ander perdió la respiración en apenas un segundo. Sus ojos se abrieron como platos y abrió la boca dando bocanadas, buscando que algo de aire pasase por su garganta completamente cerrada.

—¿Querías que lo hiciese con mis propias manos? —preguntó el tipo del *tweed*—. Deseo concedido.

Sin una mueca de esfuerzo levantó a Ander en volandas. El muchacho pataleó en el aire, incrédulo y asustado. Fue en aquel preciso instante en el que entendió que aquello no era un juego, que aquello no era una pelea en la que pudiese demostrar sus capacidades.

Aquel tipo no era El Saqueador. Aquel tipo estaba invadiendo la cámara de un Custodio. Aquel tipo no pensaba dejar supervivientes. Y entonces entendió que su padre estaba muerto al otro lado del portal que separaba la casa de la cámara y sintió terror. Un terror frío que le atenazó las entrañas como una garra afilada. La certeza

de la muerte le dio claridad y despejó su cabeza embotada por el veneno.

Luchó.

Pataleó.

Intentó zafarse.

Quiso gritar.

Pero la presa era demasiado férrea, demasiado dura. El tipo del *tweed* sonrió apenado y le miró como si fuese un rata que ha caído en la trampa e intenta escapar de su destino. Ander lo odió. Odió sentirse débil y quiso llorar de rabia.

Su captor empezó a moverse por la habitación, lo llevaba en volandas como si el chico no pesase más que un trapo. Se detuvo frente a una lanza. La Lanza de Gardebius.

—Un buen lugar para morir —susurró su captor.

Ander se revolvió, volvió a intentar gritar, pero no había aire en sus pulmones. No había nada. Había perdido. El tipo del *tweed* lo alzó por encima de su cabeza con una fuerza sobrehumana y lo dejó caer sobre la lanza expuesta en el armero.

Ander no supo si fue por el veneno o por la falta de oxígeno, pero apenas sintió una mordedura cuando el acero se hundió en su espalda, atravesó sus entrañas y salió por su estómago. Se quedó allí clavado, con la vista fija en los dos palmos de acero que salían de su vientre y la sangre que manaba profusamente. Parpadeó varias veces, incrédulo.

Y entonces las fuerzas le abandonaron.

Ander desfalleció y murió.

6

Elena se despertó cubierta en sudor y con el corazón desbocado. Ahogó un grito entre sus labios para no despertar a su madre, se quedó en la cama, incorporada entre las sábanas y los cojines, respirando pesadamente y preguntándose en su fuero interno qué demonios acababa de pasar. Había tenido una pesadilla terrible, ¿una pesadilla? No podía saberlo con exactitud. Apenas recordaba lo ocurrido, del sueño solo quedaban visiones borrosas y *flashes* caóticos. Recordaba la casa de Ander, recordaba una tormenta y ver criaturas retorcidas y oscuras.

Ander. Tenía la sensación de que estaba en peligro. Se levantó de la cama, iba vestida con un camisón negro que gracias al sudor se le había pegado por todo el cuerpo. Maldita sea, qué incómodo era. Se acercó a la ventana, levantó las cortinas y observó atónita como en el exterior se había desatado una tormenta de proporciones bíblicas.

«No era un sueño, entonces» pensó. Un viaje astral quizás. ¿Significaba eso que la casa del muchacho estaba siendo atacada por criaturas de verdad? La sola idea le paralizó el corazón y le heló la sangre. ¿Cómo podía ser? Hacía dos días estaban en el río con los demás, pasándolo bien, charlando y compartiendo esas miradas que él le echaba de reojo y de las que ella fingía no darse cuenta.

No, tenía que haber una explicación lógica para todo aquello. Sin darse cuenta, se abrazó a sí misma y se quedó allí contemplando la tormenta. Fue a morderse una uña, pero su boca se vio inundada por el amargo sabor del pintaúñas y se detuvo.

¡Agh! Dio la espalda a la ventana y se movió por la penumbra de su habitación hasta llegar a la mesita de noche, allí descansaba su móvil. Le arrancó el cable de carga, lo desbloqueó con su huella y rebuscó entre sus contactos (no tuvo que hacerlo mucho, un ícono de un rayo después del nombre del muchacho hacía destacar el contacto entre todos los demás) y llamó al muchacho. Con ansiedad creciente se puso el teléfono sobre la oreja y esperó. Un tono, dos tonos, tres tonos…

Nadie iba a contestar.

Los tonos siguieron hasta que la comunicación se cortó.

Elena tuvo ganas de estampar el móvil contra el suelo y pisotearlo, pero respiró hondo y volvió a intentarlo. El resultado fue

el mismo y las ganas de destrozar el aparato aumentaron. Lo dejó a un lado y abrió un cajón del armario, allí, donde lo más normal hubiese sido encontrar ropa, había un montón de viales, frascos de cristal y distintos contenedores con componentes de lo más variopintos. Era su pequeño alijo de alquimia. No tenía ni una pizca de todo cuanto le gustaría tener, pero era suficiente para hacer algunas recetas.

La alquimia se consideraba un arte menor por la mayoría de los hechiceros, algo que hasta los mundanos podrían hacer si tuviesen a su disposición los ingredientes adecuados. En su opinión, eran incapaces de entender la magia intrínseca que había en la preparación de pociones. Que la mezcla de cantidades adecuadas de polvo de hada y sangre oscura pudiese resultar en una poderosa sustancia capaz de crear un campo antimagia le resultaba fascinante. Le apasionaba.

Rebuscó entre sus ingredientes desesperadamente, en busca de algo que le ayudase a saber lo que ocurría. Si tuviese el ojo de una criatura de la Sombra todavía viva… pero no, solo tenía hierbas que ella misma plantaba, algunas flores y un par de componentes menores. Cosas fáciles de conseguir, la mayoría ingredientes para pociones del sueño, nada que le fuese útil en aquel momento.

—Por la Diosa Onírica —maldijo con desgana—. Mi reino por un laboratorio de verdad.

Se dejó caer sobre la cama acompañando el gesto de un profundo suspiro.

—Ander…¿estás bien?

***

Oscuridad. Todo era oscuridad. Insondable y sólida. Ander no sabía si estaba vivo o muerto, solo sabía que no sentía dolor. Lo que sí sentía era frío, un frío húmedo que le calaba hasta los huesos. Intentó moverse, pero todos los miembros le pesaban como si estuviesen hechos de acero. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para incorporarse y solo cuando lo consiguió se dio cuenta de la estupidez que era moverse en una oscuridad que le incapacitaba hasta para ver sus propias manos.

Escuchó algo. El roce de un movimiento a su espalda.

—Te mueres, chico —dijo una voz. Era una voz pesada, profunda y rasgada, una voz reverberante. Una voz que le provocó

un escalofrío. Se giró, pero solo le pareció captar el destello de dos ojos que se esfumaron—. Tu vida se escapa lentamente, tu sangre contaminada mana como un río de tu cuerpo que se entumece al abrazo de la muerte. En resumen, te mueres, chico.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó Ander al aire, sintiéndose más derrotado de lo que se había sentido jamás—. Ese hijo de puta me ha clavado en la Lanza…

Silencio.

—Eres Gardebius.

Hubo otro roce en las sombras, otro movimiento sinuoso y una especie de risa baja.

—El mismo —concedió la voz.

Ander trataba de localizarla en todo momento, siguiendo el sonido, pero solo lograba captar el brillo de dos ojos rojos que aparecían y desaparecían. A veces estaban casi a ras de suelo, otras veces a más de dos metros por encima. La criatura se movía, rodeándole, examinándolo.

—Te mueres, chico —repitió Gardebius.

—¡Ya lo sé! —Ander gritó al aire escupiendo su rabia.

—Pero puedes no morir.

—¿Ah, sí? —inquirió el Clama Tormentas con escepticismo, sabía que lo que habita en la Sombra tiende a ser ladino y mentiroso, su padre se lo había repetido cientos de veces—. ¿Y qué quieres a cambio? ¿Mi alma? No uses trucos conmigo, ser de oscuridad, estás ante un Cazador.

Tres carcajadas guturales, como gorgojos horribles, resonaron.

—¿Quién es el que miente aquí, chico? Cazador…puedo sentir el hedor de la mediocridad en ti, Clama Tormentas —la criatura hablaba de forma sibilante, como si se relamiese con cada una de sus palabras—. Ni eres Cazador, ni lo serás nunca mientras tu alma no se abra a nuevas runas.

Ander no se acobardó y miró desafiante a la oscuridad.

—¿Y qué propones, Gardebius?

—Te ofrezco una salida a tu inminente destino, una que aceptarás si tienes algo de sentido común.

—No intentes engañarme criatura, puede que no sea un Cazador todavía, pero lo sé todo sobre vosotros.

—¡¿Saber?! —increpó Gardebius, sus pisadas se aceleraron y Ander vio los dos ojos rojos acercándose peligrosamente a su posición—. ¡Tú no sabes nada, Clama Tormentas! Eres un niño que juega con fuerzas que apenas puede comprender, eres poco más que una libélula intentando compararse con el sol. Y te mueres.

Tras aquellas palabras una luz se encendió, Ander parpadeó un par de veces hasta acostumbrarse. Cuando pudo ver el corazón se le encogió y sus piernas amenazaron con derribarlo. No era una criatura lo que había ante él. Era una persona. Gardebius era un hombre alto y espigado, delgado en demasía. Tenía el pelo negro y largo cayéndole por un rostro afilado de sonrisa taimada y penetrante mirada de color oliva. Su nariz era aguileña y puntiaguda y su barba muy poco poblada. Sus ropajes eran de otra época, una túnica rojiza llena de bordados dorados. Sobre una de sus manos, de dedos alargados y uñas acabadas en punta, brillaba la pequeña bola de luz que alumbraba el lugar. Llevaba la túnica abierta a la altura del pecho y podía verse con claridad la cicatriz donde la lanza había impactado.

—¿Ves ahora la realidad, chico? —escupió el hombre—. No soy una criatura de la Sombra como te quieren hacer creer. Soy un hechicero, uno muy poderoso. Y tú no eres nada.

—Soy un Clama Tormentas —contestó Ander manteniendo su posición a pesar del pavor—. Soy un futuro Cazador y soy Ander Nuévalos, hijo del Custodio Evan y de la Sanadora Iris. No tengo nada que temer de ti, criatura. La muerte no es algo con lo que puedas amenazarme ya.

Gardebius entrecerró los ojos.

—Tienes valentía, eso no puedo negártelo, pero eres estúpido —el hechicero dio un par de pasos hacia atrás y la bola de luz se apagó, volvieron a quedar solo dos ojos rojos suspendidos en la oscuridad—. Me temo que jamás serás un Cazador si te mueres y que tu apellido se perderá olvidado en el tiempo. A no ser…

—¿A no ser que…? —preguntó Ander, sintiendo por primera vez como la ansiedad trepaba por su pecho, sabía que se moría, pero empezaba a tener dudas sobre su determinación para aceptar la muerte—. Habla.

Tres carcajadas.

—Puedo sanarte esa herida, puedo devolverte al despacho del Custodio, puedo darte un segunda oportunidad para que te vengues de quien te ha hecho esto.

Imágenes el tipo del *tweed* acudieron a la cabeza de Ander acompañadas de una oleada de rabia desmedida.

—Él…maneja la Alta Magia…es muy poderoso…

«Para mí» quiso añadir, pero no le pareció buena idea mostrarse débil frente a un ser así.

—Yo puedo hacerte poderoso, chico. Puedo darte mi fuerza, mi poder y mis conocimientos. No habrá nadie que pueda hacernos

frente. ¿No quieres ser un hechicero de verdad, chico?

Ander sabía que aquello era una trampa, ¿pero qué otra opción tenía? ¿Morir? No, antes de morir tenía una cosa más por hacer. Vengarse. Sí, tenía que hacer pagar caro a aquel tipo su intromisión.

—¿Qué quieres a cambio? —preguntó.

—Sí…sí…—susurró Gardebius desde las sombras—. Solo te pido un hueco en tu alma, déjame entrar y tú y yo seremos uno y cazaremos al que te ha hecho daño. Lo atraparemos y le haremos sufrir hasta que desee la muerte. Déjame entrar.

Ander tragó saliva con fuerza. Tenía miedo, era una idiotez tratar de fingir que no lo sentía, era como una garra fría apretándole el corazón y dejándole sin respiración, pero también sentía las entrañas arder de rabia y dolor. Imaginó a su padre muerto tras el portal que él mismo había abierto, recordó a su madre siendo atacada por aquella criatura de huesos y el salón de su casa destrozado por el devorador abisal. No podía dejar que todo aquello quedase sin respuesta. No podía morir. No todavía.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó con un hilo de voz, su determinación lo abandonó.

—Solo repite conmigo —a través de las palabras de Gardebius podía notarse que estaba disfrutando de la situación. Ander apretó los dientes, estaba contrariando el trabajo y la obra de una Cazadora—. Mi alma es tuya…

Y entonces lo vio claro.

—No.

Gardebius rugió y volvió a acercarse al joven. La luz se encendió y de nuevo se encontraron cara a cara. Ander le sostuvo la mirada a aquellos ojos, ahora verde oscuro.

—Mi alma es mía y de nadie más —sentenció el chico encontrando los últimos resquicios de su orgullo—. Si yo muero aquí el despacho de mi padre quedará cerrado por el resto de la eternidad, nada ni nadie podrá entrar. Sí, yo moriré, pero tú te quedarás aquí dentro para siempre. Nadie encontrará la lanza jamás y estarás condenado a esta oscuridad hasta que el mundo se haga cenizas. ¿Quieres salir? Soy tu última oportunidad.

—¡Te estás muriendo, maldito crío! —rugió el hechicero, su aliento pútrido inundó las fosas nasales del chico—. ¿Crees que puedes jugar conmigo?

—¡No pienso ser tu esclavo, ser de la Sombra! ¿Quieres salir? Entonces tú me servirás o perderás la única oportunidad que has tenido y tendrás jamás.

Gardebius se alejó con pasos agitados y lanzó un sonoro quejido

que se perdió en las impenetrables sombras. Aquel quejido sonó a desesperación.

—Es mi última oferta —dijo Ander sin dejar de presionar—. Te dejaré un sitio en mí y a cambio me concederás tu poder, pero como iguales. Acéptalo o déjame morir de una vez.

El hombre se giró a mirarlo de reojo y, con un movimiento más rápido que el rayo, se abalanzó sobre él. Se detuvo justo ante el chico y dibujó una runa con sus afiladas uñas. *Ferha*. Pacto. Puso su mano sobre la runa.

—Esto va a ser divertido —susurró con malicia.

Ander también puso la mano sobre la runa.

—Salgamos de aquí de una vez.

Gardebius la activó, pero la runa también cogió parte de la magia de Ander.

***

La cámara del Custodio ardía. Los estantes habían sido derribados y su contenido yacía esparcido por el suelo: cofres ornamentados, cajas de música, diademas y tomos antiguos como el tiempo mismo. Todo ardía. Las llamas devoraban cada atisbo profanando todo aquello que encontraban como si fuesen un ente viviente lleno de ira.

Ander tomó un profunda bocanada de aire cuando volvió a la vida. El humo y las cenizas en suspensión se le metieron en la boca y empezó a toser con fuerza. Le picaban los ojos y sentía el calor tan cercano como si estuviese metido en una pira. Palpó a ciegas a su alrededor hasta que tocó el armero y lo utilizó para incorporarse entre toses y dolor. Una vez en pie se tocó el estómago, allí donde la lanza lo había atravesado solo quedaba una brutal cicatriz y la camiseta desgarrada y cubierta de sangre. Miró el armero, el arma no estaba.

«Estoy aquí», escuchó la voz de Gardebius en su cabeza, reverberante y profunda. Un escalofrío le sacudió la espalda. No había tiempo para preocuparse de eso ahora, ni para pensar si lo que había hecho estaba bien o mal. Tenía que salir de allí.

Algo de cristal estalló en algún lugar del despacho y el fuego pasó del naranja y amarillo a un verde tóxico y profundo. La intensidad de las llamas creció en apenas segundos. Ander vio claramente como una espada que estaba en el suelo empezaba a

derretirse, como si estuviese sudando acero.

«Oh, oh», susurró Gardebius.

—Cállate —increpó él buscando una salida entre las llamas que le rodeaban. Estaba atrapado, la única salida se ocultaba tras aquel muro de fuego.

«Llamas del Tártaro, capaces de derretir hasta la mejor de las armaduras», susurró su nueva voz interior.

Ander había oído hablar de ellas a su padre. ¿Qué había dicho? Seguro que algo que tuviese que ver con artefactos peligrosos y no solía prestar mucha atención cuando le hablaban de eso. Maldito idiota. El fuego avanzó devorando el suelo de piedra como si estuviese hecho de paja, el joven se echó para atrás rápidamente hasta que se topó con la chimenea y los sofás en los que se había reunido con su padre por última vez. Era el último bastión que no había cedido a las llamas, aunque pronto lo haría. Otro cristal estalló en algún lugar del incendio y el humo empezó a revolotear como si tuviese vida propia.

«Tu padre tenía juguetes muy interesantes», se mofó Gardebius.

—¡¡Cállate!!

Ander dibujó rápidamente dos runas *Eir*, escudo, y dos runas *Aquia*, agua. Cada una en un punto cardinal. Luego dibujó un círculo que las unía y le insufló magia. Sintió como las runas le drenaban y le dejaban casi sin fuerzas, estaba agotado y casi seco. Una burbuja de agua embravecida lo rodeó, dentro podía respirar con normalidad. Cuando acabó el sortilegio se dio cuenta de lo que acababa de hacer.

—¡Por la magia crepitante! —gritó extasiado y nervioso—. ¿Cómo…?

«Te dije que te ofrecería mis conocimientos», murmuró Gardebius.

—¿Soy un hechicero ahora? —todavía le costaba asimilar la naturalidad con la que había dibujado runas que conocía vagamente y que jamás había sido capaz de activar. El gesto le había salido sin pensar.

«Podrías haber hecho algo un poco más… poderoso», había un deje de preocupación en la voz de la criatura.

—Esperemos que sea suficiente.

Ander trató de visualizar el camino hasta el portal de salida, pero una araña de humo se abalanzó sobre él, se chocó contra el escudo y retrocedió convertida en una maraña. El Clama Tormentas echó a correr. Se internó sin saber cuánto aguantaría el escudo. Empezó a escuchar el siseo del agua al hervir y evaporarse. Era

capaz de sentir el calor del fuego a pesar de la barrera. Apretó el paso, saltó por encima de una estantería derribada y casi se resbaló al pisar un bastón. La araña de humo volvió a aparecer de entre las llamas y le atacó, lo derribó y Ander acabó rodando dentro de su burbuja. Se puso en pie, le sudaba todo el cuerpo y tenía el pelo húmedo pegado al cráneo. Le faltaba el aire y las fuerzas estaban a punto de fallarle. Por un momento se sintió desfallecer.

Pero no había vuelto para nada.

Salió corriendo de nuevo. Esquivó una miríada de trastos tirados por el suelo, se agachó para pasar por debajo de un estante caído que se apoyaba sobre otro y esquivó otro embate de la araña humeante. Vio el portal. Su escudo empezó a quebrarse, el agua se evaporaba a una velocidad increíble y el calor empezaba a pasar al interior. Se limpió el sudor de la frente que se le metía en los ojos y se lanzó a la última carrera. La araña volvió a la carga. Lo golpeó por la espalda, quebrando los últimos resquicios de escudo y Ander salió rodando entre las llamas y el humo. Se estampó con fuerza contra el portal de piedra y perdió el aliento del golpe. Gritó mientras se ponía en pie de un salto. Sintió el mordisco del fuego sobre su piel. Tocó la piedra. Las runas del portal empezaron a activarse.

—¡Vamos! —gritó.

La magia de protección fluyó por él, examinándolo como cuando había entrado hacía poco. Se le antojaba una eternidad. Las runas se desactivaron, el portal no se abrió y ante él solo quedó la piedra rugosa y fría.

—¿Qué? ¡No, no no! —empezó a pegarle puñetazos al umbral de piedra—. ¿Qué haces? ¿Por qué no me dejas pasar?

«Me detecta a mí», le contestó la voz de su cabeza.

El fuego se acercaba peligrosamente a su posición, podía sentirlo ardiendo en su espalda, levantando ampollas en su piel.

—¡Estamos atrapados! ¿No hay nada que puedas hacer?

«Estas cámaras se diseñaron para contener a cosas como yo, chico», contestó Gardebius, «no hay nada que pueda hacer para ayudarte, esperaba que las runas no me detectasen y nos dejasen pasar.»

—Me estás usando para escapar, pero tú no sirves de nada — espetó Ander con rabia.

El fuego se acercó más, la piedra del suelo se deshacía, el calor aumentaba y el humo empezó a marearlo y enrojecerle los ojos.

«No puedes culparme por intentar ver la luna una vez más. Podría darte poder, pero de nada servirá que golpees esa puerta con

más fuerza. No se abrirá».

Ander gritó de rabia. No. Aquello no podía ser solo un intento. Volvió a poner su mano sobre la roca, pero las runas ni reaccionaron esta vez. Notó el ardiente abrazo del fuego a su espalda. La piel le ardía como si tuviese una fiebre que fuese a matarle. Escuchó el siseo de la araña de humo en algún lugar y la escuchó abalanzarse sobre él. Se vio perdido, contemplando la roca desnuda en la que no mucho antes había un portal.

«Lo intentamos, chico. Al menos muramos con dignidad».

—No —se lamentó el Clama Tormentas apoyando su frente con el umbral de piedra. Un par de lágrimas acudieron a sus mejillas—. No…no…

Las runas se activaron. La maquinaria de la puerta se puso en marcha, Ander la contempló con la esperanza de un preso al que le acaban de revocar la cadena perpetua. La piedra se retorció, las runas brillaron, el portal se abrió. La crepitante magia creó aquella puerta que sería su salvación.

Se abalanzó al interior sintiendo como sus últimas fuerzas le abandonaban.

7

Su espalda estaba húmeda y el frío calaba hasta el último de sus huesos. Era un agradable contraste después de haber estado a punto de morir abrasado. Lo primero que escuchó fue el gorgoteo de la madera al ser lamida por las llamas, luego la paz intranquila de una foresta que guarda silencio. Abrió los ojos. Estaba a unos veinte metros de la casa. Su casa. Tirado en el barro, con la ropa sucia y mojada y aspecto de acabar de salir de un infierno; sus ojos enrojecidos, su piel sucia y llena de cortes y arañazos, su pelo convertido en estropajo eran testigos. Parecía haber perdido diez kilos de golpe. Contempló con el corazón encogido como los últimos restos de la cabaña sobre el barranco ardían, el piso superior había colapsado y lo había convertido todo en una gran pira que ya se acercaba a sus últimos instantes. La tormenta se había esfumado y de ella solo quedaba el recuerdo del barro y la humedad.

«Mamá», fue lo primero que le vino a la cabeza.

«Padre».

Se levantó como impulsado por un resorte y corrió a trompicones por el barro hasta detenerse frente a los restos abrasados de su hogar.

—¡Papá! —gritó desesperado con la voz rota por el humo y el miedo—. ¡Mamá!

Por primera vez desde que empezase el ataque fue consciente de todo y el dolor le sobrevino como cientos de dagas apuñalándole el corazón. Su estómago se retorció, sus piernas fallaron y acabó de bruces vomitando en el barro. No pudo contener las lágrimas. Lloró y gritó hasta desgañitarse, hasta que la garganta le ardió de dolor. Por un momento deseó estar muerto, deseó no haber hecho pacto alguno y haberse quedado clavado en la lanza, deseó perderse en la oscuridad para no tener que sentir aquella tormenta que se avivaba en su interior. Le faltó el aire, respiró a bocanadas, pero a pesar de todos sus esfuerzos, se ahogaba.

«Estás hiperventilando, chico. Tranquilízate», dijo Gardebius.

Ander no pudo contestar, estaba demasiado ocupado intentando no ahogarse. Las fuerzas le fallaron una vez más y acabó tumbado en el barro, luchando por algo tan sencillo como respirar. Los pulmones le ardían.

«Salvaste a tu madre del Saqueador, chico. Está todo aquí dentro.»

Sí. La había salvado. Ella tenía que estar viva, Iris tenía que haber salido de la casa antes de que todo ardiese. ¿Dónde estaba? Ander encontró en aquella idea las fuerzas para controlar su respiración y tranquilizar su agitado corazón. Se intentó poner en pie, pero solo consiguió acabar de rodillas. Miró por todas partes, pero las sombras danzantes más allá del fuego no eran más que una penumbra densa e informe. Ella tenía que estar viva. ¿Quién había abierto el portal del despacho si no? Sí, su madre estaba viva.

Consiguió ponerse en pie. Dio un par de pasos erráticos y sus pies se hundieron hasta los tobillos en el barro. No vio a nada ni a nadie. Solo silencio y abandono.

—¡Mamá! —gritó.

«Tenemos compañía», la voz de Gardebius le hizo dar un respingo. Solo ahora, después de la devastación, empezaba a ser consciente de lo que había hecho. No. No podía pensar en eso todavía, los problemas era mejor afrontarlos por partes. Entrecerró los ojos y echó otro vistazo, de nuevo no vio nada excepto sombras.

«Deja que te enseñe un truco».

Ander levantó una mano de forma inconsciente y dibujó dos runas en el aire. *Varth*, visión y *Noc*, noche. Las encerró en un óvalo y activó el sortilegio. De pronto, la oscuridad se fue aclarando ante él, los colores se apagaron y sus ojos consiguieron penetrar la penumbra como si fuese pleno día. Las sombras que proyectaba el fuego dejaron de ser molestias y ahora sí vio a una figura sentada sobre una piedra junto a la arboleda. Era una figura larguirucha y delgada, estaba encorvada como si estuviese cansada. Una larga melena totalmente cana y una barba a juego casi ocultaban un rostro de arrugadas facciones lleno de manchas de la edad.

—¿Quién eres? —inquirió Ander apretando los puños y preparándose para cualquier cosa.

El extraño no contestó al instante, cambió el peso de un lado a otro sobre la piedra y al final se puso en pie y empezó a caminar en su dirección.

—¡Alto! ¡No te acerques!

El extraño no se detuvo.

Ander se preparó para luchar aunque sabía que no era capaz de continuar peleando. El viejo alzó las manos en señal de paz y siguió caminando lentamente.

—Soy amigo, no enemigo —anunció, su voz, como todo él, era vieja y estaba rasgada por el tiempo—. Esta noche fatídica ya ha

terminado, Ander. De mí no tienes que preocuparte.

—¿Cómo sabes mi nombre? —a pesar de la confusión y de las preguntas que avasallaban su cabeza, el joven quiso creer que las palabras eran ciertas. No podía seguir luchando—. ¿Quién eres?

El viejo llegó hasta su posición y salió de las sombras a la claridad del fuego. La luz iluminó unos ojos azules que se habían aclarado hasta casi parecer grises y, aunque parecía tener más de ochenta años, su mirada poseía cierto atisbo de juventud y viveza. Vestía con un guardapolvos gris deslucido y raído, tan antiguo como el que lo vestía. Bajo él se atisbaba un jersey oscuro y un pantalón negro de tela. De su cinto pendía una espada larga, el pomo era dorado y de una elaboración magnífica.

—Soy un viejo amigo de Evan —guardó silencio un instante—. Puedes llamarme Amareth.

Había algo en la voz de aquel anciano que le hacía sentir tranquilo, que le reconfortaba.

—Cuando llegué aquí, el que os ha atacado ya se había ido, el incendio estaba arrasándolo todo —explicó—. Corrí para ver si quedaba algo de la cámara custodia, algo que poder rescatar. Te encontré a ti.

—Tú abriste el portal…

Amareth asintió lentamente.

—¿Cómo? Mi padre creó ese sistema de seguridad.

—Tú puedes acceder, ¿verdad? Evan me dio acceso a mí también —el viejo detuvo su relato un instante y agachó la mirada —. Quería que fuese una última medida de seguridad por si algún día le pasaba algo. El día ha llegado y gracias a su precaución su hijo sigue vivo.

—Y mi madre —susurró Ander acordándose de pronto—. ¡Mi madre! La salve de… ella tiene que estar por…

—No estaba cuando llegué. Si sobrevivió es posible que se la hayan llevado.

—Sobrevivió —balbuceó Ander—. Claro que sobrevivió, yo la salvé.

Amareth le puso una mano en el hombro en un gesto cariñoso. Ander alzó la mirada e intuyó una media sonrisa entre la densa barba cana.

—Seguro que sí, pero ahora es primordial que descanses para que luego puedas contarme todo lo que recuerdas. Tenemos que atrapar al que ha hecho esto y saber qué se ha llevado de la cámara custodia.

Ander asintió. La palabra descansar resonó en su cabeza como

un cántico de sirena. Todo su cuerpo le imploraba que dejase de mantenerse en pie, que se derrumbase y se dejase llevar por la promesa de un reparador y profundo sueño. Amareth dibujó dos runas distintas seis veces y las unió formando algo parecido a un umbral. Activó el conjuro y un crepitante portal de magia azul se abrió ante ellos.

—Vamos —ordenó el viejo mientras se adentraba en el umbral y desaparecía.

Ander fue a entrar, pero se detuvo un instante. Echó un vistazo a los últimos resquicios del lugar, a la brasas humeantes de lo que durante años había sido su casa, su hogar, el sitio al que siempre había podido volver. El lugar en el que sus padres siempre le esperaban. La cabaña sobre el barranco. Se aseguró de grabar aquella imagen en su cabeza, pues no dejaría que aquella afrenta quedase sin castigo.

Lo prometió. Por la magia crepitante. Lo prometió por las tres torres de hechicería y por las tres Cámaras. Lo prometió por su sueño de ser Cazador y por su desaparecido hermano. Prometió que se vengaría. Prometió que nunca olvidaría.

Y atravesó el portal.

***

El sol despuntaba por el horizonte y dibujaba una larga e irregular línea naranja sobre el mar. Las nubes de la noche anterior todavía no se habían despejado y ennegrecían la mañana con su manto. El rocío todavía estaba fresco y el olor de la hierba húmeda lo habría invadido todo si no fuese porque el olor de la brasas era más fuertes. Brasas. A eso había quedado reducida la casa donde Ander y sus padres vivían. A Elena le costaba creerlo. Estaba de pie a unos diez metros de los humeantes restos, todavía atónita e incrédula, observaba la escena como si fuese parte de una pesadilla.

Empezó a morderse una uña, ni siquiera notó el amargo sabor de la pintura. Se arrancó un trozo y lo escupió sobre el suelo, luego contempló con amargura el destrozo que se había hecho en el pulgar derecho. Poco le duró esa consternación cuando volvió su vista de nuevo al sitio destrozado.

—¿Qué ha pasado, Ander? —le preguntó a la nada sin esperar respuesta alguna.

Se movió por el lugar y observó distintos juegos de huellas

grabados en el barro todavía húmedo. Había huellas que iban, venían y se entrelazaban como en una danza, eran normales, de tamaño humano. Pero vio otro juego que nada tenía de humano. Eran grandes y parecían garras o algo similar.

¿Los habían atacado? Sí. Aquello parecía un enfrentamiento y la casa quemada hasta los cimientos no era un presagio de victoria para la familia Nuevalos. Elena se puso más nerviosa todavía. Tenía el maldito corazón encogido y el estómago revuelto mientras paseaba por la destrucción. Le costaba asumir lo que veían sus ojos, le costaba procesar que Ander podía estar muerto. No, él tenía que estar vivo.

Empezó a morderse otra uña, pero esta vez notó el sabor y con cara de asco cejó en su empeño por destrozarse las manos. El amargor en la boca le trajo una idea. Sabía que le había dicho a Ander que ella no se metía en los sueños de sus amigos. Era cierto, le parecía inmoral pues los sueños guardan secretos oscuros sobre las personas y ella no tenía motivos ni ganas de conocerlos, pero era hora de que hiciese una excepción. Así podría averiguar si estaba vivo y comunicarse con él. Por desgracia, iba a necesitar un token del Clama Tormentas si quería encontrarlo.

Se arremangó la camiseta a la vez que se arrepentía por haberse puesto una de color blanco y se internó en los restos todavía humeantes de la casa. Se pasó más de un hora levantando maderos todavía calientes y llenándose la ropa, la cara y los brazos de hollín. Para cuando acabó estaba negra, cansada y dolorida por las quemaduras que se había hecho, pero sonreía mientras levantaba ante ella el colgante favorito de Ander. Eran unas manos de plata que sujetaban una esfera negra entre ellas, un colgante bonito que él siempre se ponía. Tenerlo ante ella le hizo sentirlo cerca por un momento. Luego la realidad de la situación volvió a su mente y el hechizo se desvaneció.

Empezó a luchar para salir de entre los restos cuando escuchó un grito ahogado. Alzó la mirada y buscó a su alrededor. No tardó en encontrar la procedencia del chillido.

Agus. El chico regordete y de pelo rizado estaba de rodillas justo en el linde de la arboleda, contemplaba los restos del incendio con los ojos muy abiertos y se tapaba la boca con ambas manos.

«Mierda», pensó ella mientras se guardaba el colgante en el bolsillo trasero del pantalón. Por la diosa Onírica, ¿cómo pesadillas iba a explicar aquello? Carraspeó varias veces la garganta pues le molestaba después de haber estado respirando humo y hollín, se limpió lo que pudo la cara y salió de los restos de la casa intentando

parecer lo más tranquila posible. Agus no la miraba a ella, sus ojos desorbitados estaban clavados en las brasas, como si pudiese obtener una respuesta en ellas o como si esperase ver el cadáver de su amigo.

Elena empezó a acercarse a él y vio que las lágrimas corrían por las abultadas mejillas del muchacho. La gravedad de la situación no concordaba en absoluto con la camiseta que llevaba: "Yo no cumplo años, subo de nivel" rezaba junto al dibujo sombreado de un mago con gorro puntiagudo y bastón en las manos. La Oniromante se arrodilló junto a él y le puso una mano sobre el hombro.

—Está bien —mintió con toda la entereza que pudo reunir—. Ander está bien, no ha muerto en el incendio.

Agus parpadeó varias veces como si su voz estuviese trayéndolo de vuelta a la realidad. Se giró lentamente para mirarla. Un pequeño brillo de alivio se dibujó entre la máscara de horror que era su expresión.

—No…no…no podía creerlo —tartamudeó, estaba todavía en shock—. Ayer… por la noche, vi los brillos extraños. Vi el horizonte rojizo a través de mi ventana… no sé… no sé que pensé. ¿Una barbacoa familiar? Seré idiota…idiota…soy un idiota.

—Eh, eh —Elena cogió al chico de las mejillas y lo miró directamente a los ojos—. Vamos, no te martirices, esto no es culpa tuya.

—Vi…vi el fuego —continuó Agus, con cada palabra su mirada parecía más perdida, más ajena a la realidad que le rodeaba—. Pensé que…no quise darle importancia. No, no he dormido en toda la noche, tenía que venir para asegurarme.

—Agus, Agus, joder. No podrías haber hecho nada, esto no… — Elena se mordió el labio, ¿qué iba a decir? ¿Esto no ha sido un fuego natural? ¿Esto ha sido un ataque de criaturas mágicas? Guardó silencio por un momento y rehizo sus pensamientos—. Agus. Ander no está muerto, no sé dónde está, ni siquiera sé si está bien… pero voy a encontrarlo, ¿vale? Tienes que confiar en mí.

—¿Qué? ¿Qué dices? —el muchacho la observo totalmente perplejo—. Tenemos que avisar a la policía, tenemos que…

Ella sonrió con tristeza. Llamar a la policía, ojalá todo pudiese solucionarse tan fácilmente.

—Puedes llamarla si quieres, claro —contestó ella dubitativa—. Pero dudo que puedan hacer mucho, voy a tener que encontrarle yo y para eso necesito…

De nuevo guardó silencio, a veces se le olvidaba que Agus era ajeno a todo el mundo mágico. Suspiró.

—¿Qué necesitas? Lo que sea —se apresuró a añadir él.

—Esto es cosa mía, deberías irte a casa.

El chico la miró con incredulidad, se apartó de ella con un gesto que intentó ser furioso y se puso en pie.

—Ni de coña —espetó—. ¿De qué va esto? ¿Te crees que no lo sé? Es sobre los poderes raros de Ander, ¿verdad?

A Elena le dio un vuelco el corazón al escuchar aquellas palabras. Se puso en pie.

—¿Lo sabes? —preguntó a media voz.

—¡Claro que lo sé! —exclamó él gesticulando mucho y con las mejillas como tomates—. Llevo siendo su amigo desde los tres años. ¿Qué crees que pasaba cuando se quedaba a dormir en mi casa?

Elena frunció el ceño y apretó los labios.

—¿Qué pasaba? —estaba consternada, a veces algunos mundanos eran capaces de atisbar pequeños destellos de la magia, sobretodo cuando acudían a Adivinas o se obsesionaban con lo sobrenatural, pero era imperativo para todos aquellos que conocían la magia no dejar que los mundanos conociesen la verdad. Le sorprendía que Ander hubiese sido tan descuidado.

—Hablaba en sueños en un lenguaje raro —explicó Agus, sus palabras salían atropelladas—. Alguna vez le he visto hacer cosas brillantes en el aire, como si dibujase con los dedos. Cuando éramos más pequeños fuimos solos al río en invierno, ya sabes lo que dicen, ¿cómo era? “No te bañes en invierno, la corriente te arrastrará hasta donde sea verano”. Pues nos bañamos y pasó, el agua se nos llevó. Fue horrible, me ahogué, estuve a punto de morir, pero Ander hizo algo. Fue como si me diesen con un desfibrilador en el pecho, sentí un calambre por todo el cuerpo y vomité el agua que había tragado. Me pareció ver electricidad saliendo de su cuerpo.

Por la diosa Onírica, Ander había sido realmente descuidado.

—¿Tiene que ver esto con eso? —siguió inquiriendo Agus nervioso—. ¿Le ha pasado algo por sus poderes?

«Pesadillas, no me toca a mí ser cuidadosa», pensó Elena a mitad camino entre el enfado y la desesperación. Bastante tenía ya encima como para preocuparse de algo así. ¿Agus quería saber? Tenía derecho a saber y, además, iba a necesitar ayuda. El mejor amigo de Ander sería de utilidad para encontrarlo. Se acercó a él y sacó el colgante de su bolsillo. Lo dejó caer y la cadena pendió entre sus dedos llenos de hollín. Agus la miró confuso.

—Tenemos mucho de lo que hablar —dijo Elena—. Pero sí, Ander no es normal y yo tampoco lo soy. Voy a encontrarlo usando este colgante, ¿tienes alguna pertenencia suya más? Todo lo que

podamos reunir me hará el trabajo más sencillo.

Agus tragó saliva, todavía tenía las mejillas rojas y los ojos vidriosos por el llanto, pero se enderezó lo que pudo y asintió firmemente.

—Tengo sus dados del rol —anunció con convicción.

Elena quiso darse una palmada en la cara.

—Tendrá que servir —dijo.

Interludio 1

No había empezado y ya estaba odiándolo. Cadeus no estaba hecho para estas cosas, su madre decía que era especial, pero él, en el fondo de su turbulenta mente adolescente, sabía que había algo raro en su interior. Cuando intentaba hablar, las palabras se le atragantaban. Cuando alguien se dirigía a él, un nudo le atenazaba la garganta. Había algo quebrado en su mente, algo que le impedía ser como los demás chavales. Él era el rarito, el callado, el que siempre se quedaba en una esquina lejos de todos. Aquel era su primer día en la Torre de Ónice, ni siquiera habían empezado las clases, y ya lo estaba odiando. Había hablado largo y tendido con su madre sobre que ella le enseñase el uso de las runas, pero dadas sus habilidades como hechicero no tenía otra opción. Tres años en aquella Torre, con gente de su edad.

Sintió un escalofrío con solo pensarlo.

El lugar era bonito, eso no podía negarlo, aunque el bosque le producía cierta desazón de la que no conseguía deshacerse. Seguro que los adolescentes lo usaban para ocultarse de los profesores y jugar a sus crueles juegos con los idiotas que iban detrás de los chicos populares. Él no caería en esas trampas, él no iba detrás de nadie, aunque eso le costase insultos y desprecio por parte de los demás.

La villa alrededor de la Torre era un hervidero de gente. Jinetes iban y venían trayendo mensajes y gritando órdenes. Hechiceros de distintas Cámaras se entremezclaban y charlaban animadamente con los recién llegados. Cadeus vio a un Alto Mago, lo reconoció por el emblema en su gabardina, y se quedó fascinado. Desde que supo de la existencia de La Academia había querido ser Alto Mago, aunque dudaba que alguien tan roto como él pudiese conseguirlo. Los Altos Magos eran inteligentes y poderosos, no un manojo de nervios.

Entre el gentío que anegaba las calles de la villa aquel día también vio padres que acompañaban a sus hijos en aquel primer día tan importante. Sintió una punzada de envidia. Siguió su solitario caminar sin saber muy bien a dónde acudir. Vagó hasta las cercanías de la imponente Torre. Era negra, pero brillante. Enorme, como un gigantesco árbol de madera quemada que se alzase desafiante a pesar del tiempo. Había tanta gente que tuvo que

quedarse detrás, pues no quería tener que abrirse paso a empujones.

—¡Por aquí segundo año! —gritó un profesor desde algún lugar.

—¿Qué pasa con los de primero?

—¡Me pido la litera de arriba!

Ruido. Había mucho ruido. Cientos de voces, adolescentes emocionados, padres ansiosos, profesores que trataban de poner orden al caos. Cadeus supo que haberse acercado tanto había sido una mala idea, no soportó aquel vendaval de voces y se alejó. Temió perderse la llamada de los de primer año, pero peor sería tener uno de sus ataques allí.

Por la magia crepitante, no. Mejor era que ni lo pensase.

Acabó de nuevo en el linde de la villa, miró a su alrededor y vio una taberna en la que algunos padres bebían cervezas y se reían de la inocencia de sus hijos. Pensó en acercarse, tenía sed, pero la sola idea de que alguien se dirigiese a él le provocó ansiedad. Se alejó más y más y volvió de nuevo al bosque que rodeaba la villa y la Torre, los árboles que en primera instancia le habían provocado desazón, ahora le parecieron el único lugar de paz en aquel caos. Se internó unos pasos, dejó caer la maleta y se sentó entre las gruesas raíces de un sauce. Respiró profundamente y se dio cuenta de que llevaba tanto tiempo apretando la mandíbula que le dolía.

Se recostó, cerró los ojos y trató de tranquilizarse. No pudo. Temía que llamasen a los de primer año y él no estuviese allí, pero también temía enfrentarse a las huestes de padres y chavales de su edad. Temía el ruido, el caos, las burlas que ocasionaría si tenía un ataque. Aquel torrente de pensamientos le hizo marearse y el estómago se le encogió de una forma dolorosa. ¿Por qué tenía que ser así? ¿Por qué tenía que estar roto?

Ni el calmado silencio del bosque ni el olor de la hojarasca ni la tierra conseguían tranquilizarlo.

—¡Eh, tú! —gritó alguien tras él.

Cadeus dio un respingo y abrió mucho los ojos. Miró asustado a su espalda esperando encontrarse con el guardián de los terrenos, pero no. Era un chaval como él, lo cual solo le provocó más ansiedad. ¿Ya iban a empezar las burlas? Era un muchacho alto para la edad que tendría, de pelo negro y mirada intensa. Era atractivo, de una manera que Cadeus nunca podría serlo, destilaba confianza, pasión.

—¿Eres de primero? —preguntó el muchacho dejando a un lado su maleta.

Cadeus quiso contestar, lo quiso con todas sus fuerzas, pero solo pudo balbucir una respuesta ininteligible.

—¿Qué?

«Genial, ahora pensará que estoy loco», se machacó en su fuero interno.

—¿Eres de primer año o no?

—S… —no podía, no podía enfrentarse al nudo en su garganta, solo un siseo extraño emergió de entre sus labios.

—¿Estás bien? —el chaval alzó una ceja, confuso.

«Habla, maldita sea», se ordenó.

Hizo acopio de todas sus fuerzas, pero el nudo…el nudo no le dejaba. El chaval hizo un gesto al aire como quitándole importancia al asunto y empezó a andar. Pasó al lado de Cadeus, alejándose

«Por la magia crepitante, habla, habla, habla», sabía lo difícil que era conocer alguien el primer día. Un amigo… un amigo era todo lo que necesitaba para pasar aquel trago, aquel primer día aciago. Los siguientes tres años.

Sin embargo, su oportunidad se esfumaba. El muchacho ya llegaba al linde del bosque y no tenía intención de parar. Cadeus apretó los puños y, temblando, hizo un esfuerzo por reunir toda su fuerza de voluntad.

—¡Sí! —gritó, o al menos creyó gritarlo, apenas consiguió un susurro quedo—. Soy de primero.

El chaval se detuvo justo al borde de la foresta.

—¡Haberlo dicho antes! —volvió con pasos desgarbados hasta él —. Yo también, estoy un poco perdido y no tengo muy claro cómo va todo esto.

—Yo… —se atragantó—…yo tampoco.

El muchacho desconocido sonrió y le extendió una mano.

—Me llamo Evan Nuévalos, hechicero.

—Ca…Cadeus —devolvió el apretón, Evan hizo tanta fuerza que le dolieron los nudillos, pero se tragó ese dolor.

Valía la pena. Había conocido a alguien.

—Bien, Cacadeus —continuó Evan—. ¿Qué hacemos? ¿A ti tampoco te ha acompañado tu padre?

—Cadeus —susurró él—. Solo Cadeus.

—Perdona, ¿hablas bajito por algo?

«Oh, no», pensó al instante, debía estar pareciendo un completo demente. Por un momento sintió pavor de perder su única oportunidad de hacer un amigo, pero, sorprendentemente, Evan desechó su propia pregunta con un gesto, le posó una mano en el hombro y lo instó a andar juntos.

—¿Es algo de las cuerdas vocales? ¿¡Te las rasgó una criatura de la Sombra!?

—No…

—¿Un conjuro salió mal? ¿Qué runas sabes hacer?

—Eh…

—No pasa nada, tenemos tiempo para que me lo cuentes —dijo Evan como si los silencios incómodos que Cadeus ocasionaba no importasen—. Vamos a pasar tres largos años encerrados en esta Torre, ¿verdad? ¿Quieres que compartamos habitación?

—Me… me encantaría.

—Genial, no me gustaría acabar con uno de esos hechiceros pedantes que quieren ser Altos Magos.

Cadeus se atragantó con su propia saliva y empezó toser. Evan se rió.

—¡Vamos! Era una broma.

Siguieron andando juntos, Cadeus disfrutó de la compañía y, por una vez, los ruidos y las aglomeraciones importaron menos.

—¿Y… tú? —intentó preguntar, respiró hondo—. ¿Y tú que quieres ser?

—¿Yo? —Evan miró a la Torre que se alzaba más allá de la villa y la gente—. Voy a ser un Cazador.

8

En aquella costa pedregosa el agua del mar acariciaba gentilmente las rocas y causaba un rumor constante y suave que invitaba al sueño o la meditación. Entre las piedras crecía el musgo que era hogar y sustento de pequeños cangrejos perdidos en caminares erráticos. El sol salía por el horizonte perezosamente, bañando de oro las aguas cristalinas.

Idílico, aunque él no lo advirtiese. Cadeus estaba absorto en aquella sensación en su pecho que nunca se esfumaba. Hacía mucho tiempo la había conocido como ansiedad, ahora era algo más, era un pozo negro justo en su corazón, un pozo que se tragaba todo y le dejaba entumecido y vacío. Estaba allí sentado entre las piedras, contemplando sus manos, impolutas a simple vista, pero manchadas con la sangre derramada de la noche anterior. Cerró los dedos y apretó los puños.

«Era lo necesario», se repitió en su fuero interno.

Entre sus pensamientos se filtró una melodía, una tonada lenta de ritmo sencillo, como una canción infantil. La melodía estaba siempre en su cabeza, sonando y sonando, repitiendo los mismos compases una y otra vez.

«*Ter Valax, necrópolis yerma. Ciudad olvidada, oscura y enferma*».

Se apretó las sienes con las manos y gritó de rabia tratando de acallar la maldita tonada. Siempre estaba allí. Siempre. Sonando y sonando.

—Necrópolis yerma —tarareó de forma inconsciente.

Se palmeó con fuerza la cabeza como si a golpes pudiese sacar la canción de su interior. Las notas no se marcharon, pero por lo menos disminuyeron en intensidad y le dejaron pensar de nuevo. A su lado, un ataúd viejo y astillado recubierto por pesadas y oscuras cadenas se sacudió con un golpe violento. Un ruido ahogado provino del interior.

—Silencio, silencio —pidió él posando una mano sobre la tapa del ataúd—. Todavía queda mucho por hacer, sé que no es lo más cómodo, pero es lo mejor que puedo conseguirte. Pronto serás más, mucho más. Ella necesita a una mujer y yo seré su rey… sí, me lo ha prometido. Y tú… tú tienes que ser el cuerpo.

El ataúd se revolvió de nuevo y algo en el interior empezó a golpear la madera. Cadeus parpadeó varias veces. Podía sentirlo,

otra vez, la ira creciente que le desbordaba y lo ahogaba. La ira desmedida que le instaba a matar. Era como un tsunami que se desataba en su interior y que no podía controlar, las manos empezaron a temblarle y empezó a sudar.

—¡Cállate! —gritó golpeando el ataúd, en el interior se hizo el silencio. Eso le ayudó a tranquilizarse. El tsunami se esfumó tan rápido como había llegado y entonces se sintió mal por haber perdido los papeles con ella—. Debes entender que no tengo otra forma mejor de llevarte. Ahí estarás bien. No te quejes, por favor.

Hubo un segundo de silencio en el que Cadeus pudo respirar y tranquilizar el ritmo agitado de su corazón. Entonces un golpe, dos golpes, tres. Lo que había dentro del ataúd empezó a agitarse y revolverse con fuerza. El tsunami volvió. Cadeus sintió como perdía los papeles. ¿Por qué? ¿Por qué no podía quedarse dentro del ataúd y no quejarse? La canción ganó intensidad en su cabeza. La melodía llegaba a su final, aunque luego volvería a empezar, una y otra y otra vez. Gritó. Se alejó del ataúd por la costa y una vez se hubo distanciado bastante del ataúd, rebuscó en uno de los bolsillos de su chaqueta de *tweed*. Extrajo una llave, era tan grande como una daga, muy antigua, el metal estaba deslucido y varias manchas de óxido la salpicaban. La llave supuraba una sustancia negruzca, como brea correosa que, al caer, se convertía en volutas de humo y desaparecía en el viento, también parecía palpitar, con un ritmo lento y pausado. El ritmo de algo que se muere. Él tenía que abrir la puerta. En la parte final de la llave había un círculo ornamentado con una piedra verde, la acarició. El metal que rodeaba la piedra era un mero ornamento, lo único que importaba era aquella roca, aquel trozo de Ter Valax.

—Nos vamos —anunció en un susurro.

Los golpes dentro del ataúd habían cesado. Cadeus se guardó la llave y se puso en marcha.

—Todavía tenemos que asegurar el portal y también necesitaremos una Advina. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Tras él, de entre dos grandes rocas húmedas, emergió El Saqueador. El ser cadavérico se acercó hasta el ataúd, lo asió de las cadenas y se lo echó a la espalda como si fuese una mochila retorcida y horrible. Siguió al hombre que lo tenía atado.

***

Se despertó al son de los primeros compases de *Living on a prayer*. Todavía adormilado, tarareó la canción hasta que, poco a poco, fue espabilando y todos los recuerdos de la noche anterior le sobrevinieron de golpe. Se incorporó rápidamente con los puños por delante y buscó cualquier tipo de amenaza. Nada. Estaba en una habitación pequeña y deprimente. No había ningún tipo de recuerdo o marca personal, solo paredes grises, una ventana que daba a unas vistas que no era capaz de reconocer, un escritorio vacío y desangelado y un montón de libros que se acumulaban en elevadas torres por todo el suelo. Ander se levantó, al salir de las sábanas se dio cuenta de que estaba en calzoncillos y que de todas las marcas y heridas de la noche anterior solo quedaba la cicatriz del estómago. La acarició con gesto ausente.

«Sí, sigo aquí», dijo Gardebius, la voz de la criatura le hizo dar un respingo de nuevo, todavía le costaba acostumbrarse a que la intimidad de su cabeza ya no le era reservada.

—Déjame en paz —masculló él de mala gana.

«Un poco difícil, chico. Estoy aquí para siempre».

Ander ignoró el tono de mofa en aquellas palabras y se puso en pie. Esquivó las torres de libros hasta la ventana y echó un vistazo al exterior. Un vibrante río recorría el corazón de una ciudad bulliciosa, los coches iban y venían en todas direcciones perdidos en los quehaceres de sus conductores. Los motores rugían, los cláxones sonaban, cientos de voces se entremezclaban en una letanía que dotaba de vida las calles unos pisos por debajo de sus pies. Se dio cuenta de algo, los coches conducían por el lado contrario al que él estaba acostumbrado. ¿Dónde…? Al otro lado del río vio algo que había visto en postales, películas y series cientos de veces. Esa noria gigante tan característica. La mandíbula se le cayó a los pies. Londres. Estaba en Londres.

Por la magia crepitante.

La puerta de su habitación se abrió despacio y los últimos compases de *Living on a prayer* se filtraron en el interior con más intensidad, Ander se giró y vio a Amareth entrando con un par de bolsas llenas de ropa.

—Oh, ya te has despertado —saludó el viejo, depositó las bolsas sobre el escritorio—. Te he traído esto, son de la misma talla que la ropa que llevabas, lo he tirado todo porque estaba hecha jirones.

—Umm, gracias.

—También verás que las heridas se han curado, traje a una Sanadora mercenaria para encargarse de ti. No ha sido barato, así que vístete —continuó Amareth mientras se marchaba—. Tienes

muchas preguntas que contestar.

Ander frunció el ceño y se quedó allí plantado mientras la puerta se cerraba. Recordaba vagamente su conversación con el viejo hechicero, todos los recuerdos del último tramo de la noche eran un amasijo informe de *flashes* y sensaciones. Recordaba el fuego abrasándole la espalda, eso sí lo recordaba bien.

Decía ser un amigo de su padre.

—¿Te fías de él?

«¿Me preguntas a mí?»

—No, al monstruo de debajo de la cama.

Gardebius soltó tres graves y rotas carcajadas.

«¿Cómo pretendes que te de una respuesta, chico? Veo lo que tu ves, oigo lo que tu oyes, me parece un viejo hechicero como tantos otros que conocí en mi tiempo. Bueno, quizás no como otros…».

Ander bufó.

—¿Por qué la distinción?

«El arma que lleva, el Filo de Cronos», Gardebius guardó un silencio respetuoso, «solo de pensar en ella mi alma tiembla. Siempre he querido desafiar a quien fuese digno de portar semejante artefacto».

—¿Es respeto lo que intuyo en tus palabras? —preguntó Ander con sorna mientras se acercaba a las bolsas e inspeccionaba el contenido.

«Oh, chico, no te equivoques. Que mi camino de hechicero siguiese tramos que otros consideran prohibidos o profanos a alguna supuesta ley universal de la decencia no significa que haya perdido el respeto por aquello que merece ser respetado. Lo que hice, lo hice por un motivo».

—Lo que tú digas…

Ander sacó unos vaqueros de la bolsa y se los puso, le estaban un poco anchos en la cintura; por suerte, entre las compras había un cinturón también. Se lo ajustó y luego cogió una de las siete camisetas blancas que le había traído el viejo. Rebuscó en la segunda bolsa y sacó unas zapatillas *converse* blancas y negras. Una vez vestido se echó un vistazo en el reflejo de la ventana, al menos ya no parecía una persona que acabase de salir de la guerra. Echó de menos su colgante; también su móvil. Supuso que todo se habría perdido en el fuego.

Suspiró. Habían cambiado tantas cosas en solo unas horas. Ahora anhelaba escuchar a su padre, aunque fuese soltándole otra diatriba interminable de porqué tenía que unirse a los Custodios y no a los Cazadores. El pensamiento le hizo daño, un daño real,

como si de repente alguien hiciese un boquete en su pecho. Un par de lágrimas furtivas se arrastraron por sus mejillas. Tuvo que hacer un esfuerzo para contener las emociones y ahogarlas en un rincón oscuro y profundo de su ser. No era tiempo de lamentarse. A los muertos se les llora cuando la guerra ha terminado, la suya no había hecho más que empezar.

Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y salió de la habitación. Al otro lado había un apartamento pequeño y que seguía el mismo estilo decorativo del dormitorio. La cocina separada del salón por solo una encimera parecía abandonada y en desuso. Unas escaleras llevaban a un piso superior, Ander imaginó que allí estaría la habitación de Amareth y quizás un baño, aunque no quería ni imaginar el aspecto de ambas cosas. El salón, al igual que el cuarto, estaba lleno de libros apilados en un caótico y azaroso entramado. Sobre un par de pilas de tomos gruesos y viejos descansaba un tocadiscos que estaba reproduciendo un vinilo con los *Greatest Hits* de Bon Jovi. En esos momentos sonaba *Have a nice day*.

El viejo hechicero le esperaba sentado en la mesa y le indicó con un gesto de la mano que hiciese lo propio. Ander tomó asiento frente a un plato con huevos revueltos, bacon y un humeante café. No tenía hambre, pero se obligó a sí mismo a comer y se bebió el café de dos tragos. Amareth lo observó en silencio durante todo el proceso. Cuando terminó, no tardó ni dos segundos en abrir la boca:

—Cuéntamelo todo —ordenó.

—No sé si debería hacerlo.

Amareth frunció el ceño y entrelazó las manos frente a su boca apoyando los codos sobre la mesa.

—Deberías, así me ayudarías a atrapar al cabrón que ha hecho esto.

—No sé quién eres —razonó Ander—. Dices ser un amigo de mis padres, pero no te conozco. Nunca he oído tu nombre.

—Te salvé la vida, creo que eso me confiere algo de credibilidad.

—Ya, bueno, creo que lo mejor será que busque por mi cuenta. No sé de quién puedo fiarme ni de quién no —dicho esto, Ander se recostó sobre la silla, se cruzó de brazos y miró desafiante al anciano—. Si buscas a ese tipo, me parece bien, pero podemos hacerlo por caminos separados.

—Ya… —rezongó Amareth, chascó la lengua y respiró con profundidad como si estuviese molesto—. Eso te ha ido muy bien, ¿no? Enfrentarte a quien os atacó, digo. Si no llego a aparecer

estarías muerto.

—Nos pilló por sorpresa, esta vez será muy distinto pues seré yo el que le dé caza.

«Le daremos caza», corrigió Gardebius. Ander asintió inconscientemente.

—Eres estúpido si crees de verdad que podrás derrotar solo a esa persona, no sé cómo se las ingenió para matar a… Evan —Amareth se puso en pie bruscamente y se alejó de la mesa—. Maldita sea, me cuesta creerlo todavía.

—¿Por qué no me cuentas tú de qué conoces a mis padres?

—Por la magia crepitante, eres cabezón, ¿eh?

—He salido a mi padre, sí.

Amareth se acercó a la nevera y sacó un botellín de cerveza, era lo único que había junto a un limón con mal aspecto y unos cuantos huevos. Abrió el botellín con un abridor que pendía de la encimera y le echó un trago. Volvió a sentarse en la mesa y guardó silencio durante un buen rato mientras ponía en orden sus ideas.

—Nos conocimos en la Torre de Ónice —explicó el viejo hechicero—. Fuimos íntimos amigos, hasta hicimos las peregrinaciones juntos. Nos convertimos en amigos inseparables, pero luego llegó La Academia. Tuvimos que elegir y elegimos caminos separados, eso nos distanció y la relación se enfrió con el tiempo…

—Mi padre nunca me habló de ti —susurró Ander con desconfianza.

—Si le conocía bien, no lo hizo porque no quería que me pudieses usar como padrino.

—¿Eres Cazador?

El viejo asintió.

—Ya sabes la visión que tenía Evan sobre nosotros…

Ander sonrió a medias. No podía estar en desacuerdo con ese comentario y, eso significaba, que de alguna manera u otra, aquel hombre conocía a su padre. Además, había podido abrir la cámara del custodio, lo que significaba que su padre le tenía una confianza ciega. Quizás podía aceptar su ayuda.

Para qué engañarse. ¿Qué otra opción tenía? No sabía ni por dónde empezar.

—¿Estás seguro de que quieres saber todo lo que ocurrió?

—Con pelos y señales —afirmó Amareth.

Ander apretó los labios y asintió.

—Fue…una noche terrible…

Y se sumió en un relato doloroso, tuvo que hacer un esfuerzo

sobrehumano para no romperse y otro para que las palabras saliesen a través del nudo que tenía en la garganta. Le costó, le costó muchísimo, pero intentó poner en palabras cada uno de los detalles que recordaba sobre su atacante, sobre el ataque y sobre los monstruos que habían aparecido aquella noche. No dijo nada de la lanza, ni de Gardebius, ni de su muerte y resurrección.

Para cuando acabó, el vinilo ya había terminado, el disco seguía girando y el tocadiscos emitía un golpeteo rítmico mientras la aguja subía y bajaba. Amareth se había quedado pensativo, tardó un buen rato en hacer algo. Se puso en pie, agarró el guardapolvos de un perchero y se lo puso.

—¿A dónde vas? —preguntó Ander.

—Vamos —corrigió el viejo—. Podríamos investigar durante días y no descubrir nada. Si lo que dices es cierto, Iris podría estar todavía viva, pero en peligro. Tenemos que recurrir a métodos más veloces.

—¿Cómo…?

—Adivinación, muchacho. Adivinación prohibida.

***

Ander estaba lejos de conocer la barriada en la que se encontraban, pero no le hacía falta ser muy perspicaz para darse cuenta de que aquello era un suburbio y debía de ser uno de los peores, de esos lugares que aparecen en los reportajes de investigación sobre el tráfico de drogas en una ciudad. Se resguardaban en un callejón lleno de grafitis que olía a meado y sudor. Una triada de gatos devoraba con ansiedad el contenido de una bolsa de basura tirada en el suelo y, un poco más allá, un vagabundo yacía plácidamente con una jeringuilla pendiendo de su antebrazo, la felicidad en su rostro era casi contagiosa.

—¿Qué estamos buscando? —inquirió Ander por decimoctava vez desde que habían salido del apartamento frente al Támesis, el cambio de aires era cuanto menos radical.

Amareth señaló en silencio un cartel parpadeante de neón rojo en la calle opuesta. El nombre rezaba *SleepWalking* y la puerta principal estaba vigilada por un tipo de rasgos árabes que medía casi dos metros y cuyos brazos eran tan anchos como un roble. Iba vestido con una chupa de cuero y unos pantalones negros llenos de cadenas, Ander captó un par de runas flotando

fantasmagóricamente alrededor de los eslabones.

—¿Cómo llevas el inglés? —le preguntó el anciano.

—No demasiado bien, el arcano se llevó toda mi atención.

—Ummm —gruñó Amareth—. Tendré que enlazarte una runa de compresión idiomática, durará unas cuantas horas…

Antes de darle tiempo a seguir hablando, Ander rebuscó en su memoria compartida, en la parte que pertenecía al hechicero con el que había forjado un pacto. Con un gesto natural dibujó tres runas en el aire. Las tres eran *Ilda*, idioma, las unió formando un triángulo y las activó. Sintió primero como las runas drenaban energía de su interior y luego como estas se filtraban a través de su ser. Respiró hondo y dejó escapar el aire mientras cerraba los ojos. Cuando los volvió a abrir nada parecía haber cambiado, pero en su interior sentía una palpitante emoción. Todavía le costaba creer que estuviese activando runas distintas a *Raik*. Le costaba creer que ahora era un hechicero.

«No lo eres», se recordó, «solo es poder prestado.»

—¿Cómo…? —fue a preguntar Amareth.

—¿Cómo qué?

El viejo apretó los dientes y le clavó aquellos fríos ojos blanquecinos.

—Luego tendremos que hablar —contestó.

Ander se encogió de hombros.

—¿Ha salido bien? —se percató de que Amareth le había hecho la pregunta en el idioma de Shakespeare, pero lo entendió perfectamente.

—Sí. Podemos seguir.

Él hablaba en castellano, pero las runas actuaban de traductoras simultáneas y las palabras se convertían en inglés antes de abandonar su boca, lo mismo ocurría cuando las escuchaba, eran traducidas antes de llegar a sus oídos.

Salieron del callejón y se dirigieron al *SleepWalking*. A todas luces aquel lugar parecía un prostíbulo.

—¿Qué es este sitio? —preguntó nervioso.

—Un club bajo el mando de una cábala de hechiceros renegados.

—¿Renegados? ¿Sin Cámara?

—Eso mismo —Amareth le pidió silencio con un gesto ya que llegaban a la entrada del local. Se plantó frente al gorila que custodiaba la entrada—. Busco audiencia con una de vuestras Adivinas.

El portero se irguió todo lo alto y grande que era frente a ellos y

los examinó con el ceño fruncido y la boca torcida en un claro gesto de desagrado.

—¿Podéis pagar?

El viejo hechicero resopló como si le molestara la obviedad. Rebuscó en uno de sus bolsillos y extrajo dos viejas y ajadas monedas, estaban tan deslucidas que no podían ni entenderse los relieves que antaño marcaban las figuras en sus dos caras.

—Ojos de muerto —dijo Amareth mientras las extendía—. A cambio de unas cuantas preguntas.

—Diez minutos con la Adivina —señaló el gorila tras coger las monedas—. Ni uno más. Id a la sala treinta y tres.

—Me parece bien.

El portero se giró con un movimiento lento y pesado y les abrió la puerta que chirrió como si llevase años sin engrasarse. Al abrir, salió un ráfaga de aire cálido que arrastraba consigo el sonido de música electrónica a todo volumen, el interior del local era lo que uno podía esperarse de alguno de los mejores clubes *underground* de Londres. Había un DJ pinchando, luces de decenas de colores y formas bailaban al ritmo de la música y cientos de cuerpos se mecían como marionetas en una pista de baile que olía a sudor. La música estaba a un volumen atronador, tanto que en cuanto entraron tuvieron que comunicarse con señas. Amareth le indicó que le siguiese y empezó a deslizarse por los pocos huecos que se abrían entre el gentío. Ver a aquel tipo arrugado y de pelo cano en mitad de la pista de baile fue un contraste interesante, era como un pez fuera del agua. Ander le siguió y se encontró a sí mismo sudando y agobiado teniendo que abrirse paso a codazos entre jóvenes de miradas perdidas. Pronto se dio cuenta de que no bailaban, solo mecían sus extremidades en una especie de movimientos espasmódicos, nadie bailaba con nadie, nadie se miraba con nadie, todo eran ojos vacíos y abandonados. No pudo evitar sentir un escalofrío al comprender de qué se trataba. Eran castrados. Hechiceros a los que, ya fuese por su poca capacidad mágica o por su poco control sobre la misma, se les había cercenado el hilo que los comunicaba con la energía en su interior. Algunas veces ocurría.

Así es como los dejaba el proceso.

Ander apretó el paso para salir cuanto antes de aquella tumba de recuerdos. Vio a Amareth esperándolo en una puerta junto a los baños, al otro lado les esperaba un pasillo largo y poco iluminado que estaba lleno de puertas rojas a ambos lados. Cada puerta tenía un número dibujado en blanco. Empezaron a andar, según

avanzaban la atronadora música fue quedando atrás hasta convertirse en solo un rumor lejano.

—Por la magia crepitante, ¿qué es este lugar? Esos chavales estaban castrados —increpó Ander casi fuera de sí.

—Sí, ¿y? —Amareth se encogió de hombros como si no entendiese las preocupaciones del chico, siguió caminando—. Vienen aquí a tener contacto con la magia de alguna forma, las bebidas que se sirven son brebajes alquímicos. Es como una droga, no pueden olvidar haber tenido el poder, no pueden olvidar la sensación de la magia crepitando por sus venas, así que vuelven aquí una y otra vez buscando una pequeña vibración que les haga recordar.

—¿Y vamos a encontrar una Adivina aquí?

—Sí. Una no oficial, nada de Oráculos con las que no conseguiríamos una audiencia ni en diez años. Solo un pago rápido y obtenemos lo que queremos, información.

—Eso de una "no oficial" suena terriblemente mal, lo sabes ¿no? —dijo Ander sin dejar de mirar con precaución a las puertas de los lados. Estaba tenso por si alguna se abría de pronto, temía lo que pudiese esconderse tras ellas.

—Es lo que hay, muchas de estas chicas tienen deudas con la cábala o son refugiadas que evitaron la castración —Amareth explicó aquello con una voz átona, totalmente ajena al sufrimiento humano que obviamente se cocía entre aquellas paredes. A Ander esa indiferencia hizo que le hirviese la sangre.

—Hechiceros renegados, ¿qué hicieron?

—Saltarse las normas, perder su estatus, jugar con magia prohibida… lo usual —el viejo se detuvo frente a una puerta con el número treinta y tres dibujado—. La Academia no es solo un lugar de estudio y esplendor, Ander. Es una institución cruel e implacable que se cree con derecho a regir sobre las vidas de nuestra comunidad. Son ejemplificantes con todos aquellos que se saltan las normas porque saben el daño que la magia puede causar si no se somete a un estricto control. ¿Para qué te crees que existe la Cámara de Cazadores?

—Para cazar criaturas de la Sombra —respondió Ander a media voz.

—Y hechiceros renegados, chico. Ahora, se acabaron las preguntas. Tenemos solo diez minutos.

Abrió la puerta roja. Ander no tenía claro que esperaba encontrar dentro, así que se sorprendió al ver una habitación extrañamente normal. Una pila de agua se alzaba junto al pie de la

cama, había una pastilla de jabón, cepillo de dientes, pasta y varios productos de maquillaje desperdigados sin orden. Un escritorio lleno de papeles con garabatos descansaba en la pared de enfrente, también había una televisión pequeña. Lo último era una barra de hierro que colgaba de una de las paredes y que estaba siendo utilizada como perchero improvisado para un montón de ropa negra. Un delicioso olor a a frutos rojos le llegó como una agradable caricia fantasmal. La chica estaba tirada en el camastro con las piernas cruzadas y en alto apoyadas en la pared, sujetaba un libro con una sola mano mientras con la otra se acariciaba una larga melena plateada.

—Adivina —saludó Amareth.

Ella suspiró con desgana, dejó caer el libro sobre la cama y con un ágil movimiento se incorporó hasta quedar sentada en la posición del loto. Ander se sorprendió al ver que ella no podía ser mucho más mayor que él. Vestía con un largo vestido negro con un lado de la falda más largo que otro y acabado en punta, se podía apreciar una figura esbelta bajo la tela. Sus ojos eran verdes y observaban a sus dos visitantes con una desidia infinita.

—Hemos venido…

—…porque tenemos importantes preguntas que hacerte —terminó la frase ella, su voz era grave y hablaba con un tono que mezclaba el asco y el cansancio a partes iguales. Se los quedó mirando, allí plantados y perplejos y sonrió con apatía—. Eso no ha sido adivinación, todo el mundo viene por lo mismo. Decidme que queréis saber y dadme algo relacionado con las respuestas que buscáis.

«Me gusta», susurró Gardebius en su cabeza.

Ander masculló una respuesta indefinida.

—¿Serviría un alguien en vez de un algo? —preguntó el viejo hechicero. Ella puso los ojos en blanco, asintió con desgana e hizo un gesto con la mano que dejaba claro que le importaba muy poco todo aquello—. Hace unos días la casa del chico fue atacada, era el hogar de un Custodio y queremos saber quién lo hizo y qué buscaba. El chico le vio la cara y tuvo contacto con el atacante.

—Pues que el chico sin lengua dé un paso al frente —indicó la Adivina.

El Clama Tormentas se acercó a ella con ímpetu.

—Me llamo Ander y puedo hablar por mí mismo, gracias. ¿Qué tengo que hacer?

Ella sonrió con cierta malicia y le dedicó un descarado vistazo de arriba a abajo. Dibujó una runa con forma de X llena de

pequeñas filigranas. La runa *Lunia*, claridad.

—Dame la mano —dijo mientras extendía la suya. Era de dedos alargados y decorados con finos anillos de plata en forma de serpiente—. Y no me sueltes.

Ander hizo lo que le ordenaron, en cuanto sus manos entraron en contacto ella activó la runa y él sintió una descarga eléctrica que recorrió todos los nervios de su cuerpo. Agarró con más fuerza la mano de ella y por un momento pensó que podía estar haciéndole daño, pero se dio cuenta de que la Adivina tenía los ojos en blanco y la expresión ida, como si no estuviese allí. El cuerpo de ella empezó a convulsionarse, al principio fueron pequeños espasmos, pero poco a poco fueron ganando en intensidad hasta que las sacudidas llevaron su cabeza peligrosamente cerca del cabecero. Ander, sin soltarle la mano, se echó para adelante y la agarró con cuidado para evitar que se hiciese daño. Ella siguió sacudiéndose bajo su presa. Ander sintió que el corazón le daba un vuelco al contemplar sus manos entrelazadas como las de dos enamorados y al oler el aroma a frutos rojos que ella desprendía tan de cerca.

Entonces pensó en Elena y se sintió mal. Mal porque no sabía si la vería de nuevo, mal por haberse ido sin decir nada, mal porque ella vería tarde o temprano la casa incendiada y no habría explicación alguna sobre su paradero. También pensó en Agus y la misma culpabilidad le retorció el estómago. Tenía que ponerse en contacto con ellos, tenía que decirles que estaba bien.

«Ella lo sabe», la voz de Gardebius le pilló tan de improvisto que no supo a qué se refería, la criatura pareció captar su confusión y añadió, «está sondeando lo ocurrido, lo sabe, sabe nuestro acuerdo, sabe que vivo en ti».

«No hay nada que podamos hacer», pensó él, «necesitamos la información».

La Adivina siguió con aquellos espasmos que se asemejaban a un ataque epiléptico. Ander la sujetó con más fuerza, apretó la mandíbula y esperó. Los espasmos pasaron tan de pronto como habían venido y así, tras unos segundos de paz, ella le apartó con un empujón que tuvo más fuerza de la que la delicada chica aparentaba.

—¿Qué hacías? —preguntó molesta.

—Perdón por intentar que no te destrozases la cabeza —escupió él de mala gana.

La Adivina se incorporó lentamente hasta quedar de nuevo sentada sobre la cama, tenía el pelo revuelto y ensortijado en una masa informe de brillante plata. Se le habían formado dos

profundas ojeras bajo los ojos y parecía hasta haber perdido un par de kilos. Respiró hondo un par de veces antes de ponerse en pie, acercarse a la pila y mojarse la cara y el cuello. Amareth dio un paso al frente.

—¿Y bien? —inquirió.

La Adivina los miró de reojo, cogió una toalla junto a la pila y procedió a secarse. Cuando terminó se dio la vuelta y los encaró. A Ander se le congelaron las tripas al sentir la mirada verdosa de la muchacha clavada en él.

—Tengo un nombre y tengo un objeto.

—Pues ya estás tardando —escupió Amareth—. Habla Adivina.

La chica del pelo plateado sonrío.

—Mi nombre no es Adivina —contestó—. Me llamo Inara y si de verdad queréis esa información vamos a tener que recurrir a otros métodos.

El viejo hechicero dio un paso al frente envarado.

—¡Ese no es el trato! Ya hemos pagado por tus servicios.

Ella frunció el ceño y le dedicó una profunda mirada de desprecio.

—No soy una prostituta, viejo. Habéis pagado a la cábala por mis servicios, no a mí —aclaró con un tono cortante, luego cambió la mirada a Ander—. Reúnete conmigo al amanecer, cuando la mayoría de los castrados se hayan ido, nos tomaremos una copa y hablaremos.

—¡Ese no es el trato! —exclamó de nuevo Amareth y en un gesto fugaz llevó la mano a la empuñadura de su espada.

Justo en ese momento la puerta de la habitación treinta y tres se abrió de golpe y dos hombres enormes como el de la entrada se internaron en la habitación con cara de pocos amigos. Inara miró al viejo y sonrió de oreja a oreja.

—Chao —dijo mientras se despedía con la mano.

Amareth soltó la espada y con un bufido se marchó hecho una furia. Ander compartió una significativa mirada con la Adivina, ella lo observó mortalmente seria.

—Al amanecer.

9

Era difícil ver los primeros rayos del sol entre aquella multitud de edificios apelotonados y cables colgando que conformaban el cielo del suburbio. Ander echó un vistazo a su reloj, casi las seis de la mañana. Castrados, siempre de uno en uno, llevaban saliendo del interior del pub desde hacía un par de horas, se marchaban con miradas vacías y pasos erráticos hacia ninguna parte, daban autentica lástima. Eran la parte oculta del mundo de la magia, la que no se veía, la que dejaba almas partidas y abandonadas a su suerte. Se oía de los castrados, pero parecía más una leyenda para asustar a los jóvenes hechiceros que entraban a las Torres que una realidad.

—¿Cómo pudiste lanzar el conjuro de comprensión de lenguas antes? —preguntó Amareth, llevaba cruzado de brazos y con cara de pocos amigos desde que los dos gorilas les habían escoltado fuera del local.

«Cuidado», susurró la voz de Gardebius dentro de su cabeza, «el viejo sabe más de lo que dice.»

Ander suspiró y cambió su mirada del reloj a la puerta del local intentando ganar tiempo para formular una respuesta convincente en su cabeza. ¿Qué podía decir? ¿Hasta qué punto conocía Amareth su vida y su legado mágico de nacimiento? Habría sido muy poco propio de su padre pregonar lo de su hijo Clama Tormentas. Su padre lo había querido, pero recordaba las miradas decepcionadas en su rostro cuando, siendo un niño, las runas fallaban y se deshilachaban entre sus manos. El don no era potente en él, como tampoco lo era en su madre.

—¿Vas a responder?

Dio un respingo al darse cuenta de que había estado divagando en su fuero interno.

—¿Por qué te interesa tanto? —masculló él de mala gana.

—Porque hasta donde yo sé, Evan e Iris engendraron un Clama Tormentas, no otro hechicero —contestó Amareth con aquel tono inflexible y voraz que daba un poco de miedo—. ¿Me explicas como un uniruna puede convertirse en hechicero?

—Uniruna —susurró Ander con desdén.

—Así es.

Un termino para designar a una parte enorme de la comunidad

mágica, sin embargo siempre usado de forma despectiva. Ander se había pasado toda su adolescencia evitando el término. Él no era un uniruna, era un Clama Tormentas, manejaba el rayo como muchos hechiceros no alcanzarían a soñar jamás. ¿Qué tenía eso de malo?

—¿Y bien?

«No va a darse por vencido, chico.»

—Es la hora —contestó Ander mirando al reloj, todavía quedaban tres minutos—. Hablaremos luego.

Amareth frunció el ceño y lo escudriñó de arriba a abajo. Su mirada era fría, inflexible, pero al final pareció ceder.

—Ten cuidado ahí dentro —dijo—. Si pasa algo lanza algún conjuro sonoro y acudiré.

—No te preocupes —murmuró Ander con determinación—. Verás los rayos.

Sin decir nada más salió del callejón y se puso en marcha. El mismo tipo de rasgos árabes controlaba la puerta, la mantenía abierta mientras el último grupo de castrados abandonaba el local. El hombretón le dirigió una mirada poco cordial.

—La Adivina Inara quería verme —declaró.

El tipo apretó los labios en un claro gesto de desagrado, pero le dejó pasar. El local no parecía el mismo que por la noche, la música ahora era un recuerdo del pasado, la pista de baile estaba vacía y las luces encendidas revelaban las bambalinas del lugar. Ya no había misterio ni ocultismo, solo era un lugar más. Eso sí, el olor permanecía, denso y palpable. Sudor y drogas, eran casi respirables. Ander echó un rápido vistazo y localizó a la chica de la melena plateada sentada en un taburete junto a la barra. Se acercó sin dejar de controlar sus alrededores; había un par de seguratas charlando junto a los baños y otro par desmontando el escenario.

Llegó a la barra y se sentó junto a Inara, ella se giró lentamente y le clavó aquellos ojos esmeralda que penetraban hasta el alma, sonrió y Ander se perdió por un momento en aquella sonrisa perfecta. Sin mediar palabra ella le acercó la lista de las bebidas que ofrecía el local. Él la examinó, al principio distraídamente, hasta que empezó a leer nombres que le llamaron la atención: Pis de duende, Saliva de hada, Sangre de abisal, Cuerno de unicornio…

«Brebajes alquímicos», recordó las palabras de Amareth.

—¿Te ayudo a elegir? —inquirió ella, parecía un poco azorada.

—No estaría mal —masculló él.

Inara se incorporó un poco en su taburete e hizo un gesto al camarero que estaba terminando de limpiar la barra.

—Dos Sangre de abisal, gracias Mark.

«Eso suena delicioso», dijo Gardebius. Ander casi pudo sentir como lo que fuese que vivía en su interior se relamía.

El camarero asintió y se puso manos a la obra, cogió varias botellas de los estantes a su espalda, una contenía un líquido pardo y denso y la otra uno negro con vetas plateadas. ¿Cuán literal era lo de la sangre? Ander sintió un escalofrío, pero trató de ignorar la preparación de las bebidas y centró su atención en la Adivina.

—¿Y bien?

—Te enfrentaste a una criatura con el cráneo de un ciervo por cabeza —sentenció ella.

Él asintió.

—El Saqueador dijo que se llamaba.

—Verás, tengo un pequeño problema personal con esa criatura —explicó Inara, los puños apretados sobre la barra y el gesto de desagrado dejaban claro que el problema no era pequeño—. Creíste destruirlo con tus rayos y toda esa parafernalia vistosa, pero la criatura sigue en pie.

—Ah, ¿sí?

—Sí, mientras quede un trozo de él, ese ser se regenera en pocos minutos —el camarero les extendió dos chupitos de color burdeos, desprendían un olor a tierra revuelta y húmeda. Ella los cogió y le extendió uno al chico—. Por los enemigos en común.

Ander cogió su vaso y se unió al brindis. Bebieron. El chupito era denso, sabía a caramelo y hierro y se pegaba al paladar como si fuese crema de cacahuete. Sintió al instante como la magia de su interior crepitaba, restallaba y bailaba como si se hubiese puesto contenta.

—¿Qué es esto? —preguntó a media voz.

«¡Gloria!», exclamó Gardebius.

—Te diría que drogas, pero eso suena demasiado fuerte —contestó ella tras una carcajada, observaba al muchacho con un gesto voraz, casi depredador—. Es alquimia, una hecha para despertar los sentidos y poner tu magia a trabajar. Normalmente la beben castrados, así que es bastante potente, para hacerles sentir algo. En un hechicero… bueno… los efectos son un poco más bruscos.

Ander asintió y apretó los puños tratando de contener el temblor que los sacudía. Un chispazo emergió de sus dedos y recorrió todo su brazo.

—Bueno… —masculló tratando de controlar la brutal danza que se estaba desatado en su interior—…todavía no me has dicho qué quieres a cambio de la información.

—Quiero ayudaros. El tipo que os atacó tiene controlado al cabeza ciervo, llevo un año sin pensar en otra cosa que ponerle una mano encima y destrozarlo hasta convertirlo en polvo, hasta que no quede nada con lo que pueda regenerarse.

—Eso suena a mucho odio, ¿qué te hizo?

—Oh, de verdad, estás adorable intentando controlar los impulsos de la Sangre Abisal, ¿por qué no te dejas llevar un poco hechicerito?

Ander estaba sudando y notaba todo el rostro ardiendo. Seguía apretando los puños porque era lo único que podía hacer ante la terrible sensación de que la magia luchaba por escapar de él. Si se dejaba ir estaba seguro de que una tormenta estallaría, una como nunca antes había podido crear, la magia restallaba con fuerza desbocada en su interior.

«Sí, ¿por qué te contienes? Hazlo estallar todo», rugió la bestia de su interior.

—¡Cállate! —gritó él, no se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que Inara lo observó contrariada—. Perdona, no a ti. No sé qué me pasa.

—Te pasa que te acabo de drogar —explicó ella con total normalidad, como si el dato no tuviese importancia. Entonces se acercó a él hasta que sus rostros estuvieron apenas a centímetros y añadió en un susurro—: Te acabo de drogar porque quiero que me saques de aquí, pero los cuatro grandullones que parecen no estar haciendo nada en realidad me están controlando. Le debo mucho a la cábala, mucho más que dinero, pero no pienso seguir siendo una esclava. Nos vamos y te ayudaré a encontrar al hijo de puta que te clavó en esa lanza y de paso me vengaré del maldito cabeza ciervo. ¿Trato?

«No», intentó decir Ander, pero no tenía control absoluto sobre su cuerpo. Las manos le temblaban; la realidad se distorsionaba a su alrededor; sentía la tormenta a punto de estallar, a punto de destrozarlo por dentro si no la dejaba libre. Todo su cuerpo imploraba la pelea, una rápida y sucia. Se sentía imprudente, atrevido, con ganas de destrozar cabezas.

¿Qué otra cosa podía hacer?

«Nada, déjame tomar el control.»

De pronto, la lanza se materializó en su mano como si la hubiese invocado de alguna manera.

—Así que es cierto, has hecho un pacto —comentó ella sonriendo con malicia.

—Será nuestro secreto —dijo él mientras se ponía en pie, lanza

en mano.

Los cuatro matones parecieron darse cuenta al instante de la perturbación mágica, sus conversaciones y tareas acabaron rápido y todos los ojos se posaron en él.

—Sácame de aquí —ordenó ella.

No hizo falta nada más, como si aquellas palabras fuesen las que hubiese estado esperando un corredor en la línea de salida, se lanzó a la carrera sobre la pista de baile. Los cuatro hombretones del local desenvainaron cadenas, cuchillos y navajas y salieron a su encuentro. Ander tuvo una idea loca, dibujó la runa de rayo sobre la punta de la lanza y la activó.

—¡Funciona! —gritó mientras cuatro rayos brotaban por todo el mango del arma y sobre su antebrazo.

Los matones recularon un poco al ver aquello. Activaron al unísono una única runa, *Togh*. Fuerza. Sus cuerpos parecieron crecer todavía más, la ropa se apretó contra sus portentosos músculos y las venas en sus sienes se hincharon hasta que parecieron a punto de estallar. De pronto, el muchacho se enfrentaba a cuatro enormes matones con cara de pocos amigos. Eran Minotauros. Unirunas como él, pero cuyas mentes solo podían atarse a la runa de fuerza.

Ander cargó, más movido por la tormenta que se agitaba en su interior que por un deseo real de ayudar a la Adivina. Dos se abalanzaron sobre él, esquivó un navajazo y se hizo a un lado para evitar el envite de una cadena. Con la adrenalina palpitando en sus sienes, lanzó una estocada profunda con la lanza chisporroteando energía. Le dio en el hombro a uno de los matones, el filo se hundió con la misma facilidad con la que un cuchillo hiende la mantequilla; el tipo apenas fue capaz de ahogar el gesto de dolor.

«Explota», ordenó la emoción de la batalla que le gobernaba.

La tormenta estalló en la punta de la lanza y el matón retrocedió gritando con un boquete abierto de la clavícula hasta el pectoral. Ander dio un mal paso al ver la sangre, el músculo quemado, el hueso asomando por la herida y el rostro de terror en la cara del matón.

¿Qué estaba haciendo?

«Matar para obtener lo que buscamos, eso hacemos» contestó Gardebius con voracidad.

No. Él no era así. El momento de duda lo congeló en el sitio y los matones aprovecharon para atacar. Uno le atrapó los pies con las cadenas y de un tirón lo derribó, se dio de cara contra el suelo y sintió un estallido de luz en su cabeza. Un segundo se abalanzó

sobre él, le quitó la lanza y la tiró lejos de allí antes de empezar a molerlo a puñetazos y patadas. Ander se intentó cubrir encogiéndose sobre sí mismo, pero los golpes le llovían con la intensidad de un aguacero.

Crack.

Una de las patadas le dislocó el hombro izquierdo. Apretó los dientes para no gritar.

«¡Levántate y pelea!», gritó Gardebius.

No. No podía. Matar criaturas de las sombras, por supuesto. Matar a sus enemigos, siempre. ¿Pero qué le habían hecho aquellos cuatro hombres? Nada. Era la droga la que había tomado el control, o quizás la parte animal de Gardebius, o lo que era peor, una combinación de ambas.

Vio, entre la granizada de patadas y puñetazos como el tercer matón se acercaba. Las manos manchadas con la sangre de su compañero caído y una navaja brillando entre los dedos, la expresión en su rostro dejaba claro sus intenciones. Iba a matarlo.

Tenía que ponerse en pie. Gritó y comandó a la tormenta que le rodease, los rayos emergieron de él e impactaron sobre el tipo que le atacaba que trastabilló para atrás con varias quemaduras humeantes en la cara y los brazos. Intentó levantarse, pero todavía tenía las piernas atadas y el de la cadena tiró para retenerlo en el suelo. Se golpeó de nuevo contra la pista de baile y escupió un gargajo rojizo. El tipo de la navaja empezó a correr en su dirección, los nudillos blancos apretados sobre la empuñadura.

—¡Joder! —gritó desesperado mientras se retorcía en el suelo e intentaba librarse de las cadenas, pero el que lo tenía apresado estiró de nuevo y lo derribó una tercera vez—. ¡Joder!

«¡Déjame a mí!», exigió Gardebius. Su voz profunda y ronca parecía anhelar la batalla, el sabor de la sangre, tiempos en los que había cazado en libertad. No, no podía dejar que la bestia tomase el control. ¿En qué le convertiría eso?

«En un hombre vivo, imbécil.»

La mano de Ander empezó a dibujar runas en el suelo. La secuencia fue tan rápida que apenas pudo captar la esencia del conjuro, pero le pareció ver algunas runas *Trie*. Transformación. Unidas con otras que no reconoció en una especie de círculos concéntricos. Activó el conjuro. Un grito desgarrador salió de su boca cuando la magia penetró en él, el grito se fue deformando y contrayendo, aumentando y subiendo de tono hasta convertirse en un aullido sepulcral que heló la sangre de los presentes. Los golpes se detuvieron, la cadena tintineó cuando sus eslabones se vieron

luchando contra una fuerza irresistible y el matón que corría con la navaja se detuvo en seco con los ojos abiertos como platos. El chico al que habían estado golpeando pegó un salto, las cadenas se rompieron y dejaron libre a una criatura medio hombre medio lobo. Todavía poseía el rostro de Ander, pero sus ojos eran amarillos y de pupilas alargadas y verticales. Los brazos ahora eran tan largos que llegaban hasta el suelo, fuertes como robles, llenos de pelo negro y acabados en garras que parecían tan afiladas y letales como dagas. Una cola peluda y larga se mecía a su espalda y sus piernas, ahora lobunas, habían desgarrado el pantalón y se habían transformado al igual que los brazos.

Ander, o la criatura que era ahora, no dijo nada. Cargó contra los tres Minotauros, la forma de lobo le confería una velocidad sobrehumana, una fuerza que jamás había sentido. Con un golpe de su garra le abrió tres grandes surcos en el pecho a uno de los matones, luego saltó por los aires y se abalanzó sobre otro. Cayó sobre sus hombros y le mordió el cuello. La boca se le llenó de la sangre del enemigo y se sintió glorioso. Cuánto tiempo llevaba sin sentirse así. El Minotauro gritó mientras la piel se desgarraba y la garganta se separaba de su cuello.

Ander saltó de nuevo, voló un par de metros antes de caer sobre la pista de baile. La sangre goteaba entre sus dientes y descendía por su barbilla. Sus ojos amarillos y terribles se fijaron en el último de los matones del pub que salió corriendo por el pasillo de las puertas rojas. Ander extendió una de las garras y la lanza apareció en su palma mientras un rayo restalló en la otra.

—¡Esto es lo que puedo darte, chico! —rugió Gardebius usando su propia voz—. ¡Poder!

—¡No! —gritó Ander.

Levantó el brazo, sin querer hacerlo y apuntó con la lanza al último de los seguratas que corría desesperado. Cerró un ojo, calculó.

—¡No! —volvió a gritar.

Hizo un esfuerzo sobrehumano por controlarse. Por contener la tormenta en su interior y el control que Gardebius estaba ejerciendo sobre él. Se dispuso a atacar con la lanza. El último hombre moriría. Apretó los dientes y recordó. El monstruo no tenía control sobre él, ese no había sido el pacto. Reunió toda su fuerza de voluntad para levantar la mano izquierda, la que no apuntaba con el arma, y dibujó una runa en el aire. *Eska*. Parálisis. Activó la simple runa y se la aplicó sobre sí mismo. Todo su cuerpo se quedó bloqueado.

«¿Qué has hecho? Maldito crío», maldijo Gardebius.

«Detenerte», contestó Ander.

El matón desapareció por el pasillo de puerta rojas, ya lejos de ellos… fuera de peligro. Ander desactivó el conjuro. Entonces le emoción amainó tan rápido como había llegado, la tormenta de su interior se apagó y las fuerzas le fallaron. Cayó de rodillas sobre la pista de baile, su cuerpo empezó a volver a la normalidad. El pelo negro se le desprendió, la claridad amarillenta de sus ojos se apagó y sus brazos encogieron hasta el tamaño normal mientras sus garras desaparecían y se convertían en manos de nuevo. La lanza también se desvaneció convertida en pequeñas volutas de humo negro.

La puerta del *SleepWalking* se abrió con fuerza. Amareth entró, el portero de rasgos árabes estaba inconsciente a su espalda. El viejo hechicero caminó hasta un Ander vestido con unos pantalones desgarrados y una camiseta sin mangas y deshilachada al que todavía le goteaba sangre por la boca.

—¡Por la magia crepitante! ¿Qué ha pasado aquí?

***

El agua estaba caliente y una fina capa de burbujeante jabón cubría la superficie. Ander estaba dentro de la bañera, con los ojos cerrados y disfrutando del momentáneo silencio que sabía que no duraría mucho. Le debía algunas explicaciones a Amareth y, si bien por el momento solo había habido silencio, tenía claro que la tormenta estaba a punto de desatarse. Los músculos le ardían y todo su cuerpo se sentía pesado y torpe. Lo único que quería era dormir, dormir largo y tendido, dormir y olvidar. Le pesaban los párpados, el cuerpo se lo pedía, pero su mente era incapaz de callar y dejarle descansar. Demasiadas cosas estaban pasando a la vez, demasiados horrores.

¿En qué se había transformado durante el combate en el *SleepWalking*? ¿En eso se había convertido al aceptar el pacto? ¿Ese ser medio lobo lleno de ira?

«Te cedí mi poder, chico», contestó Gardebius, siempre escuchando, «te lo cedí para ganar. ¡Para alzarnos sobre nuestros enemigos! Ibas a morir.»

—No quiero tu poder —susurró Ander, agotado, pero furioso—. Nunca más. Quería ser Cazador, maldita sea, mi trabajo tendría que ser acabar con gente como tú, no unirme a ellos.

«Una visión muy noble, pero chico, todos los Cazadores acaban

abrazando las sombras o muriendo prematuramente.»

—Cállate, ¿qué sabrás tú?

Las tres carcajadas del lobo resonaron en su cabeza y Ander tuvo ganas de darle un puñetazo a algo.

«Más de lo que crees.»

—¿Eras Cazador? —inquirió Ander sin poder creérselo. Le costaba todavía pensar en Gardebius como un antiguo hechicero y no una criatura terrible—. Eras Cazador.

«No. Yo era algo más, pero conocí a una Cazadora y aprendí algo de ella. Los Cazadores son tan malvados como una criatura de la Sombra, ansían la sangre, huyen de su hogar buscando una presa en la que hundir sus armas, usan hechicería para rastrear y matar. Son bestias de presa y nada más.»

—Sí —masculló Ander—-. Se convierten en lo que hace falta para proteger al resto de Cámaras, para proteger al mundo de la maldad de gente como tú.

«Puedes verlo así, o puedes entender que los Cazadores están tan desesperados por encontrar una presa como la presa misma. Tanto, que se olvidarán de cosas más importantes».

—Si eras hechicero, ¿cómo acabaste así?

«Por motivos que no te incumben.»

—¿Recurriste a magia prohibida?

Gardebius no contestó.

—Y fuiste demasiado lejos.

«Sin embargo aquí estoy, mientras que el resto de mis compañeros han sido devorados por el tiempo.»

—Encerrado en una lanza.

Gardebius rugió enfadado, Ander pudo sentirlo en su interior, como una molestia en su pecho acallada por capas y capas de tiempo, pero todavía presente. El asunto de la lanza era una cicatriz todavía abierta en la criatura… al igual que lo era en su propio vientre. Se acarició la brutal marca que su muerte le había dejado y los *flashes* del despacho, su atacante y la noche tormentosa volvieron a su cabeza.

No. No iba a poder descansar. No hasta que atrapase al cabrón que les había hecho aquello. Bufó, irritado y lanzó un puñetazo al agua. La puerta del baño se abrió de pronto. Inara pasó al interior sin ningún tipo de pudor, Ander se hundió todo lo que pudo en el agua y la revolvió para que el jabón flotante le ocultase las partes más íntimas de su anatomía.

—¿Qué haces? —inquirió molesto—. ¿No ves que estoy ocupado?

Inara cerró tras ella y se dejó caer pesadamente sobre la taza del váter, nada en su gesto hacía ver que se sintiese incómoda o avergonzada por la desnudez del muchacho. Apoyó los codos en las rodillas y la cara en las manos fijando su vista en el espejo sobre la pila, así ambos podían mirarse a los ojos sin hacerlo realmente. Ella le sostuvo la mirada por un rato, él entonces se dio cuenta de que ella no le había entendido. Dibujó el conjuro de comprensión idiomática de nuevo y lo activó otra vez, probablemente se había desecho tras su transformación en el *SleepWalking*.

—¿Te estabas masturbando? —preguntó ella cuando las runas se apagaron.

—¡No!

—Entonces no estás ocupado.

—¡Por la magia crepitante! ¿Qué quieres?

—El viejo de ahí fuera está un poco nervioso y me mira con cara de ir a acuchillarme en cualquier momento —contestó ella con total indiferencia—. Creo que os debo unas cuantas explicaciones, pero tú también le debes unas cuantas a él…y es posible que él te deba algunas a ti, pero eso ya no es asunto mío.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el Clama Tormentas frunciendo el ceño e incorporándose un poco.

La Adivina se encogió de hombros a modo de respuesta.

—Te vi morir —dijo cambiando de tema—. Te vi firmando ese pacto, es peligroso. Lo sabes, ¿no?

—No es de tu incumbencia —masculló él apartando la mirada del espejo.

—Pero quizás sí del vejestorio.

—¿Y tú qué sabrás?

—Bastante, soy una Adivina, ¿recuerdas? Aunque una maga nunca revela sus secretos.

—No eres más que una hechicera a medias, como yo —susurró él, le bastó un instante para darse cuenta de que sus palabras habían ido más cargadas de rabia de lo que había pretendido.

Inara se puso en pie y lo mandó callar con un gesto de la mano.

—No pasa nada —dijo acompañando sus palabras de una sonrisa, una sonrisa que a Ander le pareció que estaba cargada del peso de la costumbre. No era la primera vez que alguien despreciaba a Inara por lo que era—. Solo quería darte las gracias por haberme sacado de allí, de verdad, siento haberos ocultado información y haberte utilizado. Sé lo que es que te utilicen, pero necesitaba escapar. Habría hecho cualquier cosa.

—Inara, yo…no quería decir eso…—Ander trató de justificarse,

estaba demasiado cansado y le dolía la cabeza. ¿Por qué había dicho eso? Como si él no fuese un hechicero a medias, peor, uno de prestado.

—Puede que no quisieses decirlo, pero lo piensas —contestó ella, en sus palabras no había rastro de acritud o rabia, solo desidia —. ¿Sabes? Me había sumido en una calma absoluta y desesperada en la que mis días se repetían sin que me propusiese nada, hasta que llegaste tú y tu maldita visión. Ver al cabeza ciervo me recordó quién era y lo que había perdido. Me devolviste algo y por ello te estoy agradecida, me has dado la oportunidad de vengarme.

Dicho aquello, se dio la vuelta y se marchó por donde había venido dejando tras de sí el aroma de frutos rojos en plena primavera y el malestar de un hechicero demasiado cansado para pensar con claridad.

***

Rebuscó entre las bolsas de ropa y sacó otro pantalón. Se lo puso junto a otra camiseta blanca y a otro par de zapatillas *converse*. Aunque solo tenía ganas de dejarse caer sobre la cama y dormir largo y tendido, se obligó a sí mismo a salir al salón y encarar el silencio que allí reinaba. Amareth estaba de pie, apoyado en una pared, con una mano en el pomo de la espada envainada y la mirada fija en la invitada forzosa. Inara estaba sentada en uno de los sofás, no de una forma tensa como cabría esperar, se había dejado caer de cualquier manera y allí estaba, con los pies descalzos y los brazos formando extraños ángulos.

Ander caminó en silencio bajo la atenta mirada de ambos, con cuidado para no chocar contra las pilas de libros. Decidió no sentarse en el sofá que quedaba libre, no sabía si sería capaz de volver a ponerse en pie.

—Creo que tenemos que hablar —dijo rompiendo la tensa quietud.

—Desde luego —masculló Amareth, su mandíbula estaba tensa y su mirada amenazante cambiaba de la Adivina al chico—. ¿Qué es lo que vi en el *SleepWalking*? ¿Por qué no empiezas por eso?

«Oculta la verdad, chico», le susurró Gardebius.

Las palabras de Inara acudieron a su cabeza y pesaron más que las de la criatura, le debía una explicación al hombre que le había salvado la vida. Quizás Ander sabía que no tenía otro remedio, por

mucho que lo odiase, ahora era así. Había aceptado un pacto y tenía que asumirlo. Aunque eso le costase el odio del resto de hechiceros.

Estiró una mano, cerró los ojos y se concentró. Abrió los ojos, la lanza apareció en su mano con un estallido de niebla negra. Amareth se revolvió incómodo, su mano se había cerrado sobre la empuñadura de su arma, Inara no se inmutó.

—El día del ataque… —Ander guardó silencio buscando las palabras adecuadas, ¿cómo se decía algo así?—. Morí. El que nos atacó me empaló en la Lanza de Gardebius, el hechicero encerrado en ella me ofreció un pacto. Me mantendría vivo para poder vengarme…

—No… —susurró el viejo hechicero—…no, no, no, muchacho. ¿Qué has hecho? ¿Forjaste un pacto con un renegado?

—Hice lo que tenía que hacer para sobrevivir, para vengarlos —contestó Ander alzando la mirada y clavándola en el viejo—. ¿Qué te importa a ti? Solo estamos juntos en esto para acabar con ese bastardo.

—¡Me importa porque eso te hace inestable! —gritó Amareth, se separó de la pared y cruzó la distancia que los separaba de dos zancadas para clavarle el índice en el pecho—. Eres un peligro, pero no solo para nuestros enemigos. También para mí… ¡y para ti mismo!

—Entonces se acabó —rugió Ander sin dejarse achantar por la penetrante mirada de ojos grises del viejo—. Que Inara nos dé la información que necesitamos y cada uno se marche por su lado.

Amareth arrugó el gesto y le enseñó los dientes en una mueca de rabia, luego se apartó del muchacho y lanzó un grito al aire.

—No —rezongó de mala gana—. No. Lo hecho hecho está, necesitas ayuda para controlar a esa criatura.

«El viejo cree que puede controlarnos», Ander pudo sentir el rugido de la criatura en su interior.

«Controlarte», corrigió él.

Amareth dio un par de vueltas por la habitación, nervioso. No dijo nada, Ander tampoco, todo el mundo allí necesitaba aclarar sus pensamientos. Fue Inara la que rompió el silencio esta vez, se incorporó en el sofá hasta adoptar una postura más normal y se estiró hasta que todos los huesos le crujieron.

—¿Habéis dejado de pelearos? ¿Queréis que atrapemos al que os atacó y al cara ciervo?

Amareth dejó escapar un profundo resoplido y volvió a su posición inicial apoyado en la pared.

—Habla, Adivina.

Inara sonrió.

—Cadeus. Su nombre es Cadeus. Erais tres en la casa aquella noche —dijo mientras miraba fijamente a Ander—. Solo os mató a ti y a tu padre, había una mujer también…

—Mamá… —susurró el joven hechicero con un hilo de voz.

—A ella se la llevó. El cara ciervo la cogió.

—Sigue viva…

—Tenemos que darnos prisa —dijo Amareth— ¿Qué más? ¿Qué buscaba?

—Una llave —contestó la Adivina entrecerrando los ojos y arrugando el gesto como si tratase de recordar, dibujó una runa *Lunia*, claridad, y de pronto el color de sus iris pasó del verde al blanco absoluto—. Lo quema todo. Solo le interesa ese objeto. Una llave, una que lleva a un lugar prohibido. El corazón de Cadeus se acelera mientras alarga la mano para cogerla. Lleva demasiado tiempo planeando todo aquello, planeando su venganza. Quiere la llave o no podrá volver con ella.

Inara dio un respingo, sus ojos volvieron a la normalidad. Se revolvió incómoda y miró en todas direcciones como si de pronto no supiese dónde estaba. Tardó unos segundos en centrarse y calmar su respiración agitada.

—No puedo ahondar más —anunció con voz cansada—. Pero ya tenéis lo que queríais. Un nombre. Un motivo.

—Cadeus… —susurró Ander.

—Cadeus… —repitió Amareth, pensativo—. Ese nombre me suena.

—Él… conocía a… —Inara parpadeó un par de veces y se llevó una mano a las sienes, parecía realmente cansada de pronto. Se dirigió a Ander—. Conocía a tu padre y conocía a tu madre. Cadeus sabía dónde atacar.

—¿Los conocía? ¿Y les hizo esto? —inquirió el joven—. ¿Por qué?

—La llave —contestó Amareth—. Necesitamos saber más sobre ese artefacto. ¿Un lugar prohibido?

—Eso es lo que he sentido.

—Tenemos que empezar por ahí —insistió el viejo hechicero. Se llevó una mano a la barbilla y se quedó unos segundos pensativo ante la expectación de los dos jóvenes—. La Cámara de Custodios tiene inventarios con las posesiones de cada uno de sus miembros.

—¡Perfecto! —exclamó Ander emocionado—. Solo tenemos que pedirles…

—No van a dejarnos ver el inventario —interrumpió Amareth.

—¿Por qué? Soy el hijo…

—No eres un Custodio y yo tampoco. No. Vamos a tener que hacerlo… de forma poco ortodoxa.

Ander lo miró con incredulidad.

—¿Estamos hablando de lo que creo que estamos hablando?

—Sí —afirmó Amareth. Sus palabras eran pesadas y ominosas cuando añadió:— Tenemos que colarnos en La Academia y robar ese inventario.

El Clama Tormentas se llevó las manos a la cabeza. Sus posibilidades de entrar en la Cámara de Cazadores algún día no paraban de menguar hora tras hora.

10

Agus la observaba fascinado. Era de noche y estaban en la arboleda tras la mansión de la muchacha. Se habían alejado para evitar las preguntas de la madre de la Oniromante, puede que casi nunca saliese de la cama, pero todavía era capaz de notar las perturbaciones en la magia que los viajes oníricos producían.

—¿A quién has visitado esta noche? —le preguntaba algunas mañanas—. ¿Has encontrado a tu padre, verdad? Sí. Él nos está buscando, ¿le has ayudado a volver?

—Sí, madre —mentía ella con incomodidad—. Ya está de camino.

Nunca había encontrado a su padre, ni en sueños, ni en la realidad. El único recuerdo que tenía de él eran las antiguas fotos que pendían en el pasillo de la casa y la borrosa imagen de su rostro mientras le leía un cuento.

¿Por qué estaba pensando en eso ahora? No era el momento de la añoranza. Imaginaba que necesitaba alguien con quien hablar, un adulto responsable que pudiese ayudarle con una tarea semejante, pero estaba sola.

Su mente era tal hervidero que se puso nerviosa y el incienso se le resbaló de la manos, Agus se agachó al instante para recogerlo y extendérselo de vuelta.

—Gracias —dijo azorada, miró el ritual con el corazón en un puño. Lo habían preparado todo en un claro de la arboleda, ella se tumbaría sobre el tronco de un árbol caído en el que había grabado la runa *Oniria,* alrededor prenderían diez ramillas de incienso que en aquellos momentos Agus le ayudaba a colocar diligentemente—. ¿Tienes los dados?

El chico terminó de poner la última varilla y se acercó rápidamente hasta ella, rebuscó en su bolsillo y sacó un puñado de figuras poliédricas de diversos colores. Eran dados de varias caras: de veinte, de doce, de seis… Elena solo sabía que ellos los utilizaban para su quedada semanal.

—¿Cómo de atado está Ander a estos dados? ¿Los utiliza solo él o…?

—¡Claro! —interrumpió Agus al instante con una risotada nerviosa—. ¿Quién más los utilizaría? Dejar que otra persona los tire es casi lo mismo que gafarlos, Ander no se los prestaría ni a su

madre.

Elena asintió y sacó del bolsillo el colgante que había encontrado en los restos ruinosos. Colocó el colgante junto a los dados en su mano derecha y cerró el puño con fuerza. Se subió al tocón con la ayuda de Agus y se tumbó sobre la madera, estaba húmeda todavía del rocío de la mañana y la ropa se le pegó a la piel. Intentó encontrar una postura cómoda, pero en cualquiera de ellas se clavaba las astillas de la madera. Pesadillas, echaba de menos su cama para estas cosas. Esperaba que Ander tuviese una buena razón. Más le valía.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Agus alejándose del tocón.

—Enciende el incienso.

El chico asintió y se puso manos a la obra. No había hecho preguntas incómodas ni había intentando saber más sobre la magia que durante años se le había ocultado. Solo hacía lo que se le pedía con una entrega encomiable. Elena suponía que el pobre tenía que estar tan preocupado o más que ella. Agus terminó de encender con el mechero la última varilla, el olor a avellana empezó a inundar las fosas nasales de la Oniromante. Respiró profundamente, dejando que el incienso, el olor del bosque y la calma del lugar la llenasen por completo.

—Pásame la pócima de la mochila —ordenó.

Agus obedeció y le extendió un pequeño vial lleno de un líquido azulado. Era un brebaje que ella misma preparaba, una sustancia para ayudar a dormir y facilitar el tránsito por el Velo. Se la bebió de un trago y cerró los ojos.

—Ahora solo queda esperar —anunció en un susurro—. Intentaré encontrarlo, pero no podré hacerlo hasta que él mismo esté dormido, así que te toca ser paciente Agus. Estaré inutilizada por completo, no podré oír, ver o sentir nada de lo que ocurra aquí. Confío en ti.

—Encuéntralo —dijo el chico con un hilo de voz—. Yo me encargo de cuidarte.

Elena asintió, apretó el puño con los objetos de Ander sobre su pecho y volvió a respirar hondo. Dejó fluir la poca magia que contenía su ser y activó la runa grabada en la madera. La runa se encendió con un fogonazo azul de poca intensidad.

Pocos minutos después, Elena cayó al vacío y se vio arrastrada por corrientes de oscuridad que la mecían de aquí para allá. Vio fogonazos y retazos de los sueños de los durmientes cercanos, vio el ansiado reencuentro de una abuela con su nieto, vio los logros de un hombre al que ascendían, vio una cita romántica de dos

enamorados. Se alejó de todos aquellos sueños, viajó, buscando, sin anclarse a ninguno, dejando que los objetos que tenía en su mano la guiasen. La conexión que tenían con su dueño era fuerte. Vio más luces. Gusanos que devoraban la carne de un niño pequeño, un hombre que abofeteaba a una mujer, una mujer que era infiel a su marido y era descubierta en pleno acto. Pesadillas, horrendos sueños enturbiados con gotas de oscuridad que se filtraban desde la Sombra. Los miedos de la gente reflejados en una escena que se repetía, que cambiaba, que tomaba formas imposibles. Lo imposible era el tejido con el que se confeccionaban los sueños. La Oniromante esquivó todos aquellos estímulos y siguió navegando a la deriva, dejándose guiar. Ander, ¿dónde estaba? Lejos. Lo sentía muy lejos. Pasó tiempo, no supo cuanto, en aquel estado jamás podía saberlo, hasta que las corrientes se detuvieron frente a una nebulosa informe y gris. En esa nebulosa se vio a ella misma.

—¿Qué? —preguntó a la nada, el vacío le devolvió su voz como un eco constante y ampliado.

Ander soñaba con ella. No le había mentido entonces.

En el sueño, ella y él estaban en el río, bañándose, solos. Parecía una tarde idílica, el sol resplandecía en el cielo y arrancaba destellos dorados de las cristalinas aguas. La pareja reía y brincaba como si estuvieran…enamorados. Elena sintió un pinchazo en el corazón cuando la culpabilidad golpeó. Por eso no miraba los sueños de sus conocidos, ahí dentro se ocultaban deseos que a veces era mejor guardar bajo llave. Tomó aliento y se dispuso a adentrarse en el sueño, pero entonces todo cambió. La tarde idílica se convirtió en fuego y horror, el horizonte se cubrió de humo, los gritos de cuerpos quemándose lo inundaron todo. El río se tiñó de sangre y un hombre vestido con una chaqueta de *tweed* apareció en la orilla.

Ander, el Ander del sueño, se puso entre el hombre y ella en un desesperado gesto de protección. Él estaba asustado. Elena jamás había visto al muchacho temerle a nada. El hombre de la orilla chascó un dedo y a su lado apareció una figura encapuchada formada por huesos y también Iris, la madre de Ander. La mujer iba maniatada, cubierta de heridas y magulladuras y con una mordaza que le impedía hablar. Ander se lanzó a rescatarla, una lanza apareció en sus manos.

Luchó. Perdió. Fue todo un segundo, pues el tiempo en los sueños no existe. Se deforma y crece o mengua según sus propios intereses. Elena observó la escena cambiar de nuevo. Ya no estaban en el río, ahora Ander estaba atrapado en una pequeña habitación

que ardía. Junto a él había un hombre, alto y espigado, un hombre raro, envuelto en una pesada sensación de atemporalidad. Ambos hablaban mientras las llamas avanzaban hacía ellos a darles una muerte segura. Elena no podía escuchar lo que decían.

Era el momento. Entró en el sueño.

Se sintió arrastrada por un tubo de imágenes inconexas que pasaban ante ella tan rápido que apenas alcanzaba a comprender lo que veía y de pronto todo terminó. Estaba en la habitación en llamas, flotando sobre el fuego como un espectro hecho de bruma danzante que adoptaba vagamente su propia forma. Se deslizó por el aire hasta plantarse frente al Clama Tormentas, para ella el fuego no quemaba, el calor no existía, eran solo el producto de un mal sueño. Nada era real. Se quedó flotando ante Ander y levantó la mano en la que tenía el colgante, cerró los ojos y empezó a susurrar las palabras antiguas de un cántico que estabilizaba la runa y la convertía a ella en parte del sueño. Ander parpadeó un par de veces hasta que, con rostro de extrañeza, clavó la mirada en ella.

—¿Elena? —preguntó el muchacho. Toda la escena se congeló, el fuego dejó de crepitar, las llamas se detuvieron en su danza constante y las sombras sobre las paredes se quedaron fijas, todo se detuvo. Todo, menos el hombre al lado de Ander. Elena frunció el ceño—. ¿Elena? ¿Esto es real?

—Ander, ¿puedes escucharme? —preguntó ella, su voz sonaba distante y distorsionada por la marea de espacio que los separaba.

Él la observó todavía incrédulo, su rostro convertido en una máscara de desconfianza. Es posible que todavía creyese que aquello no era más que parte de sus pesadillas, era lo más normal con los durmientes, sus mentes abotargadas tardaban en procesar la presencia externa que era el Oniromante.

—¿Elena? —volvió a preguntar.

—Sí, Ander, soy yo, he entrado en tus sueños para ponerme en contacto contigo.

—Una Oniromante —rugió el hombre que había a su lado—. Cuidado, son peligrosos.

¿Qué era aquello? Otra presencia dentro del sueño, el ser no era parte de la pesadilla, era una consciencia propia. ¿Cómo?

—Silencio —ordenó Ander, sin apartar la mirada de ella—. Estás aquí de verdad, ¿no? Eres tú, no estoy soñando contigo.

El comentario hizo que a Elena se le dibujase una sonrisa en los labios.

—Soy yo. Estoy aquí.

El muchacho se giró de nuevo para encarar al hombre.

—Déjanos a solas —dijo—. Tengo que hablar con ella.

El ser soltó tres largas y pronunciadas carcajadas guturales, luego empezó a desvanecerse. Poco a poco su cuerpo se convirtió en una masa de humo negro, antes de que la boca se deshiciese sonrió y dijo:

—Nunca estarás a solas, chico.

Ander suspiró. La Oniromante y él se miraron largo y tendido en un silencio anhelante. A Elena el corazón le dio un vuelco, sintió ganas de abrazarlo, de enterrarse en su pecho y de darle puñetazos hasta que se arrepintiese por haber desaparecido de aquella manera. Saber que estaba vivo, además de ira, también la lleno de un alivio inmenso que le hizo quitarse un gran peso de encima.

—Lo siento —dijo Ander rompiendo el momento.

Ella negó con la cabeza y amagó una lágrima que quiso escapar.

—Me alegro de que estés vivo.

—¿Cómo me has encontrado?

—Tu colgante —contestó ella abriendo la mano y enseñando todo lo que llevaba—. Y tus dados de rol.

Ander dio un paso hacia delante y extendió la mano para coger la de ella, no ocurrió. Ella era tan incorpórea como los sueños lo son y las manos se traspasaron, la de la Oniromante se deshizo en un jirón de bruma durante unos segundos y luego volvió a tomar su forma natural. Los dos volvieron a compartir una mirada de anhelo.

—En fin… —susurró ella bajando la vista—. ¿Qué ha pasado? Ander, tu casa…

—Lo sé —interrumpió él—. Es largo de contar, nos atacó un viejo amigo de mi padre. Quería algo de la cámara custodia. Arrasó con todo para conseguirlo.

—Tus padres, ¿están bien?

Él no contestó, pero a Elena le bastó la expresión de constreñimiento en su rostro para saber que no. De pronto pareció que a Ander se le ocurría algo. El fuego de una idea brilló en sus ojos.

—Elena, mi madre… mi madre sigue viva —hablaba rápido, como si tuviese miedo de que la idea se le escapase—. ¿Podrías encontrarla? Igual que has hecho conmigo. Necesito saber dónde está, si está bien… necesito localizarla para poder rescatarla.

El sueño se tambaleó, las llamas se avivaron por un instante justo antes de desaparecer. Todo cambió vertiginosamente deprisa y de pronto ya no se encontraban en la habitación incendiada, ahora estaban en un vacío absoluto y blanco, tan blanco que dolía y quemaba. Ambos se cubrieron los ojos con las manos.

—¿Qué pasa? —preguntó Ander.

—¡Te estás despertando! —exclamó ella echa una furia—. Puedo encontrar a tu madre, pero necesito algo de ella, algo personal. ¿Se te ocurre algo?

Ander pensó durante un par de segundos mientras la intensidad del brillo seguía creciendo y creciendo. Elena cerró los ojos para aguantar el dolor, a pesar de eso seguía siendo capaz de ver la luz a través de sus párpados.

—¡El colgante! ¡El mío! ¿Lo encontraste en mi casa?

—¡En lo que queda de ella! —gritó Elena mientras sentía como el sueño se desvanecía y su presencia se veía arrastrada de nuevo a la consciencia—. ¡Algo! ¡Rápido!

—¡Dos palillos de jade! —gritó el chico al fin—. ¡Tienen que haber sobrevivido!

—¡La buscaré! —prometió ella.

—¡Elena! —gritó él, su voz llegaba como un eco lejano—. ¡Es el peor de los momentos, pero he descubierto que esperar no sirve de nada! ¡Me…!

El sueño se desvaneció de golpe y la Oniromante se vio arrastrada como si acabase de entrar en la corriente de un río. Dio vueltas y vueltas en un alocado viaje de regreso.

Abrió los ojos. Estaba de nuevo en el claro. Intentó moverse, pero todo el cuerpo le dolía como si hubiese dormido en una mala postura sobre el maldito suelo. Apretó los dientes y se incorporó como pudo. Vio a Agus sentado un poco más allá sobre la hierba, el chico se había quedado dormido. Elena suspiró y miró al cielo, amanecía. Llevaba horas dormida, no podía culpar a Agus por haber cedido al cansancio después del ajetreado y terrible día que habían pasado. Intentó ponerse en pie, pero toda su espalda se resintió con una descarga de dolor.

Estaba agotada y confusa.

Pero al menos sabía que Ander seguía vivo y eso hacía que todo el cansancio valiese la pena. ¿Qué le había intentado decir en aquel último momento? ¿Que ella le gustaba? No, eso era… Por la diosa Onírica, sí había intentado decirle eso.

—Ander… —susurró a la nada—…¿de verdad creías que era el mejor momento?

Se puso en pie y despertó al muchacho, Agus la recibió con un brinco.

—¿Ha funcionado? —preguntó todavía adormilado.

Elena asintió.

—Tenemos que volver a la casa. Ander nos necesita.

***

Ander abrió los ojos y notó el quemazón de la luz ardiendo en ellos. Tardó unos segundos en acostumbrarse, parpadeó y echó un vistazo a su alrededor. Estaba en la cama, Amareth había encendido la luz de su habitación y lo observaba desde el umbral de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho y gesto indescifrable.

—¿Qué hora es? —preguntó él de mala gana.

—Las seis.

—Por la magia crepitante…

—Deja de maldecir, tenemos mucho trabajo que hacer —Amareth se dio la vuelta y abandonó la habitación—. Venga.

Ander apoyó la cabeza en la almohada y contempló el sucio techo durante diez largos segundos. Había tenido un sueño rarísimo, pero no lograba recordarlo del todo. Los detalles se le escapaban entre los dedos. Sabía que había soñado con Elena, la recordaba vagamente, como un espectro que se deslizaba por su memoria. ¿Ella estaría bien?

«No soñaste con ella», dijo Gardebius, la voz le pilló de improvisto de nuevo, con la cabeza todavía dándole vueltas por el brusco despertar. «Ella te contactó en sueños.»

—Eso ya lo sabía —rezongó Ander—. Espera, ¿quieres decir que se metió en mi cabeza?

«Hablaste con ella, le pediste que buscase a tu madre.»

—Joder… —el joven no supo qué decir o hacer, el corazón le dio un vuelco y se quedó allí tirado con la mirada clavada en el techo. No recordaba nada de eso y cuanto más intentaba pensar en los sueños que había tenido, más se le escapaban—. No quería mezclar a Elena en esto, yo… si le pasa algo…

—¡Ander! —gritó Amareth desde el salón.

El Clama Tormentas se puso en pie de un salto y se vistió con los pantalones negros y otra camiseta blanca, se puso las *converse* dando saltos mientras salía del cuarto. Se encontró con un salón que casi no reconoció. Las pilas de libros habían desaparecido y el orden había vuelto al lugar dejando ver lo que había debajo. Una mesa de caoba con cuatro sillas se alzaba en el centro. Inara estaba sentada, vestida solo con una camiseta que le venía tan larga como un vestido, llevaba la larga melena plateada recogida en un moño. Su rostro denotaba lo en desacuerdo que estaba con haberse levantado

tan pronto. Entre sus delicados dedos había una taza de humeante café. Amareth salió de la cocina con dos tazas más, le tendió una a Ander. El joven la aceptó con gusto y le dio un largo trago.

Amareth se colocó a la cabeza de la mesa, pero no se sentó. Tenía el ceño fruncido y el rostro congelado en una constante expresión de mala leche. Ander se acercó y tomó asiento frente a Inara, de pronto el olor a café se desvaneció y solo pudo oler aquel acido y refrescante aroma a frutos rojos que parecía acompañarla siempre. Ella le miró con sus ojos verdes y grandes y sonrió. Él apartó la mirada, luego se acordó de dibujar y activar el conjuro que les permitía comunicarse. Mientras lo hacía pensó que debería haber aprendido inglés.

—Bien —empezó el viejo hechicero dirigiéndose a la Adivina—. Lo primero que quiero dejar claro es que este es un trabajo para Ander y para mí, tú ya has ayudado con lo que podías, no tienes que inmiscuirte en esto y eres libre de marcharte.

Inara alzó una ceja confusa y dio un sorbo a su taza.

—Creo que dejé claro que os ayudaría hasta que llegásemos al cabeza ciervo, tengo una cuenta pendiente con él.

—¿Y piensas matarlo leyéndole las cartas? —inquirió Amareth con voz cansada.

—¿Perdón?

—Eres una simple Adivina, muchacha, La Academia no es lugar para ti —continuó el viejo—. Además, estoy seguro de que la cábala de hechiceros detrás del *SleepWalking* te estará buscando, ¿me equivoco?

Ella no contestó, pero en su gesto quedó implícita la respuesta.

—Tenemos bastantes problemas con los que lidiar, no podemos añadir una cábala. Creo que lo mejor es que te marches —continuó Amareth con su voz ronca. Hablaba sin ningún tipo de animadversión, solo exponía su idea de forma clara y tajante—. Te ayudamos a escapar de ellos y nos diste información a cambio, ahora eres libre de buscarte tu propio camino.

—Pero… —trató de decir ella, su habitual aplomo se había desvanecido por completo—…no. Puedo ayudaros todavía. Puedo seguir adivinando para vosotros, todavía puedo daros información, yo…

—¿Quieres cambiar unos dueños por otros? —continuó Amareth, implacable—. ¿Por qué querías dejar de trabajar para la cábala?

—Porque… me obligaban a pagar una deuda que nunca quedaría saldada, porque me obligaban a usar una habilidad que…

detesto —tras decir aquello Inara respiró profundamente, como si acabase de hacer una confesión—. Adivinar es una maldición.

—Lo sé —interrumpió el viejo hechicero—. Sé que adivinar os deja el cuerpo destrozado y la mente enfangada, sé que os quita años de vida, sé que os obligan a hacerlo. Créeme, muchacha, conozco a esas cábalas, sé que os imponen una deuda en años a cambio de vuestros servicios y que siempre encuentran la forma de prolongarlas. Ahora eres libre. No vas a adivinar más, por lo tanto ya no pintas nada aquí.

—¡Te equivocas! —exclamó Inara poniéndose en pie, su expresión había cambiado, el avasallamiento al que le estaba sometiendo el viejo ya no le afectaba, ahora ardía en determinación —. Deja de tratarme de forma condescendiente, anciano. Daría los años que hiciesen falta por atrapar a la criatura. Todos y cada uno de ellos, acabaría con mi cuerpo hasta hacerme vieja y decrépita si con eso pudiese ponerle una sola mano encima. Así que no me digas lo que puedo hacer o lo que tengo que hacer. Estoy aquí y no pienso marcharme hasta haber acabado con el Saqueador.

Amareth la contempló, el amago de una sonrisa se dibujó en sus labios, pero fue tan fugaz que Ander pensó que se lo había imaginado.

—¿Qué te hizo? —preguntó el Clama Tormentas, las miradas se posaron sobre él—. ¿Por qué quieres vengarte?

Inara lo miró con intensidad, Ander reconoció el fuego que ardía en aquellos ojos. Era la misma llama que quemaba sus entrañas cuando se paraba a pensar en sus padres. Era el mismo fuego, alimentando por el mismo sentimiento de odio y desesperación. Era ese fuego vacío que ardía y consumía, pero no daba calor ni comodidad. Era el fuego de la rabia y la impotencia que le devoraban y que no le dejaban pensar en otra cosa que no fuese el tipo del *tweed* y en las ganas que tenía de clavarle la lanza en el pecho. Era el fuego de la maldita venganza, alimentado por el odio y el dolor. Inara estaba tan rota como él. O más.

—Lo que me hizo no os interesa —contestó con ferocidad—. Pero podéis contar con mis habilidades siempre y cuando eso nos lleve hasta él.

Ander asintió lentamente.

—¡Muy bien! —exclamó Amareth—. Entonces lo tenemos todo claro. Hora de hablar de La Academia.

El joven miró de reojo al viejo. Tenía la sensación de que aquella conversación no había sido en absoluto casual. Maldita sea, detrás de aquellos ojos grises y aquella barba cana se escondía una mente

inteligente y cuyas intenciones seguían siendo un misterio para Ander.

Ese desconocimiento no le gustaba nada.

11

La Academia se alzaba un poco más allá, era de día y el sol arrancaba destellos de las decoraciones de la fachada. Todo el edificio supuraba el peso y solemnidad de lo antiguo, de lo magnífico, de lo grande y maravilloso, de esas obras construidas para captar las miradas y prendar las mentes. Así le parecía a Ander, que se había quedado paralizado ante la visión de la imponente edificación. Se le hacía raro. Hacía unos días había estado allí con su padre, discutiendo por causas que ahora se le antojaban estúpidas y lejanas. Miró al banco en el que había esperado sentado y el estómago se le retorció, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para ahogar las lágrimas. No era momento de pensar en el pasado. Hacia delante, no le quedaba otro camino que no fuese hacia delante.

La Academia se dividía en cinco enormes edificios, el principal y más grande contaba con la recepción, la biblioteca, las mazmorras, las habitaciones de estudiantes, profesores y empleados, el comedor y demás habitaciones de uso y disfrute común. Separados por unos cincuenta metros de la sede, tres edificios más pequeños se miraban los unos a los otros formando una plaza triangular, estos eran donde cada una de las tres Cámaras impartía sus lecciones y guardaban sus secretos. Tras un camino de piedra que abandonaba esa plaza, a unos doscientos metros, se alzaba una arboleda y, entre las copas de los robles, se podían intuir los torreones negros del quinto edificio. Este pocos sabían a qué fines estaba determinado, pero Ander había oído que entre el alumnado corrían todo tipo de rumores sobre los fantasmas que lo poblaban. Tonterías a su modo de ver, seguramente era solo una vieja construcción abandonada por el desuso.

Amareth se colocó a su lado, en su pecho, a través de la camisa, todavía resplandecía un pequeño colgante de piedra. Aquel colgante era la llave para abrir portales a La Academia, Evan tenía uno igual. Ander supo en lo más profundo de su ser que nunca tendría uno propio. ¿Qué Cazador patrocinaría a un uniruna manchado por la Sombra? Suspiró y con un gesto de impotencia volvió de nuevo su mirada a los patios ajardinados y a los imponentes edificios. Era un lugar al que todavía no había pertenecido, pero que ya echaba de menos.

—¿Estás bien? —inquirió Amareth poniéndole una mano en el hombro.

Ander se apartó bruscamente.

—Sí…sí… ¿qué tenemos que hacer?

El portal tras ellos crepitó una última vez e Inara apareció. Se había vestido con la misma ropa con la que abandonase el *SleepWalking* la noche anterior, de negro de arriba a abajo. El portal se cerró.

—Bien —continuó el viejo, señaló al edificio derecho en la plaza triangular—. Esa es la Cámara de Custodios. El Archivo de Cristal se encuentra en la parte alta, se puede acceder desde cualquiera de los cuatro torreones. Tengo un contacto que me debe un favor… uno bastante gordo. Os abrirá una puerta de servicio y os conducirá hasta el Archivo, también os ayudará a buscar los registros de Evan. Sería imposible encontrarlos sin ayuda.

—¿Podemos fiarnos de él? —preguntó Ander, tenía la mirada fija en los caminos que unían los edificios de La Academia, estudiantes, trabajadores, grandes hechiceros, todos iban y venían de aquí para allá. El lugar rebosaba vida, vibraba con magia, si les pillaban acabarían convertidos en una pila de ceniza—. Espero que ese favor fuese realmente grande.

—Lo fue —masculló el viejo—. Y no tenemos más opción.

—¿Y tú dónde estarás?

—Cerca.

—¿Por qué no vienes con nosotros?

Amareth echó un lánguido vistazo al mango de la espada en su cinto y apoyó una mano sobre el pomo.

—Estaré cerca, os basta con saber eso. En marcha.

Bajaron la colina que los separaba del camino de piedra y dieron un rodeo por el exterior del edificio principal. Las puertas por las que había salido Evan hacía muy poco estaban abiertas, varios estudiantes charlaban en los escalones de mármol que daban acceso a ellas. Se los veía tan despreocupados, tan…felices. Ander sintió como si todo su interior se desmoronase.

«Basta», se dijo a sí mismo.

Hacia delante. Clavó la mirada en su destino, la Cámara de los Custodios, y renovó el ímpetu en su marcha. Llegaron hasta la plaza triangular, Amareth les indicó que rodeasen el edificio y que esperasen junto a la puerta de la torre este, luego se marchó. Ander obedeció a regañadientes e Inara siguió al muchacho. La Adivina lo miraba todo con emoción brillando en los ojos.

«Claro», pensó Ander, ella nunca había estado allí.

Probablemente ni siquiera habría conocido las Torres de la hechicería que eran construcciones faraónicas como La Academia. Toda aquella magnificencia se le había denegado.

«La chica te hace mirar con otros ojos lo que antaño ansiabas», dijo Gardebius en tono de mofa.

«Cállate. Ya no podré tener nada de esto por tu culpa.»

«Estarías muerto.»

«No hace falta que me lo recuerdes cada vez.»

El hechicero soltó tres largas y profundas carcajadas antes de guardar silencio.

Llegaron a la parte trasera del edificio y se situaron junto a la entrada acordada. La torre era altísima e imponente, redonda y con un tejado en pico de color negro que se veía coronado por una gárgola enorme que desplegaba sus alas y estiraba su garras al cielo. Entre sus manos Ander vio que sujetaba una runa de piedra, pero estaba demasiado lejos para identificarla. Esperaron diez minutos que se hicieron eternos, los dos jóvenes estaban atentos a su alrededor todo el rato, expectantes por no ser descubiertos en aquel lugar que, seguramente, levantaría sospechas. Una cosa era ir por los caminos como uno más, otra acechar en la maldita retaguardia no transitada de una Cámara.

—No puedo imaginarme cómo tiene que ser —dijo Inara en voz baja—. Estudiar en las Torres, estudiar aquí… ser capaz de controlar la magia.

Ander apretó los dientes y no dijo nada. No quería hablar, no era el momento, solo quería concentrarse en la misión.

—Os envidio un poco, no te voy a mentir.

—Ningún hechicero puede conectar con la runa *Lunia* como lo hacéis vosotras las Adivinas —cortó Ander.

—Eso no es ningún consuelo, créeme —suspiró ella con los hombros caídos—. Adivinar es una maldición…

Fue a decir algo más, pero la puerta se abrió con un chirrido molesto. Un tipo enjuto y con rostro de hurón se asomó desde la oscuridad al otro lado. Iba vestido con un uniforme que consistía en unos pantalones negros, una camisa negra muy elegante que poseía decoraciones plateadas en los puños y sobre la que lucía un chaleco del color del vino tinto. El tipo iba ligeramente encorvado, tenía el pelo revuelto y pajizo y unos ojos redondos y negros que se escondían detrás de unas gafas cuadradas.

—¿Sois los amigos de Amareth?

—Los mismos —contestó Ander.

El tipo se echó a un lado y les indicó con un gesto que pasaran.

—Rápido, rápido. ¡Por la magia crepitante, rápido! Nadie tiene que veros.

El tipo cerró la puerta tras ellos con un sonoro portazo y se apoyó en la pared para tomar aliento como si lo que acabase de hacer fuese lo más emocionante y valiente que había hecho en toda su vida. Después de recuperarse, los miró, la débil luz de unas antorchas siempreardientes llenaba la estancia circular de una penumbra ambarina.

—Soy Thobias Mammet —se presentó extendiendo la mano.

Ander se la estrechó.

—Nosotros los amigos de Amareth.

Thobias asintió.

—Bien, bien, bien —repitió varias veces mientras se despegaba de la pared y daba un par de pasos en una dirección y luego en otra —. Vamos, tengo unos uniformes escondidos para vosotros. No podéis ir por ahí con esa ropa.

Thobias abrió la marcha y empezó a subir por la escalera de caracol que empezaba en una de las paredes de la torre. Los dos muchachos le siguieron. Las piedras de las paredes estaban húmedas y en algunos trozos estaban cubiertas de musgo. Durante el ascenso, cada cinco escalones, una antorcha siempreardiente iluminaba el camino. Pasaron por un par de habitaciones que parecían completamente abandonadas y se detuvieron en el tercer piso, allí, junto a un camastro abandonado, había un cofre. Thobias lo abrió y mostró los dos uniformes del interior. Eran como el suyo, pero la decoración de los puños era blanca.

—Uniformes de iniciado. A vestirse, rápido.

Ander se quitó la ropa sin pensárselo demasiado, cogió la camisa del uniforme y la extendió ante él. Tenía pinta de que iba a venirle pequeña. De pronto se dio cuenta del silencio que reinaba a su alrededor y al alzar la vista se dio cuenta de que era el centro de todas las miradas. Tardó un segundo en darse cuenta de que se había quedado en calzoncillos delante de Inara y de Thobias.

—¿Qué? —preguntó molesto.

—Nada —contestó Inara sonriente, le echó un vistazo de arriba a abajo—. No me quejo.

Tres carcajadas resonaran en su cabeza. Ander sintió que sus mejillas se prendían y de pronto la desnudez le pesó. Se puso rápidamente la camisa, efectivamente le estaba apretada, y cogió los pantalones. Inara recogió su uniforme y bajó un piso para ponérselo con más discreción que él.

—Por la magia crepitante, va —se lamentó Thobias—. Si me

pillan…

Inara volvió dos minutos después. El uniforme le sentaba realmente bien, la camisa realzaba su figura delgada y los pantalones marcaban una cadera pequeña, pero redondeada. Con los dos vestidos, Thobias volvió a ponerse en marcha.

—Seguidme, no hagáis nada, no miréis a nadie, no habléis con nadie —decía mientras continuaban subiendo escalones y escalones —. Si alguien os pregunta sois nuevos y os estoy enseñando donde está el Archivo. ¡Pero no habléis si podéis evitarlo! Dioses, esto no va a salir bien…

—Cálmate —le espetó Ander—. Entramos y salimos, nadie sabrá qué ha ocurrido.

—Vale, vale —dijo Thobias entre suspiros.

Siguieron subiendo, dejando atrás habitaciones que parecían abandonadas y que ahora eran el hogar de arañas y cucarachas. El polvo se comía cada mueble, cada pared, cada alféizar de ventana; se notaba que aquella torre llevaba mucho tiempo en desuso. Según subía, Ander se fue dando cuenta de pequeños signos que indicaban que el lugar estaba abandonado, pero no olvidado. Había nombres tallados en las paredes de piedra, corazones con dos iniciales en su interior, dibujos soeces, camastros que se habían colocado formando un círculo junto a una improvisada hoguera. Botellas de whisky y vodka vacías, latas de cerveza arrugadas y bolsas de patatas vacías.

—Los estudiantes usan esta torre —afirmó.

—Lo llaman el Torreón Nocturno —contestó Thobias en un susurro—. Ya puedes imaginarte la utilidad.

Ander se preguntó si en la Cámara de Cazadores habría un lugar parecido. Maldita sea, ¿cómo se había ido todo a la mierda tan rápido?

Llegaron hasta el último piso, las escaleras terminaban abruptamente frente a una puerta de hierro forjado.

—¿Listos? Tendremos que atravesar unos cuantos pasillos antes del Archivo. No hagáis nada, no miréis a nadie, no…

—Sí, sí, lo hemos entendido —rezongó Ander—. Abre la puerta.

Thobias se sobresaltó ante el ímpetu, con un gesto muy digno se dio la vuelta y abrió la puerta de hierro. Al otro lado les esperaba un pasillo que contrastaba con la torre que dejaban atrás, eran como la noche y el día. El pasillo era palaciego, de techos altos y sustentados por arcos de mármol. Cada pocos pasos una enorme lámpara de cristal colgaba desde el techo, cada una estaba repleta de velas siempreardientes. Las paredes estaban cubiertas por

cuadros señoriales, tapices hermosos y armaduras que custodiaban los arcos como caballeros de otra época. Jóvenes hechiceros iban y venían en un bullicio silencioso.

Thobias se adentró y los otros dos le siguieron en silencio. Ander tenía el corazón en un puño mientras avanzaban por la Cámara de Custodios. Iba con la cabeza agachada y con el peso del mundo sobre los hombros. Intentó no fijarse en nada ni nadie, no porque Thobias se lo hubiese dicho, sino porque prefería no mirar lo que jamás podría ser suyo. Era mejor la ignorancia. No saber lo que perdía le ayudaba a no echarlo de menos.

Mientras avanzaban varios alumnos saludaron a Thobias que les devolvió el saludo con un gritito ahogado.

—Con normalidad, joder —le increpó Ander en voz baja.

—Ya… ya… —se quejó el joven Custodio, le sudaban las manos y la frente—. No soy muy bueno en esto.

—Lo estás haciendo fenomenal —susurró Inara, el chico se dio la vuelta y la Adivina le guiñó un ojo—. Sigue así, tú tranquilo.

El comentario de la chica pareció llenar de ánimos renovados al Custodio. Se irguió y continuó la marcha como henchido de sí mismo. Ander gruñó por lo bajo y pudo oír como Inara se reía.

Tras cruzar cuatro pasillos distintos que se antojaron eternos llegaron a unas enormes puertas que parecían estar construidas en cristal negro. Su superficie reflejaba las llamas de las velas y hacía bailar esos reflejos como fuegos feéricos sobre un telón de negro resplandeciente. En el cristal estaba tallado el símbolo de los custodios, la mano que sujetaba una runa protectora. Thobias se acercó el primero, colocó la mano sobre la puerta y una serie de runas, antes invisibles, se encendieron en el marco del gran portón. Con pesada solemnidad, las hojas se movieron lo suficiente como para que una persona pudiese pasar.

—Conmigo —susurró el Custodio antes de entrar.

Ander le siguió muy pegado por miedo a que las puertas se cerrasen y le dejasen fuera, pero solo cuando Inara había cruzado las grandes puertas negras volvieron a cerrarse. Al otro lado les esperaba el Archivo de Cristal. Ander había oído hablar de él, por supuesto, su padre le había hablado mil veces de las maravillas de aquel lugar.

Verlo era muy distinto.

Era mejor.

Decir que era una biblioteca era como decir que un taburete era un sofá. Puede que sirviesen para el mismo fin, pero no tenían ni punto de comparación. Aunque por fuera el techo de la Cámara era

de piedra, allí dentro parecía estar hecho de cristal. Bóvedas enormes de cristal a través de las cuales podía verse el cielo de un vibrante azul y el radiante sol. La sala a la que habían entrado tenía forma circular y cientos de estantes se repartían en un entramado laberíntico que destilaba orden y armonía. El suelo era de mármol blanco, tan pulido que uno podía ver su propio reflejo devolviéndole la mirada. No había nada fuera de lugar, ni una mota de polvo podía verse flotando entre los rayos del sol. Algunas veces los estantes terminaban en pequeñas intersecciones que formaban plazoletas circulares, en aquellas zonas había mesas para el estudio y candelabros llenos de velas. Junto a la puerta había un mostrador de ébano tras el que trabajaban dos hombres que tenían cara de no haber dormido en varias noches. Todo el Archivo se alzaba como una torre enorme, Ander contó hasta diez pisos que formaban aros repletos de sus propios estantes, salas de estudio y miradores. Las mismas decoraciones palaciegas de los pasillos podían verse en aquel lugar. Armaduras que custodiaban los pasillos, tapices y cuadros, esculturas de magos de otra época. Historia. Todo el lugar rebosaba historia.

—Por aquí —susurró Thobias, echó a andar y saludó con un gesto amigable a los tipos tras el mostrador que le devolvieron un saludo aburrido.

Cruzaron un pasillo repleto de tomos antiguos hasta llegar a unas escaleras de caracol. Subieron.

—Esto es más de lo que esperaba —susurró Inara desde la retaguardia—. Es…increíble.

Ander no dijo nada. No quería hacerlo. Imaginó que la Cámara de Cazadores tendría un lugar como aquel y…

«Ya basta», se espetó.

Hacia delante.

Se detuvieron en el tercer piso y se internaron por uno de los muchos pasillos que formaban los estantes. Thobias sacó un trozo de papel del chaleco.

—Sección 23C, estantes del 10 al 25, inventarios conocidos… —murmuró mientras leía la nota.

Los estantes dejaron de contener libros según avanzaban y pasaron a contener royos de pergamino. Algunos royos parecían tan antiguos y desmigajados que probablemente una simple brisa sería capaz de destrozarlos. Se detuvieron frente a una sección a la que Ander no le vio nada de particular, ni un número que indicase la sección, ni un sello distintivo. Nada. ¿Cómo se aclaraba aquella gente?

—Es aquí —indicó Thobias guardándose la nota, luego extendió las manos para abarcar un gran tramo de la estantería—. Uno de estos royos.

—Bien, ¿y ahora cómo sabemos cual es el bueno? —inquirió Ander.

—Cogiéndolos y abriéndolos, me temo.

—¿Estás de coña?

Thobias le miró como si la pregunta le ofendiera.

—No —contestó—. No estoy "de coña". ¿Sabes cuántos documentos guardamos aquí? Los inventarios de Custodios importantes se guardan en esta sección, los abrimos y buscamos el que pertenezca a Evan. No hay más.

Las palabras "Custodios importantes" resonaron en la cabeza de Ander. Recordó al gruñón de su padre, al cabezota que siempre había volcado su vida a una Cámara que Ander creía aburrida y anticuada. "Custodio importante". Maldita sea.

—¿Estás bien? —le preguntó Inara al oído.

La proximidad de la Adivina le hizo dar un respingo.

—Vamos, ¿a qué estamos esperando? —dijo azorado mientras cogía un puñado de pergaminos—. Manos a la obra.

***

Los pergaminos se acumulaban sobre la mesa en un caos vagamente piramidal. La luz proporcionada por las velas era potente, pero tras una hora con los ojos fijos en las pequeñas letras de los inventarios los tres muchachos empezaban a notarla escasa. Estaban en una plazoleta compuesta por las esquinas de cuatro estantes, una mesa central les servía de zona de trabajo y, por fortuna, nadie parecía acercarse así que disponían de privacidad. Por desgracia la privacidad no servía para rebajar los nervios crecientes de Thobias, el pánico de ser pillado se reflejaba en su rostro con cada minuto que pasaba.

Ander cogió otro pergamino y lo desenrolló con poca delicadeza.

—¡Con cuidado! —exclamó Thobias al instante—. Por la magia crepitante, ¿sabes lo delicados que son?

—Sí, sí —masculló Ander por octava vez.

El pergamino mostraba un listado muy largo de objetos de nombres estrafalarios, al final una firma ininteligible no daba ni una pequeña pista de quien era el Custodio dueño de aquel arsenal de

magia oscura y al lado otra firma que, como Thobias les había indicado, era la del Archicustodio, el director de la cámara. Ander no necesitó examinar la firma para saber que no era la de su padre, no se parecían ni por asomo.

—¡Lo tengo! —exclamó Inara poniéndose en pie de un salto—. Lo tengo, lo tengo…

Dio la vuelta a la mesa hasta ponerse junto a los dos muchachos y extendió el pergamino que tenía en las manos. Era una lista bastante corta de objetos y ¿la firma?

—Esta no es —declaró Ander examinándola—. Muy corta, además aquí pone Kevan, no Evan.

—¿Qué? —preguntó Inara agachándose un poco sobre el pergamino—. ¿Seguro? ¿Eso es una K o una floritura?

—Es una k —añadió Thobias.

—En cualquier caso es una lista muy corta —insistió Ander—. Pff… esto es terrible, ¿cómo esperáis encontrar algo concreto en todo esto?

Thobias se encogió de hombros.

—Nadie suele consultar los inventarios de otros Custodios, solo cuando…

Silencio. El joven Custodio apretó los labios y clavó su mirada en los dos intrusos que él mismo había colado en la cámara, súbitamente pareció entender algo.

—Evan —susurró—. Sabía que el nombre me sonaba de algo.

Ander se puso en pie con los puños apretados, temeroso de que Thobias hiciese algo extraño, pero el Custodio solo se balanceó nervioso en el sitio.

—Esta tarde hay unos ritos de despedida organizados en nombre de un Custodio importante —explicó el muchacho—. Evan. Esta tarde la Cámara se despedirá de él como hacemos siempre con nuestros compañeros caídos. ¡Buscáis el inventario de un Custodio muerto!

—Sí —gruñó Ander—. ¿Eso cambia algo?

Thobias dio un paso adelante, luego otro atrás, apoyó el peso sobre los talones y luego se frotó las sienes con los dedos.

—Lo cambia todo —masculló sin mirarlos—. Cuando un Custodio muere es trabajo del Archicustodio examinar a conciencia su inventario para saber lo que se ha podido perder, a qué nivel de amenaza puede enfrentarse la Cámara. Se pone en marcha el engranaje para recuperar cada uno de los objetos perdidos. Su inventario no está aquí.

—¿Y dónde está?

—Lo tendrá el Archicustodio en su despacho —contestó Thobias con poca convicción—. Esto ha terminado. Misión fracasada, no hay nada que podamos hacer.

—No pienso marcharme sin ese pergamino.

—Ander… —intervino Inara—. Eso no suena a algo que podamos hacer, colarnos en la biblioteca es una cosa, colarnos en el despacho del mandamás…

—¿¡Y qué queréis que haga!? —rugió—. ¿Marcharme y darlo todo por perdido? ¿Dónde está ese despacho?

Thobias negó con la cabeza.

—Estás loco —dijo a media voz—. Ya os he colado aquí, no pienso meterme en más líos por vuestra culpa. No tengo nada que ver con esto.

Ander avanzó violentamente hasta encarar al Custodio que se encogió sobre sí mismo.

—¿Dónde está el despacho? —insistió marcando cada palabra.

Thobias, aunque sudoroso y encogido, se mantuvo firme. Solo acertó a negar con la cabeza.

—Ander… —intentó decir Inara.

«Hazle hablar», rugió Gardebius en lo más profundo de su ser.

Sí, eso era lo que quería. Hacer hablar a aquel tipo con cualquier medio que fuese necesario. Apretó más los puños.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Thobias con un hilo de voz, no pudo evitar que en la última palabra se le escapase un gallo—. ¿Pegarme? ¿Aquí en medio?

—Ander… —repitió Inara.

«Hazlo.»

Aquello era una locura, tenía que darse cuenta de ello, pero en aquel momento solo podía pensar en lo mucho que le había costado llegar hasta allí, en lo mucho que estaba arriesgando con todo aquello, en lo mucho que deseaba vengar a su padre y…su madre. Tenía que rescatarla, no podía fallar. Golpeó a Thobias en la boca del estómago. El Custodio se retorció y cayó de bruces al suelo. Ander se agachó para estar a su altura, lo cogió del pelo y le levantó el rostro.

—¿Dónde está el despacho? —volvió a preguntar con la misma cadencia.

—¡Ander! —Inara se acercó y le cogió del hombro, pero el Clama Tormentas la apartó con un gesto violento—. No eres tú, es él el que está tomando el control.

Ander apretó los dientes y arrugó la nariz, la miró con la rabia bullendo en los ojos.

—Lo que haga falta —dijo antes de girarse y darle una patada en la cara al Custodio que cayó de espaldas contra el suelo de mármol.

—¡Suficiente! —gritó la Adivina—. O paras o me marcho.

—Márchate —rugió mientras se ponía de cuclillas junto a Thobias.

No. ¿Qué estaba haciendo de nuevo? Era otra vez lo mismo que en el *SleepWalking*, estaba perdiendo el control, estaba dejando que la ira de Gardebius se filtrase a través de él y esta vez no había alquimia para justificar su comportamiento.

«¿Y qué tiene eso de malo, chico?», Gardebius sonaba como si estuviese disfrutando de cada segundo.

¿Tenía algo de malo? En aquel momento solo podía pensar en una cosa: respuestas.

Cogió a Thobias del cuello de la camisa y lo levantó con un brusco tirón. Pudo escuchar los pasos de Inara tras él, alejándose.

«La cobarde se va», se mofó Gardebius.

—Más intimidad —masculló Ander—. ¿Dónde… está… el… despacho?

—Dos… dos pisos más abajo —contestó tartamudeando—. La puerta al final del pasillo… la reconocerás…

—¿Ves? No era tan difícil.

Ander soltó a Thobias y se puso en pie. Se marchó a paso apresurado dejando tras de sí a un muchacho apaleado que trataba de recuperar al aliento y contener el temblor de sus piernas. Una parte en su interior sabía que había actuado mal.

La otra había disfrutado de cada segundo.

12

Salió de forma apresurada del Archivo de Cristal. Tenía el corazón en un puño y los nervios a flor de piel. Caminó sin rumbo, divagando en su fuero interno. No le gustaba lo que había visto, le recordaba a las palizas que le habían dado cuando se había negado a usar sus poderes. Thobias le había recordado por un momento a ella misma, una víctima en el suelo, indefensa y destrozada. Ella había sangrado en el *SleepWalking*, su piel se había llenado de morados hasta que había aprendido a callar y cumplir. Ander se equivocaba, aquella no era la manera de hacer las cosas, pero ¿era él o era la criatura que albergaba en su interior?

No lo sabía. Como tampoco sabía dónde se encontraba.

Estaba en una intersección de pasillos, todos le resultaban iguales, demasiado bonitos, demasiado decorados, llenos de esculturas y cuadros. Ella solo conocía un pasillo oscuro lleno de puertas rojas. La Adivina se había perdido.

«Excelente.»

Fue a internarse por el pasillo de la derecha, pero se detuvo a medio camino y miró al que ahora quedaba a su izquierda. ¿Le sonaba ese pasillo? ¿O ya estaba imaginándose cosas? Un par de alumnos pasaron por su lado charlando ominosamente sobre los ritos funerarios que iban a celebrarse. Inara se giró para preguntarles algo, pero tampoco terminó de hacer aquello. Estupendo, tenía que parecer un pato mareado tambaleándose de aquí para allá. ¿Qué iba a preguntarles en cualquier caso? “Perdonad, ¿podéis decirme como se sale de aquí?”

Quieta, en medio de aquella encrucijada, sintió la necesidad de usar sus poderes para intentar orientarse. Tan solo con pensarlo un escalofrío le bajó por la espina dorsal y le puso los pelos de punta. No. Podía hacerlo sin sus poderes. Miró a un lado y a otro tratando de encontrar algo que diferenciase los pasillos, alguna marca que le recordase el camino por el que había venido.

Nada.

La luz de una idea se encendió en su cabeza.

Esperó en la intersección a que otro Custodio se acercase, el primero que apareció fue un hombre que pasaba de los cincuenta. Tenía un aire solemne y su mera presencia inspiraba respeto, Inara se fijó en los puños de su uniforme. Dorados, dos gemelos de zafiro

los cerraban. Dejó pasar a aquel hombre. Esperó un poco más y una pareja acaramelada se acercó entre arrumacos, susurros y caricias. Inara les salió al paso de forma atolondrada, como si estuviese perdida.

Lo estaba.

Daba igual.

Se chocó torpemente con el chico y se echó para atrás.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —exclamó—. Perdonad, no sé por dónde voy… ¿estáis bien?

La pareja se había separado un poco para observar a la asaltante inesperada. El chico le hizo un gesto con la mano para indicarle que estaba bien.

—No te preocupes —dijo—. No ha sido nada.

Se dispusieron a marcharse, pero ella se interpuso.

—¡Perdonad! Soy nueva… —se señaló los puños del uniforme— …estoy un poco perdida, unos amigos me han dicho que me reuna con ellos en un sitio, pero… no hay manera de encontrarlo.

—¿Dónde? —preguntó la chica con aire de tener prisa y pocas ganas de ayudar.

—¿Cómo me han dicho que se llamaba? —preguntó Inara al aire, fingiendo confusión—. ¿La Torre de la Noche? ¿La Torre Oscura?

—El Torreón Nocturno —dijo el chico.

—¡Eso es!

—Si que empezáis pronto los de primer año —comentó la muchacha con gesto desagradable.

Inara sonrió de oreja a oreja.

—¿Podéis indicarme? Llego tarde y no quiero empezar con mal pie aquí.

—Sigue recto por este pasillo —el chico señaló al pasillo por el que ellos mismos venían—. Hasta el final, no tiene perdida. Verás la puerta antigua que da al torreón.

—Gracias.

Inara se marchó despacio, pero fue apresurando el paso a medida que fue dejando atrás a la pareja de Custodios.

Sin más dificultades llegó hasta la puerta de la torre. La cruzó y empezó a descender por la escaleras circulares. No se encontró con nadie allí dentro, solo el mismo silencio y la misma suciedad. Se detuvo en el piso en el que había dejado su ropa y se cambió.

Salió del Torreón Nocturno y se topó de frente con Amareth, el viejo la observó con sus ojos fríos y grises.

***

Dos pisos más abajo. La puerta al final del pasillo. Las indicaciones eran claras. Ander estaba en el lugar. La susodicha puerta era grande y de madera, una placa dorada rezaba con letras negras "Archicustodio Percibald". El Clama Tormentas se detuvo delante del pomo, obviamente la puerta estaría protegida por algún tipo de magia, examinó el marco en busca de runas, pero no encontró nada.

—¿Ves algo raro? —preguntó en un susurro.

«Nada», contestó Gardebius.

—En casa del herrero cuchillo de palo —masculló Ander mientras echaba mano del pomo y lo giraba. Estaba cerrada con llave, pero nada mágico se activó. Tenía sentido, ¿quién iba a tener la estúpida idea de colarse en La Academia? Nadie.

«Descuidado, muy descuidado», comentó Gardebius.

Ander asintió, pero no dijo nada. Miró atrás para comprobar que no hubiese nadie y se puso a dibujar dos runas *Ilithi*, frío, junto a dos runas *Aquia*, agua. Las unió en un rectángulo y las activó. Hizo que el hielo que se creó se colase por el ojo de la cerradura hasta llenarla por completo. Se dio cuenta de que le costaba mucho más que manejar el rayo, hacer un trozo de hielo tan pequeño consumió gran parte de su magia y tuvo que usar todo su control para que las runas se estabilizasen. Una baharada de vaho salió de la cerradura cuando el conjuro terminó. Dibujó entonces otra runa, *Thie*, empujón. La activó.

¡Bam!. La cerradura estalló, el hierro se retorció y el mango cayó al suelo. La puerta se abrió con un leve chirrido. Ander examinó el pasillo a su espalda una última vez y se coló en el interior con el corazón en un puño. El despacho era lo que había esperado: ordenado, pulcro, con un gran escritorio lleno de papeles, documentos y libros antiguos. Una gran ventana daba directamente a los jardines interiores de la Cámara. Las paredes estaban repletas de estantes con libros y cachivaches que le recordaron por un momento al despacho de su padre, pero aquella no era la sala del Custodio, era solo un despacho. Ningún objeto peligroso o maldito se guardaba allí. Lo sabía. De alguna manera podía notarlo, la sensación amarga al entrar en el despacho de su padre era real, como un peso de maldad que te aplastase los hombros. Allí no sentía nada más que los nervios por lo que estaba haciendo.

Se lanzó sobre el escritorio y empezó a rebuscar entre la miríada de papeles. Documentos firmados por el Archicustodio, listas de

nuevos ingresos, libros de cuentas, programas para el próximo año lectivo. Nada. Revolvió con rabia los papeles y empezó a tirar al suelo aquellos que ya había revisado. Notaba el sudor en las manos y el pánico que se encendía en su estómago y luchaba por inundar su pecho. Lo contenía a duras penas, pero tenía que mantener la calma.

Por la magia crepitante, ¿qué estaba haciendo?

Apartó de un manotazo un montón de hojas que se esparcieron por el suelo y lo vio. Un pergamino enrollado, viejo y amarillento. El corazón le dio un vuelco. Estiró la mano para cogerlo y entonces escuchó pisadas que se acercaban.

Venían por el pasillo.

Miró a su alrededor. No tenía tiempo, ya estaban allí. Se metió debajo del escritorio, justo en el hueco que había para la silla. Contuvo la respiración. Escuchó como la puerta se abría con tanta fuerza que chocó contra la pared.

—Por todas las maldiciones… —suspiró una voz grave y serena de hombre.

Los pasos se acercaron al escritorio, Ander se encogió todo lo que pudo en el pequeño hueco.

—Por la magia crepitante… ¿Qué ha pasado aquí? —la voz murmuraba una y otra vez maldiciones llenas de incredulidad, los pasos se alejaron un poco y pudo escuchar como el hombre se ponía a recoger papeles del suelo.

Hubo un momento de silencio. Ander pudo notar una leve perturbación mágica en el despacho. Se encontró a sí mismo respirando lentamente, concentrado como un lobo que acecha a una presa.

El silencio se prolongó un poco más. Ander tragó saliva. Los pasos, esta vez pesados y lentos, se aproximaron de nuevo al escritorio. El Archicustodio se dejó caer pesadamente sobre la silla, Ander pudo ver sus pantalones de tela negra, su cintura y una camisa negra con filigranas doradas y dos zafiros. La silla dio una pequeña vuelta hasta que el Archicustodio quedó de espaldas al escritorio. Suspiró pesadamente.

«¿Qué hago?»

—Sigues aquí —declaró el Archicustodio Percibald—. Puedo notar tu magia todavía flotando en el ambiente. ¿Por qué no sales de tu escondite?

Por la magia crepitante, era idiota. ¿Qué había esperado que sucediese? No era consciente de lo que estaba haciendo. De la tumba que él mismo se estaba cavando.

«Salimos peleando o no salimos», rugió Gardebius.

Ander dibujó la runa *Raik*. La vio ante él, flotando en el aire como una perturbación ondulante y translucida. Si la activaba ya no había vuelta atrás, se convertiría en un proscrito para la comunidad de hechiceros. Nadie podía atacar a un miembro del consejo y luego esperar el perdón.

Percibald se levantó de la silla.

—¡Sal! —gritó—. Sal y quizás mostraré clemencia.

No necesitaba pelear. Solo tenía que crear la distracción suficiente como para acercarse a la ventana y escapar por ella. Activó la runa. El rayo se descargó por todo su cuerpo llenándolo de energía y vitalidad. Tenía que ser rápido. Se levantó impulsado por la tormenta, derribó el escritorio que salió volando hacía atrás y se abalanzó sobre un sorprendido Percibald. Los truenos crepitaban en sus puños, rugían en su pecho y llegaban hasta su garganta. Lanzó un puñetazo directo al estómago del Archicustodio.

No conectó.

Percibald tardó solo una milésima de segundo en dibujar la runa *Eir* y activarla. Un escudo de fuerza lo rodeó y Ander se estampó contra él, perdió el equilibrio y acabó rodando por el suelo como un muñeco. Acabó sobre la alfombra tragando pelusas, arrugó el gesto e impulsado por la tormenta se puso en pie de un salto. Solo pudo ver como el Archicustodio terminaba de activar la runa *Idra*, arma. Un arco de energía blanca se materializó en sus manos, estiró de una cuerda invisible y una flecha de crepitante luz se formó de la nada. Disparó. Ander no tuvo tiempo de dibujar runas. Intentó cubrirse con los brazos. La flecha voló directa a su pecho.

«¡Déjame salir!»

El impacto lo arrastró hasta la pared a su espalda y lo dejó allí clavado. Fue solo un segundo de dolor, una rayo fugaz atravesando todo su ser. Entonces se dejó llevar. Abrió los ojos, lo veía todo con mucha nitidez, los colores vibraban a su alrededor. Bajó la cabeza vio la flecha de energía que le atravesaba el pecho. Estiró la mano para sacársela, pero en lugar de mano ahora tenía una garra de pelo negro. Con un aullido de dolor arrancó la flecha de su pecho y se alzó frente a un Archicustodio que lo observaba con sorpresa.

—¿Qué…? —fue a preguntar Percibald.

Ander, no, Gardebius rugió.

—Date por muerto, hechicero —gritó la criatura.

Percibald disparó otra flecha a la velocidad del rayo, pero el lobo se movió y esquivó el proyectil con facilidad pasmosa. Corrió los metros que lo separaban del escritorio y lo usó para impulsarse

y saltar encima del Archicustodio.

Percibald dibujó y activó la runa *Togh*, fuerza, y se preparó para el impacto. El lobo-hombre cayó sobre él convertido en un amasijo de garras, pelo negro y colmillos. Percibald no se asustó ni cedió terreno, no era un cualquiera, este hombre se había enfrentado a la Sombra en más de una ocasión y eso se notaba en su entereza. Rodaron por el suelo del despacho. Gardebius se las apañó para apartar uno de los brazos del custodio y lanzarle una dentellada en el hombro. Mal. Había apuntado al cuello, pero su víctima se retorcía demasiado. Estiró y desgarró la carne. El sabor a metal inundó su boca, el grito que profirió Percibald inundó sus oídos. Sintió su corazón latiendo al ritmo de la caza y la emoción embotó todos sus sentidos.

«Glorioso», pensó. Después de tantos años. Después de tantos siglos. Encerrado y solo en la oscuridad, muriendo de hambre sin poder morir. La sangre sabía como el mejor de los manjares. Quería más. Abrió la boca. El rostro del muchacho se estaba deformando y estirando, cada vez se parecía más al morro de un lobo enorme y negro. Los colmillos habían crecido también. Se dispuso a lanzar otra dentellada y rematar a su víctima.

Percibald había dibujado una runa con la mano libre. La activó. Un empujón de energía lanzó a Gardebius volando y lo hizo estrellarse contra la pared. La espalda le crujió y sintió un latigazo de dolor mientras caía al suelo. Maldito cuerpo humano, tenía demasiadas limitaciones. Fue a levantarse, pero la madera de la pared se combó y deformó para formar dos salientes que le agarraron de los brazos y lo constriñeron contra la pared. Percibald había activado una nueva secuencia rúnica y ya estaba dibujando otra.

El maldito Custodio era poderoso y él estaba atrapado en una carcasa débil. Iba a necesitar más.

Rugió.

«¡Déjame salir!»

«¡No!» la voz de Ander sonaba lejana y desesperada.

«¡¡Déjame salir!!»

«¡No! ¡Para ya!»

«Nunca.»

Percibald terminó de dibujar las runas. Gardebius reconoció cuatro runas *Fig* formando un círculo. Al activarse, una rugiente bola de fuego apareció entre las manos del Archicustodio y empezó a moldearla para que creciese más y más. Miró al lobo apresado a los ojos y sonrió.

Ander tomó el control, su rostro volvió a la normalidad con rapidez, sus brazos empezaron a encoger y las garras desparecieron.

—¡No! —gritó.

Pero era demasiado tarde. Percibald lanzó la bola que salió disparada en su dirección. Ander cerró los ojos y se preparó para el impacto.

Pasó un segundo eterno. Luego otro y otro. No hubo impacto.

Abrió los ojos. La bola flotaba en mitad del aire, justo a unos centímetros de él, estaba quieta. Miró un poco más allá, el Archicustodio estaba congelado y nuevas runas flotaban en su manos. La expresión en su rostro se había petrificado en mitad de un grito. Todo estaba quieto, pesadamente quieto. Como si el tiempo se hubiese congelado.

Vio un brillo por el rabillo del ojo. Ander se giró. En la puerta del despacho estaba Amareth, el Filo de Cronos había sido desenvainado. La espada emitía un halo de luz dorada y de ella surgía un leve zumbido y cientos de runas doradas que se expandían y se deshacían al ritmo del latir de la espada. El viejo hechicero tenía la frente perlada de sudor y en rostro compungido por el esfuerzo. Inara estaba tras él.

—¿Qué crees que haces? —preguntó el anciano entre dientes.

—Yo… —Ander agachó la cabeza, al encogerse sus brazos se liberarón de la presa de la madera y, sin la fuerza de las piernas del lobo, se desplomó de rodillas.—…él… ha tomado el control.

—Eres más estúpido de lo que creía, muchacho —la mano del viejo tembló sobre la empuñadura del Filo. La luz que emitía comenzó a apagarse—. Vámonos, rápido.

Inara se marchó, Amareth la siguió no sin antes dedicarle una significativa mirada a Ander que decía: “hablaremos de esto más tarde.”

Ander se acercó trastabillando a los papeles del suelo, encontró el pergamino enrollado y lo abrió. Era el inventario de su padre. La firma de Evan era clara y concisa, sin floritura. No podía ser de otra forma.

Salió a trompicones en pos de sus compañeros.

***

No se detuvieron hasta que alcanzaron la arboleda tras la cual se escondía el quinto edificio de La Academia. Se internaron entre los

árboles saliéndose del camino de tierra y sumergiéndose en la densa foresta. Siguieron. Sin mirar atrás, sin pararse por un instante ni permitirse pensar que ya estaban fuera de peligro. Alcanzaron un claro entre la maleza con un pequeño estanque de aguas verdosas, algo se movía en su interior y de vez en cuando rompía la tensión superficial del agua con un sonoro golpe.

Amareth se acercó hasta un conjunto de grandes piedras junto al agua, estaban húmedas y cubiertas de musgo y grietas, pero eso no le detuvo para sentarse y tomar aliento. El Filo de Cronos había vuelto a su vaina y su luz se había extinguido. Ander se fijo en que Amareth parecía viejo, más todavía. Tenía las arrugas del rostro más marcadas y el pelo más gris si es que eso era posible, bajo sus ojos se habían formado dos amoratadas y grandes bolsas. Tenía mala pinta y respiraba pesadamente. Aunque eso no le impidió mirar al joven hechicero con gesto recriminatorio.

—¿Cuál era el plan? —preguntó, su voz sonaba más rasgada y profunda de lo habitual—. ¿Cuál era el puto plan?

Ander sacó el pergamino que se había guardado en el bolsillo y lo extendió ante sus compañeros.

—Conseguir el inventario era el plan, ¿no? —dejó un segundo para que sus palabras calasen, Inara que estaba cruzada de brazos miró el papel con sorpresa, Amareth asintió y se tragó sus palabras —. Pues misión cumplida.

—Sí —susurró el viejo—. ¡Pero no puedes ir por ahí comportándote como si fueses un crío impulsivo! ¡Estabas atacando al Archicustodio! Si Inara no llega a ponerme al tanto de tus intenciones…

—Hubiese perdido, lo sé —rugió Ander—. ¿Y qué? Sin el pergamino nos encontrábamos ante un callejón sin salida. Teníamos que avanzar a cualquier precio.

Amareth suspiró en un gesto de paciencia infinita.

—El precio importa.

—Los resultados importan.

—¿Cualquiera que sea el precio?

El Clama Tormentas asintió y apretó el gesto, mirando desafiante al anciano.

—Así durarás poco como Cazador, chico —le dijo Amareth, no había enfado en su voz, ni ese deje de mal humor que parecía acompañar cada una de sus palabras. Solo había pesadez, resignación y… tristeza—. Así es como se pierden compañeros, cuando la misión está por encima de todo lo demás. Cuando actúas por impulsos y no pensando que tus actos tienen consecuencias.

—¿Cazador? Perdí ese posibilidad el día que morí. La Cámara nunca aceptará a alguien que ha pactado con un hechicero renegado. Menos viendo como es capaz de tomar el control…

«¿Quién quiere a los "Cazadores"?», se mofó Gardebius, «nosotros somos la bestia de presa, chico.»

Él no lo veía así. Hoy no se había sentido más hábil. No solo no había podido hacer nada para enfrentarse al Archicustodio, había perdido el control por segunda vez y eso le revolvía el estómago.

—No es demasiado tarde para unirte a una Cámara —explicó Amareth con tranquilidad—. Pero tienes que evitar exponerte como lo has hecho hoy.

—¿Todavía…?

—Quizás, sí. No quiero darte falsas promesas, pero hay formas de enmascarar tu condición.

Ander sintió como el corazón le daba un vuelco. Ahora sí que se sentía estúpido. No. Estúpido era una palabra demasiado gentil para definir lo que había hecho.

—Pero para eso lo primero que tienes que hacer es no atacar a los directores de las Cámaras, ¿crees que podrás contenerte?

El joven casi sonrió. Casi.

—Lo intentaré —cogió el pergamino, lo enrolló y se lo extendió a Amareth—. Ahora, ¿examinamos esto?

—Guárdalo por el momento —dijo el anciano poniéndose en pie —. Antes de marcharnos tenemos unos ritos a los que acudir.

Ander se lo quedó mirando.

—No pretenderéis colarnos de nuevo —intervino Inara—. La Cámara entera debe de estar en alerta máxima.

—No —dijo Amareth—. Lo veremos desde allí.

Señaló al interior del bosque. La Adivina y el Clama Tormentas se giraron a la vez para observar las torres negras que emergían de entre las copas de los árboles como espinas en una enredadera.

***

El edificio estaba abandonado. La maleza crecía a su alrededor, las raíces de los árboles cercanos habían crecido hasta invadir la piedra y colarse entre las grietas que, como heridas, recorrían toda la superficie negra. Las ventanas estaban rotas y las puertas habían desaparecido dejando solo umbrales oscuros como fauces enormes. Dos torres puntiagudas guardaban la fachada central a los lados, a

una de ellas es a la que el grupo se dirigía.

Amareth los guiaba en el interior, había conjurado una bola de luz para que les iluminase el camino. Había que ir con cuidado, restos de piedra y madera se extendían entre el polvo acumulado de los años. El lugar se asemejaba a lo que habían visto en la Cámara de Custodios, pero en una versión deprimente, oscura y olvidada.

Mientras subían por las escaleras, solo se escuchaba el resonar de sus pisadas como un eco que imitase el corazón letárgico de aquel edificio.

—¿Qué era este sitio? —preguntó Ander.

—Hay muchas historias y especulaciones —contestó Amareth mientras seguía subiendo—. Yo llegué a la única conclusión que me pareció factible, pero las respuestas a esa pregunta son uno de los secretos que La Academia guarda con mayor recelo.

—Había una cuarta Cámara… —susurró Ander de pronto, la realización había venido a su cabeza como el primer rayo de luz de la mañana se filtra en una habitación. Toco la pared de piedra fría y durmiente como si eso pudiese darle una pista sobre el origen de aquel lugar—. Pero, ¿de qué?

—Puede ser que no seas tan tonto, muchacho —dijo Amareth sorprendido, pero también complacido—. La Cuarta Cámara, no deja de ser especulación, un misterio a resolver. Investigué un poco en su día, pero solo me topé con puertas cerradas.

—Entonces es que estabas haciendo las preguntas adecuadas —intervino Inara.

—Puede ser —susurró Amareth—. Puede ser. En cualquier caso, poco importa.

Llegaron hasta la cima de la torre, una balconada se abría al exterior justo un metro antes de que empezase la esquirla puntiaguda que conformaba el techo. El balcón era suficientemente grande como para albergar a unas veinte personas cómodamente. Desde aquella altura podían verse las copas de los árboles y, más allá, la plaza triangular entre las tres Cámaras. En la plaza se veían decenas de figuras congregadas y, en el centro, estaba empezando a prepararse una gran pira. Ander se agarró de la barandilla y miró en dirección a la pira con los labios apretados y los ojos entrecerrados. Una tímida lágrima asomó por su ojo derecho al entender que aquello era todo por su padre. Se dio cuenta de lo poco que lo conocía, de lo poco que había entendido la importancia de su trabajo y la importancia que él tenía en la Cámara.

Poco a poco más gente fue saliendo de los edificios que formaban el triunvirato, una masa de cientos de personas se

congregaron alrededor de la gran estructura de madera y aguardaban expectantes sumidos en un silencio reverencial. Hasta los ruidos del bosque parecieron callarse, hasta el viento dejó de soplar.

Amareth se colocó a su lado apoyándose en la barandilla. El viejo contemplaba los ritos con el mismo gesto compungido.

—Creía que tenías que verlo —reconoció con un hilo de voz—. El respeto que le tenían. Era uno de los mejores.

Ander no pudo decir nada, el nudo en su garganta no le dejaba. Le parecía irreal lo que ocurría allí abajo, como un mal sueño del que deseaba despertar. Todavía no lo había asumido, no había tenido tiempo de hacerlo. Los últimos días se habían compuesto de caos y negrura.

Su padre había muerto.

Evan estaba muerto.

Tomó aire. Se sentía a punto de romperse. Inara le puso una mano en el hombro, el súbito contacto le hizo dar un brinco. Ella se mantuvo ahí, silenciosa, pero a su lado. Él lo agradeció. Abajo, una corte emergió de la Cámara, consigo llevaban algo envuelto en mantas negras.

—¿El cadáver? —susurró Ander incrédulo—. ¿Cómo?

—No chico, yo encontré el cuerpo de Evan frente a la cámara custodia —explicó Amareth—. Lo metí en su despacho a la vez que te sacaba a ti. Sabía que él querría quemarse así, con los objetos que llevaba toda una vida custodiando. Eso será un montón de telas, a modo simbólico, todo hechicero importante de La Academia es quemado en una pira con honores.

Ander asintió. Lo sabía. Todo hechicero debía quemarse o la magia atrapada en el cadáver podía volverse peligrosa. La corte ascendió el montículo de la pira formado por tres pisos de leños, depositaron el bulto en el centro de la cima y descendieron. Toda la plaza seguía enmudecida. La Academia entera contenía el aliento. Cuatro hechiceros dieron un paso adelante desde distintos puntos de la multitud y dibujaron runas que dejaron flotando en el aire. Ander estaba demasiado lejos para saber cuales eran. Los cuatro hechiceros activaron las cuatro runas al mismo tiempo y, con un estallido, la pira se llenó de fuego azul.

El fuego ascendió devorando todo como si fuese simple corcho. Llegó hasta el bulto. En cuanto las lenguas de llamas empezaron a acariciar el montón de tela una infinidad de luces emergieron de él y ascendieron hacia las alturas. Era como una lluvia de estrellas pero vista del revés.

Ander no pudo contenerse más y rompió a llorar. Inara lo abrazó.

—Es hora de irnos —susurró Amareth.

Ander miró en la misma dirección del viejo para ver como un grupo alterado salía de la Cámara de Custodios, entre ellos estaba Percibald.

13

Allí estaba. Una torre alta como el Empire State, pero mucho más antigua y solemne. Una torre negra como el carbón y brillante como la brea. La Torre de Ónice, su villa y el bosque que la rodeaba. Un paraje casi idílico para aquellos que no conociesen la oscuridad que se ocultaba en el interior.

Era hora de hacerlo arder todo.

—Escóndela —ordenó.

El Saqueador escondió el ataúd en el interior de una cueva que les servía de salvaguarda.

—Somos solo dos —comentó la criatura con su cavernosa voz al volver.

Cadeus negó. Aquel lugar estaba lo suficientemente cerca de su señora como para que esta le confiriese más poder. Se concentró en el tarareo en lo más profundo de su cabeza y se dejó llevar, las runas acudieron a él formando un complejo círculo que brillaba en tonos rojizos. Activó el sortilegio y la realidad se desgarró ante él, una brecha roja como la sangre. Cadeus entregó su magia al portal para que este no se cerrase y las criaturas de la Sombra de su señora acudieron a la llamada. De la brecha emergieron devoradores abisales, enormes murciélagos de cuerpos corruptos y alas correosas y basiliscos de brillantes ojos encantados. Veinte criaturas en total pudieron atravesar la brecha antes de que esta se cerrase. Cadeus suspiró por el esfuerzo y se limpió el sudor que había aparecido en su frente.

—Necesitamos más —murmuró.

La Torre no era una fortaleza bien protegida, pero varias decenas de profesores y cientos de alumnos podrían llegar a suponer un problema.

—¿Cómo vamos a conseguirlo?

Cadeus ignoró la pregunta del Saqueador y miró a la cima del pináculo negro. Allí había un portal, uno que servía para conectar las tres torres de hechicería que estaban en distintos lugares del mundo. El primer paso era tomar el portal para que nadie pudiese dar la voz de alarma, el segundo…

—Corromperemos el portal de la cima —contestó—. Le daremos la vuelta y lo conectaremos con la Sombra. Un ejercito de bestias inundará este lugar. La oscuridad será tal que nadie se atreverá a

poner un pie en las cercanías

Cerró los puños y dio una orden mental. Las criaturas, que esperaban con la ansiedad de la cacería a que les diesen rienda suelta, chillaron ante su orden y corrieron en pos de víctimas. Sus graznidos y gritos inundaron el valle.

—No podremos con todos —comentó El Saqueador—. No con solo veinte criaturas.

—No necesitamos matarlos —contestó Cadeus—. Solo a unos pocos, a los que opongan resistencia, el resto serán perdonados si se entregan pacíficamente como rehenes. Así mantendremos a raya a La Academia. Mientras las bestias causan el caos, tú y yo subiremos hasta la cima.

—Así sea.

Cadeus asintió y empezó a caminar. Una inusitada tranquilidad lo invadía mientras descendía hacia el lugar que una vez hubiese sido su escuela, hacia el lugar en el que había conocido a Evan, en el que se habían hecho amigos. No sentía pena, ni remordimiento, no sentía nada, mientras inundaba aquel lugar de criaturas que devorarían a los alumnos y profesores.

No sentía nada mientras su acciones causaban una masacre.

Ella estaba con él, podía sentirla. La canción aumentaba en su cabeza.

Todo acabaría pronto.

***

—¡No lo entiendo! —exclamó Elena furiosa, retorcía una y otra vez entre sus manos los dos palillos de jade—. ¡No lo entiendo! Puedo sentirla, pero cuando intento entrar algo me bloquea.

Agus estaba recogiendo y apagando las varillas de incienso que rodeaban el tronco. Llevaban trabajando sin descanso desde que se habían conseguido poner en contacto con Ander, pero la Oniromante no había conseguido nada más que oscuridad.

—¡Mierda! —gritó al silencio tranquilo del claro.

Agus dio un respingo y la miró de reojo. Ella suspiró.

«Contrólate», se dijo, sus amigos nunca la habían visto así, comida por los nervios y la ansiedad. Ella era la calmada, la inteligente. No podía dejarse ganar. No podía fallarle a Ander.

—Explícame qué es lo que pasa —pidió Agus que seguía recogiendo diligentemente—. Puede que se me ocurra algo…

—Esto no es *Dungeons and Dragons*, Agus… —masculló ella de mala gana, luego vio el rostro compungido del muchacho y se sintió mal por haberle hablado así—. Lo siento. Mis poderes no están funcionando. Puedo sentir a Iris, puedo sentir sus sueños, pero cuando intento entrar en ella algo me lo impide. Es como…

—¡Como si una barrera la protegiese de intrusiones externas! —exclamó el muchacho poniéndose en pie.

Elena se encogió de hombros.

—Algo así —reconoció.

Estaba cansada, terriblemente cansada. Sentía los músculos débiles y el cuerpo entero dolorido como si hubiese pasado tres noches durmiendo en el suelo y congelándose de frío. Densas ojeras empezaban a acumularse bajo sus ojos, a pesar de que no hacía otra cosa que dormir. Llevaba el pelo sucio y enmarañado recogido en un moño.

—Me temo que ha llegado el momento de acudir a los grandes magos —continuó Agus con entusiasmo.

—¿Qué? —inquirió ella con pocas ganas de descifrar las palabras de su amigo.

Él asintió.

—Nos hemos topado con una barrera que supera tus capacidades. Sin ofender, quiero decir, tus habilidades son increíbles, pero esa barrera es más poderosa —el muchacho hablaba con fervor creciente, como si llevase toda una vida esperando para poner a prueba unos conocimientos adquiridos a través de películas, libros y rol—. ¿Qué se hace en estos casos? Recurrir a un mentor que te entrene, no me mires así, es tontería, lo sé. Tenemos muy poco tiempo para eso y los montajes de entrenamiento solo funcionan en las películas. La segunda opción es recurrir a un hechicero más poderoso. Y aquí es donde viene la pregunta importante, ¿vuestros poderes son heredados?

—Mi madre… —contestó Elena entendiendo el razonamiento del chico al instante—. Debería contarle ya lo que ha ocurrido, se enterará tarde o temprano… pero no sé si podrá ayudarnos. Ella, lleva mucho tiempo distante.

—No es que tengamos muchas otra opciones.

—Ya…

—¿Qué puede salir mal?

Ella tardó unos segundos más en aceptar la idea. Al final, entendió que no tenía más remedio, aunque no sabía en qué podía desembocar todo aquello. Su madre, bueno, ella llevaba mucho tiempo sin comportarse como una madre. Sin mediar más palabra,

abandonaron la arboleda y se dirigieron a la casa que había más allá. El verano se estaba acabando y las primeras pinceladas del otoño empezaban a manchar de ocre los árboles cercanos. La excursión al lago había sido la forma en la que los muchachos habían querido despedirse de las vacaciones antes de que todos volviesen a sus ajetreadas vidas llenas de estudios, ya fuese en universidades mundanas o mágicas. Elena todavía no podía creer cómo había cambiado todo tan rápidamente. Echaba de menos algo que todavía no era consciente de que había perdido. El secretismo con el que habían tratado el tema Agus y ella le ayudaba a pensar que no era del todo real.

Según se acercaba a la puerta el corazón se le encogió

«Tienes que hacerlo.»

—Tendrás que esperar aquí —le dijo a Agus—. Es mejor que mi madre no sepa que he involucrado a alguien como tú en esto.

El muchacho puso cara de decepción, pero asintió sin decir nada y se sentó a esperar en un columpio que había en el porche. Parecía realmente desolado con sus mejillas manchadas por el barro del bosque, la gorra mal puesta y el rostro marcado por el cansancio. Elena tomó aire y entró en la casa. Era su casa, pero rara vez se le había antojado como tal, para ella no era más que una lujosa mansión llena de esquinas oscuras y recuerdos pesarosos. Se internó en el pasillo que la separaba de la habitación de su madre. El pasillo, estrecho y oscuro, estaba repleto de fotografías de otro tiempo, de unos treinta años atrás, ninguna más moderna, ninguna en la que apareciese Elena de pequeña. En las fotos podía verse a una versión joven de su madre siempre sonriente junto a un hombre del pasado, un hombre de rostro adusto de mandíbula cuadrada y marcados pómulos. Era un hombre atractivo, varonil, parecía muy feliz al lado de ella y ella brillaba al lado de él. Elena nunca había visto a su madre brillar más que en aquellas fotos. Era su padre, aquel al que la Oniromante no había conocido, no realmente.

—Tu padre no estaba bien, Elena —le decía siempre su madre—. La responsabilidad de tener una hija le pesaba demasiado. Lo echaste de nuestras vidas.

Ella no le echaba la culpa por desaparecer. ¿Quién podía amar a su madre?

La Oniromante llegó a la puerta de la habitación. Fue a tocar con los nudillos y entonces fue consciente del silencio que la rodeaba, un silencio pesado y pegajoso que era perenne en aquella casa. Tocó. Los tres golpecitos parecieron un estruendo. No esperó respuesta para abrir la puerta y adentrarse. La habitación de su

madre era lujosa, una enorme cama con dosel presidía el lugar y una chimenea sin leña estaba siempre encendida en la pared frente a la cama, una runa de fuego la mantenía activa a pesar de que era el final del verano y el calor todavía reinaba en el exterior. Allí dentro la temperatura era sofocante.

Tras la cortina que ocultaba la cama se movió una sombra y el movimiento trajo consigo el sonido del roce de las sábanas. Elena se acercó, cada paso le costaba un mundo, como si le hubiesen puesto unas botas de hierro. Destapó el dosel y encontró a su madre tumbada y revolviéndose en sueños. La mujer, que se llamaba Sara, estaba delgada hasta el extremo. Sus brazos eran finos como una ramita que pudiese quebrarse en cualquier momento y sus dedos alargados y huesudos. Bajo el camisón blanco se le marcaban las costillas, aunque no hacía falta llegar a la desnudez para notar su demacrado cuerpo, el rostro era el indicio más llamativo. Pómulos hundidos, bolsas bajo los ojos, mejillas chupadas, pelo laceo y sin vida del color de la ceniza. No quedaba nada de la mujer que aparecía en las fotos del pasillo.

Y por supuesto estaba soñando, como casi siempre, buscaba al hombre de las fotos cada hora de cada día. Decía que sentía sus sueños, que sabía que estaba vivo, pero la conexión era débil.

—Madre —susurró Elena zarandeando suavemente a Sara, carraspeó y alzó la voz—. Madre.

Sara se despertó lentamente. Abrió un ojo y luego el otro, parpadeó varias veces y observó sus alrededores con una mezcla de confusión y pánico, tardó más de lo que debería en centrarse y entender dónde estaba. Luego posó la mirada fría y vacía sobre su hija.

—Elena —susurró con voz débil—. ¿Qué ocurre? ¿Es la hora de la cena?

—Madre. Tengo un problema. Los Nuévalos tienen un problema, necesitan nuestra ayuda.

Contrario a todo lo que Elena pudiese esperar, su madre dio un respingo y se incorporó rapidamente. Para una mujer tan débil fue sorpresiva la velocidad con la que se movió.

—¿Qué ha pasado? ¿Es él verdad? Ha vuelto —su madre miró en todas direcciones como si esperase encontrar a alguien acechando en una esquina—. ¿Qué ha pasado?

—Madre, tranquilícese —dijo Elena cogiendo a Sara de los hombros y recostándola de nuevo—. Alguien les ha atacado, Ander e Iris han sobrevivido, pero Iris está en paradero desconocido. He intentando buscarla en sueños, pero hay algo que me impide entrar.

Su madre, en un gesto rapidísimo, la cogió de la muñeca y apretó con la fuerza que solo el pánico puede imprimir. Elena aguantó aunque no pudo evitar torcer el gesto.

—No vamos a inmiscuirnos en esto —dijo ella, sus ojos ardían como si estuviesen febriles—. Ni se te ocurra seguir buscando a Iris, ¿me oyes? Hemos tenido suerte de que la tormenta no nos haya caído encima.

—Pero… madre… —Elena apretó los dientes, le dolía mucho la muñeca.

—¡Pero nada! Él ha vuelto, ha vuelto para vengarse… y con razón —empezó a murmurar como si repitiese un mantra—…y con razón, nosotros lo abandonamos como a un perro… y con razón… nos odia, nos odia.

Elena logró soltarse de la férrea presa y se echó para atrás acariciandose la muñeca. Su madre seguía balbuceando como una loca.

—Él ha vuelto… eso significa que papá ya puede dejar de preocuparse. ¡Tengo que hablar con él!

La Oniromante corrió hacia la puerta, en su cabeza no dejaba de golpear la idea de que aquello había sido una estupidez. Su madre ya no estaba, nunca había estado. Escapó de la habitación con el corazón en un puño.

—¡Puedo traerlo de vuelta! —seguía gritando su madre—. ¡Cadeus es libre! ¡Nos dirá dónde está tu padre!

***

La noche fue larga y turbulenta, llena de pesadillas que no recordaría al despuntar la mañana, pero que tenían que ver con Gardebius. Amaneció y él ya estaba despierto, mirando por la ventana de su pequeña habitación. Estaba cansado, el cuerpo entero le dolía como si lo hubiesen masticado durante horas y luego lo hubiesen escupido. Demasiadas cosas le comían por dentro y la carga era cada vez más pesada. La imposibilidad de avanzar hasta obtener más información le quemaba las entrañas, el saber que cada hora que dejaba pasar era una hora más que su madre pasaba con Cadeus le horadaba el alma. Y sin embargo era el momento de investigar y no de actuar. Tenían el inventario, pero no era tan sencillo. Nada lo era. Amareth lo había examinado, había tres registros de llaves distintas, ahora tenían que averiguar todo lo que

pudiesen de cada una de ella hasta dar con la que había sido robada. Inara estaba ayudando al anciano con las pesquisas, él… bueno, él llevaba esos dos días metido en la cama evitando escuchar la voz al fondo de su cabeza.

«No puedes evitarme.»

No contestó. Dio una vuelta entre las sábanas y bufó. La puerta de su cuarto se abrió y la música que sonaba en el salón pasó al interior. Reconoció el tema al instante, *Miss You* de *The Rolling Stones*. Amareth se detuvo en el umbral y se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Vístete —ordenó.

Ander lo miró de reojo.

—Vamos —insistió el anciano—. Sé que investigar no es lo tuyo, pero no es necesario que desaproveches todo este tiempo.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Ander agotado y decaído.

—Controlar al ser que te posee. Vístete.

Ander no hizo más preguntas y obedeció. Salió al salón para encontrarse con Amareth que rebuscaba en las profundidades de un zurrón de tela basta, parecía tener el brazo metido a más profundidad de lo que la bolsa permitía fisicamente. Un conjuro de contención, las bolsas de transporte eran objetos relativamente fáciles de hacer, muy útiles. El viejo exclamó victorioso mientras estiraba de algo que había encontrado y sacaba a la pálida luz del salón un espejito de mano. El cristal estaba deslucido y las formas doradas que lo enmarcaban habían perdido el brillo hacía mucho tiempo.

—Solicito acceso al Valle de Nad —dijo el anciano hechicero mientras miraba directamente al espejo. Asintió un par de veces como si estuviese escuchando una voz que le contestase—. Para mí y para el Clama Tormentas Ander que ha terminado sus estudios en la Torre de Ónice. Los motivos de nuestra visita los discutiré con el maestro Absolon.

De nuevo asintió un par de veces.

—Sí. Acepto.

Un portal de crepitante energía mágica se abrió junto a Amareth. El anciano guardó el espejo de nuevo en la bolsa y se la echó al hombro. Se quitó el cinturón del que pendía el Filo de Cronos y lo dejó sobre la encimera de la cocina.

—Sin armas me temo —explicó.

—¿Qué acaba de pasar? —inquirió Ander confuso.

—Vamos al Valle de Nad, allí tendremos tiempo de hablar y entrenar como es debido para controlar tu problema.

«Dile que no soy un problema.»

—¿Tiempo? Eso es justo lo que no tenemos —se quejó Ander ignorando la voz en su cabeza.

Amareth le dedicó una mirada de reojo, en aquellos ojos grises pudo ver una chispa de esperanza.

—Yo también tuve mis propios demonios, Ander —explicó a media voz, era como si aquellas palabras se convirtiesen en cristales en su garganta y le hiciesen daño—. Me sumí en un momento muy oscuro, hice cosas de las que no me enorgullezco y me dejé devorar por un monstruo peor que el que tú tienes dentro.

—¿Peor que Gardebius?

«Aunque finjas no oírme sigo aquí, chico. Eso me ha ofendido.»

El viejo asintió.

—Peor, pues mi demonio no fue algo externo a mí, fui yo mismo el que tomó ciertas decisiones mientras estaba lleno de rabia y dolor. Al contrario que tu pacto, no tiene justificación. No hay un ser o una fuerza que me impulsase a hacer lo que hice, no hay nada a lo que echarle la culpa por mis actos, por las pérdidas que provocó mi imprudencia. El único culpable soy yo. El único monstruo soy yo.

Ander observó a Amareth con curiosidad, era la primera vez que veía al viejo abrirse.

—Te necesito concentrado y útil, chico —continuó—. No puedo tener una bomba de relojería que puede estallarme en la cara en cualquier momento. Necesito poder contar contigo.

—¿Y pretendes que me marche en mitad de la búsqueda de mi madre? No…

El viejo alzó una mano para hacerlo callar y luego la apoyó en su hombro en un gesto paternal.

—Inara y yo necesitamos unos días para esclarecer este asunto y poder buscar. Además, te darás cuenta de que en El Valle de Nad el tiempo… bueno, digamos que no fluye de la misma forma.

Ander suspiró y asintió. No confiaba mucho en que su problema tuviese solución, pero no pensaba rechazar una oportunidad por pequeña que fuese.

—Vamos —dijo con un leve atisbo de esperanza palpitando en su pecho.

Juntos, el viejo y el joven hechicero se internaron a través del portal. A su espalda los últimos acordes de *Miss you* se deshicieron como ecos en el vacío.

Interludio 2

Se despertó cubierto en sudor. El corazón se le iba a salir por la boca y un grito se ahogó en su garganta. No tardó en darse cuenta de que estaba en su habitación y no en ese lugar terrible con el que había soñado.

—¿Otra pesadilla? —masculló Evan.

Cadeus dio un respingo. Haces de luna se filtraban por la ventana, dejando claro que la noche estaba bien entrada. Usó la manta para secarse el rostro y asintió pesadamente.

—Sí… —murmuró.

—Cada vez son más frecuentes.

Cadeus no contestó. No quería hacerlo, hablar de ello hacía que las pesadillas cobrasen entereza, que se hiciesen más reales. No eran nada más que otro problema ocasionado por estar roto por dentro, otro defecto de su cabeza, nada más. Nada más. Últimamente estaba teniendo mucha presión con los estudios.

—¿Qué haces despierto? —le preguntó a Evan.

Se había acostumbrado tanto a la presencia de su amigo después de un año compartiendo habitación que ya no le costaba hablar con él. El rubor en las mejillas y el nudo en la garganta habían desaparecido con el tiempo, aún así, seguía hablando en voz baja. No le salía hacerlo de otra manera.

—Estoy desvelado —reconoció—. Es Iris, me lleva de cabeza… no sé qué somos, si somos algo acaso.

La sola mención de Iris, hizo que Cadeus sintiese una punzada en el pecho. Iris Salguero era una Sanadora que había entrado el mismo año que ellos. Era una chica hermosa, con una larga melena castaña que siempre llevaba perfecta, hiciese aire o lloviese. Poseía una conexión muy fuerte con su runa, lo cual solo la hacía más impresionante. Cadeus podía aprender todas las runas como cualquier otro hechicero, pero se veía cientos de veces menos competente que ella. Los resultados de sus últimos exámenes solo reforzaban ese pensamiento.

—¿No tienes nada que decir? —la voz de Evan lo sacó de sus pensamientos.

Cadeus se encogió de hombros.

—No sé nada sobre… chicas —reconoció agachando la mirada.

Evan soltó una carcajada.

—Será porque no quieres, con esas gafas podrías darte aires de interesante.

—No… no entiendo.

—Ya sabes, hay que aprovechar lo que uno tiene —explicó Evan —. Tienes unas gafas redondas, pues ponte una chaqueta con coderas, unos pantalones marrones y parecerás un profesor. También podrías recogerte la melena en una coleta, para que no vayas siempre con esos pelos locos.

Cadeus negó con la cabeza y se recostó en la cama dándole la espalda a su compañero.

—¿Quién va a encontrar atractivo a un profesor? —inquirió.

Evan volvió a reírse.

—Te aseguro que muchas encuentran atractivo al de runas.

—¿Al señor Rakian?

—Sí, al mismo.

—No me lo creo.

A aquellas palabras les siguió un prolongado silencio. Cadeus intentó recuperar el sueño, pero se había desvelado. Al poco, se giró y vio que Evan ya dormía plácidamente. Lo envidió. Era seguro de sí mismo, decidido, tenía algo con Iris y le caía bien a la gente. También, supo la suerte que había tenido de conocerlo aquel primer día, de cualquier otra forma, Cadeus habría sido completamente invisible para un chaval así.

Aunque Evan no era como los demás, Evan no lo había dejado de lado a pesar de todas sus rarezas, a pesar de los primeros días en los que no conseguía articular palabras, a pesar de… en fin, de estar roto.

Era buena persona.

Con aquellos pensamientos, se quedó mirando por la ventana al cielo nocturno y la luna que brillaba con fuerza. Tenía miedo de volver a cerrar los ojos. Miedo de las pesadillas que le acosaban.

—Es el estrés por las notas, nada más —se dijo a sí mismo.

Le costó creérselo.

***

Se apartó de un salto, impulsado como estaba por la runa *Togh*, le fue sencillo cubrir un par de metros antes de caer. Arrastró los pies por el suelo, dejando dos profundos surcos. Su enemigo, un uniruna, no le dio tregua. El Crea Cenizas dibujó su runa, *Sadash*,

destrucción. La activó y tocó el suelo. De pronto, la tierra bajo los pies de Cadeus se deshizo en polvo y cayó cinco metros hasta el fondo del agujero que había creado su enemigo. A pesar de que su cuerpo era más fuerte de lo habitual, sus rodillas se resintieron y los huesos le crujieron. Se los habría roto de no ser por la magia.

—¡Tiempo! —gritó el entrenador—. Que alguien lo saque de ahí.

Cadeus respiró hondo. Escuchó ruidos, conversaciones que comentaban la pelea, conversaciones sobre su derrota. Otra. A pesar de ser un hechicero, no conseguía vencer ni a los unirunas. Era vergonzoso.

—¡Eh! —le llamó Evan asomándose por el agujero—. ¿Te has hecho daño?

Él negó.

—Ese Crea Cenizas te ha dado bien.

—¿Puedes sacarme de aquí? —escupió Cadeus de mala gana.

—Vale, vale, tranquilo.

Su amigo hizo un sortilegio y la tierra bajo él cobro vida y empezó a subir formando un pilar sólido como la piedra. Así, como en un mal ascensor, subió de nuevo hasta la superficie para enfrentarse a su vergüenza. Algunas miradas de sus compañeros de clase lo decían todo, era ridículo. Era débil. Un hechicero incompetente.

—No seas duro contigo mismo —le dijo Evan, sonriente… siempre sonriente—. Amon es muy bueno en lo suyo, ya sabes lo que dicen de los Crea Cenizas…

—¡Por la magia crepitante! ¡Cállate por una vez! —gritó.

De pronto, se hizo el silencio en el campo de entrenamiento. Los susurros de sus otros compañeros se apagaron, sus miradas pasaron de la burla a la curiosidad y la sorpresa. Pero, lo peor fue la mirada de desconcierto de Evan. Le había gritado a su amigo. ¿Por qué?

Sintió una imperiosa urgencia de salir de allí.

—¿Qué…?

—¡Déjame! —insistió—. ¡No lo hago bien! Soy un hechicero penoso y no necesito tu compasión.

—Cadeus…

—¡Qué me dejes!

Salió corriendo. Incapaz de aguantar más la urgencia en su pecho que le pedía desaparecer. El entrenador gritó algo a su espalda, pero a él poco le importó. Evan trató de detenerlo, pero tampoco lo consiguió. Cadeus solo quería esfumarse, estar solo, que todas las miradas desapareciesen. Corrió y corrió, impulsado por el miedo.

Se internó en la Torre, se perdió entre los pasillos y las escaleras hasta que llegó a su habitación. Se encerró dentro y se echó en la cama. Quería llorar, pero no podía, un nudo en la garganta le impedía respirar. Se ahogaba. Estuvo así un buen rato, luchando contra su propio cuerpo que parecía más que dispuesto a matarlo.

Enterró la cara en la almohada y gritó hasta desgañitarse, hasta que no le quedaron fuerzas. En algún momento de aquel torrente de emociones que lo sobrepasaban, se quedó dormido. Y las pesadillas volvieron.

Sueños de una ciudad entre las sombras. De un ojo, gigante, negro por completo, que lo observaba con ansia, como si desease algo de él. La visión cambió y se retorció para convertirse en los pasillos de la Torre de Ónice. Sus sueños le enseñaron un camino, un lugar cerca de las mazmorras, una biblioteca oculta a los estudiantes y, en ella, un libro. Un tomo viejo, polvoriento.

«Poder» susurró una voz en el sueño, la voz amable de una mujer, cálida como una madre, «mi poder, será tuyo».

Despertó. La almohada estaba húmeda del llanto y la noche había caído. Seguía solo en la habitación, pero a la vez no se sentía como tal. La presencia de su sueño seguía allí, en su cabeza. Susurró dos últimas palabras, luego se desvaneció:

«Ter Valax.»

14

Al otro lado del portal había un valle en el que el verde y el ocre convivían. Estaba cubierto por una niebla densa que danzaba mecida por una corriente inexistente. Se escuchaba el rumor del mar rompiendo contra las rocas.

—Bienvenido al Valle de Nad —le dijo Amareth, su voz reverberó en algún punto de la niebla y volvió convertida en eco.

—¿Qué se supone…?

El viejo hechicero no le dejó acabar la pregunta, se dirigió al portal que los había traído hasta allí.

—Volveré —fue lo único que dijo.

—¡Espera!

No esperó. Atravesó el portal, la magia crepitó con fuerza mientras Amareth desaparecía y luego, con un chasquido, se esfumó. Ander se quedó allí plantado unos segundos, acompañado por el silencio y la calma del valle.

«Parece que estamos solos», comentó Gardebius.

—Olvídame.

«Imposible, me temo.»

Ander gruñó. Miró a su alrededor en todas direcciones, no veía nada más que prado extendiéndose hasta donde la niebla lo ocultaba todo. Intentó centrarse en el rumor de las olas, pero tardó poco en darse cuenta de que venía de todas direcciones.

—Por la magia crepitante… —maldijo—. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

«¿Por qué no pruebas a caminar?»

Volvió a gruñir. Pensó en algo inteligente que contestar, pero estaba demasiado cansado y demasiado confundido. Sin muchas ganas, se puso a caminar. Lo hizo sin rumbo aparente, la niebla se iba abriendo a su paso como si estuviese viva y tratase de evitarle. Ander caminó y caminó, perdido en aquel lugar silencioso, dejando un rastro tras él de niebla abierta como una herida. Casi sin percatarse, llegó hasta un precipicio. Allí, la bruma se despejaba un poco y se podía ver una larga caída que terminaba en escarpadas rocas y el mar. Había una especie de pasarela en el barranco, un camino de roca natural que descendía, era estrecho y peligroso, pero estaba transitado por hombres encapuchados. Ander se asomó un poco y vio que varias cuevas se abrían en la pared de piedra, del

interior de ellas emanaba luz.

—¿Qué es este sitio?

«Por una vez, no tengo una respuesta.»

—El gran hechicero renegado no lo sabe todo…

«Niño impertinente.»

—Grano en el culo.

«De toda la gente que podía haber acabado con mi lanza, tenías que ser tú. Un ser débil y asustado incapaz de aceptar el poder que ofrezco.»

—Yo no pedí esto, Gardebius —masculló Ander, enfadado—. ¡Yo no lo pedí!

«Pero firmaste el pacto, asume lo que has hecho y acepta el poder que ofrezco», la voz de Gardebius era más de criatura que de persona en aquellos momentos.

—Nunca más —aseguró él con toda la convicción que pudo reunir—. Nunca más tomarás el control.

«Eso ya lo veremos», susurró la criatura antes de reír tres veces, luego Ander pudo sentir como su consciencia se retiraba a la oscuridad. Apartado, pero siempre presente. Negó con la cabeza intentando deshacerse de aquella desagradable sensación. Miró de nuevo al precipicio y buscó el inicio del camino de descenso. Bajó pegado a la pared, con el corazón en un puño y la mirada fija en la devastadora caída y las piedras afiladas como pinchos que emergían de entre las olas.

—No mires abajo —se ordenó a sí mismo—. No mires abajo.

Tardó un rato en dejar de mirar y acostumbrarse al descenso. El camino era irregular y las piedras que lo componían estaban sueltas, se resbaló varias veces y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no desistir y seguir bajando. A mitad descenso se encontró con una de las figuras encapuchadas, estaba quieto al borde del camino, contemplando el horizonte en silencio.

—Disculpe —lo llamó Ander.

El hombre no pareció inmutarse.

—Disculpe —repitió.

Nada. Sin respuesta. Ander frunció el ceño y maldijo en voz baja por tener que acercarse al borde del precipicio. Lo hizo y tocó al desconocido en el hombro.

—Disculpe.

El hombre dio un respingo antes de girarse. Al verlo se quitó la capucha, revelando un rostro amable y una brillante calva. El hombre sonrió y saludó con la mano.

—Hola —contestó Ander—. Disculpe, ¿dónde estoy? Mi maestro

me ha dejado aquí y…

El hombre le interrumpió con la mano y negó con la cabeza. Se giró y empezó a descender por el camino de piedra. Ander se lo quedó mirando hasta que el hombre le hizo un gesto para que le siguiese. Lo acompañó. Intentó entablar conversación, buscando respuestas a las cientos de preguntas que flotaban en su cabeza, pero lo único que obtuvo fue sonrisas y asentimientos. Se dio por vencido mucho antes de llegar a las cuevas. Cuando llegaron, Ander pudo ver que la gente vivía en ellas como si fuesen casas. Las alumbraban con hogueras y antorchas, se hacían camas con telas, sacos y paja. Había una cueva más grande que las demás, su entrada daba a un risco amplio por el que se podía caminar sin temor a despeñarse. En el interior había antiguas mesas de madera y en ellas, un montón de hombres y mujeres encapuchados se reunían en silencio absoluto. Estaban comiendo. Un brasero ardía en el centro de aquella especie de sala común, Ander fue consciente entonces del frío que hacía allí, tan cerca del agua. La humedad pesaba y calaba hasta los huesos.

El hombre que lo había acompañado hasta allí le indicó que entrase con un gesto amable y una sonrisa. Ander tuvo un escalofrío. Aquello le gustaba menos que nada. Se dispuso a adentrarse en el salón, vio entonces como su guía se marchaba de vuelta por donde habían venido.

—¡Eh! —gritó—. ¡Espera!

El hombre lo ignoró por completo. Nadie más pareció darse cuenta de sus gritos a pesar de que eran lo único que rompía el silencio.

—¿Qué es este sitio? —repitió Ander.

La única respuesta que obtuvo fueron tres carcajadas guturales.

***

El tiempo allí dentro no transcurría de forma normal y a la vez sí que lo hacía. Los días eran días a pesar de que el sol apenas luciese a través del eterno manto de nubes y niebla. Con el paso de las horas llegaban las noches y el cansancio y el sueño. Todo parecía normal, pero Ander podía notarlo. El tiempo fluía más despacio. Era como un río con menos caudal del habitual y aquello solo lo desanimaba. Las horas eran doblemente eternas en aquel lugar de silencio y niebla. Por más que lo había intentado no había

conseguido que nadie le hablase, todos le miraban cuando se dirigía a ellos, asentían, sonreían y luego le dejaban. El muchacho había desistido tras varios intentos y él mismo se había sumado al silencio. A ciertas horas se preparaba la comida en la gruta que servía de comedor, siempre había gente dispuesta a ayudar en la cocina, pero Ander no conseguía saber si había turnos para el trabajo o, simplemente, uno colaboraba si quería. Para no sentirse mal y, movido por puro aburrimiento, se había puesto a pelar patatas y cortar cebollas durante las noches.

Después de la cena, que no solía ser más que arroz con verduras o guisos de patata, se alejaba de la población en el acantilado y se internaba en el valle. Caminaba durante horas, o a saber cuanto tiempo en realidad, perdido entre la niebla, buscando algo que llamase su atención. Algo. Una maldita señal. Cualquier cosa. ¿Por qué Amareth lo había dejado allí? La pregunta resonaba en su fuero interno sin descanso. Paseaba y paseaba acompañado únicamente por el sempiterno rumor de las olas chocando contra el acantilado.

Una de aquellas noches se sentó en uno de los acantilados que daban al revuelto mar y se dedicó a contemplar el infinito. La niebla le ocultaba lo que quiera que hubiese más allá de las olas. Nada que ver. Nada que hacer. Nada. Iba a volverse loco.

—Cuéntame tu historia —le pidió a Gardebius, deseando escuchar algo que no fuese el mar.

«Mi historia…», el ser sonó realmente confundido.

—He escuchado la versión oficial, la que me contó mi padre —explicó él—. Quiero escuchar la tuya, ¿qué pasó? ¿Quién eras?

Como respuesta a su pregunta solo obtuvo más silencio. Notó como la presencia de Gardebius se retiraba a lo más profundo de su mente, dejándolo solo.

—Genial —masculló—. ¿Tú también vas a hacer voto de silencio?

Se puso en pie, envarado, y le dio una patada a una piedra. Caminó con pasos apresurados, de vuelta a la aldea del acantilado. Llegó a pesar de la persistente niebla y la oscuridad de la noche. Bajó con ímpetu por el escarpado camino. Un brasero frente a la gruta central y varias hogueras en las cuevas más pequeñas creaban un rastro de luces que emergían de la piedra. Ander se internó en la gruta comedor, los monjes, o lo que sea que fuesen aquellas personas, lo ignoraron. Se subió a una mesa.

—¡¿Qué es este lugar?! —gritó, captando la atención de todos los presentes—. ¿Por qué estoy aquí? ¿Alguien conoce a Amareth?

Nadie contestó. Ander paseó su mirada entre los desconcertados

presentes, algunos lo observaban como si estuviese loco, otros le esquivaban.

—¡¿Alguien conoce a Amareth?! —volvió a gritar, su voz hizo eco en la gruta y sonó atronadora en el reinante silencio.

Por fin, un hombre se le acercó. Llegó a su altura y con gestos le pidió que bajase de la mesa. Ander suspiró e hizo caso.

—Estáis locos… —masculló mientras lo hacía.

El hombre le pidió que lo acompañase con un gesto de las manos. Él se encogió de hombros y lo siguió. Si iban a castigarlo le importaba bien poco, cualquier cosa sería mejor que el insoportable silencio. El hombre, encapuchado como los demás, vestido con andrajos y tela basta, lo guió por el camino del acantilado hasta el valle de nuevo.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Vais a castigarme por hablar? —inquiría él a cada paso—. O a devolverme con Amareth, eso no estaría mal… estoy harto de estar aquí.

El hombre se giró y le pidió silencio, luego señaló al suelo.

—¿Qué? ¿Qué quieres que haga?

Su guía sonrió y se sentó en la posición del loto, luego dibujó dos runas en el aire frente a su pecho y las unió con una línea recta. Eran dos runas poco utilizadas, a Ander le costó unos segundos recordar una de ellas. *Arama*. Armonía. La otra no sabía cual era. El conjuro se iluminó por un momento y ambas runas formaron un lazo de luz que empezó a dar vueltas alrededor del hombre que cerró los ojos, había una expresión de paz dibujada en su rostro. La luz siguió brillando a su alrededor hasta que se detuvo en su frente y tomó la forma de un ojo brillante.

—¿Meditar? —preguntó Ander incrédulo—. ¿Quieres que medite? ¿De verdad?

Un latigazo de rabia sacudió su pecho, la pacífica expresión en el monje solo conseguía enfurecerlo todavía más.

—¡¿Cómo voy a salvar a mi madre meditando?! ¡Por la magia crepitante! —estalló, sabiendo que sus gritos debían estar llegando a oídos de todos—. ¿¡Qué quiere Amareth de mí!? Esto es una estupidez.

Se dispuso a marcharse, de nuevo a perderse sin rumbo, pero una voz le detuvo.

«Hay muchas formas distintas de meditación» la voz resonó etérea en su cabeza, pero no era Gardebius. Se giró para encarar al hombre que seguía sentado con los ojos cerrados y el ojo brillando en su frente.

—¿Eres tú?

«Sí.»

—Por la magia crepitante, gracias. ¿Cómo salgo de aquí?

«¿Salir? ¿Por qué querrías salir?»

—¡Porque mi madre está en peligro! ¡Porque mi familia ha sido atacada! ¡Porque tengo que encontrar al cabrón que lo hizo!

A su arrebato de ira le continuó un silencio que se extendió por unos segundos eternos.

«La ira no te ayudará a conseguir nada.»

—¿Y meditar sí?

«Quizá sí, quizá no, es una herramienta. No depende de su utilidad, sino de la habilidad de quien la use.»

—Habilidad ninguna, así que…

«Amareth llegó aquí igual que tú», le interrumpió, «estaba también lleno de rabia, una energía útil si se sabe canalizar. Obviamente, él no sabía.»

—¿Qué le pasó?

«Su mente estaba en un lugar oscuro cuando vino a nosotros, el Valle de Nad le ayudó a sanar, a aceptar su nueva realidad.»

Ander tomó aire, la rabia remitió. Miró a su alrededor, a aquel lugar en el que el tiempo pasaba tan lento, a aquel sitio perdido, ajeno a la realidad. Niebla y silencio. No parecía tener otra opción. ¿Qué daño podía hacer?

—Está bien —masculló mientras se sentaba—. ¿Cómo se hace?

El monje sonrió con los ojos cerrados.

***

Inara releyó el mismo párrafo por quinta vez y como todas la veces anteriores su mente empezó a divagar en cuanto llegó a la segunda línea. Acabó de nuevo la lectura sin haberse enterado de nada, suspiró y volvió a intentarlo. Aquel tomo era exasperante. Era un libro viejo recubierto de cuero que ni siquiera tenía un título, o si había llegado a tenerlo se había borrado por el paso del tiempo. Estaba escrito por un hechicero inglés del siglo XV y describía sus experiencias con distintos objetos considerados malditos. A Inara le parecía que la mitad de lo que contaba el hechicero eran patrañas, pero Amareth insistía en que a Sir Richard le podía faltar estilo, pero era fiable.

La Adivina alargó la mano llena de anillos hasta la taza de café y se la llevó a los labios para darle un largo trago. Luego sacudió la

cabeza para quitarse el adormecimiento de encima, hacía solo tres días que Ander se había marchado. Tres días leyendo tomos antiguos con la única compañía de un vejestorio que lo único que hacía era gruñir de vez en cuando. No. No era su idea de un plan ideal.

«Céntrate», se recriminó, «recuerda la razón por la que los ayudas.»

Sí. Maldita sea. Atrapar al cabeza ciervo. Al pensar en el Saqueador, unos recuerdos intentaron aflorar en su mente, pero hizo gala de un autocontrol memorable para retenerlos en aquella parte oscura de su cabeza que nunca visitaba. Gritos arrastrados por el viento y el fuego. Lo retuvo todo ahí, muy al fondo, y se enjugó la única lágrima que intentó delatar su dolor. Volvió a darle un sorbo al café y se centró de nuevo en el párrafo que se le resistía.

—Muy bien, Sir Richard, ¿por dónde íbamos? —susurró.

Amareth, sentado en uno de los sofás del salón con otro libro entre las manos, emitió un gruñido de protesta. Inara ya había aprendido a diferenciar algunos de los distintos ruidos con los que se comunicaba, aquel gruñido significaba «silencio», ella contuvo una risita y siguió estudiando. Tras dos intentos infructuosos se dio cuenta de que no iba a sacar nada en claro de aquel terrible párrafo. Su mirada se deslizó por la mesa hasta la pila de libros y tomos que todavía tenía que leer. Suspiró. Quizás otros tuviesen la habilidad necesaria para buscar una aguja de información entre el pajar de una biblioteca, pero ella tenía otras habilidades. La pregunta era si estaba dispuesta a utilizarlas.

¿Tenía más remedio? Alzó una mano y la colocó sobre la pila de libros. Cerró los ojos. Dibujó la runa *Lunia*. Fue a activarla, pero algo la detuvo. La respiración se le agitó y apartó la mano. El gesto pareció pasarle inadvertido a Amareth que seguía enfrascado en su labor, ella abrió y cerró los dedos como si la mano se le hubiese dormido.

¿Por qué le costaba tanto?

Un escalofrío le recorrió la espalda al pensarlo. Le costaba porque adivinar traía consigo el pelo plateado que había sustituido su antigua melena, adivinar traía consigo cansancio, debilidad, enfermedad. La runa *Lunia* era inestable y absorbía más magia de la que necesitaba del usuario. Por eso los hechiceros no la utilizaban, por eso dejaban que otros cargasen con ese peso.

«Daría los años que hiciesen falta por atrapar al cabeza ciervo. Todos y cada uno de ellos, acabaría con mi cuerpo hasta hacerme vieja y decrépita si con eso pudiese ponerle una sola mano encima.»

Sus propias palabras volvieron a su cabeza como olas arrastradas a la costa. Maldita sea. ¿Para qué juraba cosas? A veces no se aguantaba cuando se ponía intensa. La marea no trajo consigo solo las palabras, también aquellos recuerdos que querían salir a la luz. Intentó bloquearlos. Fuego. Gritos. Lin.

No.

Consiguió llevarlos de vuelta al rincón del que no debían salir. No tenía tiempo que perder, con cada minuto que pasaba el Saqueador podía estar más lejos. Era hora de hacer aquello para lo que servía, por mucho que lo odiase. Posó de nuevo la mano sobre la pila de libros y sobre el inventario de Evan. Una simple adivinación le permitiría agilizar la búsqueda, la orientaría hacia el libro adecuado, hacia las palabras adecuadas. Le daría algo a lo que agarrarse.

«Hazlo.»

Activó la runa.

***

Inara abrió los ojos como si se hubiese despertado de un mal sueño y se echó para atrás. Miró a un lado y a otro, confusa y con el corazón todavía palpitando a mil por hora. Hizo un esfuerzo para centrarse, para recordar dónde estaba.

Nada le ayudó a calmarse.

Las visiones de la última adivinación todavía reverberaban en sus huesos y le hacían temblar, un sudor frío se deslizaba desde su nuca, bajándole por los hombros como un río de puro terror. Advirtió que Amareth la estaba mirando fijamente, sus ojos grises y viejos de zorro parecían sonreír.

—¿Ya sabemos lo que buscamos? —preguntó.

Inara sintió un latigazo de rabia. Tenía la sensación de que aquello era lo que el viejo había estado esperando todo el tiempo. Enterrarla en libros y tomos antiquísimos hasta que su impaciencia tomase el control. Adivinar era más rápido y más efectivo, aunque fuese peor para ella, la salud de la Adivina poco le importaba a aquel hechicero. Ella lo había calado desde el momento en el que habían entrado en su cubículo en el *SleepWalking*, Amareth era de esas personas dispuestas a todo para conseguir algo. Como ella.

—Has estado esperando que esto pasase —masculló con un sabor amargo en la boca.

—Claro —contestó Amareth abiertamente—. ¿Para qué quiero una Adivina si no?

Inara apretó los puños.

—¿Y bien? No tenemos tiempo que perder —insistió el viejo.

—La llave que buscamos fue creada por el alto hechicero Aldrich Dane hace muchos, muchos, muchos siglos —explicó ella resignándose, tenía que recordarse a sí misma que atrapar al enemigo de aquellos dos era también atrapar al Saqueador. Se centró para recordar todo lo que había visto a través de la adivinación—. La llave contiene una esquirla de piedra verde en su interior que abre el paso a través de un portal…

—¿Un portal a dónde?

Inara volvió a sentir el frío y húmedo sudor bajando por su nuca. Las visiones oscuras volvieron a su cabeza. Pertenecía a un lugar de pesadilla, a un lugar terrible al que nadie querría ir por voluntad propia, pertenecía a una ciudad de torres retorcidas y oscuros callejones, de muros rotos y piedra antigua, de murallas olvidadas y de niebla por la que vagaban peligrosas criaturas y sombras.

—La necrópolis de Ter Valax.

15

Elena escuchó el timbre y se puso en pie de un brinco. Corrió hasta la ventana de su habitación y vio a Agus saludando sobre su vieja bicicleta. Ella devolvió el saludo y se internó en la penumbra de su habitación para cambiarse. El sol se estaba poniendo en el horizonte y con la llegada de la noche ambos tenían mucho trabajo por delante.

Después del intento infructuoso de pedirle ayuda a su madre había intentado ponerse en contacto con Ander, por algún motivo no lo conseguía. O bien Ander llevaba días sin dormir, o estaba durmiendo en franjas de tiempo completamente distintas a las que ella utilizaba. La última opción era pensar que Ander estaba muerto, pero cada vez que se le pasaba por la cabeza ella la descartaba rápidamente.

—Maldita sea, Ander —rezongó mientras sacaba un vestido azul del armario y lo tiraba encima de la cama—. Te costaría poco comprarte un móvil nuevo y llamarme. Eso suponiendo que se sepa mi número de memoria… poco probable.

Mientras seguía rezongando sobre la poca consideración del muchacho, se quitó el pijama y se puso el vestido y unas botas negras. Al bajar las escaleras escuchó murmullos continuados e insistentes saliendo del cuarto de su madre, últimamente estaba más activa que nunca, más perdida si cabía en sus sueños. La sensación de que algo iba mal le sacudió las entrañas. Salió a paso vivo de la casa y sin mediar saludo alguno con Agus se dirigió a la arboleda. El chico la alcanzó arrastrando la bicicleta.

—No pongas esa cara —dijo en cuanto la vio—. Hoy seguro que lo localizamos y si no mañana, le he dicho a mi madre que voy a pasar unos días con Ander para animarlo, así nos sospechará…

Elena se detuvo de golpe y Agus trastabilló ante el inesperado frenazo. En el linde de la arboleda se alzaba una figura cubierta por las sombras del ocaso. Parecía un hombre de mediana edad, alto y estirado. La figura los observaba en silencio y las sombras bailaban tras él como si una corte de fantasmas le siguiese. Elena entrecerró los ojos y sintió un nudo en el estómago.

—Volvamos a casa —susurró.

Agus la miró confuso y luego volvió su mirada al hombre que los esperaba.

—¿Quién es?

—Volvamos a casa —insistió ella empezando a retroceder.

El chico soltó la bici y corrió con sus piernas cortas tras ella. Aceleraron el paso hasta girar la esquina de la enorme finca, alcanzaron la entrada y cerraron la puerta con llave una vez dentro. Elena tenía el corazón en un puño.

—¿Lo conoces? —preguntó Agus.

No. Elena no lo conocía, pero, ¿por qué tenía la sensación de que conocía su nombre? Por la misma razón por la que llevaba días con aquel malestar, con aquella sensación perpetua que le indicaba que algo iba mal. Todo estaba relacionado con haber ido a hablar con su madre, con que ahora la Oniromante estuviese más activa en su búsqueda y con el nombre que había pronunciado mientras Elena escapaba de sus garras huesudas.

—Cadeus… —susurró con un hilo de voz, recordando—. Cadeus es libre.

—¿Qué?

Elena fue a decir algo pero unos pasos sonaron al otro lado de la puerta y las palabras se le atragantaron. Los pasos se detuvieron y, tras dos segundos de silencio, alguien tocó a la puerta.

Toc, *toc*.

La Oniromante se alejó por el recibidor con Agus asustado y pegado a sus talones. Ambos contemplaban la entrada de la casa como si fuese un papel endeble que les separase de un fuego a punto de desatarse.

Toc, *toc*.

—Vengo a ver a Sara —dijo una voz al otro lado, era una voz tranquila y pausada que, sin embargo, poseía una nota de tensión afilada—. Por favor, abridme, soy un viejo amigo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Agus en un susurro intranquilo.

Elena retrocedió un par de pasos más.

—Sara no está aquí —Elena casi se desternilló de su propia mentira, ¿dónde iba a estar su madre si no? Llevaba años sin salir de la casa—. Le dejaré el recado de que ha venido a verla el señor…

Se escuchó un suspiro al otro lado. No hubo respuesta. Los pasos se reanudaron para alejarse lentamente. Cada pisada era como el latido del corazón de la Oniromante, fuerte, casi ensordecedor. Después solo hubo silencio, un silencio atronador que dejaba demasiado espacio al pavor. La sensación de fatalidad fue en aumento hasta desbordarla y ahogarla.

La puerta crujió de pronto. Un quejido salvaje y ruidoso, como si un rinoceronte se hubiese estrellado al otro lado. Estuvo a punto de

salirse de los goznes. Elena dio un brinco echándose más para atrás, Agus se agarró a ella abrazándola por la cintura, el muchacho temblaba.

Bam. Otro golpe hizo temblar la madera.

—¡Para! —gritó la Oniromante.

Obviamente lo que fuese que había al otro lado no se detuvo. Otro golpe astilló la madera y un cuarto bastó para que las bisagras cediesen y la puerta se derrumbase.

—Estamos muertos, estamos muertos, estamos muertos —murmuraba Agus una y otra vez abrazado a su espalda.

Elena apretó los dientes e intentó hacer acopio de valor para no salir corriendo. Al otro lado del umbral había una figura alta y encapuchada, su cabeza era el cráneo de un ciervo amarillento y roto. Ella quiso gritar.

—Estamos muertos, estamos muertos…

La figura con cráneo de ciervo se echó a un lado para dejar paso al hombre que habían visto en el bosque. Era un tipo de lo más extraño, estaba a años luz de parecer amenazador, pero algo en él, algo en su forma de moverse, de mirar, hacían que a Elena se le encogiese el corazón. Era un tipo alto con el pelo recogido en una tirante coleta, llevaba gafas que cubrían dos ojos pequeños que escrutaron a los dos muchachos con curiosidad.

—¿Podría ver a Sara, por favor? —preguntó, ahora que estaba dentro habló en voz tan baja que a Elena le costó un par de segundos procesar lo que había dicho.

—¿Qué quieres de mi madre?

Cadeus la miró con una nueva perspectiva.

—Oh, vaya, disculpa mis malas formas. ¿La hija de Sara?

Elena asintió con rigidez.

—Estamos muertos, estamos muertos… —seguía balbuciendo el otro por detrás, ella le dio un codazo y el chico regordete paró.

—Es un placer conocerte. Soy un viejo amigo, hace muchísimo tiempo que no nos vemos y recientemente ella se puso en contacto conmigo —Cadeus hablaba con la mentirosa tranquilidad de alguien peligroso—. Tiene cierta información que podría serme útil.

Aquella frase le puso a Elena los pelos como escarpias. Era culpa suya que aquel tipo hubiese venido, no sabía quién era, pero al nombrar el ataque a la casa de Ander había despertado recuerdos enterrados en su madre. Lo que significaba… que probablemente Cadeus era la persona que había matado a Evan despiadadamente. La sola idea de haber guiado a aquel monstruo hasta su propia casa le provocó ganas de vomitar.

¿Por qué había sido tan tonta?

Miró de reojo al pasillo al otro lado del recibidor, a las escaleras que subían, a las ventanas junto a la puerta, al comedor tras ella, valorando sus rutas de escape. No era una atleta demasiado buena y seguía teniendo a Agus cogido como una sanguijuela a su cintura. Tenía que poner al muchacho a salvo. Le cogió las manos y, no sin esfuerzo, se las separó para que dejase de abrazarla.

—Ve al comedor, Agus —le ordenó ella en tono calmado a su amigo que estaba convertido en un manojo de nervios—. Espérame ahí, voy a llevar al señor…

—Cadeus —se presentó él al fin.

—Cadeus —repitió ella—, a hablar con mi madre.

Agus asintió varias veces. El chico parpadeaba sin parar como si intentase contener unas lágrimas traicioneras. Tenía la nariz enrojecida y un reguero de mocos le caía hasta los labios. Elena echó un vistazo de reojo a la sombra de la cosa con cabeza de ciervo que seguía en el umbral de la puerta. Pobre Agus, no tenía ni idea de que las maravillas del mundo sobrenatural tenían siempre una contrapartida oscura y terrible.

Elena cubrió con su cuerpo la retirada al salón de su amigo y luego indicó con la mano el pasillo que se internaba en las profundidades de la casa y que llegaba a la habitación de su madre. Cadeus le hizo un gesto para que ella guiase, la Oniromante no discutió y se puso en marcha.

Con cada paso le parecía que el pasillo se acortaba cinco, deseaba tanto no llegar que juraría que la puerta del cuarto de su madre había cobrado vida e iba a su encuentro. Por las ventanas se filtraba ya la mortecina luz del ocaso. Elena apretaba los puños hasta clavarse las uñas en las palmas, el dolor la mantenía alerta, la presencia a su espalda de Cadeus era como un desprendimiento de rocas que se cernía sobre ella.

Mientras atravesaban el corredor escuchó como los pasos del hombre se detuvieron, Elena se giró y vio que Cadeus observaba con un gesto casi nostálgico una foto enmarcada en la pared. Era una foto antigua, podía intuirse por el tono sepia. En la foto se podía ver a su madre con aquel hombre de mandíbula prominente que tan feliz la hacía, al lado de los dos estaba la pareja formada por Evan e Iris Nuévalos, claro que en esa foto eran unos chavales.

En la foto había una quinta persona. Cadeus. Un Cadeus adolescente, pero tan reconocible, llevaba las mismas gafas, la misma melena rubia y esa mirada desangelada y triste. El tiempo había pasado por él, le había cargado el rostro de arrugas y

encanecido el pelo, pero su mirada era la misma. Los cinco posaban sonrientes, pero la felicidad que desprendía la foto se antojaba lejana.

—Otro tiempo, otra vida —susurró él con un hilo de voz. Alzó la mano y acarició con suavidad los rostros de la fotografía—. Me cuesta recordarla. Me he dado cuenta de que la felicidad es inversamente proporcional a la edad. Según nos hacemos mayores, cuesta más encontrarla. Al final, los momentos de felicidad auténtica no son más que estrellas fugaces en mitad de un eterno océano de oscuridad.

Elena se quedó mirándolo sin decir nada, podía ver en los ojos de aquel hombre que ahora mismo no estaba allí y temía que romper el recuerdo le trajese nefastas consecuencias a ella. Esperó. Cadeus cogió la foto y la descolgó de la pared, se la acercó al pecho y cerró los ojos, respiró hondo.

—Ya queda menos para que todo acabe —el hombre suspiró, luego, sin soltar la foto, miró de nuevo a la muchacha y le indicó con la cabeza que continuase.

Elena no hizo preguntas y continuó. Llegaron a la puerta, se echó a un lado.

—Esta es su habitación.

Cadeus sonrió, con un gesto incómodo le puso una mano en el hombro y asintió lentamente.

—Muchas gracias… ¿has dicho que te llamabas…?

—Elena.

—Muchas gracias, ahora espera en el salón con tu amigo. No tardaré.

Él la soltó, cogió el pomo y lo retorció.

—No le haga daño —las palabras salieron solas de la boca de la Oniromante, como un impulso primario.

En cuanto las pronunció supo que había sido una estupidez. Apretó el gesto y esperó que algo malo ocurriese, pero el intruso no denotó haberla escuchado y simplemente se adentró en la habitación.

***

La runa de armonía ayudaba a que cuerpo y mente se uniesen, ayudaba a la relajación, a despejar los malos pensamientos y a calmar los nervios. La segunda runa del conjuro era una elección

del hechicero, dependiendo de cual se eligiese, el conjuro podía ayudar a la meditación, profundizar en el subconsciente o incluso hacer que el cuerpo entrase en un estado de éstasis en el que no envejecía. Al menos, esa era la teoría, la práctica era muy distinta.

Ander estaba en medio de ninguna parte, sentado descalzo sobre la hierba fresca, rodeado de niebla y silencio. La runa armonía flotaba ante él, esperando a ser activada. Quería unirla a otra, pero no se decidía. Por el momento, por mucha ayuda que hubiese tenido de la runa armonía, los pensamientos intrusivos siempre acababan rompiendo su concentración.

—Quizás debería buscar en lo más profundo —susurró, últimamente hablaba más que nunca consigo mismo, le ayudaba a combatir el maldito silencio.

«No», intervino Gardebius, oírlo le hizo dar un respingo, el hechicero llevaba días en silencio, «lo que deberíamos hacer es buscar a Cadeus, derrotarlo en combate y darnos un festín con su sangre. La meditación es una perdida de nuestro tiempo.»

Ander no podía negar aquellas palabras. En el fondo, él se sentía exactamente igual… exceptuando lo de beber la sangre de su rival. Le costaba entender que todo aquello pudiese ayudarle en algo.

«Eso es, vámonos. Amareth se ha equivocado al traerte aquí.»

¿Qué era eso que Ander percibía en la voz de Gardebius? ¿Ansiedad?

—¿A qué viene tanta insistencia? ¿Qué es lo que no quieres que pase?

El ser guardó silencio y, de nuevo, Ander lo sintió alejándose, escondiéndose en un remoto lugar de su mente. Había hecho lo mismo cuando le había preguntado sobre su pasado, sobre quién había sido en verdad. Ander se dispuso a dibujar la runa *Onira,* pero sus dedos se detuvieron como si alguien le estuviese sujetando la mano. Intentó moverlos, pero solo consiguió que la mano le temblase por el esfuerzo.

—¿¡Qué haces!?

Gardebius no contestó, pero Ander pudo sentirlo extendiéndose por su interior como una enfermedad. Creciendo, alargando su sombra lo suficiente como para tomar el control. El brazo siguió extendido, los dedos rectos como palos. El Clama Tormentas empezó a sudar.

—Déjame… —masculló con esfuerzo—…es mi…cuerpo.

El hechicero siguió en silencio, extendiendo su influencia como zarcillos en el interior de Ander. Sintió presión en su cabeza, las sienes empezaron a palpitarle con fuerza. Luchó. Hizo acopio de

toda su voluntad. Ni un solo dedo se movió. Desistió en su empeño y, como un golpe, sintió que la presión remitía. El brazo le cayó flácido al lado. Jadeó, súbitamente cansado.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —preguntó con los dientes apretados.

De nuevo, no hubo respuesta, pero el silencio se rompió. Escuchó un crepitar tras él, el zumbido de la magia. Se giró para ver como Amareth emergía de un portal palpitante que se cerró en cuanto el viejo puso sus pies sobre la hierba del valle. Amareth lo miró de arriba a abajo con el ceño fruncido.

—¿Qué hacías?

—Intentando meditar —mintió a media voz.

El viejo sonrió.

—No se te da bien, ¿eh? A mí tampoco.

—No sé qué hago aquí.

—Yo tampoco lo sabía al principio —reconoció Amareth, miraba a todas partes como si cada rincón de aquella niebla le trajese recuerdos—. ¿Has conocido ya a los Adoradores?

—¿Adoradores? ¿Los chalados que no hablan? Sí, qué remedio…

—Son raros, no te lo negaré, pero no están locos. Creen que la magia es una energía de unión y se conectan con ella a través de la meditación. Mira, no te diré que están del todo cuerdos, tampoco que puedan quitarte el malhumor… pero puedes aprender algo aquí.

—¿El qué? No he hecho más que perder el tiempo.

Amareth se paró a escuchar el rumor de las olas no demasiado lejano. Empezó a andar y le pidió que le siguiese con un gesto. Ander, quejándose en voz baja, hizo lo que le pedían. Llegaron hasta un risco, el viejo tomó asiento en una roca musgosa y el muchacho en la hierba. Unos segundos de silencio precedieron a las palabras de Amareth:

—Sé lo que es —dijo en apenas un susurro—. El odio. Esa sensación de asco que se aferra a tu pecho y te asfixia continuamente, que no te deja pensar, soñar o sentir otra cosa que no sea acabar con aquello que te lo provoca. Buscas una gratificación y paz que crees que obtendrás, pero que nunca llegará. Matar a Cadeus no te devolverá a Evan, no te enfrentes a él por ese motivo.

—No sé de qué hablas —masculló Ander cruzándose de brazos.

El viejo siguió mirando al horizonte brumoso.

—Claro que lo sabes —apoyó la mano en el mango de la espada y suspiró—. Mira… no soy nada bueno con esto, pero hace un

tiempo yo estuve en una situación parecida a la tuya.

—¿Un mamón mató a tu padre, secuestró a tu madre y te empaló en una lanza del mal?

Amareth lo miró. En aquellos ojos grises y cansados había un dolor que Ander supo reconocer.

—No hay medida para el dolor, chico —murmuró, luego volvió a mirar al horizonte como si mantener la vista fija en Ander le costase—. Ella era una luz al final de un túnel de ansiedad y miedo. Resplandecía con luz propia y su sonrisa… oh aquella sonrisa, era capaz de iluminar hasta los rincones más oscuros de la Sombra. Se extinguió mucho antes de lo que debería.

—¿Quién era? —inquirió Ander.

—Una Cazadora, como yo. Nos conocimos al entrar en la Cámara, ella ayudaba a que aquel trabajo oscuro y terrible no se asentase demasiado en el corazón.

—¿Terrible? ¿Ser Cazador?

Amareth asintió.

—Cuando combates la oscuridad todos los días, la oscuridad acaba poniendo sus ojos sobre ti, ¿por qué crees que pocos Cazadores llegan a viejos? Si no los mata una criatura, acaban sucumbiendo a los poderes que hay más allá.

Ander pudo sentir como Gardebius se retorcía en su interior y supo que aquella idea era una con la que estaba bien familiarizado.

—¿Qué pasó?

Amareth no contestó en seguida, se tomó su tiempo de silencio contemplando el horizonte brumoso y perdido en sus pensamientos. Al Clama Tormentas le pareció que una lágrima se deslizaba por la mejilla del viejo hechicero.

—Debió haber sido una cacería como cualquier otra —murmuró, la voz baja y temblorosa—. Algo sencillo se suponía, no teníamos ni idea. Vagamos varios días por la Sombra, rastreando a la criatura y haciendo el amor en cada parada. Eramos jóvenes, estábamos llenos de emoción, embriagados por la caza. Fuimos descuidados.

Ander sintió una punzada de malestar en el pecho. Algo no se sentía bien en su interior, siempre había querido oír historias de Cazadores, llevaba toda su vida esperando a que Kalan volviese a casa para contarle cómo había ido su última cacería, a qué criatura se había enfrentado, cómo la había derrotado. Y ahora, que por fin escuchaba la historia de un Cazador, sentía más pena que emoción. Sabía a dónde iba aquella historia y eso no le despertaba curiosidad, solo le hacía sentir dolor.

—La criatura, una quimera, nos sorprendió. Ocurrió todo en un

segundo, traté de defenderme, pero antes de que pudiese reaccionar ella yacía en el suelo… partida en dos, con el cuerpo destrozado y los ojos clavados en mí. La criatura vio mi dolor y decidió que no acabaría conmigo, me clavó su aguijón y me infectó con su veneno paralizante, luego se marchó. Juro que la pude oír riendo.

Ander tragó saliva con fuerza.

—¿Qué pasó después?

—Estuve dos días enteros tirado en el suelo, mi cuerpo era una estatua, mis brazos piedras, no podía moverme, apenas respirar. Me pasé dos días enteros creyendo que moriría, sin morir, con la única opción de mirar…y mirar… y mirar… durante horas eternas, su cadáver. Sus ojos estaban clavados en mí, pude ver como su luz se desvanecía —la voz de Amareth estaba rota, Ander no había creído que pudiese ver jamás a aquel viejo mostrando algún sentimiento, pero allí estaba, el dolor, la perdida, la rabia y la impotencia. Supo reconocerlo todo—. Vi como se marchitaba. Cada segundo de aquel horror. Lo viví sin poder escapar de ello. A los dos día el veneno se esfumó y por fin pude abrazar su cuerpo. Llorando, sobre ella, juré venganza.

En aquel momento el viejo apretó los dedos sobre la empuñadura del Filo de Cronos hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—No podía enfrentarme solo a la criatura, la Cámara me apartó de la cacería y mis amigos me negaron la ayuda. En aquel momento les odié, ahora me doy cuenta de que solo hacían lo correcto. Busqué y busqué hasta encontrar esta espada y la acepté como única forma de destruir el mal —desenvainó el Filo y su luz dorada inundó el lugar, Ander se quedó súbitamente cegado y apartó la mirada con los ojos ardiendo. Cuando pudo ver de nuevo, Amareth estaba de pie, con la espada empuñada, ebras de oro emergían del filo y le envolvían. Su pelo… su pelo parecía volverse más cano, más flácido, más muerto—. ¡El deseo de destruir a la quimera me hizo aceptar esta maldición! Morí el día que acepté este arma, lo perdí todo y a todos solo por una pizca de poder que me permitiese matar.

El viejo hechicero hizo una mueca de esfuerzo y envainó la espada. El brillo se esfumó en cuanto el último centímetro de acero quedó ocultó por el cuero. El tiempo volvió a fluir con normalidad, al menos con la normalidad pesarosa con la que se movía dentro del Valle. Amareth se derrumbó sobre la piedra y Ander se levantó al instante para ayudarlo.

—¿Lo conseguiste? —le preguntó mientras sujetaba al viejo—.

¿Mataste a la quimera?

El viejo hechicero sonrió con tristeza.

—Sí. Y ahora me doy cuenta de que lo daría todo con tal de no haber cogido el Filo de Cronos, jamás —Amareth se separó del muchacho y se incorporó acuciando un gesto de molestia, trató de recomponerse—. La muerte de la quimera no me la devolvió, chico, tampoco se llevó el dolor ni la rabia. Solo sirvió para que perdiese a mi familia. Este lugar me ayudó en aquellos momentos porque aquí aprendí lo que debí haber aprendido con los Cazadores, luchar para proteger a los que viven es más importante que hacerlo por vengar a los que ya no están. Una vida salvada vale más que una muerte vengada.

***

El reloj de pared del salón no había hecho tanto ruido jamás. Cada paso de sus manecillas era como un trueno que estallase en el interior de la casa. Elena no paraba de mirarlo esperando que los minutos pasasen más rápido, pero cada segundo se alargaba arrastrándose perezosamente como una babosa. Sentada en el sofá de cuero, reclinada hacia adelante, no paraba de mover las piernas en un gesto nervioso. Agus estaba sentado en otro sofá frente a ella, su amigo estaba silencioso y era la primera vez en toda su vida que ella echaba de menos su verborrea.

—No va a pasar nada, Agus —aseguró con tan poco convencimiento como si hubiese dicho que el sol saldría por el oeste al despuntar la mañana.

—No me gusta, deberíamos huir mientras podemos.

—No puedo dejar a mi madre sola… —susurró ella, aquella lucha interna llevaba disputándose en su interior desde que todo había empezado. Sabía que no huir era peligroso, pero ¿en qué la convertiría eso? Su padre había huido, ella no lo haría.

Agus se quitó la gorra y usó el dorso de la palma para secarse las perlas de sudor que bañaban su frente. Tenía el pelo rizado pegado al cráneo y los mofletes rojizos, un aspecto deplorable inducido por el miedo.

—Ese tipo… —masculló—…no me da ninguna buena espina, Elena. Lo he notado desde que lo vimos en el bosque, hay algo en él. ¿Y si es el que atacó a Ander?

Elena no contestó. La puerta del cuarto de su madre se abrió con un leve crujido y las pisadas de aquel hombre resonaron por el

pasillo. Eran tan estruendosas como las manecillas del reloj, tan estruendosas como el corazón de Elena que estaba a punto de salírsele del pecho. Por alguna razón se puso en pie, como si quisiese recibir a su invitado con educación, o como si quisiese estar preparada para salir corriendo. En el umbral del comedor apareció la alta y esbelta figura de Cadeus, iba con la cabeza gacha, como entristecido.

—Es una pena, tu madre era una mujer hermosa.

El estómago se le encogió.

—Es una pena lo que la corrupción de Ter Valax nos hizo —continuó Cadeus, su voz estaba bañada de una tristeza terrible—. La entiendo, yo he sido igual. Llevo toda mi vida obsesionado desde que me abandonaron allí. Vagué. Busqué. Una eternidad con el corazón roto y solo una esperanza que me impulsase a seguir. La esperanza de que algún día acabaría con los que me dejaron atrás.

—¿Qué… qué…? —las palabras se atascaban en su garganta, Elena trató de respirar, pero le faltaba el aire—. ¿Qué le has hecho?

Cadeus alzó la mirada muy lentamente, se bajó un poco las gafas hasta el puente de la nariz y la miró por encima del cristal. Sus ojos estaban recortados por las sombras de la noche y brillaban con ferviente decisión.

—Le he hecho unas cuantas preguntas, ha respondido bien —guardó silencio—. En compensación, la he librado de su sufrimiento. No me servía para volver, estaba demasiado rota.

Elena recibió la noticia con una entereza que habría hecho pensar que su corazón estaba congelado. No gritó. No hizo mueca alguna. Ni siquiera frunció un poco el ceño, solo se quedó allí de pie sobre la alfombra. Lo cierto era que en su interior gritaba y se retorcía de dolor, pero siempre le había costado exteriorizar sus sentimientos. Aquel momento de dolor no fue una excepción. Se bloqueó. Trató de respirar, pero el aire no le llegaba, trató de hablar, pero la voz no le salía. El dolor y la sorpresa se vieron eclipsados por otro sentimiento. La rabia. Una que vino como una llamarada abrasadora.

Le habría gustado pensar antes de salir corriendo, pero pensar era lo último que podía hacer. Cargó contra Cadeus en un intento inútil de hacer callar la ira que la carcomía. Llegó hasta el hechicero y lanzó un puñetazo torpe y mal calculado. Qué iba a saber ella, Elena no se metía en peleas, no era una luchadora ni una hechicera. Solo era una Oniromante y en aquellos momentos no sentía que eso tuviese si quiera valor alguno.

Cadeus se apartó fácilmente de la trayectoria de su torpe golpe,

la agarró por la muñeca y le retorció el brazo hasta dejarla en una incómoda posición. Ella gritó de dolor.

—¡Detente! —era Agus, había dado un tembloroso paso adelante para hacer frente a aquel hombre. A través de sus ojos podía verse el miedo de un caballero que se enfrenta a un dragón, ese miedo a lo inevitable, pero lleno de resolución—. ¡Suéltala! No le hagas daño o…

—¿O qué? —inquirió Cadeus con una mueca burlona en los labios.

Agus miró a su alrededor, se acercó a la chimenea con pasos dubitativos y cogió torpemente el atizador de hierro. Lo levantó como si fuese una espada y apuntó a Cadeus.

—O tendrás problemas.

—Agus, para… —intentó implorar Elena, pero su captor retorció la presa sobre su brazo y el dolor le arrancó un sollozo.

—¿Quién eres tú muchacho? Ni siquiera noto magia en ti —mientras decía eso, Elena pudo ver como una sombra del salón se retorcía hasta tomar la forma de la criatura con cabeza de ciervo. Intentó avisar a su amigo, pero Cadeus la atrajo hacia sí y le tapó la boca.

—Me llamo Agus, no notas magia en mí porque no la hay —contestó el muchacho con voz temblorosa, pero desafiante—. ¡Soy el mejor amigo de Ander y pienso vengarme por lo que le hiciste!

Cadeus frunció el ceño, la sonrisa desapareció bruscamente de sus labios. La criatura tras Agus avanzó dos silenciosos pasos en dirección al chico, él ni se había dado cuenta. Elena trató de gritar, pero su voz quedó ahogada por la mano de su captor. En aquel momento se sintió pequeña, pequeña e inútil, totalmente indefensa.

¿De qué le servía haber nacido con magia si no le servía para defenderse? ¿Si no le servía para defender a aquellos que amaba?

El ciervo dio otro paso sigiloso acercándose peligrosamente al muchacho que se alzaba como un caballero sin brillante armadura y sin más espada que aquel atizador lleno de hollín.

—El mejor amigo de Ander —susurró Cadeus, su tono había cambiado, su voz se había convertido en una sibilante amenaza—. Pobre muchacho, te has metido en algo que escapa con mucho a tus capacidades. Es una lástima.

—¡Suéltala! —exigió Agus con lágrimas en los ojos.

El ciervo dio otro paso. Elena gritó. Un grito ahogado. El ciervo alzó una mano hecha de huesos, dispuesto a golpear.

—¡No! —ordenó el tipo del *tweed* y la criatura se detuvo en seco. Agus entonces se dio la vuelta y se asustó al ver a aquel ser tan

cerca—. De este me encargo yo.

Cadeus soltó a Elena con un gesto violento y la Oniromante se estampó con un mueble del pasillo y cayó al suelo golpeándose la cabeza. Todo se volvió blanco por un momento, parpadeó y sus alrededores empezaron a dar vueltas mientras la niebla en sus ojos se desvanecía lentamente. Vio como la alta figura de Cadeus avanzaba hacia el atemorizado Agus.

—¡Atrás! —gritó el muchacho con un gallo.

Cadeus no retrocedió, claro que no lo hizo. Dibujó una runa en el aire que Elena no pudo ver con claridad, la activó y un empujón de fuerza hizo que Agus perdiese el arma y el equilibrio.

—Tus amigos no deberían haberte metido en esto, mundano.

—¡No! —alcanzó a gritar Elena.

«No», imploró. Aquello no podía estar pasando.

Cadeus llegó hasta Agus y con un gesto rápido dibujó dos círculos plagados de runas. El silencio se hizo en la habitación, un segundo eterno durante el cual hasta las paredes parecieron contener el aliento. Activó las runas. El brillo sepulcral de la magia corrupta lo invadió todo, un brillo rojo, no azul. Un segundo después, el suelo bajo los pies de Agus pareció volverse blando y viscoso y el chico empezó a hundirse entre gritos y lloros.

Elena se desmayó.

16

Salió de la pequeña cueva que usaba como habitación. Tenía la ropa sucia de dormir en el suelo, el pelo despeinado y enmarañado y una sombra de barba recubriendo su mandíbula. Era tan temprano que más silencio del habitual reinaba en el Valle, no existían todavía las pisadas de los monjes yendo y viniendo, ni el tintineo de platos y cubiertos en el comedor. Incluso el mar estaba en calma aquella mañana y las olas no eran más que un susurro. Ander subió hasta el valle y se perdió entre la niebla. Tomó asiento en la hierba, cerró los ojos y, sin runa alguna, intentó meditar.

Dejar la mente en blanco era lo que más le costaba. Siempre había algo que conseguía abrirse paso entre sus pensamientos; por un lado estaba la rabia que seguía quemando su interior, por otro las palabras de Amareth que pesaban como un yunque y por otro el silencio absoluto de Gardebius. Algo estaba cociéndose en su interior, algo que no sabía a dónde le llevaría. Pensaba mucho, sí, demasiado quizás. Estaba lleno de ansiedad y duda. Pensaba y pensaba y, últimamente, una idea, una alarma, no dejaba de titilar en lo más profundo de su cabeza. Había algo que no le cuadraba, pero no conseguía apresar la idea y ponerla en palabras, era solo una molestia, un toque de atención que le recordaba que algo estaba mal, pero no el qué.

«Deja de pensar», se recordó a sí mismo, «deja la mente en blanco.»

Por la magia crepitante, lo intentó. De verdad que lo hizo, pero por mucho que se esforzase había demasiadas cosas que no podía simplemente dejar a un lado, su cabeza era como un bosque ardiendo, siempre había un nuevo foco que apagar. Intentó, como otras veces antes, dibujar un sortilegio que le ayudase a meditar. Gardebius se lo impidió tomando el control de su mano durante un segundo, suficiente para hacerle dibujar mal las runas. Ander suspiró.

—¿Por qué lo haces? —preguntó sabiendo que no obtendría respuesta.

El silencio le enfureció. Maldita sea, necesitaba golpear algo. Sentía una pulsión llena de rabia en su pecho, unas ganas candentes de darle una torta en la cara a Gardebius aunque supiese que eso era imposible. Sabiendo que no iba a conseguir meditar, se puso en

pie.

—¿Por qué todo esto? —gritó.

Más silencio. El silencio del Valle, el silencio de Gardebius, el silencio de Amareth. Era demasiado. Ander gritó hasta desgañitarse, rompiendo la quietud. Le daba igual quien le escuchase o lo que pensasen de él. Quizás estaba loco. Poco le importaba. Su grito no fue suficiente, su corazón clamaba por algo más. Intentó dibujar la runa *Raik*. Gardebius intentó impedírselo, pero con un empujón de su fuerza de voluntad Ander consiguió pintar la runa en el aire. Una runa maltrecha que crepitó.

—No puedes arrebatármelo —le dijo al silencio—. Esto es lo que soy, por encima de todo, por encima de ti.

Activó la runa y sintió el familiar tacto del rayo sobre su piel. La electricidad corrió por sus venas, llenándolo de vitalidad. La emoción lo embriagó. Aquel poder familiar le hizo sentir como en casa después de mucho tiempo. Gritó de nuevo y a su grito lo acompañaron rayos y estallidos que emergieron de su cuerpo. Alzó un brazo al cielo y un rayo emergió de su palma y se perdió entre las nubes que empezaban a ennegrecerse. La cadencia pausada del mar fue en aumento, poco a poco el oleaje creció, el cielo se encapotó, el aire se volvió más frío y denso. Ander mantuvo el rayo, dejó que le drenase, que le absorbiese tanta magia como desease, se lo dio todo. Una tormenta se formó. Nubes negras en un cielo a punto de estallar. Algunos rayos saltaron entre las nubes como peces en un estanque. Ander siguió gritando, dando su energía a la tormenta. Se dio cuenta de que poseía más magia que antes, de que por mucho que diese a la tormenta, de su interior seguía saliendo más y más como una fuente que no se agotaba.

«¿Qué estás haciendo, chico?», Gardebius, al fin.

—¡Reclamar lo que soy! —contestó por encima del crepitar de los rayos—. ¡Antes de ti! ¡Antes de Amareth! ¡Antes de este Valle!

Arriba, los truenos empezaron a restallar al ritmo de su voz. La tormenta y él eran uno.

—¡Soy Ander Nuévalos!

Otro trueno anunció el principio de la tormenta.

—¡Soy un uniruna!

Una lluvia torrencial empezó a caer por todo el Valle de Nad. Una cortina de agua tan densa como el acero que empezó a llevarse la niebla.

—¡Soy un Clama Tormentas!

Un trueno retumbó con tanta intensidad que parecía que los dioses estuvieran tocando el cuerno del fin del mundo. Un segundo

después, un rayo descendió de los cielos e impactó en Ander. Su cuerpo se llenó de energía, chispas y rayos saltaban por su piel y crepitan en su interior. La tormenta estaba en él, en su sangre, en su alma. Estaban conectados. Sus ojos se volvieron blancos y la electricidad empezó a correr por ellos. Bajó el brazo. Estaba empapado, la tormenta más salvaje que había visto en toda su vida le zarandeaba, el agua era como agujas cayendo sobre su piel. Le limpiaban. Le ayudaban a centrarse. Echó la mano a un lado y con un impulso de su voluntad convocó la lanza. La clavó en el suelo frente a él y la observó.

—Creo que lo he entendido —su voz era más profunda, los truenos en el cielo parecían imitar sus palabras en una estruendosa orquesta—. No querías que meditase porque tenías miedo a que profundizase demasiado.

A Ander le pareció ver una forma vaga hecha de sombras que emergía de la lanza. Unos pequeños puntos rojos le devolvían la mirada desde la cortina de agua.

—Me he estado preguntando algo últimamente, lobito —Ander sonrió—. Tú tienes acceso a mi cabeza, a mis recuerdos, a mis sentidos, a mi magia, lo sabes todo… pero yo no lo sé todo de ti. ¿Por qué?

No hubo contestación. Claro, ¿cómo iba a haberla? Aquello era lo que tanto temía Gardebius, la razón por la que se había retirado a las profundidades de su cabeza después de preguntarle por su pasado, la razón por la que no le dejaba meditar mediante conjuros que le ayudasen a entrar en su subconsciente. Tenía miedo. Ahora podía sentirlo.

—Nuestro pacto fue de iguales —continuó el Clama Tormentas —. No te ofrecí control sobre mi cuerpo ni sobre mis decisiones, te dejé entrar a cambió de vivir. Tú puedes ver, pero yo no. ¿Qué es lo que te da tanto miedo?

—No lo hagas —la voz de la criatura emergió de la lanza, no de su cabeza.

Ander, restallando y vibrando con una tormenta desatada en su piel, sonrió con malicia.

—Yo creo que sí —alzó la mano e intentó dibujar las runas para meditar, de nuevo Gardebius intentó impedírselo—. ¡Atrás!

La presión en sus dedos cedió, la influencia del lobo se desvaneció como papel en medio de la lluvia. Ander dibujó las runas. Una runa *Arama*, armonía, en el pico del triangulo. Dos runas *Ferha*, pacto, formando la base.

—¡Averigüemos qué tienes que ocultar!

Activó el sortilegio.

***

La calle hubiese estado completamente a oscuras si no hubiese sido por la sucia y amarillenta luz de dos destartaladas farolas. Un par de gatos se peleaban entre maullidos por el banquete que ofrecían las entrañas de dos bolsas de basura. El olor a orín era tan fuerte que la Adivina había tenido que subirse la bufanda hasta taparse la nariz o no habría podido aguantar seguir allí. Aquel callejón le recordaba en cierta forma al del *SleepWalking* y eso la ponía de malhumor. Amareth estaba apoyado en la pared frente a ella, llevaba una larga gabardina que ocultaba el mango del Filo de Cronos. Llevaban dos horas esperando a un supuesto traficante de información conocido por el sobrenombre de Hex. Los contactos del viejo hechicero no le decían a Inara nada bueno del mismo, en el pasillo de las puertas rojas había conocido a mucha gente como él, que conocían a aquellos que saben las respuestas hasta de los enigmas más oscuros. Uno nunca puede navegar tan cerca de la oscuridad sin mancharse. Estaba convencida de que Amareth no era una excepción.

—¿Por qué no has avisado a Ander para que vuelva? —preguntó cansada ya del silencio reinante.

—El muchacho tiene mucho que aprender si quiere domar a la bestia de su interior —contestó el viejo sin quitar el ojo de la boca del callejón—. Cuanto más tiempo pase en el Valle de Nad, mejor.

—Le prometiste…

—Le prometí traerlo de vuelta cuando supiésemos algo —interrumpió él de forma tajante—. No tenemos más que conjeturas y leyendas sobre Ter Valax.

—¿Cuándo piensas contarle la verdad?

Amareth dejó de mirar por un instante al callejón y clavó su pétrea mirada gris en ella. Inara se encogió un poco en su abrigo.

—¿La verdad?

—Sobre quien eres.

El viejo hechicero dio un paso al frente, rápida y violentamente agarró a la muchacha del cuello y la apretó contra los ladrillos. Inara no se inmutó, ya había soportado antes la violencia de los hombres, de aquellos que se creían superiores a ella. Logró controlar el temblor de sus manos y miró desafiante al hechicero. Él

aflojó un poco la presa.

—Eso es algo que no deberías saber.

—No es justo para él —dijo ella con la voz entrecortada.

—No es de tu incumbencia —la voz de Amareth sonaba a fría amenaza.

—Bueno, bueno, bueno, ¿la fiesta ya ha empezando? ¿Y sin mí?

Una figura recortada por la luz de las farolas apareció en la boca del callejón. Amareth soltó inmediatamente a la Adivina y se alejó todo lo que el callejón le permitió. Inara se encogió todavía más en su abrigo y tosió para apartar la quemazón en su garganta, luego se fijó en el recién llegado. Era un tipo que podía definirse con una palabra: llamativo. Era alto, mucho, probablemente pasaba de los dos metros. Ancho de hombros, de brazos fuertes y con el pelo largo y rubio, era como cualquiera podría imaginarse a un vikingo. Llevaba una larga gabardina de piel, los dedos recubiertos de anillos de plata y tatuajes allí donde los anillos no ocultaban la piel.

—Hex —saludó Amareth. A Inara no se le escapó que el viejo hechicero tenía una mano posada en el Filo de Cronos, ya no trataba de ocultar el arma.

—Viejo —devolvió el saludo el otro, se echó a un lado su propia gabardina y dejó entrever los mangos de dos dagas que pendían de su propio cinto. Luego, le dirigió la mirada a ella y sonrió, tenía un diente de plata—. ¿Y tú eres?

—Mi compañera —contestó Amareth antes de que ella pudiese hacerlo—. ¿Tienes la información que te he pedido?

Hex sonrió, su sonrisa era la de un lobo. Sí. Inara ya había visto a aquel tipo ahora que lo pensaba, por supuesto en el mismo lugar al que toda aquella escoria solía acudir. El pasillo de las puertas rojas.

—Ter Valax —dijo casualmente Hex, apoyó las manos sobre sus caderas y chascó la lengua un par de veces—. Andas metido en algo turbio, viejo. No sé ni si esto es apto para ti.

—¿Olvidas quién soy?

El traficante de información alzó las manos en símbolo de paz.

—Tranquilo, sé perfectamente con quien hablo.

—¿Por qué no dejáis de mediros las pollas y vamos a lo que urge? —inquirió Inara harta de todo aquella escenita, los dos la miraron de reojo antes de volver a la conversación.

—La necrópolis, entonces —continuó Hex—. Buscas un lugar peligroso, muchos dicen que no es más que un mito.

—No estoy interesado en esos, ¿quién asegura que es real?

—Pocos, muy pocos. ¿Sabes? Siempre me ha fascinado la suerte

que tienes, viejo —el traficante de información chascó otro par de veces la lengua e hizo una floritura con la mano—. Existen pocas personas que hayan investigado este tema, pero resulta que yo conozco a una de ellas. Conozco a una… que ha estado allí.

—¿Quién?

—No, no. Ya sabes cómo funciona esto.

Amareth frunció el ceño y enseñó los dientes.

—¿Qué quieres de pago? —preguntó de mala gana.

—¿Qué tal esa espada que portas al cinto?

—Debes de estar bromeando.

Hex empezó a reírse.

—No puedes culparme por intentarlo. ¿Qué tal si me ayudas recuperando algo perdido?

Amareth resopló.

—No tengo tiempo…

—Será muy sencillo, lo prometo.

—Habla.

Hex sonrió de nuevo como los lobos. No. Era más bien como una hiena. Era una carroñero indeseable. Sus ojos, uno verde, el otro marrón, se deslizaron lentamente hasta Inara y a ella le dio un vuelco el corazón.

—Una cábala de la ciudad ha perdido a una de sus Adivinas —dijo el traficante—. ¿Qué tal si me ayudas a encontrarla? Pagan una buena suma por ella. Viva, claro.

Se hizo el silencio en el callejón. Inara retrocedió hasta que su espalda se topó con la húmeda pared de ladrillo. Tenía el estómago encogido y un sudor frío y desagradable empezó a bajarle por la nuca. A su izquierda estaba Amareth cortándole el paso, a su derecha unos diez metros la separaban de la boca del callejón, pero Hex se interponía en su única posibilidad de huida.

«Mierda.»

Ella miró al viejo hechicero, la súplica impresa en su mirada. Amareth apretaba los dientes y no la miraba fijamente, era obvio que en su interior se debatía con el siguiente paso a dar.

—¿Quién es tu informador? —preguntó el viejo.

—No… —susurró Inara.

—Es muy bueno —aseguró Hex sin dejar de sonreír—. Promesa.

Amareth dio un paso adelante y, por fin, se dignó a mirarla a los ojos. Ella se encogió todavía más, negaba con la cabeza una y otra vez. No. No podía volver allí. Al pozo que era su cuarto, a la finitud de cuatro paredes y una puerta roja. No podía volver a las torturas y a la extenuación constante por el uso de su habilidad.

No podía.

No quería.

Intentó rebullirse, pero Amareth apretó con fuerza su antebrazo y ella gimió de dolor. Intentó golpear al viejo, pero la detuvo con un movimiento entrenado y medido.

—¡No, por favor!

—Es la única manera —le susurró él al oído—. Podemos vengarnos por ti del Saqueador, pero necesitamos encontrarlo primero.

—No, no, no —empezó a suplicar ella, las lágrimas acudieron a sus ojos desesperados, se retorció y pataleó—. ¡Ander no…!

—Ander no está aquí. Lo siento —mientras decía eso, el viejo soltó una de las manos y dibujó rápidamente una runa que ella no conocía. Inara se retorció y consiguió liberarse, le soltó una bofetada al viejo.

Intentó correr, pero él volvió a apresarla. Amareth activó la runa. El brillo de la magia inundó el callejón por un breve instante. La Adivina sintió como la energía se metía en su cabeza y adormilaba lentamente sus sentidos y sus pensamientos. Dejó de ver con claridad, luego los maullidos de los gatos se volvieron ecos lejanos, por último le fallaron las piernas y de pronto arriba se volvió abajo y el dolor del suelo contra su rostro la sacudió. Frío. Húmedo. El mal olor del callejón fue lo último que notó antes de que su cuerpo cediese.

***

Un muro de negror, un muro hecho de sombras solidificadas, se alzaba ante él, desafiante, cerrándole el paso en su propio interior.

«No», pensó Ander. No iba a dejar que nadie más tomase las decisiones por él. Levantó el puño, la electricidad estalló en él. Golpeó el muro y las sombras temblaron ante el atronador impacto. A ese golpe le siguió otro, luego otro, luego otro. Cada puñetazo golpeaba con la fuerza de un cañón, desprendiendo energía y rayos en todas direcciones. El muro temblaba, las sombras se partían y caían como lascas solidificadas.

—¡Vas a dejarme entrar! —le gritó a las sombras—. ¡Tenemos un trato!

Otro golpe hizo temblar el muro. Los rayos iluminaban el lugar con chispazos de luz violácea. Ander pudo ver por el rabillo del ojo

una figura. La forma humanoide de Gardebius, el hechicero que había sido antes de sucumbir a las sombras. Otro golpe. El muro tembló. La figura se acercó.

—¡Detente! —gritó Gardebius con urgencia en la voz.

—¡No! —Ander golpeó de nuevo, pedazos del tamaño de un puño salieron volando del muro.

—¡No lo entiendes, chico! Ahí solo hay dolor.

El Clama Tormentas fue a dar otro golpe, pero se detuvo. Miró de reojo a Gardebius, así, en su forma humana, no era más que un tipo alto y desgarbado. Sin su sonrisa de altivez, despojado de la altanería y la abrumadora forma del lobo. No era más que una persona. Era un hombre y, en su rostro, podía verse que tenía miedo.

—No necesitamos ese dolor —su voz sonaba rota—. Solo nos destrozará.

—¿Más? —preguntó Ander con una sonrisa triste—. ¿Qué puede hacerme un poco más de dolor?

—Nos hará débiles, nos volverá inútiles, no podremos enfrentarnos a tus enemigos. Yo tuve que abandonarlo para volverme más fuerte, para convertirme en lo que soy.

—No eres más fuerte por abandonar tu dolor, Gardebius, solo más cobarde —Ander se dio cuenta de que aquellas palabras se las había dicho a sí mismo más que al hombre que tenía delante. Una punzada le atravesó el pecho.

Recordó a su padre. Recordó a su madre. El dolor quiso imponerse, el dolor y lo que traía consigo, la ira, la rabia, la desesperación. El vacío. Lo que había dejado que le diese el control a Gardebius. No. Cogió todo aquello y lo metió en su puño, lo cerró con fuerza y embistió el muro de sombras. El trueno y el rayo reverberaron por toda la estructura, lascas negras salieron despedidas en todas direcciones. El muro se tambaleó.

«Protege a los que viven. Recuerda a los que ya no están», aquellas palabras le hicieron comprender.

—¡Yo cargaré con tu dolor, Gardebius! —gritó mientras golpeaba de nuevo el muro—. ¡Yo cargaré con el dolor de ambos!

—No puedes cargar con todo, chico —murmuró el hechicero.

Ander apretó los dientes, frunció el ceño y asintió.

—Puedo. Yo los recordaré, recordaré a los caídos. A los tuyos… —dio otro puñetazo—…a los míos…—otro, el muro se empezó a derrumbar—…los recordaré para que su memoria perdure, pero no lucharé para vengarlos. Lucharé para proteger a los que todavía quedan. A mi madre.

Con un último golpe, el muro de sombras se vino abajo. Todo tembló, pero Ander se mantuvo firme. Gardebius se puso a su lado y le colocó una mano sobre el hombro.

—Mi dolor… —empezó a decir el hechicero.

—Nuestro dolor —le corrigió el Clama Tormentas—. Puedo soportarlo.

Una oleada de negrura se desprendió desde el muro, como si un torrente atrapado se escapase de una presa al fin rota. La oscuridad los envolvió a ambos.

***

Los recuerdos vinieron como una oleada de sombras danzantes, imposibles de detener. A veces las sombras tomaban forma y hablaban. Ander creyó entender algunas palabras sueltas, pero captar una conversación entera en aquel torbellino era imposible. Cuando quiso darse cuenta, estaba solo en la marea. No solo Gardebius no estaba a su lado, tampoco lo sentía dentro. Estaba allí. En aquella amalgama de recuerdos perdidos. En todos a la vez. Ander intentó aprehender uno de los recuerdos, pero las formas se volvieron humo en su mano.

Entonces escuchó algo. Una voz a su espalda, una voz de mujer. Se giró y ya no estaba en las sombras. Estaba en una habitación pequeña, las paredes eran de madera y el aspecto… el aspecto era terrible. Era un lugar sucio y los rayos de sol se colaban entre las separaciones de los maderos. Todo el lugar olía a enfermedad. Se dio cuenta de que no estaba solo. Gardebius, un Gardebius más joven y apuesto, se acercó a un camastro y se sentó en una taburete junto al lecho. Allí descansaba un niño pequeño, tenía la piel grisácea, profundas ojeras y el rostro cubierto de sudor. Ander podía intuir que bajo la máscara dejada por la enfermedad, había un muchacho de rostro dulce y amable.

—¿Cómo estás? —preguntó Gardebius con dulzura.

—Por la magia crepitante —susurró Ander, no se había dado cuenta de que el hechicero vestía con ropas sacadas de otra época. Su voz no pareció ser percibida.

—Padre… —el niño hizo un esfuerzo que pareció sobrehumano para mirar a su padre, sus ojos estaban vacíos de alegría—. Esta noche he soñado con madre.

Gardebius sonrió, se acercó un poco más a su hijo y le cogió de

la mano.

—Sigue de viaje, chico.

—¿Por qué… no está aquí… padre? —cada palabra del muchacho iba acompañada de toses.

Tras la pregunta el achaque fue a más y Gardebius abrazó a su hijo hasta que pasó. Cuando se separaron, había sangre en la camisa del hechicero.

—Está buscando una cura —explicó, le quitó el pelo de la cara a su hijo con suavidad—. Ya lo sabes, volverá y entonces te pondrás bien.

—Va… vale… —tartamudeó el chico con poca convicción, luego volvió a mirar al techo en silencio.

El recuerdo se deshizo como si las sombras que lo hubiesen formado fuesen arrastradas de pronto por un vendaval. Dejó un vacío tras de sí que, poco a poco, se fue rellenando con otras figuras, con otras formas. Otro recuerdo se solidificó.

—¡No vas a llegar a tiempo! —gritó Gardebius, Ander no pudo ver a quien le hablaba, tardó unos segundos en darse cuenta de que no era a quien, sino a que. Había una bola de cristal en el escritorio frente al hechicero—. ¡Se está muriendo, Devorah! Cuando pase…

—Si pasa —le corrigió una voz femenina desde la bola.

—¡Cuándo pase! —insistió él—. Todo lo que él sabrá es que su madre no estuvo aquí en sus últimos momentos.

—¡Estoy buscando la cura, Gar!

Gardebius se puso mortalmente serio y encaró la bola.

—No vas a encontrar nada, Devorah, nuestro hijo está tocado por la Sombra. Deja de huir y vuelve a casa.

La comunicación se cortó de golpe. Gardebius gritó, un grito desgarrador y desesperado, y luego arrasó con el escritorio. La bola se partió en mil pedazos contra el suelo y el recuerdo se hizo añicos también. El siguiente recuerdo no fue tal, fue más bien una sucesión de sensaciones y momentos. Ander se bañó en la desesperación más profunda y esta se aferró a su corazón. Vio como los días pasaban convirtiéndose en semanas y estos en meses. Vio el tiempo, cada segundo agonizante de un padre que no puede hacer nada por salvar a su hijo. Cada día, sufriendo, intentando alimentar a un niño que cada vez está más delgado, más enfermo, más ido. Cada noche, en una cama solo, escuchando las insistentes toses del muchacho. Echando de menos el calor del cuerpo de ella y los tiempos en los que eran una feliz pareja.

—¡Pero necesito vuestra ayuda! —oyó que imploraba Gardebius.

Estaba frente al Consejo de La Academia. Los tres representantes

de las Cámaras estaban sumidos en sombras.

—¡Tiene que haber algo que podáis hacer!

—Lo siento, Gardebius —dijo uno de los tres—. Con la Inquisición, la caza de brujas y la Plaga de Sombras tenemos suficiente, todos nuestros hechiceros están ocupados, no podemos dispensar de ninguno.

El recuerdo mutó de nuevo. Ahora estaba en un bosque. Era noche entrada, la luna era negra y tenía un halo rojizo a su alrededor. Un eclipse. Gardebius estaba en un claro, había preparado un círculo rúnico muy complejo, lo había dibujado en la hierba con… sangre. A Ander le llegó la pestilencia de la muerte, se giró para ver cuatro cadáveres apilados sin consideración alguna. Tenían las venas abiertas y les habían hecho sangrar en cuencos. Ander se paseó por el claro, reconoció solo dos runas repetidas una y otra vez. *Shar*. Sombra. *Canac*. Poder.

—No… —murmuró Ander.

Pero no había nada que pudiese hacer. Gardebius activó el sortilegio. El círculo rúnico se iluminó, primero en azul, pero de pronto toda la magia se alteró y, tras una explosión de luz, se volvió roja. Del mismo color que el halo de la luna. Magia oscura. Magia de sombra. Gardebius se mantuvo en el centro del círculo, la mano apoyada sobre la runa principal. El conjuro le drenaba. Empezó a gritar de dolor. Un zarcillo de sombras emergió de la runa central, pegó un latigazo y se metió por la piel del antebrazo del hechicero. Gardebius lloró mientras la oscuridad intentaba esparcirse por su interior. Ander pudo notar, como si le estuviese pasando a él, aquel dolor que se filtraba por sus venas. Quemaba como si la sangre estuviese siendo sustituida por ácido. El hechicero intentó controlar la oscuridad, intentó sobreponerse, tomar el control. Fue como intentar domar a un lobo herido y salvaje. El dolor se impuso. A Gardebius se le saltaron las lágrimas mientras perdía el control, el negror en sus venas trepó por todo su brazo hasta el cuello y luego hasta el rostro.

Ander supo que aquel era el último intento de un hombre desesperado… y que ese intento había fracasado. Gardebius se derrumbó mientras fallaba al intentar controlar la oscuridad que él mismo había filtrado a este mundo. Sus ojos se dilataron y se volvieron rojos, un manto de sombras se formó alrededor de su brazos, formando garras. La bestia, hecha de sombra y hollín, se alzó en el sitio antes ocupado por el hechicero. El sortilegio se detuvo. La bestia aulló al eclipse y salió corriendo hacia el pueblo.

Los recuerdos empezaron a pasar a toda velocidad ante Ander.

Una amalgama caótica de gritos, dolor y sangre. Pudo ver a la criatura destruyendo el pueblo, masacrando a las gentes que allí vivían, dándose un festín de entrañas y vísceras. La imagen se estabilizó de nuevo sobre un pueblo derruido. Una villa antigua, medieval, hecha pedazos. Los cuerpos yacían destrozados, sus rostros cubiertos por máscaras de horror. En el centro había un hombre, un hombre desnudo y pequeño que sollozaba. Gardebius sujetaba entre sus manos el cuerpo inerte de su hijo. Al final la enfermedad no se lo había llevado, sino unas garras que le habían atravesado el pecho.

El hechicero lloraba y gritaba, su garganta destrozada. Quería que el dolor parase. Quería que dejase de encogerle el corazón y hacerle temblar como si no fuese más que un trapo. Quería que no existiese. Así que dejó que la Sombra tomase el control. Se convirtió en el lobo y huyó. Se convirtió en el lobo y nunca más volvería a ser humano del todo. Ya no.

Un último recuerdo se presentó ante el Clama Tormentas. Una mujer se alzaba frente a una cueva. Era alta y tenía porte militar. Llevaba una larga gabardina con un símbolo bordado a la espalda, el símbolo de la Cámara de Cazadores. La antorcha y el ojo. En sus manos portaba una lanza, una que Ander conocía muy bien. En el interior de la cueva se encendieron dos luces rojas, lentamente un enorme lobo hecho de sombras y hollín salió de ella.

—Por fin me encuentras —saludó la criatura, su voz se había transformado en la que Ander siempre escuchaba en su interior—. Llevo años esperando verte aparecer en mi puerta, esperando a que vengas a darme muerte.

La mujer tembló, apretaba tanto el agarre sobre la lanza que tenía los nudillos blancos. Un par de lágrimas le corrieron por las mejillas.

—¿Por qué? —preguntó ella, la voz temblorosa, apagada—. ¿Por qué lo hiciste?

—No estabas, Devorah —contestó Gardebius con un rugido amenazador—. Intenté salvarlo.

—¿Con magia prohibida?

—Con lo que hiciese falta.

—Sabes a lo que he venido.

El lobo asintió.

—Haz tu trabajo, Cazadora.

El recuerdo se deshizo. Tras él solo quedó silencio. Silencio y oscuridad. La oscuridad de la lanza, el vacío, una eternidad de oscuridad atrapado en sus propios pensamientos. Nada. Tanta nada

que abrumaba. Y, de pronto, una luz.

Sangre.

Un alma.

Un muchacho.

Un pacto.

17

El ataúd parecía demasiado pesado y antiguo. Las cadenas que rodeaban la tapa le daban una sensación de prohibido y tétrico. Elena no podía dejar de mirarlo y, de vez en cuando, le parecía captar una horda de manos fantasmagóricas que salían de la tapa y estiraban sus dedos al cielo nocturno. Luego volvía a mirar y toda ilusión se había desvanecido. No sabía si era real o producto de su imaginación cansada.

La Oniromante estaba atada de pies y manos al tronco de un árbol de la foresta que había tras su casa. No se sentía especialmente digna allí colgada como un jamón. Sus pensamientos desde que había despertado habían sido una nebulosa terrible cercana a las pesadillas. No conocía la suerte que había corrido Agus y eso la devoraba por dentro, veía al chico hundirse hasta ahogarse y luego veía a Cadeus asfixiando a su madre con la almohada. Puede que nunca se hubiese comportado como tal, pero era su madre. Y ese cabrón la había matado.

Alzó la cabeza, todo lo que su cuello dolorido le permitía, y lo vio, al cabrón bastardo que había invadido su hogar y asesinado a su única familia. Estaba de pie cerca del tronco con la runa *Onira* tallada. Cada pocos segundos miraba una llave que colgaba en su pecho como si temiese perderla.

—Nuestra segunda invitada está despierta —dijo la voz profunda y terrible del ser con cabeza de ciervo.

Elena dio un respingo al darse cuenta de que la criatura se había girado para observarla. ¿Segunda invitada? Elena miró el ataúd mientras un entendimiento escalofriante le ponía los pelos como escarpias. Cadeus dejó de toquetear la llave, se arregló el pelo y se colocó las gafas antes de darse la vuelta. Se acercó a ella caminando sin prisas.

—Disculpa la rudeza de las ataduras —empezó a decir en cuanto estuvo cerca—. Teníamos que asegurarnos de que no intentases escapar. ¿Estás cómoda?

Elena frunció el ceño y miró confusa a su captor. No parecía el mismo hombre amenazante que había matado a su madre, pero la muchacha no se dejó engañar por una amabilidad fingida.

«¿Cómo voy a estar cómoda maníaco de los cojones?» Fue lo que quiso decir, pero los nervios y el miedo aferrado en su estómago la

traicionaron y solo alcanzó a balbucear palabras ininteligibles.

—Veo que estás un poco nerviosa, no tienes de qué preocuparte —continuó él con una sonrisa de vendedor de enciclopedias—. Deja que te desate.

Le aflojó las cuerdas de las muñecas y de los pies y la depositó en el suelo con mucha gentileza. La espalda de Elena se resintió con un lastimero crujido. La criatura de huesos se sentó sobre el ataúd. Sus cuencas vacías observaban la escena con muerta indiferencia.

—Tu madre me dijo algunas cosas, ¿sabes? Antes de morir.

—Antes de que la matases —interrumpió ella, las palabras le salieron solas como un vómito de rabia e impotencia.

Él se colocó las gafas en un gesto nervioso.

—Sí. Técnicamente podría decirse, pero le hice un favor. Te lo aseguro —sus palabras parecían sinceras—. Tu madre quedó bañada por la misma oscuridad que yo, conozco bien esa mancha, no te abandona jamás. Ahora descansa por fin.

—¿De qué hablas?

—Eso… eso no es de tu incumbencia —contestó él, se lamió los labios en un gesto nervioso—. A lo que íbamos. Tu madre me dijo que Ander sigue vivo, me dijo que tú sabías más. ¿Es eso cierto?

Elena guardó silencio. Cadeus se quitó las gafas y agachó la mirada, empezó a limpiar los cristales con su camisa.

—Por favor —pidió en voz baja, casi parecía una súplica y a Elena le parecía irreal que aquel asesino estuviese suplicando—. Al final acabarás diciendo todo lo que sabes, no hagas esto más complicado. No… no quiero hacerte daño, pero ya viste que no tengo reparos en causar dolor.

Unas lágrimas acudieron a los ojos de la Oniromante, no pudo contenerlas y se escaparon corriendo por sus mejillas. Estaba aterrada, sentía la garra penetrante del miedo apretándole el cuello y cerrando su garganta. Cadeus terminó de limpiarse las gafas, volvió a ponérselas y clavó su mirada en ella. Estaba mortalmente serio.

—No puedo permitirme errores. El hijo de Evan puede suponer un peligro para mis planes, un cabo suelto —las palabras parecían causarle dolor—. No soporto los cabos sueltos, me… me ponen nervioso —un tic le hizo temblar el ojo—. Vas a ayudarme contactando con él, vas a tenderle una trampa para que yo pueda… cerrar este asunto.

Ella quiso decir que no, quiso escupirle en la cara, insultarle y dejarle claro que jamás participaría en sus planes, pero el miedo era más fuerte que su voz. Elena no se había sentido tan débil jamás.

—No te estoy pidiendo ayuda, solo te dejaba claro lo que va a pasar —insistió Cadeus—. Puedo obligarte a soñar.

Su captor se puso en pie y empezó a dibujar un entramado de runas que se dividía en tres círculos concéntricos que giraban unos sobre otros como engranajes. Elena jamás había visto algo parecido. Cadeus pareció captar sus pensamientos, quizás por la perplejidad en su rostro, y dijo:

—Es cierto, que descortés por mi parte. Eres una Oniromante. No tienes porqué conocer las diferencias entre los hechiceros y los altos magos —mientras hablaba seguía añadiendo runa tras runa en el círculo—. La Alta Magia es aquella capaz de enlazar el poder de más de dos tipos de runas distintos al mismo tiempo. Los Cazadores y los Custodios están tan limitados… y ni siquiera son conscientes de ello. Pueden enlazar tantas runas como quieran, pero solo de dos tipos distintos cada vez. Los Altos Magos somos capaces de jugar con la realidad, cuando no existen los limites de enlace… el mundo se abre ante ti.

Al decir aquello, los tres círculos rúnicos se detuvieron en mitad del aire. Elena pudo reconocer *Onira* varias veces dibujada, pero todas las demás le eran ajenas. El conjuro empezó a brillar y Cadeus puso la mano en el centro de la estructura, entonces la intensidad aumentó.

—Gracias por los servicios que estás a punto de prestarme —susurró aquel maníaco, Elena quiso gritar—. Puedes estar tranquila, en deferencia a Sara te dejaré vivir. También porque necesitaré una Oniromante después de esto.

Aquellas palabras no la tranquilizaron en absoluto.

***

Otra vez. Otra vez. Otra maldita vez. El pasillo. Las puertas rojas. Otra vez. Estaba encogida en su cama, con las rodillas abrazadas y la cara enterrada en ellas. Otra vez. No quería, no podía hacer nada, se sentía presa de una mala pesadilla que se tiene después de un espectacular día de primavera. Ya había escapado de allí, ¿cómo podía estar de vuelta?

Otra vez.

Amareth. Había sido ese maldito vejestorio. Debía haberlo imaginado, ya sabía como era él y no le había hecho falta ningún poder de adivinación para ello. Amareth era implacable, terco,

capaz de sacrificarlo todo por lo que él consideraba correcto. Durante las horas que llevaba encerrada en su habitación pensó que hasta lo del Valle de Nad no había sido más que una estratagema para llevarse lejos a Ander y que no pudiese defenderla.

«Ander no te habría defendido, idiota», se reprochó. Él era igual que Amareth.

«No es igual.»

Gritó para callar las voces de su cabeza, para implorar un momento de tregua de la ansiedad que la devoraba por dentro. No sirvió de nada. No hacía más que darle vueltas una y otra vez a lo que pasaría a continuación. Quería pensar que Ander se enteraría de la traición de Amareth y vendría a sacarla de nuevo, pero eso no era más que un deseo de niña pequeña y lo sabía. La realidad era que el torturador de la cábala vendría a visitarla en breve, le darían una paliza de muerte y la convertirían de nuevo en un despojo dormido y abotargado que cumpliese órdenes a cambio de poder dormir sin cardenales.

Otra vez. Gritó de nuevo, gritó hasta desgarrarse la garganta y quedarse sin voz, las lágrimas corrían por sus mejilla como ríos revueltos. ¿Por qué no se marchaba la presión en su pecho? ¿Por qué no se callaba su cabeza? Solo quería dormir. Solo quería dormir y no despertar.

Se escuchó el tintineo del metal por el pasillo, luego el repiqueteo de unas pisadas que se acercaban. La presión de su pecho creció hasta casi dejarla sin respiración. No quiso sacar la cara de entre sus rodillas, allí en la oscuridad podía fingir que no estaba en su habitación, que no había una puerta roja frente a ella, que no venían a torturarla. Sus dedos se mezclaron con su larga cabellera plateada y le apretaron la cabeza con fuerza, intentando impedir que le explotara. Le faltaba el aire, se sentía temblar.

La puerta se abrió tras el castañeo de la cerradura. Alguien pasó al interior, pudo escuchar las pisadas fuertes de una botas. No alzó la mirada, todavía podía seguir fingiendo, si lo deseaba muy fuerte, si no dejaba de pensar que estaba en otro sitio… quizás…

Escuchó como su visitante se acercaba al escritorio, cogía la silla y la arrastraba hasta colocarla frente a la cama. Con pesadez su visitante tomó asiento. Un gruñido le dejó claro que era un hombre.

—Inara, Inara… —comenzó a decir una voz suave y amable—. ¿Qué vamos a hacer contigo?

La Adivina conocía bien aquella amabilidad, era falsa, proveniente de una persona fría y horrible. No era el torturador al que esperaba, sin embargo. Aquella era la voz de Kane, uno de los

dueños del *SleepWalking* y, por lo tanto, miembro de la cábala que controlaba a las Adivinas no reguladas.

—No es la primera vez que intentas escapar —siguió hablando aunque ella ni le miraba—. Pero esta vez ha sido un poco diferente, ¿no crees? Esta vez ha habido muertos y heridos, Inara. Puede que no fueses tú quien apretó el gatillo, pero sí apuntaste la pistola, ¿me entiendes?

No quería estar allí. La voz suave y sedosa de Kane la hacía temblar como si fuese una muñeca indefensa y cobarde. Deseó tantas veces en un segundo que la tierra le tragase que perdió la cuenta.

—Un intento de escapar es algo que la cábala puede perdonar, aunque nos enfade, pero esto… esto es muy distinto —continuó, por algún motivo el cabrón era capaz de modular su tono hasta que realmente parecía apesadumbrado y dolido, aunque Inara sabía que Kane no sentía ninguna empatía desde que había nacido. Era un bastardo retorcido—. Te damos comida, tienes un hogar, tiempo libre, todo lo que nos pidas de ocio. Incluso puedes salir un par de veces a la semana si quieres. ¿Por qué desprecias nuestros esfuerzos por hacerte sentir cómoda?

«Porque me obligáis a destrozar mi cuerpo para ayudar a gente que no me importa», quiso decir, pero seguía con la cabeza enterrada entre las rodillas. No quería hablar, si hablaba convertiría su situación en una realidad de la que ya no podría escapar.

—No me gusta que no me miren, Inara.

Ella tragó saliva a pesar de tener la garganta cerrada. Respiró hondo y entendió que era mejor no cabrear más a Kane, su situación ya era bastante mala. Abrió los ojos y se incorporó lentamente. Vio la habitación y el estómago le dio un vuelco, era todo real.

Su cama. El escritorio.

La puerta roja.

Y aquel tipo desagradable y medio calvo que se sentaba frente a ella. Pasaba ya de los cincuenta y sus ojos eran fríos e impenetrables como el hielo. Lucía una barba bien poblada, probablemente para compensar la ausencia de pelo arriba y las arrugas del tiempo ya hacían mella en un rostro duro y tenso. Vestía informal, con una camisa a cuadros y unos vaqueros que remataban dos pesadas botas negras.

—Ahí están, los ojos más bonitos de todo el *SleepWalking* —dijo él con una sonrisa taimada en los labios—. Verdes como un mar embravecido, qué bella eres Inara.

La Adivina sintió una arcada, pero no denotó su malestar. Eso era lo último que necesitaba con un tipo como aquel.

—Y esa melena gris… —hubo un brillo de deseo en los ojos normalmente impasibles de Kane, luego se mordió los labios como si se hubiese dado cuenta de que estaba hablando demasiado—. Es una lástima, una verdadera lástima. No podemos confiar más en ti, Inara.

—¿Qué vais a hacerme? —inquirió ella intentando sonar firme, no podía darle el gusto de verla temblar.

—Ya sabes cual es el castigo.

—No —imploró ella, toda máscara de frialdad quedó rota al instante, todo autocontrol se perdió al darse cuenta de lo que le esperaba. No había pensado que aquello pudiese llegar, no a ella—. ¡No, por favor!

Se sintió estúpida por dejar que las lágrimas saliesen de sus ojos y corriesen por sus mejillas delante de Kane, pero la desesperación que la ahogaba pudo más que toda fachada que quisiese interponer entre ambos. La Adivina abandonó su postura retraída y se arrastró de rodillas por la cama hasta plantarse frente al hechicero.

—No puedes hacerme esto, no ha sido tan grave… puedo pagaros, trabajaré más hasta…

Kane sonrió, su sonrisa dejaba claro que estaba disfrutando de la situación.

—Créeme que me gustaría que hubiese otra salida, me gustaría ofrecerte otras formas de pagar por tus crímenes en contra de la cábala —se relamió—. Pero no puedo. Las familias de los Minotauros que tu amigo mató claman venganza, la cábala entera ha hablado. Tenemos que deshacernos de ti de cara al público, pero no vamos a desaprovechar las habilidades de una Adivina tan diestra.

—No. Todo menos eso.

Él se incorporó ligeramente en la silla, extendió una mano y con el dorso acarició suavemente las húmedas mejillas de la muchacha. Inara sintió otra arcada.

—Ojalá pudiese ayudarte, pero no está en mi mano.

—Prefiero morir.

—Eres demasiado valiosa.

—No…

—¡Ya basta! —el grito de Kane hizo retumbar la habitación y el silencio quedó suspendido entre ambos, pesado, asfixiante. El hechicero arrastró la silla hacia atrás y se puso en pie—. Te mereces el castigo y lo sabes, no es un destino tan malo, Inara. Será como si

estuvieses durmiendo.

Ella sollozó, la presión en su pecho no dejaba de intensificarse por momentos. Le costaba respirar y empezaba a jadear emitiendo horribles sonidos. Iban a conectarla al Círculo, el peor destino que aguardaba a una Adivina.

Los chasquidos de la cerradura le avisaron de que Kane había abandonado su habitación. Alzó la mirada y se topó con la puerta roja cerrada a cal y canto, determinando el destino funesto que le esperaba.

Otra vez. Pero esta vez peor.

***

Cuando el viejo llegó, Ander estaba meditando bajo la lluvia.

—Parece que al final lo has conseguido —dijo, tenía que alzar la voz para que se le escuchase por encima de la tormenta.

Ander asintió lentamente. La lanza estaba clavada en el suelo frente a él.

—He hablado con mi amigo —continuó Amareth—. Dice que esta tormenta lleva sacudiendo el Valle desde hace dos días.

¿Dos días? Por la magia crepitante, había pasado más tiempo del que creía. Con razón tenía el cuerpo entero entumecido.

—Es curioso porque en las dimensiones de bolsillo el clima no cambia de forma natural.

Ander abrió los ojos. Solo vio la cortina de agua a su alrededor. No más niebla. No más silencio. Estaba acompañado del familiar repiqueteo de la lluvia, un murmullo constante y cadencioso que le había ayudado a meditar. Por fin.

—Lo he adaptado a mis necesidades —explicó el Clama Tormentas—. Llámame raro, pero se me da mejor meditar en medio de una tempestad.

Amareth se acercó, saliendo de la penumbra. Estaba calado hasta los huesos, con el pelo pegado al cráneo. Tenía un aspecto terrible, pero su mirada tenía cierto brillo de orgullo. Ander sintió calidez en el estómago.

—¿Lo has conseguido? ¿Has domado a tus demonios?

El Clama Tormentas no contestó. Se puso en pie, tenía las piernas entumecidas y la espalda le crujió de dolor. Cogió la lanza, la desclavó de la tierra y la colocó a su espalda. De la lanza emergió un zarcillo de oscuridad que se extendió por la espalda de Ander

hasta los hombros para luego descender por el pecho hasta unirse a sí mismo de nuevo en la espalda, creando así un agarre para el arma.

—Espero que hayas venido porque tienes algo —dijo.

Amareth sonrió.

—Lo tengo.

—Entonces, ¿a qué esperamos? Vamos a atrapar a ese hijo de puta.

—No es tan sencillo, la llave que robó lleva a un lugar prohibido llamado Ter Valax. Hay varias cosas que debemos averiguar antes pues la información sobre ese lugar es escasa, por suerte he localizado a alguien que estuvo en la propia necrópolis, debemos ir a interrogarlo.

—Pues vamos. No me queda nada que hacer aquí.

Amareth sacó el espejo de mano de su bolsa. Antes de hacer nada, miró de nuevo a Ander.

—Te veo distinto —dijo.

Ander se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir? Las palabras que me dijiste han calado hondo.

—Ya… no es solo eso.

—Amareth, no te preocupes —sentenció Ander con una firmeza de la que había carecido durante mucho tiempo—. Hemos hecho las paces con el pasado, no volveré a descontrolarme.

El viejo hechicero le sostuvo la mirada un par de segundos, como analizando si sus palabras eran sinceras. Al final asintió y abrió el portal que los sacaría de allí. Lo atravesó primero. Ander se acercó hasta el umbral de crepitante magia, alzó la vista al cielo antes de atravesarlo y dejó que el agua de la tormenta le limpiase el rostro y las lágrimas que llevaba días derramando. Se había dejado llevar por el dolor. Se había permitido sufrir, se había permitido llorar, se había permitido recordar. A su padre, a su madre, al hijo de Gardebius, a Devorah, el pueblo asesinado. Todo. Había dejado que le afectase hasta que ya no le quedaron lágrimas. Ahora ya estaba listo para luchar y para mirar al futuro.

Atravesó el portal y, con su marcha, la tormenta empezó a amainar.

***

Esperaba encontrarse en el apartamento con vistas al London

Eye. Necesitaba dormir. Dormir para hacer desaparecer el cansancio, el frío que le había calado hasta los huesos, el malestar constante en su cabeza que se había instalado como una migraña persistente. Sí. Necesitaba descansar, aunque solo fuese durante unas horas.

Pero no, eso era pedir demasiado. Aparecieron por el portal espejo en una calle amplia y bien iluminada por farolas. Casas unifamiliares se escondían tras rejas y vallados que daban a bellos jardines. Se podía escuchar el rumor de una fuente de agua, el canto de los grillos y el silbar del viento entre los robles. Las casas eran de dos o tres pisos, todas poseían fachadas cuidadas que parecían recién pintadas y sin mácula.

—¿Dónde estamos? —murmuró Ander.

—Donde tenemos que estar —contestó Amareth mientras echaba a andar—. La llave que robó Cadeus del inventario de Evan abre un portal a Ter Valax, no he encontrado registros que hablen de la ubicación del portal, pero he encontrado a alguien que estuvo allí.

—¿A quién?

—Un hombre, sé poca cosa en realidad.

Ander caminaba tras el viejo. Se dio cuenta de que la oscuridad de la noche nunca le había parecido tan brillante como en aquel momento. De forma inconsciente, estaba usando los ojos de Gardebius para ver mejor.

—¿Y para qué me necesitas? —preguntó.

—No me fío del todo del tipo que me dio la información. No sé hasta qué punto nos estamos metiendo en la boca del lobo.

El joven hechicero asintió pesadamente, entonces se dio cuenta de algo.

—¿Dónde está Inara?

—Se marchó —contestó Amareth al instante, casi como si hubiese estado esperando la pregunta—. En cuanto te dejé en el Valle de Nad. Volví y ya no estaba en el apartamento.

Ander frunció el ceño. Aquello no tenía sentido, ¿por qué se marcharía antes de dar con el Saqueador?

—Qué raro…

Amareth se encogió de hombros, giró el rostro para mirar al muchacho. Su expresión era indescifrable, pero los fríos ojos del viejo relucían como dos perlas.

—Nunca confíes en otros para hacer el trabajo.

—Una forma solitaria de ver las cosas —masculló Ander.

Amareth no dijo nada más. Siguieron avanzando hasta detenerse frente a una casa que se alzaba como una garra extendiéndose al

cielo nocturno. Cinco torreones hacían de dedos largos y afilados y entre las falanges se alzaban las paredes de una mansión. El jardín se veía bien cuidado a través de la puerta enrejada. Pequeños grupos de luciérnagas bailaban entre la hierba y se posaban aquí y allá.

Se acercaron al timbre junto a la puerta y Amareth tocó tres veces con un ritmo concreto. Tras unos segundos de espera las puertas de hierro se abrieron con un chirrido ominoso que parecía pedirles que diesen la vuelta.

Se internaron en las sombras del jardín para conocer al hombre que había estado en Ter Valax.

18

Unas risas pusieron a Ander alerta. Miró alrededor, pero no vio nada. La puerta de la mansión, de pesada madera negra, todavía quedaba a unos cincuenta metros. Un irregular camino empedrado los llevaba hasta ella, estaba bordeado de estatuas de mármol que a Ander le recordaban a su viaje en familia a Roma. Había sido una semana preciosa, él y su hermano se lo habían pasado genial conociendo no solo la Roma clásica, sino también la mágica.

Escuchó más risitas que lo sacaron de sus pensamientos. Se giró rápidamente, de nuevo no vio nada acechándolos. Eran risas agudas y crispantes. Amareth, unos pasos por delante, o no las oía o no hacía gesto alguno de que le importase. El joven frunció el ceño y apretó los puños. Una luciérnaga bailó en el aire justo delante de sus narices y entonces se dio cuenta de que, lo que en primera instancia le había parecido un insecto, era en realidad un hada. Pequeñas, con cuerpo femenino y completamente desnudas. Tenían alas de mariposa de colores cambiantes y emitían un halo de luz propia. Ander alargó una mano para tocar a la criatura, pero el hada mostró unos afilados dientes que le hicieron detenerse. Ella se rió y salió volando de nuevo hacia la hierba. Había decenas como aquella, como pequeños soles que danzasen sobre el verde.

—Cuidado —advirtió Amareth—. Son criaturas engañosas las hadas. Al fin y al cabo provienen de la Sombra, no lo olvides.

—No pensaba hacerme su amigo —bufó Ander.

—Espero que tampoco firmes un pacto con ellas.

Ander se quedó perplejo ante la dureza en las palabras del viejo. Aquello no había sido una broma, o por lo menos no había sonado como tal. En silencio, llegaron hasta las grandes puertas negras. Una pequeña puerta de servicio tallada dentro de las propias hojas de madera se abrió. Al otro lado un sirviente de largo pelo cano les indicó que le siguiesen. El interior de la mansión era lo que uno podría esperarse después de ver el jardín que dejaban atrás, era señorial y poderosa. Todo allí estaba colocado con exactitud milimétrica para dejar claro que en aquella casa había dinero, refinamiento y gusto. Más estatuas y bustos observaban a los visitantes desde los pasillos, cuadros y tapices contaban historias que a Ander se le escapaban. Vio hechiceros en las telas y poderosas y oscuras criaturas. Vio también lo que parecía una fortaleza de un

tono verdoso, cada piedra estaba quebrada, llena de grietas y moho. En esa fortaleza había una sombra durmiente.

—Por aquí, por favor —indicó el mayordomo.

Llegaron a un despacho. Una chimenea ardía en una de las paredes y caldeaba la habitación lo justo para que el ambiente fuese agradable. El suelo estaba cubierto por una gruesa alfombra y sobre ella había un escritorio, tras él un hombre terminaba de teclear algo en un portátil. Tendría alrededor de cincuenta años y una incipiente calvicie le dejaba solo una corona de pelo gris. Su mandíbula era cuadrada y fuerte y su cuerpo, aunque ahora estaba desmejorado por la edad, tenía pinta de haber estado entrenado en el pasado. Todavía conservaba los brazos fuertes y la anchura de los hombros.

El mayordomo los dejó en el interior y cerró la puerta tras ellos. El hombre dejó de teclear unos segundos después. Los miró por encima de la pantalla del ordenador.

—Debiste pagar un alto precio al traficante —comentó con severidad—. Yo no estaba dispuesto a reunirme con nadie, pero me ofreció un pago que no pude rechazar.

Ander frunció el ceño.

—Eso poco importa ya —dijo Amareth atajando el tema, echó ligeramente su gabardina hacia atrás dejando ver el pomo de su espada y apoyó una mano en el mango—. Necesito información.

El hombre sonrió.

—¿No la necesitamos todos? Primero podríamos presentarnos, la descortesía es innecesaria.

—Solo somos dos hechiceros en busca de información, y usted es…

—Orien.

—Presentaciones hechas.

—Es usted un tipo que va directo al grano —afirmó Orien—. Y no sé si eso me gusta o me disgusta.

—No tenemos demasiado tiempo para averiguarlo —masculló Amareth.

—Un momento —interrumpió Ander dando un paso al frente—. ¿Orien ha dicho?

El hombre lo miró por primera vez desde que habían entrado, probablemente había asumido que no era más que un guardaespaldas del viejo.

—Sí, ¿y?

—No sé… no es un nombre muy común…

—Gracias por la apreciación —cortó el hombre y volvió a mirar a Amareth—. ¿Puedo saber qué querían?

—¿Es el padre…?

—Ander —le cortó Amareth—. Hemos venido…

Ander dio otro paso adelante y puso una mano sobre el escritorio. Miró fijamente a los ojos a aquel hombre elegante, pero ajado por el tiempo.

—¿Es el padre de Elena? —lo preguntó con más ímpetu del que pretendía.

Orien apartó la mirada lentamente del viejo hechicero para mirarle a él. Había un brillo de tristeza en aquellos ojos.

—Menudas sorpresas te trae la vida, y tú, ¿quién eres?

—Un amigo de ella.

—Oh…ya veo… esos ojos —el hombre se puso en pie, incómodo de pronto—. Eres el hijo de los Nuévalos, ¿Kalan?

—Soy el menor, Ander, crecí con tu hija… ¿no te acuerdas?

Orien caminó distraídamente hasta la ventana, la entereza que había mostrado al principio se fue desvaneciendo. Se apoyó en el alféizar con la cabeza gacha.

—Ha pasado mucho tiempo para mí —confesó con la voz ahogada—. Tantos años dedicados a investigar, a intentar ocultarme, a detener la putrefacción que supura desde Ter Valax.

—¿Por qué te fuiste de su lado?

El padre agotado lo miró de reojo.

—Porque es lo que debía hacer, la oscuridad de la necrópolis se instaló en mi cabeza, igual que en la de Sara —contestó con la voz temblorosa—. Sabía que con el tiempo solo me convertiría en un problema para ella, quise evitarle ese sufrimiento.

—Muy bien, suficiente con las sorpresas —intervino Amareth—. Ahora, cuéntanos todo lo que sepas de Ter Valax.

—¿Por qué? —inquirió el hombre—. ¿Por qué querríais saber nada de ese lugar maldito?

—Es Cadeus, señor —contestó Ander—. Ha matado a mi padre, ha secuestrado a mi madre y se ha hecho con una llave de la cámara custodia de Evan.

—Cadeus… —el nombre se perdió en los labios de Orien, alzó la mirada y su reflejo en el cristal de la ventana reveló una máscara de miedo—. Así que sobrevivió.

—Sí —cortó Amareth, de nuevo—. Y ahora tenemos que detenerlo, ¿qué puedes contarnos?

—Os estáis metiendo en algo demasiado grande.

—Ese es nuestro problema.

Orien se giró, observó durante largos segundos a las dos personas que se habían plantado en su puerta para recordarle un

pasado lejos de su hija y la razón por la que se había alejado. En su rostro había dudas, pero también una determinación extraña, una certeza que parecía llevaba mucho tiempo esperando. Asintió.

—Ter Valax es una leyenda oscura, un mito negro en nuestra historia, muchos creen que no son más que supersticiones, pero obviamente es real —empezó a decir—. La necrópolis es una dimensión de bolsillo, exactamente igual que La Academia. El portal de entrada es uno de los secretos mejores guardados de El Consejo. Se encuentra en las mazmorras más profundas de la Torre de Ónice, de hecho la torre se erigió allí justo para proteger el portal y que nadie pudiese adentrarse en ese lugar maldito. Cosa irónica porque no creo que nadie sea tan estúpido como para entrar ahí voluntariamente… nadie a excepción de tus padres, de Sara, de Cadeus y de yo mismo. Esa maldita ciudad se te mete en la cabeza y…

—¿Y?

—Y no puedes dejar de oír su tonada, la canción que acompaña su historia —Orien suspiró y tarareó las primeras notas de lo que parecía una canción de cuna—. Su golpeteo es incesante, tan insistente que uno pierde los papeles, al final quieres volver, pero solo para que cese de una vez. Ese lugar es el mal. Está habitado por las sombras más oscuras y retorcidas que jamás he conocido, hechiceros oscuros dedican sus vidas para llegar hasta ella y estudiar los misterios de la magia perdida que habitan en su interior. La necrópolis es muy antigua, pero aún así apenas existen textos que hablen de ella, ¿por qué? Hay cientos de preguntas sobre ese lugar, pero ninguna respuesta.

Orien guardó silencio. Se alejó de la ventana y se detuvo frente a la chimenea, apoyó una mano en la parte de arriba y bajó la vista para contemplar el fuego. Las llamas brillaban en sus ojos y los hacían parecer ascuas incandescentes, canturreó de nuevo esa canción.

—¿Qué podemos encontrar ahí dentro? —insistió Amareth.

—Oscuridad —sentenció el señor de la casa—. Hay una presencia tan poderosa que uno puede palparla, que uno puedo respirarla. Es… algo terrible.

—¿Qué es?

—Un peligro antiguo, es todo lo que he podido averiguar tras años de investigación. La necrópolis se construyó como tumba para una criatura y para su ejército. Después, sus creadores sellaron el portal con un condicionante, solo podría entrar aquel que portase un fragmento de la propia piedra con la que se construyó. Así nadie

que no hubiese estado dentro previamente podría adentrarse —Orien frunció los labios—. Solo los creadores originales tuvieron en su poder un fragmento de Ter Valax, pero el tiempo no conoce de condiciones ni precauciones y la historia que hoy es real, mañana se convierte en leyenda. Los guardianes destinados a proteger esas llaves perdieron su propósito con el paso de los milenios. Los fragmentos desaparecieron en la corriente del tiempo y otros, hechiceros curiosos o peligrosos, entraron en la necrópolis. El número de fragmentos que se han filtrado a nuestro plano es… imposible de saber.

—Un momento. —interrumpió Ander—. Eso significa que Cadeus es mucho más peligroso de lo que creíamos, ¿está intentando liberar lo que habita ahí dentro? ¿Has dicho algo de un ejército?

—Cadeus… —murmuró Orien—…no sé cuales son sus planes. La última vez que lo vi fue en la misma Ter Valax.

—Por eso nos atacó —continuó Ander—. Mi padre guardaba una llave a esa necrópolis, ¿verdad?

El hombre se encogió de hombros, apesadumbrado. Parecía como si llevase muchísimo tiempo esperando aquella conversación, pero ahora que había llegado no se sentía preparado para tenerla.

—Así es, la misma llave que usamos nosotros para entrar en el pasado.

—¿Se puede entrar en la necrópolis sin un fragmento de piedra? —preguntó Amareth.

—No que yo sepa.

—¿Entonces? —insistió el viejo, enfadado—. ¿Ya está? Cadeus tiene la llave, la cogió hace demasiado. ¿No podemos hacer nada? ¡Ya habrá vuelto a Ter Valax!

—Es un poco más complicado que eso —contestó Orien frunciendo el ceño, como si estuviese haciendo un esfuerzo por recordar—. No puede entrar solo. Necesita dos cosas, un Sanador y un Oniromante o un Adivino. Ambas deben ser personas dispuestas a ayudarlo, pues sin sus runas nada sobrevive en la necrópolis.

—Mamá… —Ander perdió las fuerzas y se derrumbó en uno de los sofás frente al fuego—…por eso la quería viva.

—¿Por qué necesita a dos unirunas? —inquirió el viejo hechicero.

—Las calles de la necrópolis son ilusorias, el Adivino o el Onorimante es capaz de distinguir las falsas de las reales. Sara fue nuestra navegadora —contestó Orien—. Y la magia de los Sanadores es la única capaz de espantar a las sombras que habitan

en su interior, sin uno, cualquiera que entrase acabaría devorado lentamente por los espíritus. Iris fue la elegida para ello.

—Ese trabajo podría hacerlo un Hechicero —masculló Amareth —. O un Alto Mago.

—No —negó Orien—. Solo un uniruna tiene una conexión lo suficientemente fuerte con su runa como para navegar por ese lugar de espanto.

—En ese caso, contemos con que aún no se ha hecho con una Adivina —dijo Amareth—. Eso significa que podríamos ir hasta la Torre de Ónice y advertirles del peligro, podríamos evitar que llegue hasta el portal.

Orien asintió.

—Es una opción. Yo podría avisar a La Academia del peligro inminente.

—¿Y si llegamos tarde? ¿Y si ya ha entrado en Ter Valax? ¿Entonces…? —balbució Ander derrumbado en el sofá.

—Entonces nos quedaremos delante del portal —sentenció Amareth—. Y esperaremos a cualquier cosa que intente salir de allí para matarla.

***

Vinieron a por ella como una procesión de muerte. Los nuevos matones del local aparecieron en la puerta roja para escoltarla por un pasillo al que se asomaban los ojos indiscretos del resto de Adivinas. No podía culparlas por querer ver. La empujaron para que empezase a caminar y aquel pasillo de puertas rojas, lleno de presas que la observaban en el más absoluto de los silencios, se le antojó como un corredor de la muerte. Caminó sabiendo que no tenía más remedio, pero cada paso le costaba, las piernas le pesaban como yunques. Todo su cuerpo se resistía al fatal destino que sabía que encontraría al final del pasillo.

—¡Camina, joder! —exclamó uno de los matones con un exabrupto. La empujó con su enorme manaza e Inara trastabilló como una marioneta mal manejada—. Da las gracias por lo benignos que han sido contigo, si por mí fuera estarías muerta.

—¿Por qué tanto odio? —preguntó Inara a media voz, la respuesta no le importaba en absoluto, pero las palabras le habían venido solas.

—Amigos míos murieron por tu culpa y la de ese hechicero. No

olvidamos.

—No puedes culpar a la rata por intentar huir del gato —susurró la Adivina mientras daba otro paso y otro y otro.

Las expresiones en los rostro de las muchachas que miraban eran rígidas, apretaban los labios, fruncían los ceños. La tensión podía respirarse.

—Eso es lo que eres, una rata —masculló el matón empujándola una vez más y provocando las risas acalladas de los otros dos—. Es hora de volver a la madriguera, ratoncita, hora de dormir y no despertar.

Inara se detuvo un segundo, congelada por el terror que le atenazaba las entrañas. Miró a las oscuras y retorcidas profundidades del pasillo y solo vio una sombra que la esperaba y las decenas de rostros en fila, testigos de la condena que le aguardaba.

Al final del corredor, donde las puertas rojas ya quedaban atrás y las paredes habían dejado de contener el aliento, había una puerta de hierro y Kane la esperaba ante ella con una sonrisa de hiena dibujada en los labios.

—¿Lista?

—Que te jodan.

—Siempre tan rebelde.

Ella no dijo nada más, no quería darle la satisfacción de verla cabreada y asustada. Kane abrió la puerta, la única puerta no roja del maldito pasillo, pero la peor de todas. Tras ella había una habitación, la Habitación de las Pesadillas la llamaban las Adivinas, porque de su interior solo emergían gritos. Ninguna había visto lo que ocurría dentro, pero la historia ya venía de largo y todas sabían lo que les hacían a las problemáticas.

Obligarlas a no serlo.

La habitación era cuadrada, de fuertes muros cubiertos por una penumbra viscosa y terrible que reinaba de manera indiscutible. En aquellos momentos no se escuchaban gritos, pero sí murmullos continuos e insondables, como un cántico. Una mujer, una Adivina a la que Inara había conocido algunos años atrás, estaba tendida en un altar de piedra tallado con la forma de la runa *Lunia*. La runa, el altar entero, brillaba con intensidad. La Adivina se retorcía envuelta en su camisón como si estuviese teniendo una mala pesadilla y de vez en cuando pronunciaba palabras que otra mujer recogía en una tablilla.

Había otro altar de piedra exactamente igual, pero estaba vacío.

—¡Ya viene! —gritó de pronto la Adivina—. ¡Ya llega!

Luego se dejó la garganta en un ahogado grito de dolor y continuó murmurando. Inara tragó saliva y contempló la escena como si no fuese real. Nadie con una pizca de humanidad permitiría que algo así ocurriese, pero ocurría. La Adivina estaba consumida. Delgada, febril, ida.

Kane, con su constante sonrisa, le señaló el altar vacío.

—Bienvenida a tu nueva habitación —dijo—. Aquí servirás a un propósito mayor. Adivinar el futuro. Crear profecías.

***

Durmió y ni aún así consiguió descansar. El sueño fue terriblemente movido, no era una pesadilla, pero se le parecía. Escuchó una voz que le llamaba, al principio pensó que era su madre, luego se dio cuenta de que aquella voz pertenecía a Elena. Todo cambiaba en el sueño, todo se alteraba y mutaba sin dejarle tiempo a agarrarse a nada. Era como estar en un barco que hace aguas en mitad de una tormenta. El único foco era la voz. Elena le llamaba.

Se despertó con el corazón a mil por hora, había llenado las mantas de sudor a pesar del frío. Bufó, malhumorado y salió de la cama de un salto. Se internó en el baño y se lavó la cara con agua fría.

—Por la magia crepitante… —maldijo—…una noche…una maldita noche en la que pueda descansar, ¿es tanto pedir?

Alzó el rostro y se encontró frente al espejo. Hacía tiempo que no se veía, le costó reconocerse al principio. Estaba más delgado, tenía los pómulos más marcados que nunca y el pelo le había crecido sin sus habituales visitas a la peluquería. Lucía ya una barba rala que siempre había evitado porque le recordaba a su padre.

«No ha sido un sueño», dijo Gardebius en su cabeza.

—¿Era Elena?

«Sí.»

Ander intentó recordar algo del turbulento sueño. Sacudió la cabeza intentando que sus ideas se aclarasen. Elena. Había oído su voz mientras él, ¿qué estaba haciendo? ¿Importaba? ¿Qué había dicho ella? Apenas recordaba su voz como un eco distante, un eco ininteligible.

«Lo que ha dicho no va a gustarte.»

—¿Por qué no puedo recordar nada? Hay fragmentos, pero en

cuanto intento atrapar uno se escurre entre mis manos y desaparece.

«Los sueños pertenecen a la Sombra y allí es donde vuelven cuando despertáis. Por eso es tan difícil retenerlos para vuestras débiles mentes», Gardebius se rió. «Los Oniromantes aprovechan el Velo como una vía de comunicación, pero no son conscientes ni de una cuarta parte de lo que se esconde más allá.»

—Bien, la teoría no me sirve de nada ahora.

«Eh, tú has preguntado.»

—¿Qué quería?

«Es una trampa.»

—¡¿Qué quería?!

Pudo notar la resignación de Gardebius como suya propia antes de que contestase.

«Dice que ha encontrado a tu madre, dice que está en peligro y que vayamos a su casa.»

—Tengo que ir a ver qué ocurre, Elena no me mentiría — pronunciar aquellas palabras se le hizo raro por muchos motivos. El primero era que "ir a ver qué ocurre" implicaba volver tan cerca de su hogar (o lo que quedase de él) que la sola idea le daba vértigo. El segundo era que "Elena no me mentiría" fueron unas palabras que le sonaron raras.

El recuerdo de Elena, de su amiga, se le antojaba lejano, como si llevase años sin verla, decenios enteros. No había pasado tanto tiempo… o quizás sí para él. No lo sabía. El Valle de Nad había trastocado algo en su interior, esa especie de reloj interno que nos hace sentir el tiempo ya no funcionaba del todo bien en él. Elena. Era hasta raro el sonido de su nombre en sus labios. Había vivido tanto, tan rápidamente, que ella no era más que un recuerdo lejano de los tiempos en los que había tenido una vida y un hogar. Los tiempos en los que no había estado corriendo desesperadamente detrás de un maniaco, ni había tenido que lidiar con una criatura en su interior, ni había sentido la presión de salvar a su madre de un destino horrible.

Los hombros se le encogieron ante el espejo, el ceño se le frunció todavía más y se sintió, en cierta forma, viejo.

Elena. Agus. Félix y Vir. El lago. Una punzada de dolor le atravesó el corazón y tuvo que agarrarse a la pila. ¿Por qué no podía su vida ser como antes? Sonrió con tristeza ante la idea de que su mayor preocupación había sido poder entrar a la Cámara de Cazadores. Qué absurdo le parecía todo eso ahora.

«Es una trampa», insistió el lobo.

—¿Cómo lo sabes?

«Es obvio.»

—Sí, tiene pinta —reconoció Ander a media voz—. Pero con más motivo tengo que ir, si es una trampa significa que están en peligro y que Cadeus estará allí.

Pudo sentir como Gardebius sonreía de emoción en su interior.

«¿Estás pensando lo mismo que yo?»

—Sí. Salimos de caza.

***

Amareth había apartado todos los papeles y libros de la mesa y había colocado un surtido de armas, venenos, pócimas y utensilios de Cazador. Se movía con rapidez, mucha para un tipo tan viejo. El olor en todo el piso era terrible, olía a tierra revuelta, a aceite y a carne quemada.

—¿Qué está pasando? —preguntó Ander mientras salía de su habitación para encontrarse aquel estropicio.

—Nos preparamos para la guerra —contestó el viejo—. Vamos a ir a la Torre de Ónice para avisarles de lo que se avecina, mientras, Orien pedirá ayuda a La Academia.

—Ya… sobre eso…

Amareth detuvo un instante lo que estaba haciendo para mirar al muchacho.

—¿Qué?

—Tengo algo que hacer antes.

—Por la magia crepitante, no hay nada más importante…

—Elena, mi amiga, me ha contactado en sueños, dice que tiene a mi madre.

—¿Cómo va a tenerla? —preguntó Amareth alzando el tono—. ¡Es una Oniromante! No una Alta Maga capaz de atrapar al disidente más peligroso de la comunidad mágica.

—No ha dicho nada sobre él —insistió Ander—. Solo que tiene a mi madre, pero necesita nuestra ayuda. Tenemos que acudir.

—Sabes que suena a trampa, ¿verdad?

—Lo sé, pero ¿qué hacemos? ¿Ignoramos la posibilidad de salvar a Iris y abandonar a mi amiga?

—Ignoramos lo que obviamente es una trampa y preparamos el terreno para enfrentarnos a él en igualdad de condiciones, ¿cómo te suena eso?

—Tengo que ir —aseveró Ander con total convicción.

El viejo arrugó el gesto y se acercó unos pasos para encarar al muchacho.

—Mira, no sé cómo Cadeus se ha enterado de que sigues vivo, no sé cómo sabe que Elena es amiga tuya, no sé cómo lo ha hecho, pero es obvio que una simple Oniromante no ha rescatado a tu madre —hablaba despacio, mascando cada una de las palabras—. Sea una trampa de Cadeus o sea una trampa de cualquier otra persona, no vamos a ir.

—Voy a ir.

—¡De cabeza a una trampa!

—¡Pero sabiendo que lo es! —exclamó Ander—. No le dejaremos llegar a Ter Valax. Lo detendremos donde todo empezó. Él no espera que lo sepamos.

—Sabemos que es una trampa, no qué tipo de trampa.

—¿Para qué tenemos tu maldita arma mágica? —inquirió el joven hechicero—. ¿No puedes parar el tiempo como hiciste en el despacho del Archicustodio?

Amareth sonrió con amargura, en un gesto que pareció inconsciente llevó una mano al pomo de la empuñadura.

—No es tan fácil, ¿sabes? ¿De dónde crees que el filo obtiene la magia para su poder?

—Los objetos inanimados solo pueden canalizar, pero no poseer magia —recitó Ander recordando una de las primeras enseñanzas de las torres—. La obtiene de ti.

—Y cada vez que lo desenvaino me drena de tal manera que envejezco. Puedo hacer cosas maravillosas, pero como me exceda un poco acabaré muerto. No me queda demasiado tiempo para entregárselo.

Ander se sorprendió ante aquella revelación. Casi pareció que Amareth fuese a seguir hablando, pero se recompuso y no dijo nada más.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó el chico.

Amareth lo miró directamente a los ojos y Ander recordó aquella primera impresión que le habían causado. Eran fríos y llenos de arrugas, pero su mirada era joven. Otra idea golpeó su cabeza, una que imaginó que llevaba tiempo en las sombras de su propia mente, esperando para salir a la luz.

—Abriste la cámara de mi padre —las palabras se le atascaron —. Pareces viejo, pero no lo eres…

—Ander, no.

El Clama Tormentas salió corriendo hacia la mesa, el viejo

hechicero no se lo impidió. Rebuscó entre los libros y los pergaminos amontonados.

—…perteneces a la Cámara de Cazadores… —dijo mientras buscaba.

—Ander…

Encontró lo que buscaba. El inventario de la cámara custodia de Evan. Desenrolló el papiro y buscó con rapidez entre la eterna lista de objetos, su mente descartaba nombres a una velocidad de vértigo. Lo encontró.

El Filo de Cronos.

—Y tu arma estaba en la cámara de mi padre… —se le hizo un nudo en la garganta y se dio cuenta, al fin, de lo que se había ocultado ante sus ojos—…de nuestro padre.

Se giró para encarar al viejo hechicero.

—Kalan —murmuró mirando a aquellos ojos grises.

Una pierna le falló y al recomponerse derribó una pila de libros que se esparció por el suelo. ¿Podía ser? Se preguntaba mientras no quitaba el ojo de encima al desconocido que tenía delante.

—No soy tu hermano —sentenció Amareth con una frialdad aterradora, estaba rígido como una estatua.

—Evan no le habría dado acceso a su despacho a nadie que no fuese de la familia.

Amareth no contestó, solo apretó con fuerza la mandíbula.

—No puede ser —murmuró, sentía como el miedo y la confusión se extendían desde su pecho y le congelaban por dentro—. No puede ser, ¿por qué? ¿Qué…?

¿Por qué? Él llevaba sabiéndolo todos estos años. Kalan seguía vivo. Su hermano seguía vivo. Y estaba ahí, de pie frente a él, lo había guiado a través de todo el calvario y el dolor, como un mentor, como un hermano mayor.

Era él.

—Ander —Amareth, Kalan, quienquiera que fuese, se puso mortalmente serio—. No soy tu hermano. Kalan murió.

—¿Cómo lo sabes?

—Kalan murió el día que robé el Filo de Cronos —contestó a media voz—. Aquel día traicioné a mi familia, a mi Cámara, a La Academia entera. Maté a Kalan para convertirme en esto.

—¿Por qué nunca volviste? —Ander se dio cuenta de que estaba gritando sin quererlo, el miedo, el dolor, la confusión, la emoción, todo se mezclaba en su interior formando una bomba que estaba a punto de explotar—. ¿Por qué nunca diste una señal?

Amareth no contestó. Apretó la mano sobre la empuñadura de la

espada y pareció dudar. ¿Estaba pensando en desenvainar para parar el tiempo y desaparecer? No podía ser. Aquel no era su hermano. Aquel era un hombre cobarde, traicionero y mentiroso. Kalan no era así. O al menos no lo había sido.

—Nos abandonaste —le acusó Ander con un hilo de voz—. Nos abandonaste sin una señal. Papá y mamá se pasaron años creyendo que habías muerto… ¡yo era el único que todavía creía en ti!

—Ander…

—¡No! ¡Evan murió porque no estuviste! —con cada palabra alzaba más y más la voz—. ¡¿Dónde estabas mientras nuestra casa era atacada?! ¡¿Dónde estabas mientras Cadeus me mataba?!

—Yo…

—Eres un cobarde.

El viejo agachó la mirada y asintió. Aquello fue demasiado para Ander, no podía creer que Kalan fuese así. Llevaba tanto tiempo idealizando a su hermano perdido, recordando los momentos que habían pasado juntos, que descubrir la verdad solo le sirvió para que una parte de su alma se quebrase. Demasiado. Era demasiado. Alzó una mano y la lanza salió volando de su habitación hasta posarse entre sus dedos. La colocó en su espalda y el zarcillo de oscuridad emergió para agarrarse a él.

—¿Qué haces? —inquirió Amareth.

—Tengo que irme —anunció Ander y se giró para dibujar las runas que le permitirían abrir un portal.

—No puedes ir de cabeza a una trampa.

—Yo no abandono a mi familia —masculló Ander con una frialdad venenosa en la voz—. Protegeré a los que aún viven. De verdad.

Terminó de trazar el conjuro y, tras un destello azulado, el portal se abrió ante él llenando la habitación del brillo de la magia. Dedicó una última mirada al hombre que le había rescatado del fuego para mentirle, al hombre que se suponía que era su hermano. No. No podía aceptarlo.

Corrió para atravesar el portal.

19

Apareció al otro lado. Escuchó las olas rompiendo contra el risco, el olor del bosque, de la tierra revuelta y la humedad. También el de la madera quemada y las cenizas. Abrió los ojos para contemplar los restos ennegrecidos de lo que una vez hubiese sido su hogar. Sintió una desazón en su pecho que se mezcló con la rabia incontrolable. Ahogó todo aquello en su fuero interno y se centró en lo único que importaba.

«Es hora de que lo intentemos», dijo Gardebius.

—Todavía no —masculló Ander—. Todavía no.

Fue a salir corriendo, pero una idea pasó por su cabeza. El padre de Elena, por muy lejos que estuviese, querría saber de aquello.

—¿Podríamos enviarle un mensaje?

«Claro», contestó Gardebius.

Ander dibujó unas cuantas runas de forma inconsciente y las unió con líneas hasta formar un cuadro. Al activarlas pensó en el destinatario.

«Tu antigua casa. Elena corre peligro.»

Echó a correr. Pasó por delante de su coche, todavía intacto, y se lamentó de no tener las llaves, debían de haberse quemado en el incendio. Podría hacer un puente, pero no tenía tiempo. Elena no vivía lejos, pero la prisa palpitaba en sus venas. Dibujó la runa de fuerza para darle aguante y fortalecer sus piernas. Corrió, esquivando ramas bajas y los troncos caídos, corrió llevado por mil demonios. La lanza ardía en su espalda deseando entrar en combate. No había dolor a pesar de la carrera y los cortes que se hizo con las ramas, no había extenuación gracias a *Togh*. Siguió y siguió. El corazón le golpeaba el pecho con fuerza, pronto se dio cuenta de que la emoción de la caza lo embriagaba. Ese sentimiento no era suyo, era de Gardebius.

«No», se recordó a sí mismo, «ahora es de ambos.»

Era hora de acabar con Cadeus. Casi deseó que fuese una trampa.

Siguió a la carrera atravesando el bosque, sin detenerse ante nada. Siempre en dirección a la mansión entre los árboles. Mientras corría, su mano dibujó dos runas en el aire, lo hizo con la misma destreza que su padre aquella fatídica noche. Todavía le costaba creerlo, era un hechicero completo. *Den*. Detección. *Ceara*. Magia.

Las unió y las activó. A su alrededor los colores parecieron palidecer a excepción de un punto en la arboleda, un punto lejano que brillaba con la intensidad de un faro en mitad de la noche. Ya sabía a dónde ir.

Corrió hasta que los arboles se dispersaron abruptamente dando paso a un claro. En él había un tocón sobre el que descansaba el cuerpo de Elena, pálido y mortecino. Ander se detuvo en seco y agarró la lanza, pero no hubo ataque sorpresa. Cadeus le estaba esperando. Con su chaqueta de *tweed* y sus gafas redondas, estaba sentado sobre una piedra bañada por el tímido sol que conseguía atravesar las nubes. A su alrededor giraban intrincados círculos rúnicos que se detuvieron y empezaron a difuminarse.

Ander buscó rapidamente con la mirada, pero no encontró signo alguno del Saqueador. Había ido hasta allí con un ímpetu salvaje, pero al toparse de nuevo con Cadeus algo se enfrió en su interior y un miedo primitivo se apoderó de su ser. Aquel hombre lo había matado. Su cuerpo lo recordaba y la cicatriz del vientre empezó a picarle.

—Recibiste el mensaje —dijo Cadeus quitándose las gafas. Usó los puños de la chaqueta para limpiar los cristales.

—Sí, gracias por la invitación —contestó Ander sin dejar de escudriñar la maleza.

—No pareces sorprendido.

Ander sonrió. Clavó la lanza en el suelo frente a él y, en un movimiento fugaz dibujó la runa *Raik*. La activó y lanzó el rayo a las alturas como hiciese en el Valle de Nad. Las nubes en el cielo empezaron a arremolinarse. Había aprendido una cosa en los últimos días. Los suyos se llamaban Clama Tormentas por algo. El rayo, las nubes y la lluvia le pertenecían.

—¿Te crees que he caído en la trampa? —inquirió mientras la tormenta se formaba en el cielo.

—Eso es justamente lo que has hecho —masculló Cadeus, abandonó la postura distendida y se puso en pie.

—Yo creo que no.

Dos criaturas emergieron de la foresta. Devoradores abisales, enseñaban los dientes, ansiosos de recibir una orden que les permitiese lanzarse sobre la presa. Las puntas de sus aguijones supuraban líquido negro. Poco sabían las bestias que esta vez no eran los cazadores, eran la presa. La tormenta siguió acumulándose en el cielo.

—¿No lo entiendes, Cadeus? —gritó Ander, un trueno resonó en las alturas—. Tú me mataste y aún así aquí me tienes.

—Desde luego parece que cometí un error —dijo tras colocarse las gafas de nuevo—. Debí ser más inteligente. Esa lanza, te clavé en ella.

Un trueno retumbó como un tambor de guerra y un rayo desgarró el cielo y cayó sobre Ander. La electricidad lo invadió, como siempre, llenándolo de energía, de ímpetu, del ansia de la batalla. Miró de nuevo hacia Elena, la muchacha ni se movía y eso le provocó un ataque de pánico por un segundo. Se forzó a sí mismo a apartar la mirada y centrarse en su enemigo. Los rayos saltaban por su piel, extendió la mano y agarró la lanza.

«Ahora», imploró el lobo.

—Todavía no —susurró él.

—Cuéntame, ¿cómo sobreviviste? —preguntó Cadeus, moviéndose cuidadosamente por el claro.

—No me has traído aquí para hablar —contestó Ander a gritos, otro rayo iluminó la recién creada tormenta y, de un segundo para otro, una lluvia torrencial empezó a caer sobre el claro—. Vas a morir en este claro, vas a pagar el error que cometiste al no terminar el trabajo. Vas a pagar el error que ha sido amenazar a Elena.

Ander adoptó una postura de combate y apuntó directamente a Cadeus con la lanza.

—No me venciste antes —susurró su enemigo entre dientes.

—No soy el de antes.

—No… —murmuró Cadeus, pensativo—. Aún así…no creo que quieras hacer lo que sea que estés planeando, Ander. Las sorpresas no han terminado.

Dio un chasquido y un tercer abisal apareció en escena, este portaba a alguien entre las fauces. Se colocó junto a Cadeus y soltó el paquete que se estampó contra la hierba y rodó hasta que Ander pudo ver el rostro congestionado y lloroso de Agus. Su amigo abrió mucho los ojos al verlo e intentó levantarse, pero la criatura le puso una garra encima y se lo impidió.

—¡Ander! —gritó Agus con la voz rota por el llanto—. ¡Ander! ¡Sabía que vendrías!

«Oh, no», pensó Ander de inmediato. Aquello sí que no. Su determinación se tambaleó por un momento, la tormenta se quedó silenciosa en el cielo y la intensidad de sus rayos disminuyó. Agus no. ¿Cómo había acabado él metido en todo esto?

¿Por qué?

¿No era bastante con Evan?

Miró el cuerpo casi inerte de Elena. Miró a su mejor amigo,

llorando muerto de miedo. ¿Cadeus pretendía llevarse toda su vida?

«¿Ahora?»

Ander inhaló profundamente antes de asentir.

—Ahora.

***

El pacto era como debía ser. Ander y Gardebius eran uno… prácticamente. El muchacho podía sentir el dolor y la rabia del hechicero, también el miedo que la sombra de su pasado sentía al haber caído presa de la oscuridad. Gardebius sentía la ira de Ander, el deseo de venganza y el terror visceral de seguir perdiendo a aquellos que quería, pero también sentía aquel golpeteo en el fondo de su alma que le decía que debía abandonar todo aquello. Proteger antes que vengar. Custodiar la vida, no cazarla.

La transformación comenzó. Los rayos que invadían la piel del Clama Tormentas se hicieron negros y un aura, negra como el ébano, lo rodeó. Sus ojos se hicieron amarillos, sus dedos se alargaron y sus uñas se endurecieron. El pelo se le volvió más negro, los caninos se le alargaron y los músculos le crecieron hasta que la camisa le apretó.

Eran la tormenta y el lobo. Una unión de iguales.

Cadeus observó con precaución el cambio en el muchacho. Parecía más interesado que sorprendido. Chascó un dedo y los dos devoradores abisales que esperaban la orden para atacar se abalanzaron sobre Ander. El Clama Tormentas se colocó de perfil, apuntó y arrojó la lanza con mortal precisión. El arma voló cortando el viento y se clavó en la boca de uno de los devoradores que aulló de dolor. Del arma emergió una andanada de rayos. La criatura gimoteó mientras se electrocutaba y moría. La segunda criatura llegó hasta Ander, pero este se hizo a un lado para esquivar la carga. Su velocidad era mucho mayor que la de un humano normal, sus reflejos se veían amplificados en aquel estado. Agarró a la criatura del aguijón cuando pasó por su lado y tiró con ambas manos. La bestia chilló y se retorció, intentando escapar de la presa, de un tirón, la cola se partió y el aguijón cayó al suelo. Emergió un chorro de líquido negro y sangre de la herida. El devorador se retorció y siguió chillando. Ander extendió la mano a un lado y la lanza apareció entre sus dedos. Se la hundió a la bestia en el vientre.

Se giró para encarar a Cadeus que contemplaba el espectáculo.

—Debí matarte con mis propias manos… —murmuró.

Hablaba tan despacio y tan bajo que era difícil oírle con la tormenta que atronaba en el cielo, Ander no lo habría podido escuchar si no fuese por los sentidos amplificados de Gardebius. Observó a su enemigo desde el otro lado del claro y alzó la lanza, desafiante.

—Debiste —le contestó—. Ahora suelta a Agus y puede que te perdone.

—Da un paso y él muere.

La mirada de Ander se deslizó por un instante a su amigo. El pobre Agus temblaba de miedo en el suelo, las enormes fauces del devorador estaban a apenas centímetros de su rostro. Un movimiento en falso, un error y aquella bestia mataría a Agus.

—¡Ríndete Cadeus! —gritó Ander, intentando ganar tiempo—. Conocemos tu plan. La Academia ya está al tanto de lo que pretendes y un hechicero ha acudido a la Torre de Ónice para ponerlos sobre aviso, no hay nada que puedas hacer. Las puertas de Ter Valax no se abrirán.

La amenaza no obtuvo la respuesta que Ander esperaba. Cadeus empezó a reírse y se quitó las gafas para enjugarse las lágrimas. El Clama Tormentas flaqueó en su determinación. El momento se alargó durante varios incómodos segundos.

—La Torre de Ónice ya ha caído —anunció tras los estertores de risa—. Está bajo mi control, ahora mismo no es más que un erial para mis monstruos.

La decisión de Ander flaqueó.

—Pobre el hechicero al que hayáis enviado allí, seguramente ya esté muerto.

«No», imploró el muchacho. El miedo sacudió su pecho y, por un instante, el aura negra que le rodeaba creció y sus garras se alargaron. Respiró hondo tratando de controlarse.

«Amareth estará bien», se dijo, «tiene el Filo de Cronos, no le habrá pasado nada.» De poco sirvieron sus propias palabras. Un sentimiento de culpa terrible lo invadió, ¿y si el apartamento había sido la última vez que había visto a Amareth? ¿Y si las amargas palabras que le había dicho habían sido las últimas?

—Lo de La Academia puede ser molesto —continuó Cadeus sin mirarle a los ojos—. Por eso no me gusta dejar cabos sueltos… son… son un problema.

—Entonces no me dejas otra opción —gruñó Ander sintiendo como la rabia palpitaba en su interior—. Debo acabar contigo, aquí

y ahora.

—Lo cual nos devuelve al problema principal —Cadeus se colocó de nuevo las gafas y las empujó por su nariz hasta tenerlas bien ajustadas—. Parece que estamos en una situación de tablas, muchacho. Si te mueves, tu amigo morirá.

—¡Haz lo que tengas que hacer! —gritó Agus de pronto, la criatura sobre él rugió y el muchacho volvió a encogerse en el suelo.

—¿Por qué no te enfrentas a mí? ¿No tienes el valor? —inquirió Ander.

Cadeus paseó la mirada perezosamente, sin terminar de enfocarse en ningún punto.

—No soy un buen luchador —confesó con una calma que contrastaba con la tempestad que caía sobre ellos—. Y no tengo ningún interés en perder, tú no eres importante. No puedes hacer nada para detener su retorno.

—Hoy vas a luchar, lo quieras o no. Hoy vas a pagar por lo que le hiciste a mi padre.

Cadeus apretó los dientes y se balanceó visiblemente molesto.

—Lo que le hice a Evan fue justicia.

—¿Y lo que me hiciste a mí?

—Eso no tuvo nada de personal, solo fue un daño colateral.

Un trueno retumbó como un martillo contra un yunque.

—Así que eso soy para ti, ¿eh? —gritó Ander—. ¡Un daño colateral!

Ya había tenido suficiente de aquello. La rabia y la urgencia lo invadían. Tenía que hacer algo, tenía que salvarlos y tenía que hacerlo ya. Cada segundo que perdía, era un segundo más que Amareth se enfrentaba solo al peligro. Demasiado. La ansiedad se instaló en su pecho como una desagradable sensación que no le dejaba respirar. Cadeus lo contempló con maliciosa curiosidad. Ander aprovechó aquel momento. Con la mano izquierda tras su espalda dibujó las runas para conjurar un portal. El umbral crepitante se abrió a sus pies. Cadeus intentó reaccionar, pero todo fue demasiado rápido. La salida del portal se abrió encima del devorador abisal y Ander cayó con la lanza por delante envuelto por una baharada de rayos. Hundió el filo del arma en la espalda de la criatura que empezó a sacudirse y gritar. Mientras que con una mano se sujetaba a la lanza para soportar los envites, con la otra apuntó a Cadeus y descargó una tormenta sobre él. Su enemigo solo tuvo tiempo a dibujar las runas de un escudo rudimentario que absorbió los rayos.

Bien. Ander no había buscado herirlo, solo ganar tiempo. Sacó la lanza arrastrando un chorro de sangre y la clavó en la nuca de la bestia. La criatura dio sus últimos estertores mientras sus gritos se agudizaban por el dolor. Agus también gritó, estaba encogido bajo una criatura que se movía erráticamente. Ander saltó del lomo de la bestia y detuvo un zarpazo que habría herido a su amigo. Lo detuvo con la palma de la mano y se sorprendió a sí mismo por la fuerza que Gardebius le confería.

—¡Ander! —gritó Agus tras él.

El Clama Tormentas descargó otra andanada sobre Cadeus con una mano mientras con la otra sujetaba la garra de la criatura moribunda.

—¡Corre! —ordenó—. ¡Coge a Elena y corre!

Agus obedeció. Aún con las lágrimas bañando sus mejillas y el temblor que sacudía sus piernas, el muchacho regordete encontró fuerzas para ponerse en pie, ignorar la magia desatada en aquel claro, cargar con Elena y salir corriendo. Agus nunca dejaría de impresionar a Ander, pero todo lo que tuviesen que decirse tendría que esperar.

El Clama Tormentas empujó al devorador que cayó en el suelo antes de dar su último aliento, luego descargó otra andanada de rayos sobre Cadeus. El escudo lo protegió, pero el hechicero no tenía otro remedio que mantenerse a la defensiva. El poder que Ander blandía era devastador. Nunca se había sentido tan poderoso, tan capaz. Alzó una mano al cielo y tiró de la propia tormenta en las alturas, tres rayos cayeron a su mando impactando sobre el escudo de su enemigo. Tanta energía lo desbordaba, se mezclaba en su interior con los sentimientos de miedo. Gritó mientras alzaba de nuevo la mano y arrancaba más rayos del mismísimo cielo. Uno cayó entre sus dedos y, por un instante, casi se solidificó. Ander sintió, por un solo segundo, que quizás podía darle forma, cambiarlo. Pero la sensación se perdió. Siguió usando la tormenta para atacar.

Un rayo golpeó el escudo por Evan.

Otro lo hizo por Iris.

Otro por Elena y por Agus.

Siguió gritando y arrancando los rayos de las nubes. Otro por Amareth. Pensar en él le trajo imágenes del viejo hechicero enfrentándose solo a cientos de devoradores en la Torre de Ónice y las entrañas se le revolvieron. Tuvo un momento de duda, un momento en el que el miedo le paralizó.

Cadeus no perdonó. Deshizo el escudo y dibujó un círculo rúnico

con un simple movimiento de la mano. Lo activó y la tormenta desapareció. Tan rápido como había llegado, las nubes se deshicieron en jirones, los truenos dejaron de cantar y los rayos dejaron de caer. Ander intentó mantenerla, pero notó una fuerza descomunal que se enfrentaba a su propia voluntad. Trató de empujar contra ella, se sintió pequeño, incluso con Gardebius prestándole su fuerza. Su concentración se rompió como un vaso contra el suelo y los últimos resquicios de la tormenta se esfumaron dejando un cielo despejado. Su enemigo no se detuvo ahí. Dibujó dos círculos más y los activó, el color de su brillo fue rojo. Una armadura hecha de magia crepitante le cubrió el cuerpo y un elegante estoque hecho de humo negro apareció en su mano. Cadeus miró a Ander con una determinación abrumadora, una que el muchacho no había visto jamás en el titubeante hechicero. Se quitó las gafas y las tiró al suelo.

—Se acabó tu pequeño espectáculo, Clama Tormentas —escupió —. Esta vez te mataré de verdad.

Ander dudó y dio un par de pasos para atrás. Sin la tormenta en el cielo no se sentía tan poderoso.

«Recomponte», le ordenó Gardebius.

—¿Podemos enfrentarnos a él? —murmuró.

«No lo sé», reconoció el lobo de mala gana, «pero podemos comprarle tiempo a tus amigos.»

Ander asintió. Respiró hondo, echó la mano a un lado y la lanza apareció entre sus dedos.

***

Cadeus se lanzó a por él con el ímpetu de un torbellino. Blandía el estoque con mortal sutileza, apartó la lanza con una estocada y con otra hendió el hombro de Ander. El muchacho retrocedió intentando defenderse, pero su enemigo no le iba a permitir ni un segundo de tregua. Cadeus siguió golpeando, el estoque se doblaba como un látigo de acero, un golpe, otro y otro, una cadena interminable, una tormenta de acero negro. Ander consiguió desviar una de las estocadas con la lanza y saltó hacia atrás, la fuerza que le confería Gardebius le hizo calcular mal el salto y se estampó contra un árbol del linde.

—Mierda —masculló.

Intentó dibujar la runa *Athos* para crearse una armadura, pero

Cadeus cayó ante él y con un movimiento fugaz le hizo un corte en la palma de la mano. Ander gritó de dolor, retrocedió e intentó defenderse. La lanza era un impedimento en distancias cortas y su enemigo no se detenía. Fintaba, golpeaba, fintaba, golpeaba, todo en una sucesión de movimientos tan fluidos como el agua. Su cuerpo impulsado por las runas era demasiado rápido, Ander no podía más que retroceder torpemente y blandir la lanza de un lado a otro como si fuese un armatoste.

«¿Qué está pasando?»

La única respuesta que obtuvo de Gardebius fue un rugido.

Ander consiguió una apertura. Golpeó el estoque con la punta de la lanza y abrió un hueco en las defensas de su rival. Apuntaló el arma en sus manos con todas su fuerzas y lanzó una estocada al pecho. El golpe debía haber sido mortal, pero no hizo más que resbalar por la armadura mágica y dejar a Ander en una posición de desventaja. Cadeus sonrió. Le dio un puñetazo en la cara con el mango del estoque. La cabeza de Ander se vio invadida por un estallido de luz, oyó el crujido de su nariz y de sus dientes. Retrocedió trastabillando para instantes después sentir un latigazo de dolor en el pecho. Saltó hacia atrás de nuevo, aterrizó resbalando por el embarrado suelo y se deslizó torpemente. Tenía la camiseta rota y un hilo recto de sangre allí donde el estoque había arañado. Gruñó.

—Es más rápido, más diestro…

«Está usando Alta Magia corrompida por la Sombra», contestó Gardebius de mala gana, «no podemos…»

Cadeus activó un nuevo círculo que surgió de la nada. En su mano se formó una bola de incandescente energía roja, apuntó a Ander y un rayo de pura y crepitante magia fue a su encuentro. Ander tuvo apenas un instante para dibujar la runa *Eir*. El escudo se alzó ante él, pero no fue suficiente, el rayo lo partió como si fuese una hoja de papel y golpeó al muchacho lanzándolo a través del bosque. Voló entre los árboles hasta que se estampó en uno, todos los huesos le crujieron. El golpe lo habría matado de no ser por la resistencia sobrehumana que poseía en aquellos momentos. Se derrumbó en el barro y se retorció de dolor entre la hojarasca. El pecho le ardía y el olor a carne quemada le invadía las fosas nasales.

—Por la magia crepitante… —masculló mientras se retorcía tristemente.

«No estás concentrado», le recriminó Gardebius.

Ander se limitó a rezongar.

«Piensas demasiado en el viejo.»

Claro que lo hacía, ¿cómo no iba a hacerlo? Era una molestia en el fondo de su cabeza, todo, el miedo a que lo que le había dicho fuesen sus últimas palabras, la idea de que aquel hombre era su hermano, la decepción de averiguar la verdad tras años idealizando a una persona desaparecida. No.

«Aparta todo eso», se dijo a sí mismo.

Solo cabía espacio para seguir luchando, o se concentraba o moriría. Resoplando por el esfuerzo se puso en pie y miró a su alrededor. Estaba en medio del bosque, había destrozado un par de árboles pequeños a su paso. Escuchó unas ramas crujiendo y vio aparecer a Cadeus envuelto en aquella armadura de magia.

Ander gritó y lanzó una andanada de rayos desde sus dedos. Su enemigo ni siquiera se detuvo, alzó la mano y una runa apareció y se activó. Un escudo se formó ante él. Siguió avanzando mientras los rayos se deshacían contra la pantalla invisible. Ander le dio más poder a la descarga, el escudo empezó a quebrarse, pero Cadeus simplemente dibujó otro runa y activó una segunda protección.

—No lo entiendes —susurró mientras avanzaba—. Todo lo que hagas será inútil.

Ander siguió gritando y dandole energía a los rayos. El primer escudo se partió y la runa que lo mantenía desapareció. El segundo detuvo el impacto. Cadeus continuó su avance.

—Puedes hacer pactos con seres de la Sombra… —siguió murmurando—…puedes obtener el poder de un hechicero, obtener una lanza mágica y hasta sobrevivir a la muerte…

El segundo escudo también se partió. Cadeus no hizo un tercero. Un círculo rúnico apareció junto a él y lo activó. Contenía la runa *Raik*. Cogió el rayo de Ander con las manos y, con un gesto de desprecio, los desvió al suelo. Ander dejó de proyectar los rayos, por primera vez desde que había empezado el combate se sintió desfallecer. La energía en su interior se acababa.

—…puedes hacer todo cuanto quieras…—Cadeus casi había llegado hasta su altura, su mirada era febril, su voz un susurro de muerte—…pero no podrás derrotarme jamás, pues estoy bendecido por la diosa de la oscuridad, ¡soy su elegido!

Ander lanzó una estocada profunda, de nuevo la lanza no hizo más que resbalar por la armadura. Cadeus sujetó el mango del arma, Ander intentó liberarla, pero el hechicero era más fuerte que él.

—Tu pequeño monstruo no es nada comparado con ella —continuó—. No sois más que dos seres tristes sin importancia, un

uniruna y una criatura menor.

Cadeus le dio una patada en el pecho a Ander y lo lanzó tres metros hacía atrás. El muchacho se tambaleó, había perdido la lanza que ahora estaba en manos de su enemigo.

—¿De verdad creíais que ibais a detener el retorno de Selen? ¿Vosotros? —Cadeus miró la lanza con desprecio, la agarró con las dos manos y la extendió ante él—. Ridículo.

Entonces, la partió. Como si no fuese más que una simple ramita caída. La madera crujió entre sus poderosas manos y se quebró, un chasquido terrible corrió por el bosque, como el lamento de un alma ardiendo en el fuego. Ander pudo sentir el dolor en su propio ser. Gardebius guardó silencio, un silencio terrible y funesto. El joven Clama Tormentas se sintió empequeñecer, todo el ímpetu desapareció de su ser como la tormenta se había esfumado del cielo.

Cadeus tiró las dos mitades del arma al suelo y siguió acercándose a Ander, dispuesto a acabar el trabajo. El muchacho retrocedió penosamente por la hojarasca y el barro, de pronto su mano tocó la nada y trastabilló en su avance. Había llegado al borde del acantilado. Al risco que daba al mar y las escarpadas piedra de abajo. Las olas se estrellaban con fuerza contra la costa, llamándole, reclamando su cuerpo.

—¿Sabes cuál es tu problema, muchacho? —Cadeus llegó hasta él—. Te falta determinación para hacer lo que es necesario.

—No lo creo —masculló Ander sin apartar la mirada de su enemigo, la sostenía a pesar del medio que palpitaba en su pecho, el miedo que congelaba sus entrañas.

Iba a morir. Otra vez.

Cadeus se agachó con la mano por delante para agarrarlo del cuello. Ander echó la mano a un lado e imploró.

«No siento tu dolor, pero sé que sigues ahí.»

La lanza, solo la mitad con la punta, apareció entre sus dedos. Ander atacó. El filo le rajó el rostro a Cadeus, que se echó para atrás llevándose las manos a la cara. Gritaba de dolor. Ander sonrió antes de caerse por el barranco, el brusco movimiento le había hecho perder su único punto de apoyo. Dejó de ver a su enemigo, dejó de ver el bosque. Todo su mundo se volvió bocabajo y cayó y cayó a toda velocidad hacia las rocas que alzaban sus puntas, gustosas de recibirle. Cerró los ojos mientras caía. Intentó dibujar unas runas, pero no emergían de sus dedos. Gardebius no estaba ahí para ayudarle.

De repente, escuchó el crepitar de la magia. Abrió los ojos justo para ver como un portal se abría ante él y se lo tragaba.

Interludio 3

Puedes repetirme eso —insistió Evan—. ¿Por qué necesitamos una Oniromante?

—O una Adivina —repitió él por quinta vez.

Continuaron su deambular por los pasillos de la Torre. Aquel era el último año y, tras varios meses de duras clases, mucha falta de sueño y tomos acumulados en los escritorios, por fin se acercaban los exámenes finales. Pasaron junto a una ventana y Evan se detuvo a mirar el exterior, en la villa se acumulaban padres que venían a recoger a sus hijos para las vacaciones de Navidad. El hechicero apretó los dientes, pero no dijo nada, aunque Cadeus sabía lo que se le pasaba por la cabeza. A ellos nunca habían venido a recogerlos para pasar unos días de vuelta en casa. Habían pasado aquellos tres años encerrados en la Torre y sus alrededores, veranos incluidos, cuando la mayoría de chavales estaban fuera y solo quedaban los que o vivían demasiado lejos, o eran huérfanos o… bueno, los que eran como ellos y sus padres no parecían preocuparse demasiado. Cadeus no se quejaba, había usado el anterior verano para investigar sobre Ter Valax, no podría haberlo hecho sin la Torre casi vacía.

—El lugar está cubierto por una ilusión, solo esas runas son capaces de revelar lo que se oculta debajo —explicó.

—¿Y la Sanadora?

—Hay cosas oscuras en el interior, almas heridas, la luz de la sanación puede mantenerlas a raya.

Evan asintió y continuó su marcha por el pasillo, Cadeus lo siguió inmediatamente. Su amigo había crecido mucho los últimos meses. Ya no era el pequeño chaval de trece años que le había saludado en el bosque, ahora era un muchacho alto y bien parecido. Era popular, no como él, y por eso lo necesitaba para aquello. No podía convencer a una Oniromante ni a una Sanadora de que le acompañasen en aquel viaje a un sitio prohibido, no, eso simplemente estaba fuera de sus capacidades.

—Lo que me estás contando parece… peligroso —comentó Evan.

Cadeus dio un respingo, intentó disimular su malestar y siguió caminando detrás de su compañero de habitación. Se ajustó las gafas mientras pensaba.

—¿No lo son todas las aventuras? —improvisó.

La frase fue tan poco propia de él, que hasta Evan se detuvo y lo miró por encima del hombro.

—Ocultas algo —le increpó mientras se giraba para encararlo.

Cadeus miró a un lado y a otro del pasillo, por suerte estaban vacíos. Se retorció las manos en un gesto nervioso.

—¿Qué está pasando? —insistió Evan.

Empezó a sentir su garganta cerrándose por el nudo que le impediría hablar, los nervios le pusieron los pelos como escarpias. ¿Cómo se hacía aquello? ¿Cómo se le mentía a un amigo? Se encogió sobre sí mismo, haciendo que Evan pareciese todavía más imponente. No. Lo necesitaba, sin él no podría visitar el lugar que aparecía en sus sueños, el lugar al que la voz quería que acudiese.

«Te daré poder».

Poder. Para convertirse en un Alto Mago y dejar de ser el débil, para que nadie más se burlase de él. Para dejar de estar roto. Se inclinó hacia delante, movido por una urgente necesidad, y agarró a Evan del brazo. Su amigo se estremeció ante el repentino contacto.

—Nos engañan, Evan. ¿No lo ves? La Torre de Ónice, sus profesores, todo el entramado de dirección —las palabras salían de su boca solas, más altas de lo habitual—. ¿Por qué hay un portal en sus profundidades? ¿Qué oculta? ¿Qué están escondiendo? ¿De verdad no quieres saberlo? Podríamos ser héroes, desentrañar misterios que llevan décadas sin resolver. Podríamos ser alguien dentro de la comunidad mágica.

Evan lo apartó de un empujón y lo miró de arriba a abajo. En aquellos ojos, Cadeus reconoció la mirada de alguien que sopesa si su interlocutor está loco. Conocía bien aquella mirada, llevaban toda su vida echándosela… pero que lo hiciese Evan, dolió.

—No —masculló su amigo—. No sé qué te ha entrado con ese portal y con todo ese tema de la ciudad perdida, pero no cuentes conmigo.

—Evan…

—No —dio un paso hacia atrás—. Esto es carne de expulsión, ¿no lo ves? ¿Quieres acabar castrado? Solo nos quedan unos meses para ser libres, para poder entrar en La Academia, ¿quieres echarlo todo a perder?

—Yo… —la palabras no acudieron a su boca.

¿Qué podía decir? Nada, realmente. Sabía que sonaba como un loco. No había revelado toda la verdad a su amigo, ¿cómo podía exigirle que le ayudase? Pero si no lo hacía… jamás se volvería poderoso. Jamás.

—Evan…

—¡Habla de una maldita vez! —gritó el hechicero, sus palabras resonaron por los pasillos vacíos—. ¿Qué ocurre?

—Yo… es una voz, Evan.

—¿Una voz?

Cadeus se encogió todavía más sobre sí mismo. Notó el sudor perlándole la frente y bajando por su nuca. Se mareó y el estómago le dio un vuelco.

—Sí, una voz que me susurra por las noches. Tengo… tengo miedo —reconoció—. Me llama a ese lugar, tengo que ir,… tengo que…

—Oh —la expresión de Evan cambió al instante—. Has caído presa de los engaños de una criatura de la Sombra, es eso, ¿verdad?

Cadeus no contestó, no al menos al instante. Tampoco tenía una respuesta. Pasó unos segundos rebuscando en las profundidades de su mente.

—Esto tiene que ver con las pesadillas, desde el segundo año no han parado.

—Me ha prometido poder, para dejar de ser débil —reconoció—. Solo son susurros en la noche, a veces siento como si alguien me mirase… pero nada más.

Evan asintió.

—Bien, eso está mucho mejor, ¿no crees? Ahora estás siendo sincero.

Cadeus agachó la mirada. Evan se acercó a otra ventana del pasillo, se detuvo ante ella y se apoyó en el alféizar mientras tomaba aire. Se quedó un rato en silencio, cavilando. Cadeus se arremangó los puños de su chaqueta de *tweed* con coderas y cambió el peso de los talones a la punta de los pies.

—Ahora sí que veo una razón para entrar —dijo Evan al cabo de un rato.

—¿Qué?

—¿Qué clase de futuro Cazador sería si dejase que una criatura juegue con mi amigo? —Evan sonrió, la dureza que había mostrado momentos antes desapareció como la espuma tras la ola—. Esto parece providencia, necesito algo que sirva para darme un empujón ante el Consejo cuando vayamos a La Academia. Estoy seguro de que mi padre no me apoyará, pero ¿qué tal una cacería precoz?

—Entonces, ¿me ayudarás?

—Claro que te ayudaré —se acercó de nuevo y le posó una mano en el hombro afectuosamente—. Por la magia crepitante, eres mi mejor amigo.

***

—Voy a matarte como esto no funcione —repitió Evan—. Perder la oportunidad de conocer a un Cazador…

—Es lo que tenemos que hacer —murmuró Cadeus.

En el claro del bosque se alzaba una solitaria cabaña. El humo salía apaciblemente de una chimenea indicando un resguardo cálido del frío que reinaba en el exterior. Los dos amigos estaban resguardados entre los árboles, llevaban observado la cabaña con indecisión ya varios minutos. Preferían arrebujarse en sus chaquetas que decidirse a entrar.

—Entiendo que podremos entrar, pero ¿cómo pretendes sacar la llave?

Cadeus apretó la mandíbula. Aquel plan lo había urdido él durante los últimos meses de curso, le había dedicado tantas horas que sus exámenes habían sido un desastre, pero sus prioridades habían cambiado. Todo cambiaría cuando entrase en Ter Valax.

El primer paso había sido investigar todos los escritos sobre la ciudad y encontrar una de las llaves del portal más recientes creada por Aldrich Dane, probablemente con los fragmentos de una de las llaves originales. El siguiente paso había sido investigar la línea de sucesión del alto hechicero, cosa complicada pues se remontaba al medievo. Por suerte, la comunidad mágica era relativamente pequeña y tenía tendencia a documentarlo todo. Al encontrar que uno de los descendientes vivos de la estirpe de Dane era un Custodio, todo había encajado.

Luego, había llegado la segunda parte. Al estar a punto de acabar sus tres años de estudios, la Torre les dejaba elegir a un hechicero al que visitar para que este les explicase las vicisitudes de su Cámara. Tenían que enviar un escrito formal y el hechicero decidía si quería pasar un día con los muchachos o no.

Cadeus le había pedido ayuda a Evan para redactar la carta. Este se había desecho en halagos por la antigüedad del apellido Dane y la importancia de su familia dentro de la comunidad. El truco había funcionado. Ahora, solo quedaba entrar en la cámara custodia de Avanor Dane y robarle la llave.

Esa parte del plan… en fin, estaba mucho menos pensada.

—Vamos, aquí parados no hacemos nada —masculló Evan—. Espero que encontremos esa llave, porque sino vamos a tener que pasar un día con un aburrido Custodio para nada.

—Tiene que tenerla él —susurró Cadeus con poca convicción—. Es una reliquia familiar.

—Yo solo me pregunto para qué quiso el tal Aldrich Dane una llave para entrar en ese lugar maldito.

Cadeus no contestó, intuía la respuesta a pesar de los océanos de tiempo que lo separaban del alto hechicero. Poder. ¿No era siempre la respuesta? La debilidad era una enfermedad crónica y su cura exigía sacrificios. Nadie lo entendía, por eso él prefería seguir guardando silencio y que Evan creyese que entraban en Ter Valax para detener a la sombra que le susurraba por las noches. No le gustaba mentir a su amigo, pero no tenía otro remedio.

—Vamos —dijo al fin.

Los dos salieron de la espesura. Se plantaron ante la vieja puerta de madera de la cabaña, Cadeus tocó con fuerza y esperaron. Se escuchó un fuerte ronquido, luego el entrechocar de botellas y pisadas irregulares que indicaban un tambaleo errático. La puerta se entreabrió y la mitad de un rostro enrojecido asomó.

—¿Quiénes sois?

—Señor Dane... —susurró Cadeus, confuso—. Somos…

—Somos los chicos de la Torre —intervino Evan dando un paso al frente—. Contestó a nuestra carta para enseñarnos el trabajo de un Custodio, ¿recuerda?

El hombre los miró de arriba a abajo.

—¿Yo hice eso?

—Así es, señor.

Dane resopló.

—Esto parece obra de mi hermana —se quejó mientras se hacía a un lado y abría la puerta del todo—. Maldita sea su magia.

El interior de la casa era poco más que una chabola. Botellas de cerveza se acumulaban en cada esquina sin orden ni concierto. Un enorme perro negro los observaba desde su cama peluda. El olor se clavaba en las fosas nasales, olía a sudor, a perro húmedo y a alcohol a partes iguales.

—¿Qué queréis? ¿Ver la cámara custodia y eso?

—Sí, señor —contestó Evan sin un ápice de entusiasmo—. Y que nos hablase un poco de la profesión de Custodio.

—Haced lo que queráis —masculló—. Mientras no me causéis problemas.

Los dos muchachos intercambiaron una mirada de complicidad, luego entraron en la casa.

***

Ocho horas después estaban de vuelta en la Torre. El camino de vuelta había sido silencioso. El trabajo había sido demasiado fácil, no había orgullo en robarle a un pobre borracho, a un hombre acabado y enfermo. Dane había hablado de unas pesadillas que llevaban atormentándole desde hacía años, que el alcohol era la única forma de poder dormir tranquilo. Ambos supieron al instante que lo que fuese que habitaba Ter Valax había conseguido extender su influencia hacia el exterior.

—Tenemos que acabar con esa cosa —había dicho Evan con ferocidad.

Cadeus no contestó. ¿Cómo podía pensar su amigo en acabar con algo tan poderoso? A algo así había que respetarlo, era una entidad antigua, algo más importante que La Academia, que los hechiceros o que cualquier otra cosa. Era algo más.

Estaban en su habitación, la llave con la piedra verde estaba dentro de la almohada por precaución, aún así Cadeus podía sentirla. Le provocaba ansiedad, quería usarla ya, bajar a las mazmorras y abrir el portal. Tenía que ser paciente, aunque llevase siéndolo demasiado tiempo. Solo quedaba un poco más.

Se escuchó un golpeteo rítmico en la puerta.

—Adelante —indicó Evan.

Iris abrió la puerta, con una sonrisa deslumbrante se coló en la habitación iluminando la estancia. Era hermosa, de la misma forma que lo es un amanecer tras una mala noche. Tras ella entraron dos personas más. Orien, alto y fuerte, un poco bruto y torpón. Sara, delgada, bajita, de rostro compungido. Cadeus los conocía poco, sabía que eran pareja, o algo así, y que Sara era una Oniromante. Formaban parte del grupo de amigos de Evan, ese grupo que tenía cuando no estaban juntos.

—¿Cómo os ha ido? —preguntó Orien cerrando la puerta—. Pensaba que tú, Evan, querrías visitar a un Cazador.

Evan suspiró.

—No hablemos de eso.

Iris se sentó en la cama junto a Evan. Paseó su mirada por la habitación y sus ojos se toparon con los de Cadeus. Ella sonrió, él apartó la mirada.

—Es hora de poner en marcha el plan que os comenté —continuó Evan.

A Cadeus le molestaba que su amigo se hubiese apoderado de su idea, que la explicase él, que hablase como si todo aquello fuese su obra. Por desgracia, no le quedaba más remedio que admitir que era la única manera.

A él no le seguirían. Estaba usando a Evan para conseguir lo que quería, nada más.

—Es hora de entrar en Ter Valax.

20

Dolor. Quemaba como una antorcha puesta sobre su piel. Retrocedió tambaleándose por la arboleda sin poder ver. La sangre lo teñía todo de rojo. Se estampó contra un árbol y se derrumbó en el embarrado suelo. Él no era de gritar, le parecía de poca educación, impropio. A pesar de que sus nervios a veces le traicionasen, prefería evitarlo. Aquella vez no pudo. Gritó como un loco, gritó de rabia, gritó de dolor. Gritó porque aquel maldito crío se la había jugado. Se llevó unas manos temblorosas a la cara y se palpó la herida. Le había cortado desde la comisura izquierda de la boca hasta el ojo derecho, destrozando la nariz por el camino. Maldijo cien veces al muchacho, al maldito hijo de Evan, no podía ser de otra manera. El hijo del Custodio era igual de resiliente y cabezón que su padre… y se le había vuelto a escapar.

«Tranquilízate», susurró en su fuero interno, «dibuja las runas.»

Con solo pensarlo y hacer un leve gesto con la mano, un círculo de complejas runas apareció en el aire ante él. No lo veía, pero podía sentirlo. Lo activó y sintió el tirón de la magia corrupta que blandía, del poder que ella le había conferido. Drenó sus fuerzas como si fuese un sediento al que le dan una cantimplora, aquella magia exigía y exigía. Había que tener la cabeza fría y una voluntad de hierro para controlarla. Él poseía ambas. Él tenía determinación. El sortilegio se activó tras chupar su energía y, poco a poco, el dolor en su rostro fue remitiendo. La herida, profunda y terrible, un amasijo de carne ensangrentada, se fue cerrando hasta que no quedó más que una cicatriz. Cuando el conjuro terminó, Cadeus notó que algo no iba del todo bien. Extendió sus manos ante él.

—Dejad de temblar —susurró con cierta congoja.

Por supuesto, no le hicieron caso. Tardó poco en darse cuenta del problema. Apretó los dientes y sintió una oleada de furia subiendo por su pecho, quemándole las entrañas y golpeando sus sienes. La sangre le hervía. Esa parte de él que no le gustaba tomó el control y el temblor en sus manos se acentuó, también los tics en su rostro. Se puso en pie y salió corriendo de vuelta al claro, allí busco sus gafas. Las encontró entre la hierba, las puso ante él y las utilizó como espejo. Horrible. La herida había sanado, pero la cicatriz sería un recuerdo eterno en su piel. Su nariz había quedado atravesada por una carretera de piel plegada y tejido cicatrizado…

pero eso no era lo peor. El ojo. No veía con el ojo derecho. En las gafas vio que había perdido el color, no era más que una pupila blanca.

Cadeus siempre trataba de controlarse cuando la rabia lo invadía. Un ejercicio que requería voluntad. No le gustaba perder las formas, había aprendido que solo una cabeza fría podía salvarle en Ter Valax, que la paciencia era clave para poder llevar a cabo su venganza. Pero en aquel momento, en aquel claro, perdió por completo los nervios y no hubo nada que pudiese hacer para detenerlo. Tiró las gafas al suelo y las rompió de un pisotón. Gritó y se desgañitó y se golpeó el pecho para recordarse que la culpa de todo aquello había sido suya. Él había sido incapaz de acabar el trabajo como debía. Él había clavado al muchacho en una lanza maldita. Y, además, había perdido a la Oniromante que tendría que haberle guiado por Ter Valax.

Descuidado. Había sido muy descuidado. Cayó de rodillas y hundió las manos en su melena. Se tiró del pelo mientras seguía gritando.

—Señor —dijo una voz a su espalda.

La voz le cogió de improvisto. Todo su cuerpo se tensó y una frialdad abrumadora se extendió desde su pecho. Se tomó unos segundos para recomponerse, para calmar su agitada respiración y enjugarse las lágrimas de rabia.

«Solo es una herida», se dijo a sí mismo, «y el muchacho no es más que un problema eventual, no pueden hacer nada para detenerlo. No pueden.»

Más calmado, Cadeus se puso en pie y se giró para encarar al Saqueador. Cargaba a su espalda con el enorme ataúd. Él mismo le había ordenado esconderse hasta que todo terminase, no quería darle a Ander la oportunidad de rescatar a su madre pues eso sí habría sido un golpe a sus planes que no podía permitirse.

—Nos vamos —anunció.

—¿A dónde, señor?

—Tenemos que cambiar de planes respecto a la Oniromante… por suerte sé de donde sacar una Adivina. Después, volveremos a la Torre de Ónice y acabaremos con esto de una vez por todas.

—¿El chico sigue vivo?

Cadeus captó algo en la profunda voz del Saqueador, curiosidad y un poco de respeto. Eso le revolvió las entrañas y el fuego volvió a encenderse en su interior.

—Es lo más probable —masculló—. Le vi caer… pero hay cien sortilegios distintos para sobrevivir a una caída.

—Entonces, señor…

—Entonces, ¿qué?

—¿Qué hemos conseguido hoy aquí?

Cadeus le sostuvo la inerte mirada al cráneo de ciervo y apretó los puños. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no dejarse llevar por sus instintos más mundanos. En lugar de contestar, dibujó unas runas de invocación, un segundo después una sombra emergía de entre sus manos. Cadeus chascó un dedo y la sombra recibió una orden mental que le hizo marcharse flotando. No tardó mucho en volver arrastrando algo con su etérea forma. Cadeus se agachó y cogió el mango de madera lleno de relieves. Una mitad de la lanza del muchacho.

Sonrió.

***

Ander abrió los ojos lentamente. Un tibio sol entraba por una ventana, apenas calentando su rostro. Por un momento sintió una paz agradable, fue solo un segundo antes de que el sueño se esfumase y los recuerdos de la batalla volviesen a él. Se incorporó en la cama como impulsado por un resorte y miró a su alrededor. No reconoció la habitación. Lo último que recordaba era caer hacia las piedras. La pelea. Se miró el cuerpo, buscando las marcas de las heridas, pero apenas quedaban vagas cicatrices allí donde el estoque de Cadeus le había hendido la piel y donde la energía se la había quemado. Estaba demasiado bien, era obvio que un Sanador se había encargado de él. Solo había algo que no funcionaba, el silencio. El silencio que reinaba en su cabeza, el silencio de su alma. Buscó la lanza, pero no la encontró. Estiró una mano a un lado y no pasó nada. Aquello le heló el corazón.

«An…der…» escuchó la voz de Gardebius en su cabeza, lejana, pequeña, apenas un susurro que se apagaba.

El Clama Tormentas se levantó de la cama y salió de la habitación. Caminó por los pasillos de una mansión bien amueblada y decorada, pronto reconoció el lugar. Era la casa de Orien. Escuchó unas voces y las siguió. Según se fue acercando a la habitación reconoció una de las voces, era la preciosa y suave voz de Elena.

—Por la magia crepitante… —susurró.

Por un momento, todos los males que le aquejaban desaparecieron. Ella rió, de alguna forma y por algún motivo, tenía

las fuerzas para reír en aquellos momentos y aquella risa le llenó el pecho de una calidez abrumadora. Ander llegó hasta la puerta y la abrió. Había un salón al otro lado. Dio un rápido vistazo, allí estaban.

Elena. Agus. Los dos habían sido rescatados. Lo había conseguido, al menos había conseguido eso. Una lágrima se resbaló por su mejilla. Elena lo miró fijamente, y él a ella. La Oniromante tenía un aspecto terrible, estaba demacrada y pálida, con unas ojeras negras y profundas como si no hubiese dormido en días. Aún así, a Ander le parecía que estaba más bella que nunca.

—¡Ander! —fue Agus el que gritó.

El muchacho salió corriendo para abrazar a su amigo. Ander sonrió y se dejó abrazar. El momento duró muy poco, aunque le hubiese gustado alargar aquel abrazo y perderse para siempre en las buenas sensaciones de aquel momento, había demasiadas cosas que requerían su atención. Demasiadas preguntas sin respuesta. Apartó a Agus con suavidad y buscó con la mirada a su rescatador, pero Orien no estaba en la habitación.

—¿Estáis solos?

Elena asintió.

—Solo hemos visto a un mayordomo, nos ha pedido que esperemos.

—Un hombre nos trajo hasta aquí —intervino Agus—. Lo encontré cerca de la casa, pareció muy aliviado al vernos.

Ander asintió y se dispuso a marcharse de la habitación, pero la voz de Elena se lo impidió:

—¿Te vas?

—Tengo… —las palabras se le atascaron en la garganta.

¿Por qué no se dejaba ni disfrutar de un momento con sus amigos? ¿Por qué no podía disfrutar de la única victoria que había tenido hasta el momento? Porque no era una victoria, porque había ganado, pero también perdido. Sintió de nuevo el vacío y el silencio en su interior.

«An… der…»

—Tengo tantas cosas que deciros… —habló en susurros pues no se sentía con la capacidad de disimular el temblor en su voz—…y me alegro tanto de que estéis bien… pero, no puedo parar. Mi madre todavía sigue en manos de Cadeus, y luego está Gardebius… siento como se desvanece lentamente. No puedo…

Elena se puso en pie con dificultad, Ander, en un gesto instintivo se acercó a ella para ayudarla, pero ella le apartó la mano. Se plantó ante él y le miró directamente a los ojos con mucha

severidad. Por un momento, todas las nubes de tormenta se despejaron en la cabeza del muchacho.

—Ya no estás solo —le dijo la Oniromante—. Sea lo que sea, pase lo que pase, estoy contigo.

—Estamos contigo —añadió Agus, aunque fue ignorado.

—Elena… —Ander tragó saliva—…no puedo permitirlo, esto es demasiado peligroso y ya os habéis expuesto demasiado por mi culpa. Si os pasase algo… si te pasase algo.

—¿Algo más, quieres decir?

El Clama Tormentas suspiró sabiendo que todo lo que les había pasado había sido por su culpa. Cadeus los había usado para llegar hasta él, aunque…

—¿Qué pasó? —preguntó de pronto—. ¿Cómo llegó hasta vosotros? Él me creía muerto.

—Tenemos mucho de que hablar —le contestó Elena acercándose un poco más—. Soluciona tus asuntos primero, estaremos aquí esperando.

Ander asintió y, sin pensarlo, acarició el rostro de la Oniromante. Ella se puso tensa un momento ante el inesperado contacto, pero luego se relajó y sonrió. Aquella sonrisa hizo el peso que cargaba sobre sus hombros un poco más liviano.

***

Inara soñaba y sus sueños traían consigo trazas del futuro. Ver adelante en el tiempo era como observar un cuadro que cambia de formas y colores en todo momento. Uno puede apreciar pequeñas pinceladas, puede seguirlas solo para descubrir cómo desaparecen por los márgenes del lienzo o son sustituidas por otras nuevas. Pero esas trazas, esas nimias posibilidades, era todo lo que le bastaba a la cábala para arruinar una vida. La información es poder y, ¿qué mejor información existe que poder vislumbrar, aunque sea a través de un diminuto agujero, el futuro?

Inara no solo soñaba. También había cambiado. Su larga melena plateada ahora era un amasijo de pelo revuelto y pajizo que casi parecía un nido de pájaros. Estaba delgada hasta un punto en el que las costillas, los pómulos y los exiguos músculos se le marcaban como si fuese una adicta al crack. Las arrugas en los bordes de sus ojos se habían acrecentado y tenía los labios cortados, llenos de pequeñas heridas y de pieles muertas. La tibieza y palidez de su piel

la hacían parecer un cadáver, pero la respiración agitada en su pecho y los murmullos inquietos delataban que vivía. Aunque ella desease estar muerta.

El futuro se abría como *flashes* incongruentes ante ella en aquellos momentos. Acababa de volver a ser conectada al altar después de su primer descanso del día. Navegaba por aquel lienzo inacabado cuando escuchó como la puerta de la habitación se abría. El rechinar agudo de sus goznes era muy característico, como el lamento de un animal herido. Siempre le provocaba un escalofrío. Alguien desconocido, un cliente, pasó al interior acompañado de Kane, pudo reconocer al hechicero por el pesado caminar de sus botas. La puerta se cerró tras los dos visitantes.

—Estás son nuestras Adivinas más poderosas, se lo puedo asegurar —decía Kane—. Conectadas al futuro, contemplando el devenir de la existencia como quien se asoma a una ventana para ver su jardín.

«Igualito» pensó Inara con amargura, una visión terrible se deslizó en su mente y la hizo temblar de miedo. Gritó. No era algo que pudiese contener, su cuerpo reaccionaba solo cuando la obligaban a sumirse en aquel estado.

—Eso es normal —la voz de Kane sonó tensa—. El proceso de adivinación…

—No necesito explicaciones —interrumpió una voz susurrante de varón, hablaba tan bajito que a Inara le costó escucharlo—. Sé perfectamente como funciona su arte. Sé perfectamente que nadie puede contemplar el futuro como "quien mira por una ventana para ver su jardín."

Kane se rió amistosamente.

—Vaya, tenemos un entendido. Disculpe, quien viene aquí normalmente tiene poca idea de como funciona la runa y…

—¿Son las mejores?

—Totalmente, si no estarían haciendo trabajos menores como averiguar si un marido es infiel o descubriendo el nombre de esa mujer con la que te cruzaste en el metro, pero que no abordaste.

Inara había trabajado en eso y, por demoledor que le hubiese parecido perder salud para contestar a semejantes trivialidades, ahora lo echaba de menos. Suponía que el dolor solo era relativo a las circunstancias y lo malo podía hasta ser añorado.

—Muy bien —susurró la voz desconocida.

Luego pasó algo. Hubo como un instante de silencio, un sonido de huesos entrechocando y un golpe seco seguido de silencio. Inara pensó por un momento en Ander, pensó que quizás había venido a

por ella, a rescatarla. Se permitió tener esperanza por un solo segundo antes de acallarla, pues había aprendido que la esperanza solo hacía que el dolor fuese más agudo cuando todo fallaba. Ander no vendría a por ella. Aún así creyó que estaba ahí, no podía evitar ese destello que parpadeaba en su interior.

Escuchó los pasos del desconocido que se acercaban a su altar y unas manos que se posaban en la piedra.

—Sé que puedes escucharme, ¿cómo te llamas?

—Ina… —una visión oscura invadió la cabeza de la Adivina e hizo que se sacudiese de dolor en el altar, unas palabras acudieron a su boca—. El caballero cae y sigue sirviendo. La tormenta se desata. Con un trueno todo empieza. Cadáveres que se alzan. La durmiente se levanta. El Velo se desgarra. El Plácido Sueño aguarda.

—¿Cómo te llamas?

—Inara —las imágenes dejaron de torturarla por un instante y fue capaz de responder.

—Necesito a una Adivina, Inara. ¿Quieres que te saque de aquí?

Ella no era del todo consciente de la realidad que la rodeaba, pero hizo un esfuerzo sobrehumano para conseguir asentir. Cualquier cosa, aunque no fuese Ander, cualquier cosa le valía con tal de que aquello parase.

«Idiota, solo es otro hombre que quiere utilizar tus poderes», pensó con amargura. Aunque sabía que aquello era cierto, no podía importarle menos. Solo quería salir de ahí, solo quería dejar de soñar con el futuro, dejar de ver toda aquella amalgama de posibilidades siempre cambiante.

—Sus muros son de verde cristal, resquebrajados y puntiagudos, vienen ya. Olvidada y antigua, la deriva termina —se escuchó a sí misma murmurando aquellas palabras ominosas, en su mente veía una ciudad oscura y terrible—. Ya viene, ya llega…

—…Ter Valax, necrópolis yerma —terminó de murmurar el desconocido—. Sí. Ese es mi propósito y para ello te necesito. Necesito una guía en el interior de la necrópolis, las Adivinas sois capaces de trazar un camino ahí dentro, ¿lo sabías? ¿Me ayudarás Inara? Prometo darte algo a cambio, lo que más desees.

—Sí —masculló ella ahogando un grito de dolor—. Sí.

—Muy bien.

El desconocido hizo algo y la runa del altar se apagó lentamente. El lienzo danzante frente a Inara fue desvaneciéndose y con él se fue el dolor, las imágenes de lo inevitable y la oscuridad, todo se desvaneció hasta que solo quedó la habitación que se había convertido en su hogar durante los últimos días. Parpadeó varías

veces, intentando enfocar su mirada borrosa. Ante ella apareció el serio semblante de un hombre que ya había visto antes, el susto hizo que se cayese del altar y se arrastrase por el suelo hasta la esquina de una pared.

Cadeus. Era Cadeus. Lo reconocía a pesar de que una cicatriz le partiese el rostro y hubiese perdido un ojo. Pensó que había venido a matarla, que sabía algo de su colaboración con Ander y Amareth. Pensó mil cosas y sintió el peligro en la garganta y el miedo en el estómago. Se cubrió el arrugado rostro con sus débiles brazos.

—Me conoces —murmuró él, interesado—. ¿Por qué?

¿Él no la conocía? Entonces no sabía nada. Fue a mentir, a soltar cualquier excusa, podía haberlo visto en sus visiones del futuro. Pero entonces recordó como Amareth la había entregado, como Amareth la había vendido sin pudor alguno obligándola a soportar aquellos incontables días de dolor. Se miró las manos, arrugadas y llenas de manchas, los dedos estaban tan delgados que parecían palillos. Se dio asco. La habían sometido con tanta saña que unos días más así habrían bastado para matarla.

—Ander y Amareth recurrieron a mí después de que les atacases —confesó alzando la vista—. Querían saber quién eras y qué buscabas. Les dije todo lo que pude averiguar.

—Eso explica muchas cosas —confesó Cadeus dando un paso adelante, no había signos de enfado ni en su voz ni en su expresión —. Muchas.

—Les di información a cambio de sacarme de aquí y ellos me vendieron —continuó diciendo ella con frialdad—. No les guardo ninguna lealtad.

—Perfecto, entonces. Ese muchacho ha resultado ser una molestia, pero estoy seguro de que podrás contarme cosas útiles para la próxima vez que me tope con él, ¿verdad?

Inara dudó. Un instante de confusión en el que no supo exactamente qué hacer, volvió a mirarse las manos y sintió un vacío abrasador en el pecho. Asintió. Ander no había venido a rescatarla, aquel hombre sí.

—Dijiste que me darías algo a cambio —dijo ella con una seriedad mortal.

—Lo que desees a cambio de tu ayuda.

—El Saqueador trabaja para ti.

Aquellas palabras hicieron que Cadeus fuese incapaz de ocultar el gesto de sorpresa. Asintió muy lentamente. Inara dejó el miedo a un lado, reunió las pocas fuerzas que tenía y se puso en pie apoyándose en la pared a su espalda.

—Quiero matarlo —las palabras salieron solas de ella, correspondían a un deseo primario y oscuro que llevaba ahogando durante años.

Cadeus hizo un leve gesto con la mano y una masa de oscuridad se formó tras él adoptando la inconfundible figura del Saqueador. La túnica negra raída, la capucha, el cráneo de ciervo, aquellas manos huesudas que habían asesinado a todas sus hermanas.

—Conozco a esta mujer —dijo el Saqueador tras materializarse, su voz era profunda y carente de sentimiento alguno—. Maté a…

—…mi aquelarre —Inara terminó la frase a pesar de que las palabras, como los recuerdos, se le habían resistido durante años—. Mataste a todo mi aquelarre y me dejaste sola, perdida, vagando por una ciudad llena de pestilencia y rincones oscuros. Recurrir a la cábala fue mi única salida, me condenaste a esto.

Escupir aquella bilis fue como si alguien echase un bálsamo sobre su angustia. Siempre había tapado aquellos recuerdos como si fuesen a abrir grietas en su alma, pero no, todo lo contrario. El recuerdo estaba cerrando las heridas.

¿O quizás era la posibilidad de una venganza? Se miró las manos por tercera vez y las cerró con fuerza.

—¿Eso hiciste? —preguntó Cadeus con indiferencia.

El Saqueador pareció encogerse de hombros, sin gesto alguno que denotase arrepentimiento y con voz monocroma contestó:

—Fue una orden.

—Lo suponía —murmuró el hechicero—. Esta criatura está atada a un objeto, obedece a su portador. Aunque él matase a tu aquelarre, fue otro el que dio la orden.

—¿Quién? —rugió Inara perdiendo la paciencia, el miedo la había abandonado. Los últimos días había rogado tantas veces morir y dejar de sufrir, que ya no le quedaba nada a lo que aferrarse. Nada por lo que sentir y eso la liberaba del temor.

—Por el pacto que me ata no puedo revelar la identidad de dueños anteriores —dijo la criatura con aquella misma voz pausada y estéril que estaba empezando a revolverle el estómago a la Adivina.

—¡¿Quién fue?! —gritó ella.

—Por el pacto que me ata…

—Cállate —ordenó Cadeus—. Yo sé quién fue su anterior dueño.

Inara dejó de mirar al Saqueador y clavó sus vidriosos ojos verdes en el hechicero.

—¿Qué quieres a cambio de la información?

—No te daré información —susurró y una taimada sonrisa

asomó en sus labios—. Te llevaré hasta el hombre que ordenó la muerte de todo tu aquelarre y te daré el poder para acabar con él.

—Y a cambio…

—Ya te he dicho lo que quiero. Me servirás. Entrarás conmigo en Ter Valax y me guiarás por sus calles. Después, serás libre.

—¿Cómo piensas darme poder?

Cadeus se llevó la mano al interior de su chaqueta de *tweed* y rebuscó en un bolsillo. Extrajo una lágrima de cristal negro.

—Sirvo a una diosa antigua —declaró, de nuevo era difícil oírle, pero Inara pudo captar un delirio febril en sus palabras—. A una diosa que concede regalos a aquellos que le son fieles. Yo no era un Alto Hechicero antes, no podía atar más de dos runas distintas ni generar círculos rúnicos con solo pensarlo, yo… no era poderoso. Estaba destinado a convertirme en uno más, pero fui traicionado por mis *amigos* y me quedé allí atrapado. Solo —un tic nervioso hizo que el párpado derecho le temblase—. Tuve mucha suerte de encontrarla a ella, me dio el poder para vengarme, las fuerzas para ser más grande, más poderoso. Ahora yo puedo dártelas a ti. Sirve a la diosa de las pesadillas y lo retorcido, a la diosa de lo oscuro y lo prohibido, sirve a Selen y ella te recompensará.

Cadeus extendió la mano ante ella y le mostró la lágrima negra en su palma. Inara fue a cogerla, pero se detuvo un instante. Aquel era el hombre que había matado al padre de Ander y que había clavado al muchacho en una lanza maldita sin ningún tipo de miramiento. Aquel hombre era un asesino despiadado y sin escrúpulos, pero también era un hombre que cargaba con el peso del dolor y la traición. El peso de la soledad y ese peso ella lo conocía muy bien. Ander no estaba allí y Cadeus sí.

Cogió la lágrima.

—Trágatela. Déjala entrar en ti.

Se la tragó. Un sabor amargo y ferroso le invadió el paladar, de pronto el estómago le dio un retortijón terrible y se encorvó sobre sí misma. Las piernas le temblaron, se apoyó en la pared para no irse de bruces contra el suelo, pero no pudo impedirlo. Se encontró tendida en la fría piedra, temblando como si estuviese siendo víctima de un ataque epiléptico. Dolía. Joder. Ardía por dentro. Quiso gritar, pero su boca se lleno de un líquido y tuvo que abrirla para ver como una catarata de sangre manaba de ella y se derramaba por el suelo.

¿Era su sangre?

Oh, por los dioses, estaba perdiendo mucha. No paraba de vomitar. Otra convulsión la puso boca arriba y empezó a retorcerse

presa de dolores que desgarraban sus entrañas. Era como si le estuviesen clavando cien punzones en el estómago. Sus ojos empezaron a ponerse blancos y una oscuridad retorcida acudió a ellos. Dejó de ver la habitación en la que estaba, dejo de ver las caras inexpresivas de Cadeus y el Saqueador. Y vio la grandeza. Una villa tranquila en un claro de un bosque, a sus hermanas vivas. Junto a una hoguera estaba Lin, sonriente, atenta al cuento que una mujer mayor contaba. Vio lagos tranquilos y arroyos reconfortantes, vio a gente durmiendo con sonrisas pintadas en sus labios. Vio un mundo sin dolor.

—Bienvenida, niña mía —era una poderosa voz de mujer, sus palabras eran los susurros de una abuela frente a una chimenea contando un cuento de terror a los nietos, los llantos de una viuda y los gemidos de una amante a punto de alcanzar el orgasmo, todo a la vez—. Yo cuidaré de ti.

Inara despertó con la sensación de estar ahogándose. Se retorció en el suelo cubierto por su sangre, se resbaló y cayó llenándose la ropa del líquido carmesí. Una mano gentil se extendió ante ella, era la de Cadeus. La cogió y él la ayudó a levantarse con una fuerza que parecía no poseer. Al fijarse en sus propias manos, Inara se dio cuenta de que las arrugas y las manchas habían desaparecido. Eran de nuevo jóvenes, tersas y perfectas.

—Mi pelo… —murmuró tocándose la melena, estaba sedosa y larga.

—Es rojizo —dijo el hechicero—. Como las hojas del otoño.

Inara dejó escapar una lágrima que cayó por su mejilla y se perdió en sus labios. Era su color, estaba de vuelta. Era lo primero que había perdido al empezar a adivinar para la cábala, su pelo del mismo color que la larga melena de su madre y el corto pelo de su abuela. Haberlo perdido la había convertido, de algún modo, en alguien sin pasado. Pero ahora recordaba.

Dibujó una runa en el aire, de forma totalmente instintiva, como si siempre hubiese estado en ella esa capacidad. Era la runa *Shar*, sombra. Dibujó tres más. El dibujo completo era como una cruz invertida. Activó el sortilegio y sintió que algo manaba de ella. Entre sus manos se formó una daga cuyo filo estaba hecho de sombras y el mango de hueso negro. El retorcido filo humeaba y variaba constantemente de forma y tamaño. Inara se sintió capaz de manipular las sombras del arma a su antojo, lo hizo y de la daga construyó una segunda que apareció en su mano izquierda. Fue tan natural como respirar.

—Una Teje Sombras —murmuró Cadeus con cierto asombro,

¿era envidia eso que la Adivina detectaba?

Inara se lanzó con las dagas a por el Saqueador.

—No te defiendas —ordenó el hechicero echándose a un lado rápidamente.

La Adivina. No, la Teje Sombras atacó de forma despiadada mientras gritaba, liberando una rabia y un dolor que llevaban años enquistados en su pecho. Mientras destrozaba al ser de huesos vio el cadáver de Kane en una esquina de la habitación y no pudo evitar sonreír.

Dos hijos de puta habían conocido la muerte el mismo día. Maravilloso.

21

El complejo de apartamentos era un edificio antiguo. Su fachada estaba recorrida por cables que formaban un entramado de venas que palpitaban al ritmo de la electricidad. Pintadas demasiado vagas y toscas como para considerarse grafitis ensuciaban las paredes de los laterales y los cristales del portal estaban rotos y esparcidos por la acera sin que aquello pareciese importarle a nadie. Era de noche y las luces que salían por las ventanas delataban a los búhos nocturnos que todavía escapaban al sueño ya pasada la medianoche. El lugar era de todo menos apacible, de vez en cuando una persona solitaria pasaba por la calle, siempre a buen ritmo y sin dejar de mirar en todas direcciones.

Inara sabía que habían viajado a Portugal o quizás a Brasil, había reconocido el idioma en varios de los cárteles con los que se habían cruzado antes de adentrarse en aquella barriada, pero no tenía ni idea de dónde se encontraban concretamente. Ella y Cadeus estaban agazapados en un callejón frente al complejo de apartamentos, esperaban.

—¿Por qué seguimos aquí? Es un lugar un poco extraño para una primera cita —masculló ella intentando olvidarse de la tensión que atenazaba su cuerpo.

Cadeus no pareció reparar en la broma y le pidió silencio con un gesto de la mano. Ella suspiró desganada y se recostó contra la pared.

Siguieron esperando, las luces de los apartamentos se fueron apagando hasta que solo tres resistieron el paso de las horas. Una figura se acercó al portal del edificio y Cadeus reaccionó al fin, su atención pasó a ser máxima. Inara observó a la figura al otro lado de la calle, iba encapuchado y con un abrigo de plumas que no dejaba entrever su complexión, por la altura parecía un hombre. La figura echó un vistazo alrededor antes de sacar las llaves de un bolsillo y meterse en el edificio.

—¿Era él?

Cadeus no contestó. Esperaron. Una luz se encendió en una ventana del tercer piso, las cortinas estaban corridas así que el interior quedaba oculto. Esperaron un poco más, minutos, tantos que se convirtieron en una hora. La luz se apagó y solo entonces

Cadeus salió del callejón. Inara lo siguió.

—Era él —afirmó esta vez.

—Sí.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama? —inquirió ella intentando seguir el paso apresurado del hechicero.

—¿Acaso eso importa? Vas a matarlo igualmente.

Inara no encontró replica alguna, pensó que quizás saber el nombre, quién era o porqué había hecho lo que había hecho le daría algún tipo de propósito mayor, de causa justificada, para lo que estaba a punto de hacer. ¿Pero necesitaba algo así? Le bastaba con saber que aquel hombre había sido el causante de la aniquilación total de su aquelarre. No dijo nada más, dibujó un par de runas en el aire y las dagas hechas de humo negro aparecieron en sus manos. Cadeus lanzó un simple conjuro para abrir la puerta de entrada. El interior del edificio era tan halagüeño y acogedor como las calles de fuera. Subieron como una sigilosa expedición de muerte hasta encontrarse frente a la puerta número 32.

—Es tu turno —dijo Cadeus

—¿No piensas ayudarme?

—¿Ayudarte? Es tu venganza, querrás hacerlo sola —tras decir aquello, en un gesto que pareció inconsciente, se tocó la cicatriz de la cara.

Ella, que todavía no se había acostumbrado a su nuevo poder, fue traicionada por sus recuerdos y fue a decir algo que ya no se correspondía con la realidad. Ahora podía defenderse a sí misma, ahora podía hacer las cosas a su manera. Apretó el agarre sobre ambas dagas y se sintió segura, el miedo se esfumó, la duda dejó de existir.

Escribió una runa en el aire y la activó. Una bruma sombría se coló por el marco de la puerta y, tras un segundo, un chasquido indicó que el paso estaba abierto. Inara se coló en el interior, sigilosa como las mismas sombras que conjuraba. Se deslizó por un apartamento sucio y desastrado. Le bastó un vistazo para situar el salón, la cocina… y dos habitaciones. Se dirigió a la primera puerta, cogió el pomo y lo abrió con suavidad. Una pequeña luz con forma de unicornio luchaba contra la oscuridad de la habitación, en una cama pequeña, una niña se revolvió como si estuviese teniendo un mal sueño. Inara se detuvo en seco. La chiquilla no tendría más de diez años, ver como se retorcía en sueños le recordó a ella misma con sus primeras experiencias con la adivinación. Siempre había sido así, sueños turbios que ella achacaba a pesadillas, hasta que los sueños habían empezado a cumplirse. La duda intentó anidar en su

pecho, pero la Teje Sombras hizo todo lo posible por apartarla. Aferró con más fuerza sus dagas. Ella ya no era solo una Adivina, la debilidad había quedado atrás.

Salió de la habitación de la niña y se dirigió a la otra. Allí encontró a un hombre intentando dormir sobre una triste cama. La habitación estaba vacía, exenta de recuerdos. Inara se deslizó con sigilo hasta el borde de la cama y contempló el rostro del hombre al que odiaba sin conocer, la persona que había ordenado la destrucción de sus hermanas. El hombre que había matado a Lin. Lo que vio no la satisfizo. Era nadie. Un hombre triste y desecho, una cara tan común como cualquier otra. Un hombre que, a todas luces, no se cuidaba, no se preocupaba por su aspecto.

¿Quién era? ¿Por qué lo había hecho? ¿Importaban esas preguntas? No, lo único que importaba era que lo había hecho. Alzó una daga, pero no atacó. Se quedó congelada por un instante, pensando.

«Hazlo, niña mía», susurró una voz en su cabeza.

Entonces recordó el fuego, los gritos y la muerte. Lin. Todo el mundo merecía morir por algo, todo el mundo menos Lin. Ella no era más que una chica inocente, un corazón puro, un alma amable.

Todo el mundo merecía morir. Descargó el golpe. La daga se hundió en el pecho del hombre con una facilidad pasmosa. El tipo abrió desmesuradamente los ojos y la miró. No pareció reconocerla, ¿cómo iba a hacerlo? No se conocían. Era mejor así. Le gustó la idea de que aquel cerdo muriese sin saber la razón, sin saber quién era ella, sin saber qué le habría pasado a su hija. Mientras el hombre convulsionaba no dejó de mirarla y ella a él. Las sombras se filtraban desde su daga y se colaban por la herida como un veneno. No hubo nada que pudiese hacer. Nada excepto morir.

La vida de aquel hombre desconocido se apagó con un último suspiro que emanó humo negro. Inara sacó la daga del pecho y la deshizo.

Se dispuso a marcharse de la casa, pero una voz la detuvo.

—Te he visto antes —una voz delicada y dulce llena de temor—. En mis sueños.

Inara se giró para mirar a la niña. Estaba incorporada en la cama, agarraba las sábanas como si fuesen un escudo que pudiese protegerla del hombre del saco. La Teje Sombras se llevó un dedo a los labios.

—Shhhh.

Y se marchó.

***

Ander irrumpió en el despacho con el ímpetu de una maldita tempestad. De alguna forma podía sentir que la lanza estaba allí, la vio sobre el escritorio de Orien. Rota. La punta y un trozo de madera astillado y partido, los relieves habían quedado destrozados, su belleza oscura había sido diezmada. El Clama Tormentas se acercó a la mesa, dispuesto a recuperar lo que era suyo, pero Orien se interpuso en su camino.

—Un artefacto peligroso —comentó.

—Cuéntame algo que no sepa —masculló Ander—. Por cierto, gracias por salvarme y por salvarlos.

Orien apretó los labios.

—Es mi hija…

—¿Y por qué no te has presentado ante ella todavía?

—Es…

—No es complicado —rugió Ander—. Nos enfrentamos al fin, Orien, toda la vergüenza que sientas por haberte ido, déjala atrás, todo el sentimiento de culpa, déjalo atrás. Si no nos apresuramos no quedará nada ni nadie, al menos haz las paces con ella antes.

El hechicero se restregó los ojos con fuerza y suspiró, luego miró a Ander. Asintió.

—Y ahora aparta, esa es mi lanza.

Orien se echó a un lado, Ander caminó hasta el escritorio y cogió el arma, al tocar la madera pudo sentir la débil presencia de Gardebius. Era como la última chispa de fuego en una vela, se estaba apagando de forma irremediable.

—¿Cómo puede ser? —preguntó el muchacho en voz baja.

—¿El qué?

—Gardebius… —Ander negó—…la criatura que vive dentro de la lanza, se supone que es inmortal, pero lo notó apagarse.

—El contenedor está roto, no puede morir, pero su alma se irá diluyendo como la tinta —explicó el hechicero—. Seguirá ahí, siempre presente, pero… en un estado mucho menos agradable, poco a poco irá perdiendo la memoria, el raciocinio, todo lo que hace de un alma un ser.

«¿Estás ahí?»

«Creo que sí», la voz del lobo era apenas un susurro en la noche.

«¿Qué puedo hacer para ayudarte?»

Gardebius soltó tres bajas y débiles carcajadas.

«¿Ahora quieres salvarme, chico?»

«No puedo hacer esto sin ti.»

No hubo respuesta.

—¿Cómo se arregla un contenedor roto?

—Para empezar necesitarías la otra mitad —contestó Orien encogiéndose de hombros—. Luego un ritual, los materiales adecuados… es complicado.

—Bien —Ander asintió y, al pensar en Cadeus y en la otra mitad de la lanza, recordó algo—. ¡La Torre de Ónice! Ya ha caído, ¿La Academia…?

—Tranquilo, lo saben. La Academia ha enviado a un grupo de Cazadores y Altos Magos, se está preparando un asalto definitivo al lugar.

—Tenemos que ir.

Orien negó.

—Yo iré, vosotros tres os quedaréis aquí hasta que pase la tormenta.

—No puedes creer de verdad que voy a quedarme y no hacer nada, ¡Amareth fue allí sin saber que el lugar se había perdido!

—Es demasiado peligroso.

—No voy a quedarme aquí.

—Tienes que cuidar de mi hija —insistió el hechicero—. La atacaron por tu culpa, ¿y un mundano? Te has saltado bastantes normas de la comunidad, Ander. No creo que La Academia quiera lidiar contigo ahora mismo.

El Clama Tormentas dio un paso al frente con los puños apretados y el ceño fruncido.

—Me importa una mierda lo que quiera La Academia —rezongó —. Voy a ir a salvar a Amareth y no puedes impedirlo.

—Tu impulsividad puede ocasionarte problemas, pero no dejaré que afecte a mi hija.

—Habla el padre del año.

Orien se envaró por un momento, como si le hubiesen metido el dedo en un herida reciente, pero recuperó la compostura. Asintió con determinación y cruzó las manos por detrás de la espalda.

—Muy bien, veo que no puedo confiar en ti y no pudo permitir que sigas poniendo a Elena en peligro.

Orien dibujó un runa. Ander intentó crear un sortilegio defensivo, pero las runas no acudieron a su cabeza y en el aire no se formó más que un trazo irregular. Orien insufló magia a su runa y, fuera de la casa, un brillo azulado empezó a iluminar un círculo rúnico que rodeaba el perímetro. Ander miró al hechicero y luego corrió hasta la ventana. El jardín entero brillaba con el fulgor de la magia.

—¿Qué has hecho?

—Activar las defensas de la casa —explicó Orien—. Después de Ter Valax… a uno le cambia la perspectiva. Necesitaba una forma de impedir la entrada o la salida.

—¡No puedes!

Orien lo miró con enfermiza determinación.

—Volveré cuando todo haya terminado —dibujó unas runas tras él para que Ander no pudiese verlas, activó el sortilegio y un portal se abrió—. Cuida de ella.

Desapareció.

***

—¡Ander! ¿Qué pasa? —era la voz de Elena que se acercaba corriendo por el jardín.

El Clama Tormentas gritó de rabia. Ante él estaba el círculo rúnico que rodeaba la casa, un entramado complejo de magia que estaba muy lejos de poder entender. Intentaba encontrarle una lógica a aquel galimatías, una lógica que le ayudase a idear un plan de escape, pero aquello escapaba con mucho a sus conocimientos.

«Dime algo, te necesito», le imploró a Gardebius.

El lobo no contestó, Ander solo pudo sentir un empujón de voluntad en la lanza partida que sujetaba.

—¡Por la magia crepitante!

Elena llegó hasta él y se detuvo sorprendida a mirar el escudo azulado y traslucido que se alzaba como una cúpula. Al otro lado, el mundo exterior se había difuminado hasta convertirse en una bruma difícilmente apreciable.

—Por la diosa… —masculló ella—. ¿Qué…?

—¡Un escudo! —gritó él—. Una prisión más bien, nos han encerrado aquí dentro.

Agus, que venía detrás de Elena, llegó también hasta ellos. Observaba el escudo y las runas con un brillo de emoción en los ojos.

—Flipante —murmuró—. Esto es increíble.

—¿Quién nos ha encerrado? —preguntó la Oniromante.

Ander fue a contestar, pero se detuvo al mirar a su amiga. Ella captó su duda y frunció el ceño.

—El dueño de la casa —balbució.

—¿Y por qué nos ha encerrado?

—Es una historia muy larga de contar.

—No parece que vayamos a ir a ninguna parte.

—¡Ese es el problema! —Ander arremetió con la lanza contra el escudo, un estallido de energía lo mandó volando hacia atrás.

Elena gritó. Agus se rió. Él se deslizó por el suelo, comió algo de tierra y se hizo daño en el hombro. Regurgitó unas cuantas maldiciones mientras estaba en el suelo, Elena se acercó hasta él y le ayudó a ponerse en pie.

—Ander, necesito que te calmes —le ordenó—. Vas a tener que contarnos qué está pasando si quieres que podamos ayudarte.

El Clama Tormentas miró a la barrera una última vez y entendió que no podía hacer nada. Asintió con desgana. Los tres volvieron al interior de la casa y se deslizaron por sus silenciosos pasillos de vuelta al salón. Ander se dejó caer pesadamente en el sofá y suspiró. No podía quitarse de encima la urgente necesidad de salir de allí. Amareth corría peligro. Gardebius estaba roto. Todo se venía abajo y él no podía hacer otra cosa que sentarse y esperar. No. No pensaba aceptarlo.

—¿Y bien? —Elena posó una suave mano sobre su hombro y el contacto le ayudó a tranquilizarse—. Cuéntanoslo todo, desde el principio.

Ander tomó aire y rememoró la locura que había sido su vida durante las últimas semanas. Fue un relato largo y doloroso, un relato en el que no ocultó nada. Habló de Inara y eso le provocó una punzada en el estómago, no sabía qué había sido de la Adivina y le costaba creerse las palabras de Amareth después de descubrir la verdad. Pero Inara pasó, como muchas otras cosas, y llegó hasta El Valle de Nad, hasta su comunión con Gardebius, al claro del bosque a la lanza rota y al silencio posterior.

—El dueño de esta casa —terminó diciendo—. Es tu padre, Elena.

La Oniromante encajó el golpe con una entereza encomiable, al menos durante los primeros segundos de posterior silencio. Luego, se puso en pie, caminó de un lado para otro de la habitación y empezó a morderse las uñas.

—¿Cómo? ¿Puedes repetir eso?

—Es Orien, tu padre.

—Menuda bomba, tío —murmuró Agus—. ¿Y la sueltas así, sin más?

Ander miró a su amigo con el ceño fruncido. Todavía le resultaba extraño que el muchacho del pelo rizado estuviese inmiscuido en aquello, que la cortina que Ander siempre había intentando mantener entre ambos se hubiese caído. En cierto modo,

le aliviaba. Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando, de pronto, Elena se echó a llorar. Él se puso en pie de un brinco y corrió hasta ella para abrazarla.

—Eh, eh, eh —le susurró al oído—. ¿Qué pasa?

—Mi madre… —consiguió decir ella entre sollozos—…él la mató.

El Clama Tormentas acució la noticia como si le hubiesen clavado una estaca en el pecho. Otra muerte provocada por Cadeus. Más dolor.

—Lo siento —dijo—. Lo siento.

—Debo darle un funeral —continuó Elena, balbuciendo sin parar —. Tengo que quemar su cuerpo, no quiero que se estanque.

Ander apretó a la Oniromante contra su pecho y la dejó llorar. Usó ese tiempo para tragarse toda la culpa que sentía, él había involucrado a sus amigos en esto, él les había expuesto a Cadeus y la destrucción que le seguía. No sabía qué hacer, no después de que el abrazo terminase. Se sintió perdido, varado sin posibilidad de escapar. Era demasiado. La bola no dejaba de crecer y crecer y amenazaba con aplastarlo.

—Vamos a ver —dijo Agus alzando la voz y poniéndose en pie —. Tenemos dos problemas principales, el escudo que rodea la casa y que el ente de la lanza de Ander está… ¿muriendo? O algo parecido, al menos. Muy bien, somos tres para solo dos problemas, ¡tenemos ventaja!

El abrazo entre Ander y Elena terminó. Los dos se giraron para mirar a su amigo que destilaba la seguridad en sí mismo que ninguno de los dos unirunas en la habitación poseían. Agus sonrió y alzó un dedo.

—Primero, por lo que ha contado Ander, Orien, menuda movida por cierto, usó un conjuro para salir de aquí.

Ander asintió.

—Una especie de contraseña, ¿quizás? Digo yo que si rebuscamos en su despacho podremos encontrar algo que nos ayude —Agus alzó otro dedo—. Segundo, Gardebo, Gardebi, ¿Gardenias? Cómo se llame lo que vive en la lanza, puede que no tengamos la otra mitad del arma, pero podríamos hacer una especie de sello de emergencia, algo que impida que se filtre. ¿Existe algo así como un sello mágico que podáis hacer usando las palabras mágicas?

Ander, contra todo pronóstico, sonrió. No sabía cómo se tomaría La Academia y el Consejo que hubiese mezclado a un mundano en toda aquella guerra mágica, pero tenía claro que él se alegraba de tener a Agus allí.

—No funciona con palabras mágicas —contestó—. Son runas de activación.

—Pues eso, lo mismo es.

—El problema es que ni Elena ni yo somos hechiceros completos, solo podemos usar una runa —Ander reconoció aquello a media voz, todavía tenía la sensación de poder dibujar cualquier runa que se le antojase, pero lo cierto era que no acudían a sus dedos cuando intentaba plasmarlas.

—¿Y cuál es el problema exactamente? —inquirió Agus cruzándose de brazos—. ¿Sabéis cuántas runas hago yo? Cero, exactamente. No quiero excusas, quiero soluciones, como en la partida de rol. Sed creativos.

Ander se quedó mirando a su amigo con cara de pasmo.

—Por la magia crepitante, tienes razón. No es hora de lamentarse, tenemos trabajo que hacer.

***

Clavó la lanza en el suelo del jardín. La miró como si a través de ella pudiese mirar a Gardebius a los ojos. Se sentó. Entre las manos tenía una pata de madera que había arrancado de una silla y un largo cuchillo que había sacado del despacho de Orien. Las manualidades no eran lo suyo, no tenía paciencia para ello, pero estaba dispuesto a intentarlo todo. Analizó bien la parte donde la lanza se había roto, sus irregularidades y los relieves que se habían partido. Entonces empezó, lentamente y con cuidado, a pasar el cuchillo por el trozo de madera. Talló aquella pata hasta que se asemejó vagamente a la empuñadura de una lanza, tampoco es que hubiese cambiado mucho. Luego, empezó a intentar sacar los relieves de la madera, pero aquello sí que superaba con mucho a sus capacidades artísticas.

—Sigues ahí, puedo sentirte.

«Duele», masculló Gardebius, su voz sonaba lejana y vaporosa, «me cuesta…recordar.»

—No puedes desaparecer, no te doy permiso.

Escuchó en su cabeza las tres carcajadas del lobo, lentas y apagadas.

«Quizás esto sea lo mejor, llevo queriendo morir mucho tiempo.»

Ander apretó los dientes y cerró los ojos un momento.

—No todavía, tenemos trabajo.

«Sin mí, cuando todo esto termine… podrás entrar en La Academia. Nadie notará nada raro en ti.»

—¡Qué le den a La Academia! Teníamos un trato, maldito lobo. Me ayudarías a acabar con Cadeus, no tienes permiso para morir hasta entonces.

Ander terminó con uno de los relieves y se dio cuenta de que la ebanistería no era lo suyo, así que decidió pasar a la siguiente parte. Llenó el mango de runas de sellado y contención con la esperanza de que Gardebius le prestase su poder para activarlas. No necesitaba los conocimientos del hechicero para ello, por suerte, el despacho de Evan había estado protegido por ese tipo de runas. El hijo de un Custodio las conocía bien.

—Mira, no sé si lo que estoy haciendo servirá de algo, no sé si puedo salvarte, no sé si podrás seguir prestándome tu poder —confesó el muchacho mientras seguía tallando—. No sé muchas cosas, la verdad es que nunca he sido el mejor de los estudiantes. Quizás si hubiese prestado más atención en clase, a mi padre, a lo que intentaba enseñarme, hubiese aprendido algo que me ayudara en este momento. Pero no, yo no soy así, soy un desastre, impulsivo y con problemas de mal genio, pero no me detengo. Eso te lo puedo asegurar. No me doy por vencido, sigo creyendo, sigo empujando.

Se detuvo un instante y paró de tallar. Agachó la mirada.

—Fui el único que siguió creyendo en Kalan cuando mis padres lo daban por muerto. Y sigo creyendo en él —aquellas palabras se le atragantaron—. A pesar de las mentiras, a pesar de que no estuviese allí. Cometió un error y vivió con él. Yo también los he cometido, parece que eso viene en la sangre.

«Puede que ya no esté», susurró Gardebius.

—Sé que está, igual que siempre lo supe durante todos aquellos años —respondió él al instante, apretó con fuerza el mango del cuchillo y se puso a tallar runas de nuevo—. Amare… no, Kalan sigue vivo. Él está ahí fuera luchando, tenemos que ayudarle.

Terminó de grabar la última runa y se puso en pie. Se acercó hasta la lanza clavada y, con cuidado, colocó el improvisado mango que la completaría. El encaje fue rudimentario, la madera original era negra y esta marrón claro.

—No voy a rendirme contigo —le dijo—. No serás otro muerto más en manos de Cadeus, su ciclo de muerte termina hoy. Ayúdame a activarlas.

Gardebius no contestó, pero Ander pudo sentir como asentía en su interior. Le dio su magia a las runas del mango y estas reaccionaron. Brillaron con luz azul y los dos trozos de madera se

fundieron en uno solo. Al acabar, la lanza era mitad madera oscura, mitad madera recienta tallada. Era una chapuza, pero estaba completa.

—¿Sigues ahí?

«Sí», la voz de Gardebius sonó un poco más cercana, «pero sigo filtrándome, los recuerdos desaparecen.»

—Esperemos que esto te contenga el tiempo suficiente para que encontremos tu otra mitad.

«Sobre eso, chico… », Gardebius guardó un segundo de silencio, «la tiene él.»

***

El portal se cerró tras ellos. Cadeus miró colina abajo, la Torre de Ónice se alzaba un poco más allá. El bosque que la rodeaba había quedado reducido a una masa de raquíticos troncos negros que alzaban sus ramas como dedos huesudos implorando clemencia. El cielo se había vuelto rojo, pues el Velo entre el mundo físico y la Sombra era muy débil debido a la presencia de tantas criaturas. Los aullidos de los devoradores abisales podían escucharse de forma constante, como un canto desgañitado a la luna. Pero allí abajo no solo había devoradores, también había seres mucho más peligrosos, toda una corte de bestias salidas de las pesadillas se congregaba, atraídos por la promesa de que su reina fuese a ser liberada por fin.

Cadeus frunció el ceño mientras contemplaba su obra. Recordó las palabras de Ander en el claro y activó un sortilegio de detección.

—La Academia —murmuró, podía notar una congregación de poderosos magos, por suerte el ejercito de criaturas los detenía—. Y algo más…

Podía sentir otra presencia, pequeña en comparación, pero suficientemente vibrante como para dejar un marca en la magia de los alrededores. Y esa presencia estaba dentro.

—Tenemos un invitado no deseado —dijo con desprecio—. Encárgate de él.

—No obedezco tus ordenes.

Él se giró sorprendido por un segundo, poco tardó en recordar que El Saqueador ya no estaba con él y que su lugar había sido sustituido por aquella Teje Sombras. Apretó los labios y ella le devolvió una fría mirada. Tras ellos, un devorador abisal contemplaba el valle de la Torre con ansiedad en los ojos. Quería

correr y aullar junto a sus hermanos, pero la voluntad de Cadeus lo sometía. La criatura cargaba con el ataúd a su espalda.

—No podemos permitirnos más intromisiones —masculló él con los dientes apretados—. Ander envió a este hechicero, conoce demasiado.

—¿Ander lo envió? —el rostro de asco en la Teje Sombras cambió a curiosidad y luego a una sonrisa taimada—. ¿Dónde?

Cadeus señaló la dirección en la que sentía la presencia.

—Cuidado, es poderoso.

En las manos de la muchacha aparecieron las dos dagas hechas de sombra y, sin mediar más palabra, salió corriendo. La emoción de la caza brillaba en sus ojos verdes. En aquel momento de soledad, Cadeus respiró por fin. Su mente era una cacofonía turbulenta que no se detenía. Estaba la canción, la melodía constante que oía, y luego todos sus pensamientos erráticos, todas sus dudas, todo su miedo. El plan pendía de un hilo. Había cometido errores, demasiados. Cabos sueltos por todas partes.

—Lleva el ataúd a las catacumbas de la Torre —le ordenó al devorador, la criatura obedeció al instante.

Él abrió un portal y lo atravesó. Apareció en un despacho del interior de la Torre que había tomado para sí mismo. El despacho de Krass Nagard, uno de los profesores que le había plantado cara durante el asalto. Krass ya no era nada más que alimento para sus criaturas. Cadeus tomó asiento, hizo un gesto con la mano y unas runas sencillas se dibujaron ante él, de ella extrajo la mitad de la lanza que le había robado al hijo de Evan. Colocó el trozo de madera sobre el escritorio y lo observó. Un tic le sacudió el ojo y las manos le temblaron. Notó la ira acudiendo a su pecho. Se levantó de la silla con un gesto brusco y derribó el escritorio entero. Gritó mientras lo hacía. La lanza rodó por la alfombra.

—¡Maldito Custodio! ¡¿No puedes asumir ya que estás muerto?! —gritó al vacío—. ¡Tú empezaste esto Evan! ¡Tú te fuiste y me dejaste solo!

Se agachó para recoger la lanza rota y la agarró con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Tu hijo no acabará nada —continuó alzando la voz, se llevó una mano a la cicatriz que surcaba su rostro y el estómago se le revolvió—. Solo morirá como su padre, ¿ha forjado un pacto con una criatura? Bien, veamos cómo de sólido es ese pacto.

Cadeus alzó el trozo de madera. Se apuntó a la palma de su otra mano con una de las puntas rotas. Respiró hondo. Se la clavó. La madera punzó su carne y la sangre manó al instante. No gritó. No

retiró la mano. Aguantó el dolor movido por una ira visceral.

Entonces la oscuridad lo envolvió por un momento.

—¡Sal criatura! —ordenó—. Sal a la luz, yo te lo ordeno.

Las sombras se desvanecieron lentamente, como si la luz de una antorcha luchase contra ellas. Se escucharon tres risas guturales y unos pesados pasos. Unos ojos rojos como las brasas se encendieron a unos metros de él.

—Tienes valor, viejo —dijo una voz rasgada y bestial—. Eso tengo que admitirlo.

—¿Quién eres, bestia?

Hubo un instante de silencio lleno de duda. Cadeus pudo notar como la criatura se alejaba, entonces lo entendió. La lanza era su contenedor y su alma, la magia que formaba su ser, se estaba filtrando a la nada. Estaba débil.

—Soy Gardebius —contestó al fin.

—¿Por qué salvaste al muchacho?

—El… chico… —balbució la criatura, los ojos rojos se apagaron —. Para escapar, para… salir de la oscuridad.

—¿Quieres ser libre, criatura? —Cadeus sonrió—. Yo te haré libre. Abandona tu pacto con Ander y forja uno nuevo conmigo, cuando mi maestra venga tendrá el poder de liberarte de tus ataduras, podrás servir a la diosa de la noche, ¡volverás a ser una criatura de la Sombra! ¡Libre de tu contenedor!

Tras su proclama no hubo más que silencio. La promesa se quedó flotando en el aire.

—¡Responde criatura! —exigió Cadeus.

Una pequeña luz se encendió ante él. Una pequeña runa que iluminó el rostro negro de un lobo hecho de oscuridad. La runa era *Ferha*, pacto.

—¿Me harás libre? —inquirió la bestia—. ¿Cómo podrías si ya me vincula un pacto?

Cadeus se ajustó sus nuevas gafas y, a una orden de su voluntad, un gran círculo rúnico se dibujo tras él. La criatura lo observó con fascinación.

—Mi magia puede alterar tus vínculos —sentenció—. Y ella te hará libre cuando vuelva.

—¿Podré matar a mis enemigos?

—Matarás a tus enemigos, a quien sea que te encerrase en esa lanza y a quien osa blandirte como si no fueses más que un arma.

Gardebius sonrió mostrando unos dientes amarillentos y afilados.

—Entonces tenemos un acuerdo —colocó su garra sobre la runa.

Cadeus hizo lo propio.

***

—¿Él? —gritó Ander—. ¡Por la magia crepitante! ¿Qué significa eso?

«Ander…», la voz de Gardebius se desvanecía de nuevo, a pesar del intento de sellado.

El Clama Tormentas agarró la lanza con fuerza, como si eso pudiese retener a Gardebius.

—¡Responde!

«Es... la…»

No terminó la frase, la voz de Gardebius se desvaneció. Ander pudo sentir como la lanza se vaciaba, pero no solo el arma. Su propio ser también. Algo abandonó su interior, el silencio se instaló. Se derrumbó con el arma entre las manos, sujetándola como si fuese el cadáver de un amigo.

—No… —murmuró—. Tú también, no.

No hubo tres carcajadas. No hubo respuesta. Solo silencio.

22

Te mataré —susurró Amareth.

El Filo de Cronos brillaba en su mano regando de oro el pequeño edificio de piedra. Ralentizó el tiempo, para que el devorador abisal al que se enfrentaba no tuviese oportunidad. Con un grito, le clavó la espada en el cráneo y la criatura se derrumbó chillando como un cerdo. Amareth arrancó el Filo y lo envainó. En cuanto lo hizo, el brillo dorado se esfumó y todo el cansancio le sobrevino de golpe. Se tambaleó hasta que su espalda dio con una pared y se dejó caer. Respiraba agitadamente y las manos le temblaban. ¿A cuántos había matado ya?

Miró hacia la puerta derruida, unas catorce criaturas de la Sombra languidecían allí llenando el suelo con su sangre oscura. No habían dejado de intentar darle caza desde que llegase a la Torre de Ónice. Por la magia crepitante, el paisaje había cambiado. El bosque había ardido, del pueblo que se había construido a su alrededor no quedaban más que ruinas humeantes y lo peor era el ruido. El sonido de jóvenes estudiantes yendo y viniendo había sido sustituido por los gritos y aullidos de criaturas. El Velo se había rasgado y la Sombra se cernía sobre el plano material, Cadeus había creado un lugar entre planos.

Amareth respiró profundamente intentando calmar sus nervios, se miró a las manos y las vio más arrugadas y más llenas de manchas. Suspiró con desgana. Miró de reojo el mango de la espada y maldijo para sus adentros el día que había decidido robarla. Había estado tan ciego, tan lleno de ira, que no había pensado en las consecuencias.

«No es momento de lamentarse», pensó.

Se puso en pie haciendo acopio de voluntad. Escaló la montaña de cadáveres aglomerados en la entrada y miró al exterior. Había llegado hasta la villa bajo la Torre después de atravesar el infestado bosque quemado. Había acabado en aquel granero acorralado y teniendo que luchar con todas sus fuerzas para sobrevivir. Aún con todo, seguía oyendo el aleteo y los gorgojos de criaturas en el exterior. La batalla estaba lejos de terminar y estaba solo. Ni rastro de La Academia. Bendita su suerte.

Salió al exterior, en sigilo se adentró por las callejuelas de la villa. Esquivó a las criaturas que pudo y se escondió de las que

sobrevolaban el cielo agazapándose bajo los tejados. El lugar estaba plagado. Devoradores abisales, murciélagos de sangre, arañas del Estigio, una plétora de pesadillas para cualquier Cazador. Todos aquellos seres debían de estar viniendo de alguna parte, un portal tenía que estar desgarrando la realidad entre los dos planos.

«Necesito una posición elevada.»

Se adentró en una casa de dos pisos. En su interior encontró dos enormes gusanos, del tamaño de un hombre corpulento y obeso, que se restregaban contra las paredes dejando un haz de putrefacción tras ellos. Ahogó una arcada, dibujó tres runas *Fig* y proyectó un cono de fuego desde sus manos. Los gusanos murieron retorciéndose y desinflándose, sus estertores sonaron como flautas mal tocadas. Subió al segundo piso, buscó las ventanas que daban al exterior y fue mirando por cada una de ellas, buscando un patrón en el movimiento de los monstruos, un brillo, una fuente de magia. Algo que le determinase la ubicación del portal.

Vio algo, pero no lo que buscaba. La vio a ella. Al principio no se lo creyó, pensó que su mente le estaba jugando una mala pasada. Ni siquiera se parecía del todo, ¿estaba más joven? Su pelo había recuperado el color, pero reconocería ese rostro en cualquier parte. Se frotó los ojos y se fijó bien. Ella lo vio a él. Estaba en el tejado de una casa a no demasiada distancia. La muchacha se quedó congelada al verlo. El silencio que compartieron fue suficiente para entender lo que ocurriría a continuación. Amareth no necesitó una explicación al ver las dagas humeantes en las manos de la Adivina.

Algo había cambiado.

***

Ander estaba encogido sobre sí mismo en una habitación en penumbra. Apoyada en la pared descansaba la lanza. De vez en cuando sentía algo, como un susurro moribundo que emergía de ella, pero ya no sabía si podía fiarse de su propia percepción o su mente le estaba jugando una mala pasada. Había perdido a demasiada gente durante aquel viaje, pero no había pensado que podría perder a Gardebius. Sus almas estaba ligadas, ¿cómo podía haberse desecho el pacto? Se levantó la camiseta y miró la enorme cicatriz en su vientre. Aunque fuese movido por puro egoísmo, Gardebius le había salvado la vida, le había dado una segunda oportunidad. Una oportunidad de arreglar todo lo que estaba mal, y

ahora se había ido y con él su magia. Se acarició la cicatriz y suspiró con desanimo. Volvía a ser solo un Clama Tormentas, aunque daba igual, al fin y al cabo, estaba atrapado en aquella maldita mansión.

La puerta del cuarto se abrió, un haz de luz se filtró desde el pasillo iluminando la penumbra. Elena pasó al interior y cerró. Sin decir nada, se acercó hasta él y tomó asiento a su lado sobre la alfombra. Compartieron el silencio durante un buen rato. Ella se relajó y apoyó la cabeza en el hombro de él.

—Están siendo unos días extraños, ¿eh? —murmuró con temor a espantar la penumbra y la quietud de aquel instante.

—Tengo la sensación de haberme adentrado en una tormenta que no acaba nunca —contestó Ander—. Cuanto más entro, más fuerte es el aguacero y más me cuesta respirar.

—Toda tormenta tiene su final, las nubes se despejan y el sol siempre vuelve a brillar.

—Me da miedo no poder detenerla —murmuró él a media voz —. Me da miedo que las nubes tapen el sol para siempre.

Elena apoyó una mano sobre la pierna de él, el contacto de la Oniromante le ayudó a relajarse. Respiró hondo y ahogó las ganas que tenía de llorar pensando que no podía permitirse ni un atisbo de debilidad o no conseguiría salir de todo aquello.

—La tormenta nunca es eterna —dijo ella despegándose de su hombro y mirándole—. Y eso deberías saberlo tú mejor que nadie, Clama Tormentas.

Ander tragó saliva con fuerza, de pronto fue consciente de lo cerca que estaba Elena. Los labios de ambos separados por apenas centímetros. Todo se esfumó de su cabeza por un momento, todo pensamiento, toda la angustia, todo el dolor. Por un instante, solo quedó la habitación a oscuras, ella y esos labios. Por mucho que hubiese perdido por el camino, al menos a ella la había salvado.

—Elena… yo…

La Oniromante le puso un dedo en los labios para mandarlo callar.

—No quiero que me digas nada. No te disculpes por haberme metido en esto, no me confieses tu amor —ella hablaba con dulzura, pero estaba llena de determinación—. Quiero que te pongas en pie y dejes atrás el dolor por mucho que cueste, quiero que te las ingenies para sacarnos de aquí, para ir a la Torre de Ónice, salvar a tu madre y hacer pagar a ese cabrón por todo lo que nos ha hecho. Necesito que seas Ander, el Ander cabezón que siempre he conocido, el Clama Tormentas. Y solo, solo, cuando todo

esto acabe, tú y yo ajustaremos cuentas.

Ander ahogó un par de lágrimas y sonrió con los labios apretados. Asintió. Los nervios le hicieron ponerse en pie y empezar a pasear por la habitación de un lado a otro.

—Tienes razón —dijo—. Todavía tengo mucho que hacer. Salvar a mi madre es por lo que empecé todo este viaje y ahora… ahora también tengo que salvarlo a él.

—¿A Amareth?

Ander negó.

—A Kalan —decir aquello fue como quitarse un peso de encima —. ¡Tengo que salvar lo que queda de mi familia! Por Evan.

Ella sonrió y también se puso en pie. Era increíble lo fuerte y llena de determinación que parecía a pesar de estar consumida por las experiencias de los últimos días. Todavía se acordaba del momento en el que se había acercado al salón y la había escuchado reír. ¿Cómo podía alguien reír después de la muerte de su madre? ¿Cómo podía alguien ser tan fuerte?

El salón.

—¡El mayordomo! —gritó Ander, de pronto.

—¿Qué?

—¡Me dijisteis que un mayordomo os había llevado al salón donde me esperabais!

—Así es.

—¡Por la magia crepitante! ¿Dónde está? Seguro que sabe como salir de aquí.

—¡Eso es!

Ander se dirigió envarado hacia la puerta, el corazón le iba a mil por hora. De pronto, Elena le cogió de la muñeca y le obligó a darse la vuelta. Él se quedó quieto, observando a la Oniromante con cara de confusión. Ella se lanzó. El beso pilló tan por sorpresa a Ander que tardó varios segundos en dejar de ser una estatua humana. Le devolvió el beso mientras las sienes le palpitaban y el corazón se le aceleraba todavía más. La cogió de la cintura y la atrajo hacia sí. El beso fue como una marea, subía de intensidad sin nada que pudiese detenerlo. Los dos habían ansiado aquello, lo llevaban ansiando desde hacía demasiado tiempo como para seguir conteniéndolo. Ander enterró los dedos en la melena castaña de ella y la retuvo con dulzura. Ella apretó las manos contra su espalda. Ander no hubiese querido que acabase, pero ella finalmente lo separó. Las miradas de ambos se volvieron huidizas, el sonrojo era más que evidente.

—Vamos —dijo Elena—. Salgamos de aquí.

***

Agus se les unió mientras marchaban por la casa. Abrieron cada puerta, registraron cada rincón, hasta que finalmente dieron con el mayordomo. El hombre, espigado y viejo, estaba en la biblioteca limpiando el polvo, parecía por completo ajeno a que un escudo se hubiese levantado alrededor de la mansión encerrándolo en una dimensión de bolsillo. Los oyó llegar, dejó el plumero a un lado y los encaró. Su cara era flemática, carente de todo sentimiento a excepción de una pequeña mueca que revelaba que llevaba unas horas esperando aquel momento.

—Tenemos que hablar —dijo Ander mientras se acercaba seguido por Elena y Agus.

—Sé lo que me van a pedir —cortó el mayordomo antes de que pudiesen continuar—. El señor ha activado las defensas de la casa, así que nadie entra o sale. No tengo nada más que añadir, ahora si me dejan seguir con mis tareas.

—Ni lo sueñes —masculló el muchacho—. O nos dices cómo salir de aquí o esto va a acabar muy mal.

El mayordomo ni se inmutó ante la amenaza. Alzó un poco la barbilla y los miró con desprecio.

—Nada de lo que puedan hacerme me hará hablar, soy fiel al señor de la casa.

Ander rugió y con un gesto rápido dibujó la runa *Raik*. Colocó la palma sobre la runa y miró fijamente al hombre.

—¿Estás seguro de que esas son tus últimas palabras, viejo? —amenazó.

El mayordomo asintió y alzó el rostro para mirarlo de forma despectiva.

—Sí.

Ander se dispuso a activar el sortilegio, pero una mano lo detuvo. Elena dio un paso al frente y le guiñó un ojo disimuladamente.

—Disculpa el ímpetu de mi amigo —dijo—. Resulta que la situación nos tiene a todos un poco al límite y no es para menos, una batalla está a punto de desatarse en la Torre de Ónice y Orien… mi padre…está en peligro.

El mayordomo recibió la noticia con una entereza encomiable, pero aún así sus defensas se resquebrajaron un poco. Ander sonrió para sus adentros.

—Intuyo… —continuó la Oniromante—…que a falta de mi padre, el liderazgo de la casa y sus terrenos pasa a su única hija.

¿Me equivoco? Sería una falta de protocolo si no fuese así…

—Desde luego —añadió Agus dando también un paso al frente —. Una falta absoluta e imperdonable de protocolo.

—Sí —dijo también Ander—. Pero no seáis tan duros con nuestro amigo, estoy seguro de que jamás traicionaría el protocolo y rendirá cuentas ante la nueva señora de la casa.

El mayordomo arrugó la nariz y frunció el ceño con gesto de disgusto, los miró de uno en uno como los niños impertinentes que debían parecerle. Detuvo su mirada en Elena.

—No vais a engañarme con una trampa tan estúpida —masculló entre dientes—. Pero si el señor Orien corre peligro…

—Más que peligro —aseguró ella—. Se ha metido en la boca del lobo sin saberlo, o nos dejas paso o de verdad me convertiré en la señora de esta casa y dejaré que Ander te ningunee durante el resto de tus días.

—Puedo ser muy imbécil.

—Confirmamos —añadió Agus sonriente.

El mayordomo suspiró con desgana y se frotó los ojos con gesto cansado.

—Muy bien, os enseñaré donde está el portal de salida, ¿dónde queréis ir?

Hubo un momento de silencio. Los tres jóvenes se miraron.

—No iremos directamente a la Torre —contestó Ander—. Acabaríamos atrapados en la trampa de Cadeus.

—¿Entonces?

—Tenemos algo que hacer antes de ir —miró a Elena con intensidad—. Debemos celebrar un funeral por tu madre antes de que la magia se estanque.

El rostro de ella se retrajo en un gesto de dolor.

—Y yo debo prepararme, también hay que dejar a Agus en casa…

—Eh, eh, eh —interrumpió el chico regordete—. Ni se te ocurra pensarlo, yo estoy tan dentro como vosotros.

—No hay nada que puedas hacer, Agus —susurró Ander, preocupado—. Todo esto…

—No vas a echarme a un lado, Ander —el muchacho se puso firme e hinchó el pecho—. Mis ideas pueden ser más que de ayuda, por lo que sé, todos aquí hemos sobrevivido al ataque de Cadeus. Estamos en esto, juntos.

Ander suspiró, miró a su amigo sabiendo que no podría decir nada que le hiciese cambiar de opinión. Asintió. Agus dio un salto de alegría.

—¿A dónde entonces? —preguntó el mayordomo de mala gana.

—La antigua casa de Orien, ¿podríamos ir ahí?

El mayordomo asintió con los ojos entrecerrados.

—No sería la primera vez que el maestro se acerca a visitarla.

—Nunca nos ha visitado —dijo Elena.

—No se deja ver.

Sin dejarle continuar, el mayordomo les pidió que le siguieran. En un lugar de la biblioteca, oculto de miradas indiscretas, había un espejo con runas grabadas en su marco. Actuaba como la puerta de un Custodio, solo se abría ante las personas adecuadas. El mayordomo abrió el camino y un umbral de crepitante energía azul sustituyó el cristal. Ander miró a Elena y a Agus. Aunque no le hiciese gracia ponerlos en peligro, tenía que reconocer que se sentía mucho más seguro ahora que ellos estaban con él.

Fue el primero en dar un paso hacia el portal.

23

El aire arrastraba nubes de tormenta hacia el norte. Hacia la Torre de Ónice. Ander respiró con intensidad y se dejó embriagar por el olor de su hogar, por el olor del mar chocando contra las rocas y la humedad perpetua. Se acercó hasta los restos quemados de la que había sido su casa, se agachó y posó una mano sobre ellos. Aunque estaban fríos, a él le pareció notar todavía el calor de aquella noche, el del fuego sobre su espalda. El calor ardiente que había significado la certeza de la muerte.

Kalan le había salvado la vida.

—Abriste un portal que solo tú podías abrir —susurró a la nada —. Y luego me mentiste. Te dije que no estabas, pero lo cierto fue que llegaste poco después de que empezase el ataque. ¿Nos vigilabas, verdad? Siempre estuviste ahí… demasiado avergonzado para salir a la luz. Estúpido.

Una lágrima traicionera bajó por la mejilla del Clama Tormentas. Deseó seguir teniendo el poder de Gardebius para mandar un mensaje mágico, pero ya no había nada en su interior. A veces le parecía seguir oyendo un susurro, pero había empezado a achacarlo a su propia imaginación. El súbito silencio en su cabeza era… raro.

—Acabemos con esto —dijo poniéndose en pie.

Se acercó a lo único que había sobrevivido al incendio. Un coche que languidecía a un lado, lleno de hollín y polvo, pero entero. *Atronador*. Ander sonrió, no tenía llaves, pero tenía otros trucos. Reventó la ventana con el codo, limpió los cristales y se coló en el interior. Kalan, en su eterna mala influencia como hermano mayor, le había enseñado a hacer un puente al coche de su padre, un viejo Renault Megane que había languidecido en el porche de la casa durante años. Evan no lo usaba y siempre le negaba a Kalan la posibilidad de bajar a la ciudad con la tartana, pero su hermano, que tenía sus propias ideas, había aprendido a hacerlo funcionar sin llaves.

—Te enseño esto porque es una habilidad más, como la magia o el ligar con las chicas —le había dicho mientras se metían en el Renault—. Puede que esté mal visto, pero hacerle un puente a un coche puede salvarte la vida algún día y… ¿qué clase de hermano sería yo si te condenase por no enseñarte lo que sé?

Ander recordó con perfecta nitidez la sonrisa que había asomado en los labios de su hermano, esa sonrisa pícara que traía de cabeza a varias chicas de La Academia. Puso a prueba las lecciones de su hermano mayor y el coche arrancó tras varios quejidos. Le dio unas palmadas en el salpicadero.

—Bien, *Atronador*, estamos de vuelta en el juego —dijo.

Metió primera y el Seat Ibiza rugió con la intensidad de una tempestad constipada.

***

La pira estaba lista. La runa *Onira* estaba dibujada en el suelo. El cuerpo de su madre descansaba sobre las maderas, las manos cruzadas sobre el pecho, los ojos cerrados y una expresión de paz en su rostro. Elena no había derramado más lágrimas. Al final, su madre siempre había vivido sin vivir, quizás la muerte le permitiese descansar por fin.

Agus estaba a su lado, le había ayudado en silencio durante todo el proceso, como hiciese cuando intentaban contactar con Ander. El muchacho era entregado, eso no podía recriminárselo.

—Gracias —le dijo rompiendo el silencio expectante—. Por todo, Agus. Siento haberte mezclado en asuntos tan peligrosos.

El chico le quitó hierro al asunto con un gesto de la mano.

—¿Bromeas? ¡Estoy rodeado de magos y brujas de verdad! Es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—No todo es tan bonito en el mundo mágico, Agus —dijo ella mirando a la pira—. Nos ocultamos por algo, la verdad tras el Velo rompería las mentes de la mayoría de mundanos.

—¿Te crees que no lo sé? —contestó él, terco como una mula—. Te recuerdo que una especie de pescado de dos metros con patas me metió en su boca y estuvo a punto de devorarme, pero donde hay horrores de pesadilla, también hay milagros inconmensurables. Quiero verlo todo.

—Pues estás a punto de presenciar las peores pesadillas de este mundo…

Un rugido interrumpió la conversación. Ander había llegado montado en la tartana que el trataba como si fuese el mejor de los coches deportivos. Hombres. Sin apagar el motor, se bajó y se acercó hasta ellos.

—No puedo apagarlo —informó—. Tengo miedo de que no me

vuelva a salir el puente.

—¿Has tenido que trucar tu coche? —preguntó ella alzando una ceja.

Ander se encogió de hombros.

—Las llaves se quemaron.

En seguida, Elena se sintió mal por haber preguntado, pero él se acercó hasta ella y le pasó una mano por encima del hombro. El contacto fue reconfortante, como un bálsamo que aliviase las heridas. Contemplaron la pira en silencio por un instante antes de que ella diese un paso al frente, cogiese una antorcha improvisada y usase un mechero para encenderla.

—¿No había una forma un poco más mágica de encenderla? —preguntó Agus.

Elena puso los ojos en blanco, Ander se rió por lo bajo. Ninguno le contestó. La Oniromante se acercó a la pira y colocó la antorcha en la parte de abajo donde habían colocado carboncillos. El fuego tardó en pasar a la madera, pero poco a poco se fue cogiendo. Los tres muchachos contemplaron el ardiente ritual en silencio. Cada uno sumido en sus propios pensamientos, en sus propios demonios.

Llegó el momento en el que las lenguas de fuego lamieron el cuerpo de la Oniromante. Mientras su cuerpo se quemaba, chispas de magia emergieron de ella y se elevaron al cielo como cometas que quisiesen volver a su hogar. El bosque se iluminó de azul por aquellas estrellas fugaces. Agus suspiró sorprendido.

—Te lo dije —susurró con los ojos encendidos por la emoción—. Veremos milagros.

***

Elena salió de su casa y corrió hasta el coche que la esperaba rugiendo en la entrada. Se subió al asiento del copiloto y miró a Ander, el muchacho le devolvió la mirada. Ella sonrió y sacó algo de su bolsillo. El Clama Tormentas se encogió en el asiento al ver los palillos de jade que su madre solía usar para sujetarse el pelo y su propio colgante.

—Sobrevivieron —dijo la Oniromante—. Igual que Iris lo hará, es una mujer dura como pocas.

Él no dijo nada, pero intuyó que la gratitud podía verse reflejada en su rostro. Extendió la mano, cogió los palillos y el colgante, los primeros los guardó en el bolsillo, el segundo se lo pendió del

cuello.

—Muy bien, ¿hacia dónde? —preguntó Elena.

—La Torre Ónice está entre los Pirineos, son unas dos horas —dijo Ander metiendo la primera—. Pienso hacerlo en una. El lugar está bien escondido, pero recuerdo la primera vez que mi padre me llevó. Además… creo que notaremos las perturbaciones mágicas en el lugar.

—¡Tengo una pregunta! —anunció Agus desde el asiento de atrás—. Si los dos sois uniruna o como se diga, ¿por qué Elena no fue a esa Torre?

—Los unirunas no están obligados a ir a las torres si sus habilidades no son peligrosas —explicó Elena y añadió con cierto retintín:— por supuesto, Oniromantes, Adivinas y Sanadores no tienen ninguna obligación de ir, algunos dirían incluso que ni se les espera.

Ander salió del camino de tierra, el coche trotó mientras se adentraban en la pequeña carretera que unía sus casas apartadas de todo.

—Eso no es del todo así —replicó Ander—. Todo miembro de la comunidad mágica es más que bienvenido en las Torres, la educación básica es fundamental para no causar problemas manejando poderes que no entiendes.

Elena le posó una mano en la pierna.

—Si tú lo dices.

—¡Es verdad! La Academia es la que pone trabas a los uniruna, por decirlo de forma suave.

La Oniromante no se dio por satisfecha con las respuestas del muchacho, se giró en el asiento para encarar a Agus.

—Diga lo que diga, no le creas —susurró—. Los cierto es que en las Torres se trata con bastante desprecio a los de nuestra clase, mi madre se negó a enviarme a ellas después de contarme como fueron sus años. Iris también lo sabe, algunas veces las oí hablar de aquellos tiempos.

Ander fue a replicar, pero la mención de su madre le hizo guardar silencio. No podía negar aquellas palabras. Evan recordaba con cariño sus años en las Torres, Iris no tanto.

—Lo único bueno que saqué de aquel calvario fue conocer a tu padre —decía siempre.

—No volveré a preguntar —dijo Agus—. No quiero causar problemas en el paraíso.

A Ander le dio un vuelco el corazón y miró a Elena a través del retrovisor, la Oniromante apartó la mirada mientras las mejillas se

le ponían rojas como dos tomates. A aquella frase siguió un silencio incómodo que se prolongó durante minutos. Solo podía escucharse el rugir lastimero de *Atronador*. Sería un milagro si aquella tartana les llevaba hasta su destino, pero Ander confiaba plenamente en su coche.

—¡Por cierto! —exclamó Agus mientras se incorporaba en el asiento y asomaba por el medio de la pareja—. ¡Tenemos que parar un momento en mi casa! Mi madre se estará preguntando muchas cosas.

—¿No tienes el móvil? —le preguntó Ander.

—¿Lo tienes tú? Se lo comió un pez con patas.

—Hagámoslo rápido.

Ander condujo por el camino habitual, un camino que había hecho cientos de veces hasta la casa de su mejor amigo. Allí él le puso una excusa a su madre de que se iba de acampada con los dos. Unos cuantos besos en la mejilla después y con una mochila a la espalda Agus volvió al coche. Ander arrancó de nuevo.

—¿Qué llevas ahí? —inquirió.

Agus abrió la mochila provocando un suave tintineo. Empezó sacando un cinturón lleno de estacas, para a continuación completarlo con pequeñas botellas de agua bendita, una daga de plata, una biblia y un crucifijo.

—¿Por qué tienes todo eso? —preguntó Elena sorprendida.

—Para ahuyentar a los vampiros y los hombres lobo, obviamente.

Elena suspiró entre incredula y molesta.

—No vamos a enfrentarnos a vampiros y hombres lobo, Agus.

—De hecho… —interrumpió Ander—…es cierto que no, pero hay criaturas de más allá del Velo a las que la plata puede hacerles daño. Las leyendas salen de alguna parte.

—¡Ja! Lo sabía.

—Muy bien, pues dejemos que el mundano cargue en primera línea contra Cadeus —soltó Elena—. Tiene una daga de plata, la batalla está ganada.

Ander apretó los dientes y las manos sobre el volante de forma inconsciente.

—No, obviamente no. Ya os he puesto demasiado en peligro. A partir de ahora vais a tener que seguir mis indicaciones y dejarme la lucha a mí. No podré concentrarme en la pelea si estáis en peligro.

—Primero lleguemos a la Torre, después el plan —le dijo Elena acompañando sus palabras de un gesto cariñoso—. No sabemos que nos encontraremos allí y, Ander, creo que hablo por los dos cuando

digo que estamos dispuestos a todo.

—No necesito que lo deis todo, necesito que sobreviváis.

Al decir aquello, Ander sintió más que nunca el silencio en su interior, el vacío que se había instalado en su pecho tras las últimas palabras de Gardebius. Miró por el retrovisor, la lanza, o el intento de ella, estaba en los asientos de atrás junto a Agus.

«La…única…», le pareció escuchar un susurro en su cabeza y pegó volantazo. A punto estuvieron de salirse de la carretera, pero rectificó el rumbo mientras el coche tocaba el arcén. Elena gritó y se agarró al salpicadero. Agus se balanceó como un muñeco en el asiento de atrás porque no llevaba el cinturón.

—¿Qué ha sido eso? —gritó la Oniromante.

—Nada —cortó Ander—. Nada, me ha parecido… da igual, sigamos.

Miró de nuevo por el retrovisor. La lanza se había movido y ahora el relieve de lobo caía de forma que parecía que le estuviese devolviendo la mirada.

***

Activó la runa. La honda de energía destrozó la puerta de otra casa y se coló en el interior. Detrás de él escuchó los rugidos y aullidos de las criaturas que seguían a Inara. Amareth se abandonó a lo que él llamaba el impulso del Cazador. No se daba tiempo a pensar su próximo movimiento, actuaba por instinto, su mente llena de adrenalina y su cuerpo impulsado por varios sortilegios le dirían a donde tenía que ir. Examinó la habitación en la que había entrado en un solo segundo, corrió hacia una ventana rota y saltó por ella. Dio a un callejón, otro conjuro de empujón enfocado hacia el suelo lo elevó por el aire en un salto sobrehumano. Aterrizó en uno de los tejados y volvió a buscar.

La grieta. Magia podrida. Magia negra. Brillo rojo. ¿Dónde?

Las criaturas que lo seguían entraron en tropel en la casa que acababa de abandonar, pudo escuchar sus rugidos, el destrozo que hicieron en el interior. Dos murciélagos de sangre que sobrevolaban la calle lo vieron y aullaron, el resto de criaturas respondieron al aviso y se lanzaron como una marea de garras y dientes al callejón. Amareth no esperó. Salió corriendo, uso de nuevo el sortilegio de empuje para saltar de un tejado a otro y lo siguió haciendo mientras avanzaba por los desvencijados edificios del pueblo.

Uno de los murciélagos, grande como un mastín, llegó hasta su altura. Los dientes de la bestia chirriaban mientras intentaba morderlo. El Cazador se detuvo un instante, no podía seguir abusando del Filo o todo acabaría, así que tuvo que recurrir a un conjuro que llevaba mucho tiempo sin usar. *Idra*, arma. *Canac*, poder. Creciente apareció en sus manos, su espada de los tiempos en los que había sido Kalan el Cazador. Un golpe bastó para hendir la carne del murciélago y hacerlo retroceder chillando de dolor. El segundo cayó desde el cielo. Amareth dio un salto para esquivar el golpe y luego tajó con su arma el pecho de la bestia. Un borbotón de sangre negra salpicó el tejado. La bestia no se rindió y lanzó dos dentelladas que no hendieron más que el aire. El Cazador se movía a una velocidad endiablada, impulsado por conjuros, fortalecido por ellos. Atacó a las alas. No quería enzarzarse en una pelea, no quería purgar al mundo de aquel ser, solo quería tiempo. Las membranas correosas se partieron como telas al contacto de su espada. El murciélago gritó. Dos devoradores abisales llegaron al tejado, los truenos resonando en sus gargantas.

«Mierda.»

Amareth volvió a correr mientras rayos arrancaban las tejas del lugar en el que había estado un segundo atrás. Saltó de un tejado a otro impulsado por la magia. Esquivó rayos y siguió manteniendo a las criaturas a una distancia prudencial, aún con todo, su mente seguía trabajando buscando un brillo rojo, una perturbación en la realidad, cualquier cosa que le indicase la ubicación de ese portal.

Lo vio.

—¡¿Cuánto más vas a seguir corriendo, cobarde?! —la voz de Inara hizo que se detuviese un momento.

Se giró. La Adivina estaba unos tejados por detrás, varias criaturas se reunían a su alrededor como perros obedientes. Definitivamente estaba más joven, aunque sus ojos verdes denotaban una dureza que contrastaba con el resto de su aspecto. Era como si todo su cuerpo se hubiese curado, pero sus ojos no hubiesen podido librarse de las cicatrices.

—Tú no me importas, niña —masculló Amareth—. Estoy aquí para detener a tu maestro.

—Él no es mi maestro —Inara acompañó sus palabras de un gesto con la mano y una de las dagas de sombra apareció en ella—. Y tú no vas a ninguna parte.

—Puede que ahora tengas algunos poderes —dijo el viejo hechicero mientras dibujaba varias runas a su alrededor—. Pero estás lejos de conocer todos los trucos.

Activó el sortilegio y una explosión de luz lo inundó todo. Los gritos de las criaturas se extendieron en todas direcciones. Amareth se dispuso a salir corriendo, pero la luz tras él se deshizo engullida por una riada de sombras. Inara apretaba el puño con fuerza, de entre sus dedos surgía la oscuridad que devoraba la luz.

—¿Ibas a alguna parte?

—Una Teje Sombras…—murmuró el viejo, sorprendido—…muy bien, sígueme si puedes.

Amareth lanzó otro conjuro de empujón hacia abajo y salió volando de nuevo por encima de los tejados. Inara y las criaturas volvieron a correr en su busca. Amareth alzó la mirada hasta lo alto de la Torre de Ónice, allí, entre los puntiagudos picos de la torre un brillo rojizo delataba la magia oscura. Ese era su destino y todo lo demás daba igual. Si cerraba el portal, al menos La Academia tendría una oportunidad.

24

La última vez que Ander pisase la Torre de Ónice tenía dieciséis años, se había pasado desde los trece estudiando la, en su opinión, aburrida teoría rúnica. Muchas horas dedicadas a aprender runas que él mismo no podría utilizar jamás. Los chavales que eran hechiceros completos no tenían ningún miramiento en recordarle a cada momento que era un uniruna, pero él, siendo él, no se dejaba pisar y contraatacaba. Ser un Clama Tormentas tenía sus ventajas y es que no todo hechicero sabía manejar los elementos, pero para él era tan natural como el respirar.

En aquellos tiempos se había hecho amigo de un Crea Cenizas ruso y ambos se habían cubierto las espaldas. Recordaba la sensación de que el mundo jamás olvidaría lo que él era y sentirse mal por ello, pero no todo habían sido malos tiempos en aquella Torre. También recordaba las meriendas bajo los cedros del bosque, las escapadas nocturnas a la villa cercana, los otros unirunas de todas partes del mundo con los que había forjado una amistad.

Por todos esos recuerdos fue que el estómago se le encogió cuando el coche ascendió la colina y pudo ver por fin el infierno. El bosque, quemado. La villa, infestada. La Torre, corrupta. Cientos de criaturas voladoras surcaban el cielo del lugar, sus chillidos se escuchaban desde la distancia tan claros como si estuviesen al lado. El cielo estaba encapotado y un brillo rojizo de magia corrupta lo cubría todo como un manto. Escarlata y gris. Fuego y tormenta. Aquello era el infierno desatado en la Tierra.

—¿Qué…? —Agus no pudo ni terminar lo que fuese a decir, las palabras se le atragantaron al mirar por la ventana.

—Cadeus —masculló Ander.

Imprimió tanta rabia en aquel nombre que casi se hizo daño al pronunciarlo.

—¡Allí! —Elena señaló un punto sobre la colina.

Un grupo de figuras reunidas junto a carpas. La Academia. Ander aceleró y *Atronador* lanzó un quejido. El pobre coche llevaba funcionando a demasiadas revoluciones la última hora y media y aún así aguantaba. Ander envidiaba su resiliencia. Derraparon junto al grupo de carpas, unos hechiceros se acercaron con precaución. Ander, sin apagar el motor, salió del coche con las manos en alto.

—¡Soy Ander Nuévalos! —se presentó—. Tengo que hablar con

el Consejo.

Los dos hechiceros se miraron entre ellos con gesto de duda.

—¡Por la magia crepitante! ¡No tenemos tiempo!

Uno de los hechiceros dibujó unas runas y las unió. Ander reconoció el conjuro al instante, comprensión idiomática. El hechicero se lo enlazó al Clama Tormentas.

—Soy Ander Nuévalos —repitió sabiendo que ahora, hablasen el idioma que hablasen, lo entenderían—. Tengo que hablar con el Consejo, ¡ya!

—Ve —ordenó uno de los hechiceros al otro.

El que salió corriendo llevaba una gabardina con el emblema de los Cazadores bordado a la espalda. Ander no hizo mueca alguna, en otro tiempo hubiese deseado vestir aquel uniforme. En aquellos momentos, no podía importarle menos. El Cazador que se había ido volvió al poco y le hizo un gesto para que le siguiesen. Elena y Agus salieron del coche, el Clama Tormentas pensó en pedirles que abandonasen, en decirles que habían hecho suficiente, pero sabía que no serviría de nada. Así que dejó que se pusiesen a su lado, Agus le extendió la lanza. Ander la agarró con fuerza y avanzaron juntos.

En el centro del campamento había una tienda de mando con los estandartes de las tres Cámaras y el de La Academia hondeando frente a la entrada. Los Cazadores que la custodiaban observaron al trío con gesto de incredulidad, pero les dejaron pasar. El interior era el propio de un estado de emergencia como aquel, gente gritando, personas tomando notas, mensajeros entrando y saliendo, los tres representantes de las Cámaras discutían sobre el plan de acción, Orien estaba con ellos. El padre de Elena abrió mucho los ojos al verlos entrar, Ander le sonrió con malicia. Poco a poco, las discusiones se fueron apagando y todos los ojos se centraron en ellos tres.

El jefe de la Cámara de Custodios frunció el ceño.

—Tú… —murmuró señalando a Ander—. ¡Te conozco!

—Sí, señor —dijo Ander alzando la voz—. Fui el que le atacó en su despacho.

El Archicustodio dio un paso al frente.

—¡¿Y tienes la osadía de presentarte ante este consejo?! ¡Debería mandarte ejecutar! —gritó—. ¡Encima usas el apellido de los Nuévalos! ¿Qué clase de broma es esta?

—No es ninguna broma, señor —contestó Ander tragándose toda la rabia que sentía en aquel momento y agachando la cabeza—. Soy Ander, hijo de Evan.

Aquellas palabras despertaron algunos susurros entre los presentes. La directora de la Cámara de Cazadores lo observó con curiosidad.

—Mi historia es larga de contar y, por desgracia, no parecemos tener tiempo…

—¡Este chico se transformó mientras me atacaba! —le interrumpió Percibald para dirigirse a todos los presentes—. ¡Ha forjado un pacto con algún tipo de criatura!

—El segundo hijo de los Nuévalos era un uniruna, ¿me equivoco? —inquirió la Gran Cazadora, era un mujer esbelta que lucía con orgullo su gabardina y sus galones.

—Así es, señora —contestó Ander alzando la barbilla—. Soy un Clama Tormentas

Ella soltó una carcajada.

—Percibald, ¿un Clama Tormentas se coló en tu despacho y te venció?

—No me venció —masculló el hombre retrocediendo un poco—. Lo tenía contra las cuerdas, pero desapareció sin dejar rastro.

—Ya… ya…

—¡Suficiente! —el tercer representante dio un paso al frente, el Mago Supremo, el líder de la Cámara de la Alta Magia, un hombre viejo y desgastado—. Dejad esta riña para otro momento, chico, ¿por qué has venido? ¿Qué tienes que contarnos? Como veras estamos muy ocupados.

—Me temo que tengo que contaros demasiado, señor —continuó Ander—. Cadeus, el que ha hecho todo esto, ya me he enfrentado a él.

—Orien ya nos ha informado de lo que necesitamos saber —informó el Mago Supremo, Elena dio un respingo y fijó la mirada en su padre—. Y no tenemos tiempo para esto, hay rehenes dentro de la Torre y un portal que no debería haberse abierto jamás, así que…

—Disculpe, caballero —todo el mundo guardó silencio cuando Agus dio un paso al frente y mandó callar al Mago Supremo—. Creo que no está entendiendo la situación, Cadeus es un peligro, uno muy real y aquí, en toda esta sala, el único que se ha enfrentado a él no una, sino dos veces, es Ander. La segunda vez incluso logró herirlo y nos salvó la vida a Elena y a mí. Puede que sea joven y un uniruna como decís, pero es la persona más valiente que conozco. Se lanzó al peligro sabiendo que caía en una trampa solo para intentar salvarnos la vida. Creo que merece ser escuchado.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Percibald con gesto de asco.

—Agus.

—¿Hijo de…? ¿Hechicero, uniruna?

—Normal. Hijo de mis padres.

Ander se dio una palmada en la cara. Las palabras causaron una conmoción más que visible en la tienda. Percibald miró con todavía más asco a Ander, la Gran Cazadora volvió a reírse y el Mago Supremo se quitó las gafas y se frotó los ojos. Aquello no estaba saliendo tan bien como había pensado.

—¿Has mezclado a un mun…?

—Señor —interrumpió Ander—. Con todo el respeto, no tenemos tiempo para esto. Que se me castigue luego por lo que he hecho, por forjar un pacto con una criatura, por mezclar a un mundano y por robar el inventario de la Cámara de Custodios, aceptaré el castigo que se me imponga. Pero ahora, Kalan, mi hermano, está en algún lugar de ese infierno luchando por su vida y Cadeus pretende desatar las cadenas de lo que sea que se esconde en Ter Valax.

—¿Kalan? —la Cazadora frunció el ceño—. ¿Sigue vivo?

—Así es, señora. Blande el Filo de Cronos y está luchando con uñas y dientes, estoy seguro.

—Uno de los nuestros está ahí dentro —masculló ella tras asentir a Ander—. Deberíamos entrar.

—No podemos hasta que despejemos el camino —insistió el Mago Supremo—. El lugar está atestado, todas las criaturas deben de estar saliendo de un portal, tenemos que encontrarlo y…

—¿Entonces vamos a dejar que se quede? —interrumpió el Archicustodio—. ¿Un uniruna que se ha saltado todas las reglas de nuestro mundo?

El Mago Supremo volvió caminando hasta la mesa improvisada sobre la que descansaban papeles y un mapa ilusorio del terreno. Analizó la situación y asintió.

—El chico conoce al enemigo, su juicio se dará cuando todo esto acabe —afirmó con una férrea determinación—. Ahora pasa y cuéntanos todo lo que sabes.

***

Era precioso. Un desgarro en la realidad, negro como la noche sin estrellas y ondulante como un estanque golpeado por una piedra. Aquella oscuridad le provocaba calma, la misma sensación que uno siente al llegar a casa tras un largo y duro día. Ella estaba

allí detrás, esperando a su hijo pródigo, esperando para ser liberada de su cadenas tras años, milenios de encierro y dolor. Cadeus casi soltó una lágrima. Su obra por fin llegaría a su fin. Estaba tan cerca de poder dejar de oír aquella canción en su cabeza, de dejar de sentir la llamada de Ter Valax. Tras aquello solo habría silencio. No más dolor.

«Así que esto es… la entrada a Ter Valax», susurró con asombro una voz en su cabeza.

—Guarda silencio, por favor —insistió.

Ya era bastante complicado navegar por los impulsos de su propia mente, como para añadir una nueva voz. La criatura que ahora habitaba en su ser se rió con tres sonoras carcajadas y Cadeus apretó los puños.

«No soy de los que guardan silencio».

—Nuestro pacto llegará pronto a su fin, intenta no molestar hasta entonces.

La criatura no contestó más. Cadeus agradeció el momentáneo silencio. El devorador que lo acompañaba soltó el ataúd que portaba a su espalda a una orden suya. El pesado armatoste retumbó contra el suelo. Cadeus se acercó hasta el aparato y empezó a desprender sus cadenas una a una. Aquel artefacto sumía a los que viajaban en su interior en un estado de estasis cercano a la muerte, pero los mantenía con vida hasta que llegara el momento, además interrumpía cualquier tipo de comunicación con el exterior.

La última cadena cayó pesadamente al suelo. Abrió la tapa. Allí estaba Iris, dormida, con una expresión de paz dibujada en el rostro. Iba vestida todavía con la ropa de cama del día que la había secuestrado. Se había dejado las uñas arañando contra la tapa del ataúd durante las primeras horas antes de rendirse al sueño. Tenía la larga melena castaña pegada al cráneo, sucia y enredada. Su aspecto era terrible, aún así estaba bella como siempre.

Cadeus esperó hasta que abrió los ojos. La primera reacción de la Sanadora fue intentar salir, pero tanto tiempo ahí metida le habría dejado las piernas endebles. Se dio un batacazo contra el suelo y luego lo miró a él con rabia.

—Hijo de puta —rezongó—. ¿Qué me has hecho?

Cadeus se acuclilló.

—Hola, vieja amiga.

—Tú y yo no somos amigos, puto demente.

—Basta de insultos —ordenó él—. Necesito tu ayuda una última vez y espero que colabores.

Ella pareció darse cuenta de dónde estaban al fin, su expresión

mudó a la sorpresa al ver el portal que habían atravesado hacía tantos años. Incrédula negó con la cabeza.

—No puedes pretender que vuelva a entrar.

—Vas a hacerlo.

—Ni en un millón de años.

Iris intentó ponerse en pie, pero un gesto de dolor delató que sus piernas fallaban. Lo único que consiguió fue sentarse, pero le bastó para adoptar una pose desafiante ante él.

—Jamás te ayudaré a navegar por esa ciudad maldita —escupió al suelo—. Jamás.

—Tu hijo sigue vivo.

La noticia golpeó la determinación de Iris como un martillo.

—Y debo creerme que no le mataste, ¿no? Enfermo.

Él intentó controlar los tics a los que su cuerpo quería rendirse, pero intentar controlarlos solo lo hizo peor. Acabó abriendo y cerrando las manos de forma compulsiva. Aquella actitud le estaba sacando de quicio, pero tenía que controlar el tsunami de su interior o no conseguiría nada. Respiró hondo. Se llevó una temblorosa mano a la cicatriz en su rostro.

—Sigue vivo y es una molestia —reconoció él—. Esto me lo hizo Ander.

Iris sonrió.

—Si me ayudas, te prometo que él no sufrirá.

—Tus promesas no valen nada —la Sanadora extendió una mano a un lado y dibujó la runa *Tian*, un hilo de luz salió de la runa y empezó a sanar sus piernas.

Una runa curiosa *Tian*. Solo podían usarla los Sanadores o los Altos Magos, no había termino medio. O nacías con la posibilidad de conectar con esa runa o tenías que estudiar y trabajar hasta comprender los secretos de las conexiones a un nivel que pocos llegaban.

—Si no me ayudas voluntariamente —amenazó él bajando la voz—. Me obligas a tomar otro curso de acción.

—No hay nada que puedas hacer que me convenza de ayudarte, asesino.

Iris Salguero. Tal y como la recordaba. Fiera como una leona a pesar de ser la más cariñosa y amable del grupo. Una hermosa contradicción. Había querido darle una oportunidad por su pasado juntos, al fin y al cabo, ella no tenía la culpa de lo que había pasado. Pero ya era tarde.

Se levantó y un complejo círculo de runas apareció a su lado. Era un hechizo de control mental, una de las muchas cosas que

había aprendido en Ter Valax gracias a su maestra, una de las cosas que ni La Academia podía hacer. Activó el sortilegio e Iris se quedó quieta como una muñeca. El conjuro de sanación que tenía activo se deshizo. Los ojos de la mujer se vaciaron.

—Ven conmigo a Ter Valax —ordenó en un susurro.

Ella asintió de forma mecánica.

Cadeus sonrió. Ya solo faltaba la maldita Adivina. ¿Dónde se había metido?

***

La puerta de entrada explotó en mil pedazos. Amareth entró en la torre renqueando por el cansancio. El Filo de Cronos brillaba en sus manos, el tiempo iba más lento para todas las criaturas que lo acosaban, pero no para él. El precio estaba siendo alto. Sus manos, cada vez más arrugadas, temblaban incontrolablemente. Su visión se volvía borrosa a cada minuto que pasaba con la espada en la mano.

Miró a las escaleras. Un ascenso que no parecía tener fin en la enorme Torre de Ónice. Pensó en lanzar un sortilegio para volar, pero temía que aquello le dejase sin energía. Estaba realmente agotado, drenado hasta casi la última gota. Inara se había mostrado implacable en su persecución y las criaturas eran cada vez más poderosas, extraían su poder de la rotura entre el Velo y la realidad. Suspiró desganado. Miró atrás. Una docena de devoradores y siete basiliscos avanzaban hacia él a cámara lenta, estaban bañados por el haz dorado del Filo. Inara estaba más lejos, observando desde la distancia donde el arma no conseguía llegar, su mirada era feroz.

«Maldita cría», pensó Amareth, «quiere desgastarme.»

Apretó la mano sobre la empuñadura y, sin perder más tiempo, empezó a subir las escaleras. El camino fue eterno. Una odisea para su cuerpo viejo y ajado, para sus rodillas cansadas y sus piernas ancianas. Por la magia crepitante, estaba muy muy cansado, tanto que pensó en rendirse y dejarse caer. Pero no lo hizo, subió un escalón y otro más y otro más, cada paso más pesado que el anterior. Las bestias que lo seguían entraron a la Torre moviéndose todavía con una lentitud sobrenatural. Jamás lo alcanzarían mientras siguiese con el Filo activo.

Amareth gritó de dolor, pero también para despertar su cuerpo abotargado y seguir subiendo. Un paso, otro, otro. ¿Cómo había llegado a aquello? ¿Por qué había entregado tantos años a la

espada? Solo por venganza. Por una cruzada estúpida contra Thyenna, el ser que le había arrebatado a la mujer que amaba. Se había destruido tanto a sí mismo que ahora era incapaz de cumplir con su único cometido.

—Cierra el portal —se dijo a sí mismo subiendo otro peldaño—. ¡Ciérralo! Dale a Ander una oportunidad.

Pensar en Ander hizo que sintiese una punzada de dolor. Ojalá hubiese podido despedirse bien de su hermano pequeño. Ojalá hubiese podido contarle su parte, la vergüenza que sentía por lo que había hecho, la vergüenza de haberse convertido en un viejo decrépito. Era tan grande que le había impedido presentarse de nuevo ante su familia. Había llegado a odiarse a sí mismo.

Miró arriba. Ya quedaba poco. Un último empujón y un viejo que era joven podría cumplir su cometido. Entonces, las fuerzas le fallaron. El poder del Filo se interrumpió y las criaturas de abajo empezaron a correr escaleras arriba como un tsunami estampándose contra la costa.

—Mierda —masculló.

Enfundó el arma y empezó a correr. Todo le dolía con cada pisada, las lumbares, las rodillas, su cuerpo entero temblaba y gritaba de dolor. Era el precio. El precio de su vergüenza, pero podía soportarlo. Tenía que hacerlo. Llegó hasta la puerta que daba acceso a la parte superior de la Torre. Las criaturas lo alcanzarían en apenas segundos.

Abrió la puerta. Una brisa fría que arrastraba el hedor de la podredumbre lo recibió. El techo de la Torre estaba bañado del color de la sangre, en medio del aire había una grieta inestable de la que emergían hilos de magia roja como tentáculos. La realidad se difuminaba con el Velo roto.

Inara estaba allí también. Amareth dio un paso atrás, pero las criaturas se abalanzaron sobre la puerta. Empezó a conjurar, pero a un gesto de la Teje Sombras las bestias se detuvieron y simplemente se quedaron allí, gruñendo y cortándole la salida. El viejo miró a Inara, ella le devolvió una mirada llena de ira.

—Entiendo que estés enfadada conmigo —empezó a decir él.

—¿Enfadada? —interrumpió ella—. No estoy enfadada, viejo estafador. Te odio. Te odio con una intensidad que me quema por dentro, te odio tanto que pienso matarte con mis propias manos y disfrutaré de ello.

—Puedes odiarme todo lo que quieras —masculló Amareth—. Incluso quitarme la vida, no me importa, pero no puedes aliarte con ese demente. No seas la Adivina que lo guiará en Ter Valax.

Inara sonrió con malicia y soberbia.

—Pretendes ser muy listo, pero no te enteras de nada. No pienso ir a Ter Valax por él, pienso ir por ella. Voy a liberarla de sus cadenas y juntas podremos erradicar el dolor.

Amareth asintió y apretó la empuñadura del Filo.

—Entonces no vas a dejarme cerrar el portal.

—No.

—Niña, no te has enfrentado jamás a un Cazador —Amareth se preparó para lo que estaba a punto de acontecer—. Mi trabajo es matar a gente como tú.

Fue a desenvainar. Inara extendió una mano y una runa *Shar* se dibujó ante ella. La activó en menos de un segundo. Un zarcillo de sombras emergió de la runa y, como un látigo, voló hasta la mano de Amareth y se enrolló entre la mano y la vaina impidiéndole sacar el arma. El viejo gruñó y dibujó la runa *Eir* con la mano libre, justo en ese momento Inara se lanzó a por él con las dagas de humo y sombra apareciendo en sus manos. La Teje Sombras se estampó con el escudo y salió despedida hacia atrás.

Amareth hizo fuerza para desenvainar el arma, pero el látigo oscuro le constreñía con la misma fuerza que un kraken.

—¡No puedes ganar! —gritó mientras con la mano libre dibujaba un nuevo sortilegio—. ¡No eres más que una uniruna!

Terminó el conjuro y Creciente apareció en su mano izquierda. No era un buen espadachín con la mano torpe, pero no tenía otra opción. Inara le miró y sonrió.

—¿Uniruna dices? —dibujó dos runa *Shar* y luego dos *Lunia*—. Ahora soy algo más, viejo.

Unió el conjunto con una línea que formaba algo parecido a un ojo. Activó el sortilegio y sus ojos se volvieron completamente oscuros y empezaron a supurar bruma negra.

—¿Cómo…?

Ella cargó contra él. La danza de muerte comenzó. La Teje Sombras se movía con una fluidez increíble, esquivaba cada torpe golpe del hechicero como si supiese de antemano a donde pretendía golpear. Creciente no encontró más que aire en sus tajos. Un golpe, otro y otro, todos fueron bloqueados o esquivados sin ninguna complicación. Amareth se fijó en aquellos ojos. ¿Era posible? La Teje Sombras y Adivina estaba viendo sus movimientos antes de que pasasen. Tajó a un lado con Creciente, ella le bloqueó el arma con una de sus dagas y luego le incrustó la otra en el hombro. El viejo gimió de dolor y se echó para atrás. Se llevó consigo la daga, pero el arma se deshizo en una neblina negra y volvió a aparecer en

las manos de la Teje Sombras.

Amareth observó a su enemiga de una nueva forma. Inara ya no era aquella muchacha medio perdida. Debía empezar a verla como una criatura oscura o acabaría perdiendo. Ella se paseó por el tejado de la Torre con aire de superioridad, con aire de control. Aquellos ojos negros como un pozo infinito le permitían atisbar trazos del futuro. Mientras fuese así, Amareth no podría hacer nada para ganar.

—¿Sorprendido, viejo? —inquirió Inara con mofa.

Él no contestó a la provocación. Mantuvo la cabeza fría como el Cazador que era. Soltó a Creciente que se deshizo en el aire y dibujó varias runas formando dos triángulos contrapuestos. *Athos*, armadura. *Fig*, fuego. Una armadura de palpitantes llamas se adoptó a las formas de su cuerpo, él no sentía más que un calor agradable, pero cualquiera que se acercase iba a sentir el poder de las llamas. Luego, activó una runa *Eir* para rodearse de un escudo de energía.

—Puede que hayas aprendido uno o dos trucos, chica, pero sigues sin ser más que una aprendiz del juego —escupió él malhumorado.

Hizo toda la fuerza que pudo para librarse de la presa del zarcillo de oscuridad, pero según tiraba la maldita cosa se enroscaba más y más hasta que empezó a sentir un cosquilleo en la muñeca. Inara se quedó a cierta distancia, dibujó varias runas y lanzó pequeñas bolas de humeante oscuridad al escudo, rebotaron y se deshicieron.

«Piensa algo», se instó en su fuero interno.

O desenvainaba el Filo o no habría manera de ganar a alguien capaz de ver fragmentos del futuro. Y mientras él perdía el tiempo, la raja en el Velo seguía palpitando y llenando el lugar de poder corrupto, llenando a los monstruos de vitalidad y energía. Impidiendo que La Academia lanzase un ataque en condiciones sobre la Torre.

Todo dependía de él.

Y una maldita Adivina le estaba poniendo en jaque. A él. Kalan Nuévalos. El Cazador que había matado a la criatura llamada Thyenna, el que había domado el Filo de Cronos, el hijo de Evan e Iris. No. No iba a perder.

Se miró la mano. Atrapada por aquel tentáculo asqueroso hecho de sombras y brea. Lo vio claro. Mayores sacrificios había hecho. Volvió a invocar a Creciente.

—No —susurró Inara dando un paso hacia delante.

Él la miró a través de las ondulaciones en el aire que provocaba

el escudo. El viejo sonrió.

—No has visto esto venir, ¿eh?

Amareth gritó y descargó un golpe sobre su mano.

—¡No! —gimió Inara.

Creciente cortó la carne como si no fuese más que mantequilla. El corte fue tan rápido que casi resultó indoloro. El viejo hechicero supo que no era más que la adrenalina manteniéndolo en pie. Su mano derecha cayó inerte al suelo, un reguero de sangre la acompañó. El escudo y la armadura que lo rodeaban se tambalearon al perder la concentración, pero tuvo la suficiente sangre fría como para mantenerlos.

Era un Cazador.

Inara cargó contra el escudo. Cuatro golpes con las dagas lo resquebrajaron. Intentó alcanzar al viejo hechicero, pero Amareth desenvainó el Filo con la mano izquierda. El brillo dorado del arma inundó el techo de la Torre y todo empezó a discurrir en cámara lenta. Inara se quedó congelada en medio de un salto, las dagas por delante, una había quedado muy cerca de la armadura de fuego del hechicero. Amareth la miró, la expresión de ella estaba llena de odio, de ira. Quiso sonreír, pero no pudo.

Supo que le había hecho daño a aquella muchacha y no se sentía orgulloso.

—Debes estar dispuesta a todo —susurró el anciano—. O nunca podrás sobreponerte a tus enemigos.

De pronto, Amareth sintió el efecto de todo el cansancio y de la incipiente perdida de sangre. Las piernas estuvieron a punto de fallarle y se tambaleó hacia atrás. El brillo parpadeó. Inara avanzó un poco más deprisa. Fue solo un segundo. Un solo instante en que perdió el control. La armadura se deshizo.

Fue suficiente para ella.

La daga se hundió en su vientre como si fuese hierro candente. El dolor sobrevino al viejo hechicero que solo tuvo tiempo de alzar el Filo y darle todo el poder que le quedaba. Mientras gritaba de dolor, un brillo de oro refulgente brilló con la fuerza de un faro. El tiempo en la cima de la Torre se detuvo. Inara, como una estatua, se había quedado mirando al viejo. Amareth retrocedió y cayó de rodillas. Se miró el vientre. La daga que supuraba humo asomaba burlona.

¿Qué importaba?

Apretó los dientes y haciendo acopio de lo poco que quedaba de él se puso en pie. Había subido allí dispuesto a morir. Dio un paso al frente, un paso que dolió casi tanto como la pérdida de la mujer

que amaba. Luego dio otro, uno que costó tanto como la decisión que había tomado el día que robó el Filo. Luego otro, uno que le sacudió de dolor, tanto como el día que se había mirado al espejo tras usar el arma.

El día en que había sabido que jamás podría volver a presentarse ante su familia. El día que había dejado de ser Kalan y se había convertido en Amareth.

—No… —masculló, un achaque de tos lo sacudió, el sabor del hierro inundó su boca—…siempre has sido Kalan.

Se plantó frente al portal que ahora estaba quieto como un remanso de paz. Clavó el Filo en el suelo, se hundió en la piedra como si no fuese más que tierra blanda. Al soltarlo el brillo descendió un poco en intensidad y el tiempo a su alrededor volvió a transcurrir, aunque seguía yendo despacio, muy despacio. Inara empezó a girarse a cámara lenta.

Amareth dibujó las últimas runas que dibujaría jamás.

—Las criaturas se cuelan a través de desgarros en el Velo —le habían enseñado en La Academia—. Localizar el desgarro y cerrarlo es la primera tarea de un Cazador. Estas son las runas que usaréis para ello…

Caron, portal. *Narth*, reverso. Las unió en su mano izquierda y la levantó hacia el portal. Un haz de luz emergió de entre sus dedos. La luz inundó el desgarro y empezó a cerrarlo. Se escucharon gritos y aullidos por todo la villa y el bosque. Las criaturas sabían que su conexión con la Sombra se cerraba.

Las últimas energías empezaron a abandonarle, pero el viejo hechicero no cedió. Siguió en pie. Una daga en el vientre, una mano amputada. No importaba. Gritó y dejó que las lágrimas cayeran por sus ajadas mejillas. La luz de su mano creció y se mezcló con el brillo de oro del arma. Hubo una explosión.

Y el desgarro se cerró.

25

Ella y Agus esperaron fuera. La invitación para que saliesen de la tienda había sido poco sutil, tampoco es que le importase. Elena nunca había ido a las Torres, nunca se había mezclado con toda aquella parte de la comunidad mágica, solo había oído hablar de ella por su madre, cuando todavía estaba bien. Para ella, aquel mundo le era casi tan ajeno como lo debía ser para Agus. Solo estaba allí por Ander.

—He hablado de más, ¿verdad? —preguntó Agus, estaba tan nervioso que no dejaba de moverse.

—Un poco, pero no has dicho ninguna mentira.

—La he fastidiado.

—Agus, todo esto dejará de importar en breves —dijo ella sin apartar la mirada del espectáculo que discurría colina abajo.

El valle estaba cubierto de aquella luz roja antinatural dándole al lugar un aspecto de auténtica pesadilla, pero lo peor eran los chillidos constantes de los monstruos, era como un canto infernal. Inconscientemente se mordió las uñas. ¿Qué pintaba ella allí? Una Oniromante en medio de la peor de las pesadillas.

Abajo, un grupo de Cazadores luchaban contra las bestias, intentando abrir un camino a través de la oscuridad. Algunos Custodios se les unieron a la lucha. La situación parecía de todo menos controlada, la villa era un campo de batalla y estaban perdiendo terreno. Llegar a la Torre parecía imposible.

La carpa se abrió tras ellos, Elena miró de reojo y se le encogió el corazón al ver salir a su padre. Orien la miró, pareció decirse algo a sí mismo y se encaminó en su dirección. Agus lo notó y, sin decir nada, se alejó.

—Hola —saludó Orien al llegar a su altura, sonrió con incomodidad y se frotó las manos en un gesto nervioso—. Yo… eh…bueno.

—Hola, papá —dijo ella.

—Hola, hija.

—Ha pasado un tiempo.

—Lo sé —Orien se llevó la mano a la nuca—. Verás…

—Mamá está muerta.

El hombre suspiró y agachó los hombros. Por un momento su volumen y sus brazos fuertes no importaron, pareció solo un viejo

cansado y harto, alguien que hubiese cargado con un peso sobre sus hombros demasiado tiempo.

—Lo siento —dijo, al fin.

—Eso es lo que quería oír —susurró Elena ahogando las lágrimas que acudían a sus ojos—. El resto son excusas que no me importan.

—Ha sido difícil para mí.

—Y tanto, se ha tenido que acabar el mundo para volver a vernos.

—Entiendo que no me perdones —dijo él, conciliador—. Tampoco espero que me entiendas, pero si te sirve de algo, me alegro mucho de volver a verte. Estás más guapa que nunca.

—¿Por qué? —era lo único que ella quería oír.

—Ter Valax nos consumió a los dos —reconoció él apesadumbrado—. Temí ser un peligro para vosotras.

—Así que te marchaste para no volver.

—Para intentar solucionarlo.

—No se te ha dado muy bien.

Él asintió pesadamente y sus labios se fruncieron con tristeza. Elena se sintió mal por ser tan dura, pero le costaba sentirse de otra forma, le costaba ignorar la rabia que el abandono había ido acumulando durante años. Le costaba olvidar que su madre había muerto sola.

Orien fue a decir algo más, pero de pronto hubo un estallido. La tierra tembló. El cielo se llenó de destellos. Al instante, la carpa se abrió y todos los que estaban dentro salieron echando mano a sus armas. Elena miró hacia arriba. Allí, lejos, en lo más alto de la Torre de Ónice un brillo dorado luchaba contra el reinante rojo. Era como un faro. Una luz de esperanza. Hubo un segundo estallido que fue acompañado de los chillidos de dolor de las criaturas y luego una onda de magia recorrió el cielo dejando un zumbido tras de sí.

—¡El desgarro se ha cerrado! —gritó el hechicero más viejo del Consejo—. Es el momento.

***

Odio. Es todo cuanto podía sentir. Odio por aquel despojo en el suelo. El viejo mentiroso había cerrado el portal y ella no había podido impedírselo. Seguía vivo. Tumbado en el suelo, con el vientre abierto (la daga ya había desaparecido) y la mano cortada.

Su respiración entrecortada y la sangre que salía de su boca anunciaban una muerte inminente. No había salvación para él.

Pero ella todavía podía rematarlo. Dio un paso al frente y una de sus queridas dagas apareció en su mano.

«¿Dónde estás?» La voz sonó en su cabeza de pronto y le hizo dar un respingo.

—¿Cadeus?

«Tenemos que entrar ya, no queda tiempo. Ella nos necesita.»

Inara dudó. Miró al despojo sonriente y la sangre le hirvió. Iba a morir, ¿por qué no dejarlo morir lentamente, ahogándose en su propia sangre?

«¡Vamos!»

—Voy —gruñó ella.

Se alejó hacia la entrada, las criaturas que llevaban allí un rato esperando se apartaron a su paso. Antes de marcharse, se giró una última vez para contemplar a Kalan. Por un momento se sintió mal, no por el viejo, sino por Ander. Cadeus le había arrebatado a sus padres y ella le había arrebatado lo último que quedaba de su familia.

Pero Ander tenía que entenderlo, ¿no? Él mismo perseguía a Cadeus para matarlo. No podía haber culpa en lo que había hecho pues era lo mismo. Se sintió con ganas de vomitar, pero algo creció en su interior, una sensación cálida y amable que apartó toda la angustia. Era ella. Podía sentirla tan cerca desde que había llegado allí. Estaba en su interior, cuidando de ella. Ahogó un par de lágrimas traicioneras y, tras dedicar una última mirada al cuerpo agonizante de su enemigo…

—¿Esto es lo que quieres ser Inara? —masculló el viejo entre estertores y gorgojos llenos de sangre.

—¡No me diste otro opción! —gritó ella, perdiendo los papeles de pronto—. ¡Me traicionaste!

El viejo, aquel maldito viejo mentiroso se rió.

—Lo siento —consiguió decir—. Pero hay males menores y males mayores. Tú fuiste un mal menor para detener lo que pretendéis liberar.

—No habéis detenido nada —escupió ella—. Selen será liberada.

—Si sigues por ese camino… no habrá vuelta atrás…

—No quiero volver atrás.

Amareth asintió pesadamente.

—Entonces, no eres mejor que yo.

Ella no quiso escuchar más. Se marchó escaleras abajo.

Hacia las profundidades más oscuras de la Torre de Ónice.

***

Los Cazadores habían cargado a la vanguardia hacía un rato. Aprovecharon el momento de duda de las criaturas para golpear como un martillo. La brecha estaba abierta y el resto de La Academia cargaba tras ellos. Aquel día, como Agus había dicho, se obraron milagros. Ander vio la Alta Magia en funcionamiento. Círculos rúnicos más grandes que el hechicero que los hacía, Custodios usando su arsenal secreto de objetos malditos para ponerlos en contra de las mismas sombras que los habían engendrado. Las criaturas, en retirada, abandonaron la villa y el combate se trasladó a las cercanías de la Torre.

En el campamento solo quedó la retaguardia de las fuerzas de La Academia y ellos. Ander, Agus y Elena. El Clama Tormentas no había abandonado el borde de la colina desde que todo había empezado. Quería luchar, sabía que debía estar ahí, pero el Consejo le había prohibido participar y le habían cargado dos carabinas para que no se saltase la restricción. Obviamente, pensaba hacerlo. No había llegado hasta allí para dejar que otros se encargasen de salvar a su madre.

Miró con preocupación a lo alto de la Torre, el lugar que había brillado con el color del oro reluciente. Sabía que aquello había sido el Filo de Cronos, llevaba un rato devanándose los sesos para saber cómo llegar.

Dos figuras se colocaron a su lado. No le hizo falta mirar para saber que eran sus amigos.

—Tenemos que ir —susurró Elena.

—Lo sé —coincidió él sin alzar la voz—. Pero, ¿cómo nos deshacemos de ellos?

Los dos hechiceros que se habían quedado atrás pertenecían a la Cámara de Custodios, eran estudiantes de último año y por eso se les había asignado tareas menores. Como no, La Academia pensaba que dos unirunas no podían hacer mucho. Ander iba a demostrar lo equivocados que estaban.

Miró al cielo. La tormenta que llevaba todo el camino convocando ya se cernía sobre el valle entre montañas. Las nubes eran negras como el tizón y los primeros rayos ya saltaban en su interior. El momento de actuar se acercaba.

Solo necesitaba…

—Yo los distraeré —dijo Agus, de pronto.

Ander lo miró con el ceño fruncido.

—¿Seguro?

—Sí, sé que no queréis que vaya con vosotros —contestó—. Sé lo peligroso que es lo que nos depara por delante, pero esto puedo hacerlo. Puedo crear una distracción para daros una oportunidad.

—Agus… —fue a decir Ander.

—No —interrumpió su amigo—. Nada de despedidas ni agradecimientos. Salva a tu familia y volved de una pieza, ¿vale?

Ander tragó saliva. Miró a Agus directamente a los ojos, el muchacho los tenía rojos del cansancio y parecía haber perdido unos cuantos kilos desde que todo aquello comenzase. Lo que había descubierto debía parecerle una locura, pero ahí estaba, dispuesto a distraer a dos hechiceros por él.

—Promételo —insistió el chico.

—Lo prometo.

Agus asintió complacido, luego miró atrás hacia los dos Custodios.

—Espera a que la tormenta comience —ordenó Ander—. Luego haz lo que tengas pensado.

El muchacho se separó de ellos dos. Paseó por el campamento sin un rumbo aparente, parecía que investigaba los distintos flancos de la colina.

—¿Cómo vamos a llegar hasta allí? —Elena señaló a la gran Torre en la distancia.

—Sabes… —mientras hablaba, la primera gota cayó sobre su rostro—…toda mi vida me he sentido mal por ser un uniruna, por no poder ser como mi hermano, por no poder entrar en La Academia, por no poder complacer a mi padre.

Un rayo encendió el cielo, el trueno tardó un segundo en resonar por todo el valle como el golpe de un martillo sobre un yunque.

—No me aceptaba —continuó el Clama Tormentas—. Luego obtuve los poderes de Gardebius y disfrute por un breve instante del poder de un hechicero, pero ¿sabes qué?

Ander se ciñó la lanza a la espalda, sujetándola con una correa de cuero.

—¿Qué? —preguntó Elena.

—Ese no era mi poder, era magia prestada y, como tal, no la dominaba. Mi poder es el de un Clama Tormentas, mi poder es dominar el rayo… mi poder es el de domar lo indomable.

Un rayo destrozó el cielo y cayó a escasos centímetros del campamento. Elena se echó para atrás asustada. Agus gritó desde el

otro lado del campamento.

—¡Criaturas! ¡Nos atacan!

Los dos Custodios corrieron en pos de Agus. Ander miró al cielo y sonrió. La lluvia empezó a caer. Le extendió una mano a Elena, ella lo miró con intensidad y se la cogió. Ander dibujó la runa *Raik*, apuntó al suelo y un rayo los mandó despedidos hacia arriba. Elena gritó. El agua los recibió como un manto de fría seda. El cielo oscuro cada vez estaba más cerca. Otro rayo estalló junto a ellos. Ander extendió la mano y asió el rayo. Lo asió como si fuese físico, como si fuese una cuerda.

—¡La tormenta nos llevará! —gritó.

Se impulsó con aquel rayo y salieron despedidos por los aires. Agarró bien a la Oniromante que no dejaba de gritar mientras caían. Otro rayo pasó junto a ellos y Ander repitió el proceso. No dejaba de sonreír con cada agarre, con cada lanzamiento.

Aquel era su terreno. El cielo y la tormenta. El rayo y el trueno.

Recordó el momento durante su combate con Cadeus en el que casi había conseguido asir un rayo. Le había faltado determinación. Le había falta confianza en sí mismo. Entender que ser un uniruna no tenía nada de malo, todo lo contrario.

La tormenta era suya para reclamarla.

Y podía hacerlo como ningún hechicero lo haría jamás.

Interludio 4

Corrían entre calles que se deformaban ante sus ojos. Corrían entre gritos de espanto.

—¡Por aquí! —indicó Sara con un hilo de voz.

Atravesó la puerta de una casa como si no fuese más que bruma. La ilusión se tambaleó y Cadeus pudo ver que allí donde se suponía que había un edificio, en realidad, no había más que una calle amplia. Apretó el paso para intentar alcanzar a sus compañeros, todos iban por delante de él. Orien justo detrás de Sara, se notaba que contenía la carrera para no alejarse de ella. Evan protegía a Iris mientas esta dibujaba su runa de sanación y la activaba para alejar a los espíritus sombríos que los buscaban como polillas atraídas a la luz.

La ciudad era una pesadilla. Más vívida que cualquiera de las que Cadeus había tenido en los últimos años. Era un lugar muerto. Y en aquel lugar muerto podía sentir la presencia de ella, palpitante en el fondo de su cabeza, cantándole una nana insistente y pegadiza que le desconcertaba, que luchaba por poseerle de alguna manera. Podía sentirlo, la presencia, pegándose a su piel como la ropa mojada.

Siguió corriendo, el último de sus amigos, mientras escuchaba las pesadas pisadas del ser que los perseguía. Durante aquellos breves instantes de locura, fue consciente de que los había traído a una trampa, de que había sido utilizado. Los había condenado.

Sara giró por una pared que se convirtió en un callejón y se adentró por el umbral sin puerta de un edificio. Era una construcción extraña, parecida a un mausoleo. El grupo la siguió al interior. Cadeus llegó resoplando, se detuvo en el umbral para recuperar aliento, pero Evan lo cogió del cuello de la camisa y lo arrastró adentro. Lo estampó contra una pared. Sus rostros quedaron tan cerca, que Cadeus puso sentir el aliento cálido y agitado de su amigo. Evan lo miraba enrojecido por la ira, pero no dijo nada, guardó silencio hasta que las pisadas metálicas de la criaturas desaparecieron calle abajo.

Esperaron minutos enteros hasta que el silencio se adueñó del lugar.

—¿¡Dónde nos has traído!? —gritó Evan en voz baja.

—Yo… no…

Las palabras escapaban de él. El nudo en la garganta, ese que ya nunca aparecía con su amigo, volvió para ahogarlo e impedirle hablar. ¿Qué iba a decir? No era más que un traidor, los había puesto en peligro, solo por la promesa de poder.

—Es… yo…

—¡Habla maldita sea!

—¡Evan! —le increpó Iris acercándose.

La Sanadora posó una mano sobre el hombro del hechicero y le pidió que parase. Evan miró fijamente a Cadeus, había tanta rabia en sus ojos que dolió. Bufó y luego lo soltó. Cadeus cayó arrastrándose por la pared, se sentía tan inútil, tan débil.

Al otro lado de la habitación, Sara se derrumbó entre los brazos de Orien.

—Estoy… agotada… —suspiró cerrando los ojos.

Orien trató de despertarla, pero la Oniromante parecía haberse desmayado.

—¡Genial! —gritó Evan.

—Yo me encargo.

Iris se acercó corriendo a la Oniromante y activó una runa de curación que despertó a la muchacha. Se llevó las manos a la cabeza como si le doliese terriblemente.

—Oigo una canción —murmuró todavía adormilada—. ¿Vosotros no?

Nadie contestó, pero sí intercambiaron miradas de preocupación. Cadeus se encogió sobre sí mismo, recogiendo las rodillas entre sus brazos y hundiendo la cara en ellas. Estaba al límite. No sabía cuanto tiempo llevaban navegando por aquella ciudad, pero fuese poco o mucho, era más que suficiente.

«El pozo, niño mío, acércate al pozo».

La voz en su cabeza le hizo estremecerse. La canción, aquella nana incesante que resonaba tan fuerte como tambores de guerra, creció y creció en su cabeza. Vio el pozo. Un ojo de oscuridad que le observaba desde algún lugar en el interior de Ter Valax.

—¡Tenemos que ir al pozo! —dijo, de pronto, poniéndose en pie.

Todos lo miraron con escepticismo.

—No lo entendéis —murmuró él—. Solo tenemos que llegar. Al centro. Seguir la ruta. Solo tenemos que…

—¡Ya basta, Cadeus! —le increpó Evan acercándose de nuevo a él.

Cadeus se encogió y se protegió la cara con los brazos. Su amigo lo miró con pena, como si fuese un loco sin remedio. Eso le dolió más que cualquier cosa. Evan no lo entendía, ¿cómo iba a

entenderlo? Él no era débil. No estaba roto.

—¡No hay otra forma…!

—¡Ya basta! No vamos a seguir más tus delirios.

—Pero… —Cadeus pudo sentir como algo dentro de él se rompía—. Pero… tú quisiste venir, esto… esto fue cosa de ambos.

—No, Cadeus —Evan se puso mortalmente serio—. Tú me engañaste para venir aquí, nos engañaste a todos. No querías librarte de la presencia que te está haciendo esto, solo quieres acceder a ese poder que te prometen. Lo sé, puedo verlo en ti.

—Yo… yo…

—No nos dijiste nada de las criaturas, ni de lo que era este lugar. Ocultaste la información necesaria para hacerme creer que podía ayudarte, que esto no era una misión suicida —poco a poco, la voz de Evan se fue convirtiendo en un susurro lleno de rabia, el hechicero tenía los ojos enrojecidos—. Me has mentido, me has utilizado y nos has puesto a todos en peligro. Creía que éramos amigos.

—¡Lo somos! —gritó Cadeus, alzando la voz más de lo que la había alzado en toda su vida—. ¡Eres mi único amigo!

—Los amigos no hacen esto.

—Tú no… no lo entiendes… no sabes lo que es ser débil, ¿cómo vas a entenderlo?

—Soy débil en muchas cosas —dijo Evan dando un paso en su dirección—. Lo he sido al dejarme engañar, lo he sido al creerme más poderoso de lo que soy, lo he sido al no estudiar ni entender que hay fuerzas y lugares más peligrosos que un hechicero.

Llegó frente a él y extendió la mano.

—Dámela —ordenó.

Cadeus dudó hasta que vio que los ojos de Evan se posaban sobre la llave que le pendía del cuello. La que habían usado para abrir el camino hasta Ter Valax.

—No.

—Dámela.

—No.

Evan estiró la mano, Cadeus trató de forcejear, pero su amigo era más fuerte. Le agarró la llave y se la arrancó del cuello.

—Ahora entiendo mi error al menospreciar el trabajo de un Custodio —murmuró mientras miraba la llave que contenía la brillante piedra verde—. No permitiré que algo así se repita, jamás. Me has enseñado algo Cadeus y es que, hasta el alma más inocente, puede corromperse por la Sombra. Guardaré este objeto, pues no me fío de que nadie más lo proteja.

—Es mía, yo la conseguí.

—La robaste, sí. Fue mi error permitirlo.

Fuera, la criatura volvió. Sus pisadas, como si alguien arrastrase una espada gigante por el empedrado, se escucharon cerca, muy cerca. El grupo intercambió miradas de preocupación, esperando que alguien tomase el mando de la situación.

—Nos vamos —dijo Evan guardándose la llave en el bolsillo—. Todos.

—Yo no me voy a ninguna parte.

Su amigo se giró para mirarlo.

—Nos vamos.

—No, yo…

De pronto, un estruendo atronador lo inundó todo. El techo del edificio se deshizo como si no fuese más que paja y tierra. Con un grito desgarrador, la criatura apareció por el hueco que había abierto con sus enormes garras. Cascotes cayeron en todas direcciones. Hubo gritos y caos. Cadeus se retiró rápidamente, mientras la criatura cargaba al interior del edificio.

—¡Iris! —escuchó que gritaba Evan.

La Sanadora estaba en el suelo, dos finas esquirlas de piedra verde le sobresalían por el hombro bañadas en sangre. Evan invocó un escudo para protegerla de la arremetida de la bestia. Orien cargaba con Sara fuera del edificio. Cadeus, al lado de una ventana en la parte posterior, se quedó bloqueado.

La bestia cargó de nuevo contra Evan. El escudo cedió y el hechicero recibió parte del impacto. Acució el golpe, pero se mantuvo en su posición, protegiendo a una Iris inconsciente. La bestia rugió de rabia y alzó sus grandes garras dispuestas a acabar el trabajo.

Cadeus dibujó tres runas *Thie*. Las unió y proyectó una oleada de fuerza hacia la criatura, fue lo suficiente para desviar el golpe. Evan lo miró. Cadeus le devolvió la mirada.

—Ven —le imploró Evan sin decirlo.

Él negó con la cabeza a la vez que una lágrima se deslizaba por su mejilla. Evan dudó por un instante, pero la criatura se retorció de nuevo dispuesta a atacar. Cadeus dibujó un conjuro y empujó a la bestia para apartarla de sus amigos.

—¡Vete! —gritó.

—No vamos a dejarte aquí.

—¡Vete!

La bestia se abalanzó hacia Cadeus y este tuvo que salir corriendo para evitar el golpe. Saltó por la ventana en la parte

trasera del edificio, se giró en el último segundo para comprobar que sus amigos estarían bien. Evan, cargando con Iris entre sus brazos, se marchaba en dirección contraria. También se giró. Se miraron por última vez. En la fugaz mirada de Evan había preocupación, dolor, un aluvión de sentimientos que se mezclaban. No sabía cómo mirar a su amigo sin sentirse traicionado.

Cadeus no podía culparle, los había utilizado y ahora estaba heridos por su culpa. El instante duró solo un segundo. La bestia embistió contra la pared y la derrumbó como si no fuese más que papel. Era una mole enorme, un ente de sombras con garras afiladas como dagas. No se detendría hasta acabar con él. Pero mientras le persiguiese a él, sus amigos tendrían una oportunidad de escapar.

Cadeus corrió hacia el interior de Ter Valax.

Mientras lo hacía, la nana se fue haciendo más y más fuerte en su cabeza.

«Te han abandonado», dijo la voz, «no les importas».

***

«Ellos te abandonaron», era la voz de ella, suave, dulce, como una caricia en el oído.

—No —repitió él agarrándose a los recuerdos—. Yo me quedé para darles una oportunidad.

«No volverán a por ti, jamás.»

Los días que siguieron a su casi muerte y resurrección fueron extraños, una amalgama indefinida de horas y silencio. Siempre junto al pozo, la única zona segura de Ter Valax, la única en la que las sombras no entraban.

—¿Por qué me atacan?

«Porque yo no las controlo, son un mecanismo de seguridad.»

—¿Con qué propósito?

«Que nadie llegue hasta mí.»

—¿Quién eres en realidad?

«La que va a arreglarte, niño mío, la que hará que no sigas roto», aquellas palabras le sacudieron con un escalofrío de placer, todo su vello se puso de punta, la voz de ella era sensual y amable, «pero primero tienes que reconocerlo.»

—¿Reconocer el qué?

—Que ellos te abandonaron.

De pronto, su voz ya no estaba en su cabeza, sino tras él. Cadeus

dio un respingo y al girarse pudo ver la figura de sombras que le había salvado. Era como una sombra cortada a contraluz, como un dibujo inacabado.

—Pero ellos no… me abandonaron —murmuró él dubitativo—. Yo les traje aquí.

—Todavía tenemos mucho trabajo que hacer —sentenció ella con dureza.

Él se sintió mal por contrariarla y se esforzó los días siguientes en cumplir su voluntad. Así pasó una semana y luego otra, así pasaron meses y luego años. Cadeus vivió encerrado en los edificios que rodeaban la plaza del pozo, el único lugar seguro, su santuario en aquella ciudad de horrores. Había, por suerte, una biblioteca con todos los conocimientos que ella había atesorado en su tiempo. Ella le llevó hasta aquellos polvorientos pasillos y le instó a leer.

—La runa *Shar* no es maligna, no corrompe la magia —le explicó uno de aquellos días indefinidos—. Solo la imbuye de un poder mayor, esto es algo que La Academia sabía, pero que prefirieron olvidar porque son unos cobardes.

—¿Podré aprenderla? —inquirió él, extasiado por el poder que le había visto blandir a ella a pesar de ser solo una sombra de su verdadero ser, un recuerdo de lo que habitaba en el pozo.

—Podrás, pero primero tendré que arreglar tus grietas.

—¿Cómo?

—Cuando admitas la verdad.

Y así pasó más tiempo y más. Las arrugas acudieron al rostro y las manos de Cadeus, las canas empezaron a llenar sus cabellos. Pronto tenía el pelo tan largo que la única manera de que no le estorbase era recogérselo en una coleta. Pronto aprendió a crear todo lo que necesitase con la magia que ella le enseñó. Así se vistió y se alimentó, así creo un lugar para sus estudios. Un lugar en el que pasaría días encerrado, leyendo tomos, acompañado por el silencio de una ciudad muerta y los lamentos de los espectros del exterior.

Ella siempre miraba por encima de su hombro, para orientarlo, para ser su maestra. Y los recuerdos se fueron deshaciendo, como olas que rompen contra la costa, en aquella dimensión que poseía un tiempo extraño, costaba recordar lo que había sido, pero nunca olvidó el rostro del que había sido su mejor amigo.

—Debes admitirlo —insistía ella de vez en cuando.

Él asentía y no contestaba, le costaba recordar, pero veía el rostro de Iris en su memoria y una calidez invadía su pecho, veía el rostro de Evan y reconocía a un amigo. A su único amigo. Y el

tiempo siguió pasando y pasando, como un río que fluye de forma inevitable arrastrando consigo la memoria.

—¿Por qué no puedo conectar tres runas? —inquirió él durante una de sus practicas en la biblioteca, se había pasado años estudiando los entresijos de las conexiones, pero la Alta Magia se le seguía resistiendo.

—Porque estás roto —le acusó ella, su voz llevaba un tiempo sin ser dulce y amable, era fría y cortante como una esquirla de hielo —. Porque te aferras a los recuerdos.

—Pero tú me prometiste…

—Eres tú el que se resiste, niño mío. Reconócelo. Di la verdad.

—Ellos…

¿Quiénes eran ellos? Evan. Iris. Orien. Sara. Ellos…

—…me abandonaron.

—Sí —murmuró ella con un suspiro extasiado.

Él recordó, claro como la luz del día, como Evan le arrancaba la llave de entre sus manos y luego lo abandonaba en aquella necrópolis. Lo abandonaba para morir, para alejar a la criatura que los estaba persiguiendo.

—Él me abandonó —repitió.

—Sí —murmuró ella de nuevo.

Aquella revelación debió hacerle sentir mal, lo sabía, pero por alguna razón sucedió todo lo contrario. Se sintió bien, se sintió en paz. Una agradable sensación empezó a crecer en su interior, como un cálido abrazo que se extendiese desde sus entrañas.

—Evan —escupió aquel nombre como un susurro venenoso—. Me traicionó.

«Sí», el suspiró de ella fue como un orgasmo que resonó en su interior.

Cadeus se giró para descubrir que estaba solo en aquella habitación.

***

El día de su partida había llegado. Estaba junto al pozo solo, pero a la vez acompañado. Los nervios se aferraban en su pecho, el momento había llegado, él se convertiría en su elegido en cuanto consiguiera liberarla.

«Necesito que rompas mis cadenas para poder liberarte del dolor, niño mío», le había dicho, «Necesito un cuerpo de mujer,

quieres reinar junto a mí, ¿verdad?»

—Sí.

«Pues trámelo.»

Un portal de crepitante energía roja se abrió en mitad del aire. El portal era débil, inestable, una momentánea puerta de salida, un rasgón en el Velo que ella era capaz de rascar con sus afiladas garras. Tenían que hacerlo así, Cadeus no podría navegar por Ter Valax hasta el portal de salida sin una Sanadora. Aunque el mismo había aprendido magia de sanación gracias a la Alta Magia, su brillo corrupto por la runa *Shar* no espantaba a las criaturas… todo lo contrario, las atraía más.

Cadeus observó el portal y la urgencia le hizo ponerse en marcha. Se soltó la coleta del pelo y la larga melena rubia y cana le cayó por la espalda. Se quitó las gafas y las tiró al suelo, después hizo lo mismo con su chaqueta de *tweed* y sus pantalones de pana.

«No podrás llevar nada en tu viaje de vuelta», le había explicado ella, «Mi magia está demasiado dormida, solo podré desgarrar un poco el Velo para que algo vivo pueda atravesarlo. Es más fácil transportar material orgánico. Después de que cruces, solo tú podrás salvarme de estas cadenas.»

—No te fallaré.

«Tendrás que encontrar un token para volver a entrar.»

—Sé donde buscarlo —aseguró.

«Estás listo entonces, ve y haz lo que debes hacer, niño mío. Ve y sé mi elegido.»

Cadeus asintió lleno de determinación. Apretó los puños y observó el desgarro rojo como quien mira su destino. El momento había llegado. El momento de vengarse de aquellos que le habían traicionado. Ella le había hecho ver la verdad. Tantos años estando ciego, sin darse cuenta de que la amistad no era más que una debilidad.

Dio un paso en dirección al portal. Solo existía una verdad y esa era la verdad del poder, el poder para no esta roto nunca más.

26

La tormenta les condujo hasta la Torre. Cuando aterrizaron frente a sus puertas Elena estaba empapada, temblaba de frío y llevaba el pelo alborotado. Ander estaba igual, por supuesto, pero él había disfrutado de cada rayo en el camino. Aunque ahora, solo podía sentir el rápido palpitar de su corazón, la ansiedad que se lo comía por dentro. Miró a lo alto.

—Elena, necesito que hagas algo por mí —dijo.

—Lo que sea.

—Los estudiantes y profesores están retenidos en algún lugar de la Torre, necesitamos un Sanador —Ander se detuvo un instante, sabiendo que eso no sería suficiente—. Y alguna puta forma de abrir el portal en caso de que Cadeus ya haya cruzado.

—Piensas ir detrás de él hasta la última consecuencia —susurró ella—. Hasta Ter Valax.

Él la miró y las palabras sobraron.

—Encontraré un Sanador, ¿qué necesitamos para cruzar?

—La llave que le robó a mi padre —masculló él—. Contiene un trozo de piedra de la ciudad, necesitamos otro token igual. Quizás los profesores conozcan alguna forma.

Elena asintió, se acercó a él y le dio un beso fugaz.

—Averiguaré lo que pueda.

—Nos vemos en las catacumbas, habrá un rastro de cadáveres hasta el portal.

Ella se marchó corriendo y cruzó el oscuro umbral de la Torre de Ónice. Ander usó de nuevo un impacto de rayo para elevarse y luego se cogió a uno de los relámpagos de la tormenta, lo usó para impulsarse hacia arriba. Hacia la cúspide de la Torre. Aterrizó en ella envuelto en la electricidad que danzaba sobre su piel. El lugar aún sufría de la distorsión mágica que había ocasionado el desgarro, el ambiente estaba cargado y costaba respirar. Un zumbido molesto reinaba en el aire.

Ander paseó su vista por allí. Lo primero que vio fue el Filo de Cronos clavado en la piedra, luego vio el cuerpo. Corrió. Llegó hasta su hermano que respiraba con dificultad, tenía la barba cubierta de sangre y un tajo en el vientre. Le faltaba la mano derecha y un charco de sangre rodeaba su viejo y decrépito cuerpo.

La visión desgarró al Clama Tormentas por dentro. Los rayos le

abandonaron, el ímpetu desapareció. Sus fuerzas se extinguieron como una tormenta en verano y cayó de rodillas junto a…

—Kalan… —murmuró.

El nombre fue como veneno en sus labios. Un veneno que llevaba tiempo evitando, demasiado. Extendió las manos para coger aquel rostro viejo y arrugado. Solo entonces, su hermano le devolvió la mirada y sus ojos del color de la niebla se iluminaron por un momento.

—Ander… —consiguió decir—…¿eres tú?

—Soy yo —sollozó—. Soy yo, Kalan.

Su hermano sonrió y, por primera vez, Ander reconoció los rasgos del hermano mayor que había perdido hacia tanto tiempo.

—Sabía que vendrías —su voz era exigua, débil como una hoja en otoño—. La Torre estaba tomada… yo… yo…

Ander empezó a llorar sin control.

—Lo sé —interrumpió—. Lo sé. Has cerrado el desgarro.

Kalan asintió lentamente, su mirada se apartó de los ojos de Ander y se perdió en la inmensidad de la tormenta sobre sus cabezas.

—Ella está con él, Ander —murmuró—. Inara.

Ander imaginó que la noticia debió afectarle más, pero la verdad es que no fue más que una sorpresa sorda en el remolino de dolor que era su pecho.

—Yo la traicioné —continuó—. Yo la vendí a la cábala a cambio de información.

—Ella… ¿te ha hecho esto?

—Sí —Kalan tosió sangre.

—¿Cómo? Es solo una Adivina.

—No, ahora es algo más. No seas demasiado duro con ella, Ander —Kalan volvió a mirarlo, alzó una mano temblorosa y la posó en su mejilla—. Me lo merecía.

—¡No puedes irte ahora! —gritó el Clama Tormentas, un trueno retumbó en el cielo—. ¡No ahora que lo sé! ¡No ahora que te he recuperado!

Kalan sonrió de nuevo.

—Siempre… estuve ahí…

—¡No puedes irte! —volvió a gritar con la voz desgarrada.

Se derrumbó sobre el pecho de su hermano, su cuerpo se sacudía por el llanto. Kalan posó una mano sobre su nuca con cariño.

—No me quedaba mucho tiempo, de todas maneras —masculló acuciando un estertor de dolor.

Ander se levantó bruscamente. Se alejó unos pasos de su

hermano y se deshizo de la cincha de cuero que sujetaba la lanza. La asió entre las manos y la contempló con febril delirio.

—¡Él podría salvarte! —dijo—. ¡Él podría salvarte como me salvó a mí!

—No, solo quiero descansar, Ander. Descansar al fin.

—¿Y ya está? ¿Me pides que te deje morir sin más?

—Al menos volvimos a vernos, hermanito —Kalan sonrió y cerró los ojos—. Al menos tuvimos una última aventura… juntos…

—¡No! —gritó Ander corriendo en pos de su hermano—. ¡No!

Cayó de rodillas de nuevo a su lado, la lanza se le escapó de las manos y rodó por el suelo, tan inerte como Kalan. Sacudió el cuerpo viejo y decrépito, pero su último aliento había escapado. Ander gritó. La tormenta le devolvió los gritos con su atronador retumbar. Golpeó el cuerpo de su hermano en el pecho.

—¡No…

Otro golpe.

—…puedes…

Otro golpe.

—…morirte!

Sus lágrimas se mezclaron con la creciente lluvia, su voz se perdió en la intensidad de la tormenta que cada vez iba a más. Lloró, desgarrado por dentro, y se desgañitó gritando hasta que su garganta dolió. Pero nada de lo que sufrió sirvió para que Kalan reaccionase de nuevo. Su cuerpo estaba allí tendido, flácido como un muñeco de trapo, frío, helado. Sus ojos miraban a la tormenta. Había paz en ellos. Ander se enjugó las lágrimas y le cerró los ojos.

«Protege a los que viven. Recuerda a los que ya no están», aquellas palabras resonaron en su cabeza.

¿Cómo podía proteger a nadie? No hacía otra cosa que fallar y fallar. Al final solo iba a quedar gente a la que recordar y nada que proteger. A no ser que acabase con Cadeus. Le quitó el cinturón a Kalan y se lo puso él. Se colgó la lanza a la espalda de nuevo y se acercó hasta el Filo de Cronos. Lo cogió.

***

Corrió por los pasillos de aquel lugar con el corazón a punto de salírsele del pecho. La Torre estaba sumida en el caos de la batalla. Las peleas se sucedían por cada rincón. Hechiceros de distintas Cámaras luchaban contra las criaturas que habían tomado el lugar.

Poco importaba que fuese la primera vez que Elena pisaba aquel lugar, aquella cuna de los primeros pasos en la magia de muchos hechiceros, no tenía tiempo de disfrutar de las esculturas, los cuadros o los entramados rúnicos de las paredes. Todo eso daba igual. Debía encontrar a los estudiantes en medio de aquel campo de batalla.

Se alejó de los principales núcleos de la pelea dando gracias de no haber llamado la atención de ninguna criatura. Se internó por los pasillos de las plantas bajas, donde el silencio reinaba por encima del revuelo amortiguado por pisos de piedra. Un ruido entre el silencio le puso sobre aviso. Miró a los lados del pasillo, una clase con el símbolo de la alquimia grabado en la puerta le llamó la atención, corrió hacia ella. Dejó la puerta entreabierta para poder ver el exterior. Una criatura apareció por el pasillo y a Elena se le aceleró el corazón. Era una bestia bípeda con pezuñas por pies y grandes cuernos en la cabeza. Tan peluda como un búfalo. La criatura caminó por el pasillo, cada una de sus pisadas retumbaba como un martillo sobre el suelo de piedra. Elena contuvo la respiración y esperó.

La bestia se detuvo en mitad del pasillo, olisqueó el aire como si hubiese captado un olor. A la Oniromante se le paró el corazón de golpe. De repente, se había quedado congelada con la mano en el picaporte de la puerta y la mirada clavada en el pasillo. Quiso cerrar, pero el cuerpo no le reaccionó.

«Tienes que ser valiente», se dijo en su fuero interno, «por madre y por Ander.»

¿Pero qué podía hacer ella para luchar? Sus poderes no eran útiles en aquella situación. La bestia giró la cabeza lentamente hacia puerta tras la que ella se escondía. Olisqueó el aire de nuevo.

No, Elena era algo más que sus poderes. Consiguió soltar el picaporte y dio un paso atrás en sigilo. Se internó en la clase y se acercó hasta un armario. Lo abrió, cada crujido de la madera le pareció tan sonoro como una pistola disparando. La bestia empezó a andar hacia la clase, sus pezuñas rascaban el empedrado produciendo un chirriante sonido.

Elena buscó, estaba lleno de materiales que podían usarse para hacer algunas recetas alquímicas: dedos de una gárgola, hígado de devorador, un bote de cristal lleno de oscuridad humeante. Eran materiales que ella jamás habría podido conseguir. Sonrió pensando en todo lo que podría haber hecho en una escuela como aquella.

Las pisadas llegaron a la puerta. La Oniromante dio un respingo y su cuerpo se movió por instinto. Cogió un bote lleno de veneno de

hidra, reconocible por su color cobre, lo abrió y echó en su interior un poco de sangre de bestia trémula. El líquido empezó a burbujear en cuanto los dos componentes entraron en contacto. La criatura entró en la clase y soltó un gruñido visceral. Elena se giró gritando y lanzó el tarro hacia la puerta. En mitad del aire, la reacción de ambos materiales terminó de hacer efecto y el bote estalló. Una nube de humo rojo y negro salió despedido en todas direcciones. Elena se levantó el cuello de la camisa para taparse la nariz y la boca, también contuvo la respiración. El búfalo peludo la vio y gruñó ignorando la nube de humo. Pareció disponerse a cargar hacia ella con sus enormes cuernos, pero de pronto las piernas le fallaron y, en apenas segundos, la bestia de derrumbó en el suelo.

Elena sonrió, cogió todos los materiales que pudo y los metió en una bandolera de cuero abandonada en uno de los pupitres. Salió corriendo de la habitación antes de no poder contener más el aliento. La mezcla de esos dos materiales creaba una reacción explosiva que potenciaba el veneno de hidra, que ya de por sí era capaz de dejar fuera de juego a cualquiera.

—Si esta bestia estaba por aquí —masculló Elena para sí misma mientras seguía corriendo por los pasillos—. Es porque los rehenes deben estar cerca.

Estaba en lo cierto. No tardó en encontrar una puerta custodiaba por dos devoradores abisales. Las criaturas como peces horribles de cuatro patas le dieron un escalofrío. Se parapetó tras la esquina y observó. Las criaturas debían haber recibido ordenes de guardar la puerta, pues no se movían. Rebuscó entre lo que había cogido. Un bolsa con sal, una escama del tamaño de un puño, un vial lleno de un líquido azul fluorescente…

Un ojo de tritón. Duro como una piedra, redondo y grisáceo. Perfecto para maldecir. Sopesó el ojo entre sus manos. Una maldición de sueño. Sí, podía hacer eso. Dibujó la runa *Onira* en el aire y sacó una línea de ella, ató la línea al ojo de tritón. Algunos materiales aceptaban enlazarse con las runas, otro las rechazaban por completo. Activó la maldición y la apuntó a las criaturas. No ocurrió nada al principio, pero Elena pudo sentir como el conjuro tiraba de ella, como la magia de su interior se drenaba.

Los devoradores se tumbaron, poco a poco los ojos se les cerraron y, al cabo de un minuto, ambos se habían dormido. Elena dejó de darle magia al sortilegio y la runa se apagó. Se internó en el pasillo con mucho cuidado, pasó una pierna por encima de una de las criaturas y dio un saltito para caer al otro lado. Abrió la puerta que custodiaban.

Sonrió al ver que sus suposiciones eran ciertas. Un montón de chavales jóvenes y algunos profesores estaban maniatados y amordazados. Incapaces de dibujar runas y de gritar. Al verla, los ojos de algunos se iluminaron.

—¡Necesito un Sanador! —gritó sintiendo la urgencia del momento—. ¡Ya!

***

La espada pesaba en su cinto. Al empuñarla había tirado de él con una potencia arrolladora y le había robado una parte de la magia que bullía en su interior. Había conseguido envainarla antes de que fuese demasiado tarde, pero al verse en el reflejo de uno de los espejos de la Torre se dio cuenta de que le habían salido dos mechones canos en las patillas. El Filo era realmente peligroso. Tanto poder… a un precio tan elevado.

Bajó las escaleras a toda prisa ignorando el campo de batalla que era la Torre. Los sortilegios estallaban en todas direcciones, fuego y azufre se mezclaban con gritos y dolor. Algunos escalones estaban derrumbados por las explosiones mágicas, pero ni eso le detuvo. Ander tenía un único objetivo. Llegó hasta las mazmorras y siguió bajando. Como había predicho, había un rastro de muerte fácil de seguir. Los guardianes del portal yacían muertos en un pasillo cubierto de sangre y vísceras. El frío reinaba en aquel lugar. Al fondo del pasillo había una puerta de madera negra entreabierta. Una luz oscura salía de su interior. Ander corrió como no lo había hecho nunca, imaginando lo peor. Justo cuando cargaba a través de la puerta, escuchó el crepitar de la magia. Al otro lado vio el portal, ondulante, como si algo lo acabase de atravesar. En la sala solo quedaba una persona.

Inara. Estaba preciosa. Su pelo había recuperado el color y su rostro era más terso y brillaba con la vitalidad de la juventud. No parecía tener más de veinte años.

La Adivina lo miró con intensidad, sus ojos verdes y brillantes se deslizaron lentamente hasta el arma que colgaba de su cinto. Compartieron un silencio lleno de palabras. Ander se dio cuenta entonces de algo, Inara tenía una piedra de color verde en las manos.

—Ya no hay nada que puedas hacer —dijo ella—. Cadeus ha cruzado y yo voy a seguirlo.

—¿Por qué, Inara?

—No es por él, eso te lo puedo asegurar —contestó—. Es por ella, ella me ha dado todo lo que nadie ha podido ofrecerme jamás. Ha roto mis cadenas, me ha permitido ser algo más de lo que era.

Ander torció el gesto, aquellas palabras le causaron más molestia de lo que deberían.

—Entonces es así, vas a ayudarle a liberar lo que habita en Ter Valax. Vas a obligarme a enfrentarte.

—Eso ya lo hice en el momento en que lo maté —hubo amargura en su voz.

El Clama Tormentas negó con la cabeza y forzó una sonrisa que no sentía.

—Estás perdonada —aquellas dos palabras fueron las más difíciles que había pronunciado en toda su vida—. Entiendo…lo que hiciste…

Una lágrima traicionera asomó en la comisura de los ojos verdes de la Adivina. Apartó la mirada y se la limpió con el dorso de la manga.

—No puedes perdonarme —masculló.

—Es mi decisión hacerlo —dijo Ander dando un paso hacia ella —. Yo decido acabar el ciclo. No habrá más odio ni más muerte hoy. Lucha conmigo Inara, luchemos contra él.

Ander extendió una mano queriendo coger a la Adivina de la muñeca, pero ella se apartó violentamente. Dibujó una runa con la mano libre y una daga de sombras apareció entre sus dedos.

—¡No! —gritó, roja de ira—. ¡No puedes perdonarme! ¡He matado a Kalan!

—Mi hermano se sacrificó para dar una oportunidad a La Academia —dijo él tratando de mantener la calma—. Tú no lo mataste, él decidió morir.

—¡Fue mi daga la que le atravesó el estómago!

Ander apretó los puños. Un latigazo de ira le quemó las entrañas, pero respiró hondo y mantuvo la compostura. No. No habría más ira.

—No lo remataste, no pudiste.

Ella dio un paso atrás.

—No voy a ir a por ti, Inara. Solo me interesa detenerlo a él y salvar a mi madre.

—Entonces estamos en lados opuestos —dijo ella apretando los dientes y arrugando la nariz—. Porque Selen será liberada y no hay nada que puedas hacer para impedirlo. No puedes seguirnos. No sin un token.

—Encontraré la manera.

Ella sonrió con malicia. Se escucharon pisadas por el pasillo que llevaba a aquella habitación. Inara aprovechó el segundo de distracción para lanzarse a través del portal. Ander intentó cogerla, pero fue demasiado tarde. La Adivina atravesó el umbral mágico que la engulló con un fogonazo de luz.

—Por la magia crepitante —gritó Ander—. ¿Y ahora qué?

Tras él, la puerta se abrió y Elena apareció acompañada de un pelotón de gente. Alumnos muy jóvenes y profesores. Por detrás también había algunos miembros de La Academia, estos iban cubiertos de sangre negra, sus ropas desgarradas por el combate. Hubo más ruido en el pasillo y la gente se hizo a un lado para dejar pasar a los tres directores de las Cámaras.

—Llegamos tarde —anunció Ander—. Ya han cruzado.

A la noticia siguió un pesado silencio. Los miembros del Consejo se retiraron para deliberar su siguiente paso, algunos Sanadores entre el alumnado montaron un improvisado hospital de campaña y se esforzaron en curar a los heridos. Al cabo de unos minutos aquel sitio parecía un campamento de guerra, pero del enemigo no quedaba más que un portal infranqueable y los últimos chillidos de una batalla que se apagaban. Ander no dejó de mirar aquel umbral como si desearlo con suficiente fuerza bastase para abrirlo. Elena no tardó en acompañarlo.

—¿Ya está?

Ander negó.

—No, tiene que haber alguna forma.

—¿Cómo han cruzado ellos?

—La llave que le robó a mi padre contiene una piedra de la propia ciudad —explicó él—. Para cruzar hace falta un token de Ter Valax, se suponía que así solo entrarían aquellos que la crearon y nadie más. Imagino que el propio Cadeus ha cruzado y vuelto con un token para Inara.

—¿Inara? Creía que le habías perdido la pista.

Ander suspiró.

—Por lo visto, ha cambiado de bando.

—Ah.

El Clama Tormentas paseó dándole un rodeo al portal. Buscando cualquier cosa que le dijese qué hacer, una entrada secundaria, un… nada. Era igual por todas partes. Volvió junto Elena con los hombros gachos y la mirada perdida.

—Hemos fallado —masculló con desánimo.

Reconocer aquello fue como si le echasen un jarrón de agua fría

encima. Sintió una impotencia abrumadora, sintió que le había fallado a su madre. La había dejado a manos de aquel bastardo. Una lágrima de rabia acudió a sus ojos ya anegados por los sucesos del día. No podía fallar. No podía fallarle así a Kalan. A Iris.

Su madre, siempre hermosa, con su pelo largo y marrón recogido en un moño con aquellos palillos de jade que…

«Son un recuerdo de un sitio al que no quiero volver» las palabras de Iris resonaron en su cabeza como un eco.

Buscó los palillos en su bolsillo y los extendió ante él. Jade. ¿Era jade o era simplemente una piedra de color verde? Verde como la piedra que sujetaba Inara en sus manos hacía solo unos instantes. Su token a Ter Valax.

—¿Tienes al Sanador? —preguntó de pronto.

Elena asintió, parecía confusa.

—Dile que venga —ordenó él en voz baja—. He encontrado la forma de cruzar.

Los ojos de la Oniromante se iluminaron. Afianzó una bolsa que le pendía del hombro y lo que había en el interior tintineó. Corrió. Volvió al poco con un adolescente de pelo castaño y rostro aguileño.

—Caín, señor —se presentó.

—No me llames señor —le increpó Ander sintiéndose viejo de pronto—. ¿Estás dispuesto a esto? Es posible que no volvamos, es posible que muramos ahí dentro.

—Elena me ha explicado por encima la situación, señor —contestó Caín—. Si no vamos, todos moriremos de igual manera, ¿no?

—Probablemente.

—Pues tengo familia, señor, y amo a los míos. Si hay que entrar para protegerlos… se entra.

Ander sonrió. Cogió uno de los palillos y lo partió por la mitad estrellándolo con su rodilla. Le extendió una mitad a Caín, se quedó la otra y el otro palillo se lo dio a Elena.

—¿¡Qué estáis haciendo?! —gritó una voz desde el otro lado de las catacumbas.

Era el Archicustodio que se dirigía hacia ellos con cara de pocos amigos.

—¡Ahora! —gritó Ander mientras se lanzaba al portal.

No vio si los otros le seguían. Solo vio el umbral de oscuridad que iba a recibirlo y se lanzó a su interior.

27

El lugar era precioso en su oscuridad. Precioso de una forma retorcida, hermoso de la misma forma que una pesadilla puede serlo antes de que los temores y el dolor se apoderen de ella. Era un ente durmiente, un lugar al borde del precipicio que podía caer en cualquier momento hacia las sombras y el caos. También era silente. Como un gran mausoleo en el que la oscuridad guardase respeto por lo que allí dormía.

Grandes torres se alzaban entre la niebla, eran espigadas y retorcidas, llenas de aristas y gárgolas. Los edificios estaban hechos de aquella piedra verde que allí dentro era oleosa como la brea y resplandecía con brillo propio. Todo estaba desgastado. El polvo se acumulaba en los caminos, las grietas se comían las fachadas y una hiedra roja como la sangre se extendía por donde el olvido le dejaba.

Era Ter Valax. Allí dentro, Inara podía sentir más que nunca la presencia de algo en su interior. Ese algo tiraba de ella hacía un lugar al que todavía no habían llegado. La Teje Sombras lideraba la marcha. Se había vinculado con una runa de adivinación y sus ojos ahora veían el verdadero entramado de la ciudad. Muchas calles eran falsas, ilusorias, al igual que algunas paredes. Era un laberinto complejo en el que cualquiera se perdería durante eones. La ciudad se hacía y deshacía, nuevos caminos abriéndose a cada paso.

A pesar de estar conectada a una runa *Lunia*, no sentía el habitual drenaje que eso suponía a su cuerpo. No se sentía envejecer. De alguna manera, el tiempo parecía correr muy despacio allí. Miró de reojo a Cadeus que iba unos metros por detrás. ¿Cuánto tiempo había pasado en aquella ciudad atrapado y solo? Entendió que se hubiese vuelto loco.

Unas sombras, espectros que gemían, se acercaron al grupo. Cadeus dio una orden y la madre de Ander obedeció sin rechistar. Activó su runa de curación y la luz que creó espantó a las sombras como si les quemase.

—Cuidado —murmuró Cadeus en su habitual tono—. Un toque de esas cosas podría congelar tu magia.

—¿Y eso qué significa?

—No quieras averiguarlo.

Continuaron avanzando en silencio. Cuando las sombras se

acercaban, Cadeus daba la orden e Iris obedecía. El proceso continuó igual durante largos minutos. Cada vez las sombras se hacían más presentes y más numerosas. Llegó un momento en el que Iris tuvo que dejar una runa activa para que la luz sanadora que emergía de ella no se apagase. Así avanzaron siguiendo el tirón que Inara sentía. Así avanzaron hasta el centro de la necrópolis.

Podía sentir el palpitar del pozo como si fuese el latir de su propio corazón. Ante ellos se abría una enorme plaza redonda. En su centro había un agujero tan grande y profundo que se perdía en el interior de la tierra. Era un círculo perfecto. Un hoyo de oscuridad que supuraba negror, el mismo vapor oscuro que envolvía las dagas que ahora invocaba. El latir rítmico de lo que había ahí dentro era tan fuerte que Inara se estremeció.

«Bienvenida, niña mía», susurraron las voces de mil mujeres en su cabeza, «bienvenida a mi cárcel.»

Cadeus dio un paso adelante empujando a Iris. La luz de la runa que mantenía la Sanadora se apagó, pero allí los espectros no parecían acercarse.

—Es hora de prepararla —dijo Cadeus—. Arrodíllate.

Iris, con la mirada perdida, obedeció. El hechicero empezó los preparativos de un ritual que Inara desconocía, pero que constaba de velas negras y runas trazadas con hollín.

—¿Qué hago? —inquirió ella.

—Nada —masculló él—. Ya has cumplido tu propósito, Adivina.

Inara se revolvió incómoda y apretó la mandíbula. Habría invocado las dagas en aquel momento, pero se contuvo. Lo único que importaba era liberarla. Cadeus detuvo el ritual súbitamente, se irguió muy recto y negó varias veces con la cabeza.

—¿Cómo puede ser? —susurró en su habitual tono apagado.

—¿Qué pasa?

—Han entrado. Algo ha entrado.

Inara también se puso tensa, dibujó la runa *Shar* y, ahora sí, invocó las dagas.

—Iré a detenerlos, tú acaba el ritual.

Cadeus, como si no la hubiese oído, rebuscó en su chaqueta de *tweed* y sacó un par de frascos llenos de humo.

—Son los últimos que me quedan.

Los estampó contra el suelo y el humo creció y revoloteó hasta que adoptó las formas de dos enormes arañas. Los ojos eran incandescentes brasas rojas. Las bestia aguardaron junto a su invocador.

—Acompañadla y cazad —ordenó Cadeus.

Inara echó a correr y las dos arañas se deshicieron en volutas de humo que volaron tras ella. Sabía en su fuero interno que aquello tenía que ver con Ander, que de alguna manera el joven Clama Tormentas había conseguido pasar, y esa certeza le revolvía el estómago.

No quería matarlo, él no era culpable de nada, pero lo haría si amenazaba con impedir el despertar de Selen.

***

Cayeron al otro lado como si los hubiesen escupido desde una boca enorme. Ander se puso en pie al instante y agarró la lanza con la que apuntó en todas direcciones. Solo había calles vacías y edificios desmoronados de piedra verde. Ander miró al cielo, negro y vacío.

—Por la diosa Onírica —suspiró Elena—. ¿Qué lugar es este?

—Atentos —masculló Ander mientras veía unas sombras acercándose.

Eran como fantasmas negros, formas indefinidas, siluetas recortadas a contraluz.

—¡Sanador!

Caín dio un paso al frente y activó su runa. Un brillo tenue emergió de ella emitiendo una calidez agradable. Las sombras se retiraron como si aquella luz fuese fuego. Ander miró a Elena en busca de alguna indicación. La Oniromante parpadeó varias veces mientras miraba en todas direcciones con incredulidad.

—¿Qué pasa?

—Todo… es… —tartamudeó ella sin dejar de dar vueltas.

Otras sombras se acercaron. Caín volvió a expulsarlas.

—Elena, tenemos que ponernos en marcha.

—¡Lo sé! —gritó ella—. Es más difícil de lo que parece. Todo se dibuja y desdibuja a la vez, es como si estuviese viendo distintas ciudades al mismo tiempo.

—Estamos entre el Velo y la Sombra —dijo Ander—. En el límite de los sueños, tú puedes hacerlo Oniromante.

—¡Lo sé! —insistió—. Dame un momento.

Elena cerró los ojos. Más sombras se acercaron imbuidas en sus lamentos de dolor y pena. Caín las rechazó de nuevo. La Oniromante respiró profundamente, dibujó la runa *Onira* y la activó. Abrió los ojos de nuevo. Tardó varios segundos, pero pareció

captar algo.

—Lo tengo —anunció—. ¡Estoy viendo el camino real!

—¡Abre la marcha!

Elena salió corriendo y los otros dos la siguieron al instante. Ella fue a meterse en un callejón sin salida, Ander quiso decirle algo, pero antes de poder la Oniromante había atravesado la pared al fondo. Los ladrillos se deshicieron como si estuviesen hechos de polvo. Al otro lado el callejón continuaba en su estrechez hasta dar a una calle más amplia. Solo había una ruta a través de esa calle, pero Elena, sin parecer advertir su presencia, se metió dentro de una casa atravesando la puerta como si estuviese hecha de aire. La casa entera se deshizo.

—Increíble —susurró Caín mientras seguía espantando las sombras que se les acercaban.

Tras la falsa casa había otra avenida amplia. Ander miró a su alrededor, confuso, y vio por un instante a través del velo de ilusiones. Vio que la ciudad era cambiante, que se movía y se retorcía mecida por una voluntad ajena. La piedra verde iba y venía como los árboles de un bosque encantado. Por la magia crepitante, aquel lugar le daba escalofríos.

—¿Cómo sabes cuál es el camino? —preguntó acercándose a Elena.

—Lo veo con claridad —contestó ella sin dejar de caminar—. Es como navegar por los sueños, hay cientos de ellos, pero una Oniromante sabe encontrar el camino al sueño que busca. Esto es lo mismo. La ciudad se dibuja ante mí con precisión.

—¿Y a dónde nos lleva?

—No lo sé —sentenció ella—. Pero noto una presencia, ¿tú no?

Ander apretó los dientes. Al nombrar la presencia se había hecho consciente del nudo que atenazaba su estómago desde que habían llegado, de la presión sobre su pecho. Era como una garra que le retorciese por dentro muy lentamente, fría como el hielo.

—Es lo que intentan despertar —continuó Elena—. El camino lleva hasta allí, ¿dónde si no?

Continuaron a marcha forzada a través de paredes ilusorias y avenidas fantasma. Continuaron, marchando sin cesar, con los corazones encogidos y el silencio solo roto por los gemidos de los fantasmas de sombra. Tras varios minutos de marcha Elena se detuvo bruscamente, señaló al fondo de una avenida grande.

—Es allí.

Fue a continuar, pero Ander la detuvo un momento. Caín se puso tras ellos y activó una runa sanadora más para crear una

burbuja de luz alrededor del grupo. Las sombras se apartaron gimoteando.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—No sé que pasará cuando lleguemos —murmuró Ander—. Mi prioridad es salvar a mi madre, pero para eso voy a tener que enfrentarme a él.

—¿Y bien?

Ander miró la inerte lanza entre sus manos. No podía creerse que echara de menos al maldito Gardebius. Se llevó la mano al cinturón y empezó a desabrochárselo.

—Si tengo que enfrentarme a él necesito saber que tú estarás bien —le extendió la espada a Elena—. No uses el arma a no ser que sea necesario, pero si estás en peligro… en fin… podrás detener el tiempo a tu alrededor con ella.

—¿Cómo? —Elena miró incrédula la vaina.

—Pagando con tus propios años de vida.

La Oniromante pareció entender, se acercó a Ander y le posó una mano en las sienes donde habían aparecido unos mechones canos. Ella no dijo nada, asintió y se ciñó el arma en la cintura. Él esbozó una sonrisa y la besó. Fue un beso corto que tuvo un amargo sabor a despedida.

Entonces se escucharon los chillidos. El grupo buscó el origen del ruido.

—¡Criaturas! —gritó Caín señalando.

Dos arañas hechas de humo emergieron atravesando una pared. Chillaban mientras se deshacían y se volvían a hacer. Ander recordó aquellos ojos rojos y el dolor incandescente de la mordedura de aquel ser. Sintió un escalofrío y se puso a dibujar su runa.

Elena le detuvo.

—Vete —ordenó mirando al fondo de la avenida.

—No.

—¡Vete! ¡Solo tienes que seguir recto un poco más!

Inara apareció también a través de aquella pared. Miró al grupo con desprecio, dos dagas hechas del mismo material que las criaturas descansaban entre sus manos. Ander miró a Inara, luego a Elena. Las arañas se acercaban.

—¡Vete, joder! —gritó la Oniromante mientras su mano se dirigía al mango de la espada.

Ander entendió lo que pretendía y supo que no tenía otra opción. Elena estaba dispuesta a comprarle tiempo. O aceptaba ese tiempo o nunca rescataría a su madre. Dibujó *Raik*. La activó y el rayo que lo imbuyó lo lleno de energía. Salió corriendo sin

pensarlo.

En su huida miró a atrás. Las arañas se abalanzaron sobre los dos unirunas que se habían quedado atrás. Elena desenvainó el Filo y toda la calle se llenó de un brillo dorado. Las criaturas se detuvieron bruscamente en mitad del aire. Inara se congeló mientras avanzaba hacia ellos.

Ander corrió directo a la boca del lobo.

***

Sintió un palpito en la lanza. Como una leve brisa que emergía de ella. Le pareció escuchar un susurro, pero las palabras fueron ininteligibles. Ander miró a su alrededor, como si fuese a ver a Gardebius, se sintió estúpido.

—¿Sigues ahí?

Una parte en su interior le decía que sí, que el hechicero caído seguía en parte dentro de aquella mitad sellada de la lanza. Pero el silencio indicaba todo lo contrario, Cadeus le había hecho algo a la otra mitad, Ander lo sabía. Le había arrebatado también aquello. La sola idea hizo que el estómago se le retorciese.

Era hora de acabar con él.

Siguió corriendo en recto como le había indicado Elena. Aún cuando se giraba podía ver el brillo dorado del Filo como un faro en mitad de la Necrópolis, pero se negaba a mirar demasiado atrás o acabaría arrepintiéndose. Tenía que seguir adelante. Se topó con una pared, pero no dejó de correr y la atravesó.

Llegó a su destino. Supo que aquel era el lugar al instante. Un enorme agujero en el suelo se perdía hasta donde no alcanzaba la vista. Exudaba humo negro, como una herida infecta. La sensación en aquel lugar era opresiva, como si la gravedad atrajese con fuerza hacia las entrañas del mismo agujero. Allí estaba él. Cadeus se dio cuenta de su presencia mientras encendía la última vela negra de un complejo círculo rúnico hecho con hollín. Su madre estaba al borde del precipicio, una runa negra dibujada en su vientre, la mirada perdida como si no estuviese ahí.

Ander apretó la lanza hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Miró a Cadeus, tenía consigo la otra mitad del arma. Enganchada en el cinto, como si le perteneciese.

—No puede ser… —susurró el hechicero mirándolo—…¿por qué sigues apareciendo, chico? ¿Cómo eres capaz de seguirme hasta el

corazón de la misma oscuridad?

—Soy una pesadilla, Cadeus ¡Soy tu pesadilla! —gritó Ander, un par de rayos restallaron en su piel acompasando su pasión—. ¡Debiste matarme porque no pienso parar!

—Te mate.

—No lo suficiente.

Ander dibujó otra runa y lanzó un estallido hacia el suelo. Salió despedido por encima del hoyo y salvó las distancias. Cayó sobre Cadeus con la lanza por delante. El hechicero convocó un escudo ante él. Ander rebotó, pero consiguió usar el impulso para caer detrás de su enemigo. Dio otro golpe con las dos manos y lo llenó de la furia tormentosa que invadía su cuerpo. Los rayos restallaron contra el escudo y lo partieron. Cadeus se apartó del agujero, varios círculos rúnicos le acompañaron en su movimiento mientras intentaba activar sus sortilegios.

Ander sabía que no podía darle esa opción. Se abalanzo sobre él y lanzó una estocada tras otra hacia las manos de su rival. Cadeus retrocedía a la defensiva, incapaz de activar su magia. Ander siguió y siguió. Una lanzada, un paso, un lanzada, otro paso. Sus movimientos eran fluidos como el rayo que danza en la tormenta. Su cuerpo, su ser, le impulsaba a pelear, a seguir.

Cadeus consiguió activar una runa simple. *Togh*. Sus músculos crecieron llenando la chaqueta de *tweed*. Con su recién adquirida fuerza se atrevió a golpear la lanza para desviar sus golpes y se adentró en el espacio de Ander. Fue a darle un puñetazo, pero el Clama Tormentas era más rápido e hizo una finta para colarse por su flanco. Golpeó con el mango de la lanza a las costillas de Cadeus que apenas acució el golpe. Este se giró descargando otro puñetazo. Ander retrocedió de un salto impulsado por rayos que salieron de su cuerpo. Cadeus falló, pero dos círculos rúnicos aparecieron a su lado sin que hiciese gesto alguno.

Ander acumuló la tormenta de su interior en la mano izquierda. Sintió que los rayos se juntaban para formar uno mayor que tomó solidez en su palma. Alzó el rayo y lo lanzó hacia su enemigo. Cadeus renunció a los círculos rúnicos para activar un nuevo escudo. Esta vez no fue suficiente. El escudo se partió como cristal ante el golpe del rayo sólido y la descarga golpeó el pecho del hechicero. Cadeus trastabilló y se llevó una mano a la herida, sorprendido. La camisa se le había desgarrado y la piel lucía una quemazón parecida a las caóticas raíces de un árbol.

—Has mejorado —masculló Cadeus en voz muy baja.

Ander hizo bailar la lanza entre sus manos y la apuntó hacia su

enemigo adoptando una postura de combate. Los rayos saltaban por su cuerpo, llenándolo del ímpetu de la pelea, pero ahora era capaz de controlar ese ímpetu, de hacerlo ir y venir. Sí que había mejorado. Ya no se dejaba llevar por la tormenta, ahora la controlaba.

—Has entendido el poder de un uniruna —continuó su enemigo —. Tu padre estaría orgulloso.

El Clama Tormentas no se dejó engañar por una treta tan sencilla y controló sus sentimientos. Solo ganaría con la cabeza fría.

—Haré que esté orgulloso —contestó con calma—. Y lo primero que haré para ello será enmendar su error. Yo no te abandonaré en Ter Valax. Yo te mataré en ella.

***

Elena envainó el Filo cuando creyó que había comprado suficiente tiempo para Ander. Después de que el arma le drenase se sentía pesada y agotada, suponía que aquello había hecho estragos en su apariencia, pero poco le importaba ahora. Solo tenía una idea en la cabeza. Sobrevivir. Agarró a Caín y salió corriendo.

Las arañas recuperaron su impulso y los siguieron como perros de presa. La Oniromante rebuscó en la bolsa que había preparado y sacó el ojo de tritón petrificado. Lanzó una maldición de sueño, pero las criaturas fueron inmunes a ella.

—Mierda… —masculló mientras seguía corriendo.

Llegaron a un callejón en los laterales de la avenida y se internaron en él. Una de las arañas los alcanzó. La Oniromante trató de rebuscar en su bolsa, pero fue demasiado lenta. La araña adoptó una forma sólida y le mordió en el hombro. El dolor fue como un picotazo ardiente. Elena trastabilló, la araña se deshizo de nuevo en humo y voló en otra dirección. La Oniromante sintió su hombro palpitar, el mundo le dio un vuelco al instante. Iba a desmayarse, pero de pronto el callejón se llenó de una luz cálida y amable. La herida se esfumó y las arañas se alejaron chillando de la misma manera que las sombras de la ciudad lo hacían ante el poder del Sanador.

—¡Vamos! —gritó Caín.

Elena miró su hombro. No había ni rastro de la mordedura. Sacó de su mochila un bote de cristal lleno de un líquido verde y lo tiró al suelo. El cristal reventó, el líquido, al contacto con el aire, empezó a bullir.

—¡Vamos! —insistió Caín.

Salieron corriendo. El brebaje estalló y los edificios a ambos lados del callejón empezaron a fundirse como si la piedra no fuese más que mantequilla. La muchacha de las dagas, la que Ander había llamado Inara, se detuvo ante el ácido. Las arañas se materializaron a su lado.

Ella extendió una mano de la que emergió un zarcillo de oscuridad que voló hasta los tejados. Inara se impulsó con él para sortear el peligroso ácido. Elena masculló una maldición y siguió corriendo.

—¡Por aquí! —gritó cogiendo a Caín de la muñeca e internándose por una calle que supo que el otro era incapaz de ver.

Llegaron hasta la base de un torreón retorcido y oscuro. Era como el dedo fino y huesudo de una bruja saliendo de la tierra. Había grietas en toda su superficie, pero de alguna manera conseguía mantenerse en pie. Elena abrió la puerta y ambos pasaron al interior. Cerró tras ella y sacó un nuevo brebaje que había preparado. Un vial lleno de una sustancia blanca y viscosa que contenía sal, ajo y la saliva de un trol. Empezó a echarla por los bordes de la puerta, eso la sellaría tanto física como mágicamente.

—Funciona, por favor —susurró al acabar.

En efecto, pudo escuchar los chillidos de las arañas en el exterior, pero aunque estuviesen hechas de humo no pudieron colarse por las rendijas de la puerta.

—Se colarán por las grietas —advirtió Caín en voz baja.

Elena lo sabía, solo quería ganar algo de tiempo. Echó un rápido vistazo a su alrededor. El interior de la torre era pequeño y se veía completamente abandonado. Las paredes estaba llenas de nichos, uno tras otro, subiendo en círculos hasta lo más alto. La mayoría de los nichos estaban abiertos y en su interior no había nada.

Elena no quiso pensar en eso ahora, demasiados problemas. Había unas escaleras de caracol en el centro de la estancia. Corrió junto al Sanador hacia ellas y empezaron a subir. Algo golpeó la puerta con una fuerza tremenda, casi sacándola de sus goznes.

La Oniromante rebuscó el siguiente frasco. Sacó dos de los cuatro que le quedaban. Uno contenía una llama naranja, ese era poderoso, pero la explosión que podía causar seguramente derrumbaría la torre. Lo guardó por el momento. El segundo contenía una luz verde azulada. Lo sostuvo bien fuerte entre las manos mientras seguían subiendo.

Abajo, las dos arañas se colaron entre las grietas de las paredes. Tardaron unos segundos en localizarlos, chillaron y se volvieron

humo para volar en la dirección de los dos unirunas. Llegaron hasta la trampilla que salía a la cima de la torre. Elena intentó abrirla, pero estaba atrancada. Caín la apartó y embistió con el hombro. Nada. El chillido de las criaturas se acercaba. La puerta a la torre no resistió más y se derrumbó con un sonoro estruendo. Inara pasó al interior con cara de pocos amigos.

Era ahora o nunca. Elena abrió el frasco, la luz verdosa del interior empezó a filtrarse como si fuese humo líquido. La Oniromante lo tocó y le ordenó a Caín que hiciese lo mismo. El brillo verde azulado los rodeó como si fuese una capa formada por pequeñas esporas. Las arañas llegaron hasta ellos.

Elena cerró los ojos y rezó.

28

Un lanzazo a un lado, una finta, otro lanzazo, otra finta. Un golpe con el asta del arma. La danza no podía detenerse. Ander no podía darle un solo instante a su enemigo o perdería, lo sabía. Por mucho que controlase el rayo y la tormenta, no tenía nada que hacer contra la magia que era capaz de blandir su rival. Así que siguió golpeando, encadenando un movimiento tras otro, el rayo en su interior le daba la velocidad necesaria. Un golpe. Otro. Otro. Conseguía mantener a Cadeus a la defensiva. Aquello se había convertido más en un baile que en una pelea. Ander esquivaba los puñetazos y patadas para luego contraatacar, buscaba hendir la carne de su rival, pero no era su objetivo principal. Solo quería ganar tiempo hasta que se le ocurriese un plan mejor.

Pero el tiempo estaba a punto de acabársele.

La lanza contactó. La punta se clavó en las costillas de Cadeus y las atravesó hasta que el filo sobresalió por la espalda. Ander dio un respingo, no había esperado herir a su rival y supo que algo iba mal. Aquel golpe no era fruto de un descuido. Cadeus se había dejado impactar. Cogió el mango del arma para impedir que Ander la sacase de un tirón. Forcejearon, pero la runa *Togh* le confería una fuerza imposible de vencer. Cadeus se dispuso a golpear con la otra mano, Ander se vio obligado a soltar el arma y retroceder.

El hechicero sonrió. Asió el asta de la lanza y se la arrancó de un tirón. La sangre manó de la herida como una fuente, pero no pareció importarle. Un círculo rúnico apareció al lado de Cadeus, Ander acumuló rayos en su mano, pero no fue lo suficientemente rápido. El rayo se estampó contra un escudo y la explosión se volvió cegadora. El Clama Tormentas retrocedió un poco más hasta que su espalda topó con uno de los edificios que bordeaban el gran pozo.

Cadeus estaba en pie, una luz emergía de un segundo círculo de runas que había conseguido activar e iba directa a la herida que se estaba cerrando. Algo ocurrió. El círculo se desdibujó y las runas se deshicieron. La luz se apagó dejando la herida sin curar. Cadeus miró extrañado a un lado y a otro.

—¿Qué haces? —preguntó a nadie en concreto.

Esperó unos segundos.

—Ya veo.

Alzó la lanza improvisada de Ander y la observó con desprecio.

—Menuda chapuza —susurró antes de partir la parte que el muchacho había tallado.

—¡Déjala! —gritó mientras se lanzaba de nuevo a la pelea.

Cadeus activó un círculo antes de que Ander pudiese llegar. ¿Cómo podía enfrentarse a alguien que no necesitaba ni dibujar runas? Solo aparecían a su voluntad. El círculo se convirtió en una lluvia de fuego que empezó a caer sobre el Clama Tormentas. Ander continuó hacia su enemigo, esquivando los pequeños meteoritos por escasos centímetros. Bailó, como una tela al viento, saltando y danzando entre la descarga de llamas y muerte. Impulsado por el rayo en su interior. Sus fuerzas ya drenadas a más de la mitad de su capacidad.

Aún con ello, consiguió llegar al otro lado, solo para que Cadeus detuviese sus puñetazos con un escudo y luego lo golpease en el pecho. Ander salió volando hacia atrás y se estampó contra el edificio de antes. Toda su espalda crujió y se resintió. Se levantó apoyándose en la piedra verde, parecía oleosa al tacto. Escupió un poco de sangre y miró a su rival.

Cadeus asía las dos mitades de la lanza de Gardebius ante él. Las unió. Una explosión de energía oscura emergió del arma. Ander apretó los puños y se agarró a la piedra para aguantar el envite, Cadeus ni se inmutó.

La lanza estaba unida de nuevo. O algo parecido. Ambas mitades se mantenían unidas sin tocarse, como si una mano invisible las sostuviese. El Clama Tormentas intentó llamarla a su mano como hubiese hecho cuando ambos eran uno. No funcionó. Cadeus sonrió.

—No es tan insignificante como creía —murmuró—. Este arma… debí llevármela cuando maté a tu padre.

—No te pertenece.

—¿Y a ti sí?

—No —contestó—. Gardebius solo se pertenece a sí mismo.

—Un arma sin dueño no es más que un objeto decorativo —Cadeus se puso de perfil y levantó la lanza para apuntar a Ander—. Contempla su poder.

Un haz de luz negra emergió de la punta llenando el aire de un sonido vibrante y terrible. Ander se apartó, esquivando en el último segundo. El haz destrozó la pared de piedra tras él como si no hubiese sido más que papel. Cadeus siguió la trayectoria del muchacho, el haz acompañando sus movimientos. Ander corrió, perseguido por aquel chorro de destrucción oscura.

No pudo evitar sentirse traicionado. ¿Por qué Gardebius lo había abandonado? ¿Por qué le estaba dando su poder a Cadeus?

¿Era de verdad un ser de sombras y nada más? ¿A pesar de lo que él había conocido en el Valle de Nad? Todas aquellas preguntas sacudían su cabeza mientras corría sorteando el haz destructor. Tras él las paredes se derrumban y los edificios de piedra verde se venían abajo. Cadeus bajó la lanza y el haz se deshizo. Sonreía, pero a Ander no se le escapó que sudaba y jadeaba.

—Serás muy buen Clama Tormentas, muchacho —dijo resollando—. Pero no tienes nada que hacer contra mi poder.

Ander frunció el ceño.

—Todavía no has visto nada —masculló.

Lanzó un rayo al cielo e hizo lo mismo que hiciese en el Valle de Nad. Su rayo se quedó en la negrura de arriba, palpitando y conectándose con su mano. Nubes negras empezaron a formarse a partir de la nada. Cadeus no pensaba permitírselo, así que se lanzó a por él.

El Clama Tormentas tuvo que abandonar su intento y ponerse a pelear. Ahora era su enemigo el que portaba la lanza y lo obligaba a retroceder.

—¿Creíste que sería tan tonto como para dejarte hacerlo? —preguntó Cadeus mientras daba una estocada tras otra.

Ander esquivó un golpe, luego otro, lanzó un par de descargas para hacer hueco entre ambos y lo intentó de nuevo. No funcionó. Cadeus lo acosó con insistencia. Un golpe tras otro, una lanzada tras otra. El arma conectó, Ander había sido descuidado y el filo le cortó la camiseta y le hizo un arañazo en las costillas. En aquel instante, por un solo segundo, su vista se volvió negra como la noche.

Y le pareció ver unos ojos rojos en aquel vacío.

***

Los chillidos propios de la emoción de la caza se convirtieron en agudos berridos de dolor. Eso le indicó a Elena que el truco había funcionado. Abrió los ojos para ver como las arañas de humo desaparecían entre las grietas de la torre. Habían intentado morderles, pero las esporas de luz que les rodeaban les protegían de la oscuridad. Esporas de hongo lunar, una poderosa herramienta de los Cazadores.

—¡Eso ha sido increíble! —gritó Caín, estaba asustado aunque intentase ocultarlo con entusiasmo.

—¡Abre, ya!

El Sanador embistió de nuevo la trampilla y la madera se quejó, pero no se abrió. Inara los miró desde abajo con gesto de desagrado. Dibujó una runa y la activó, una masa de sombra líquida la rodeó y se fue endureciendo hasta formar tres esquirlas sólidas que parecían estar hecha de brea dura. A un gesto, las tres esquirlas salieron volando hacia ellos. Elena gritó y se cubrió con las manos.

Notó como la primera esquirla destrozaba el escudo de esporas de luz. La segunda se clavó en su vientre. Fue como un aguijón punzando su piel, solo que más profundo y doloroso. Elena perdió el pie, pero Caín la cogió entre sus brazos. Al Sanador el escudo también se le había desecho.

—Esto va a doler —dijo.

Le arrancó la esquirla de un tirón y esta se deshizo en humo. Fue a dibujar la runa de sanación, pero la Teje Sombras no pensaba permitirlo. Empezó a subir las escaleras corriendo, el retumbar de sus pisadas hacía que toda la estructura temblase.

—¡Abre la trampilla! —gritó Elena, tragándose el dolor.

Caín paró de dibujar. La miró a ella y luego a la herida. Salía sangre. Asintió y se puso en pie para cargar de nuevo contra la maldita trampilla. La madera crujió y se resintió. Algo al otro lado devolvió los golpes.

—¡No pares! —gritó Elena al ver la confusión de su compañero.

Inara seguía subiendo con las dagas en las manos. Elena ignoró el dolor y la sangre que manchaba su ropa y rebuscó en su bolsa. Contra las arañas no había funcionado, pero lo haría con ella. Encontró el ojo de tritón petrificado.

Lo levantó en el mismo instante en que Inara llegaba hasta ellos. Todo ocurrió muy despacio, Elena dibujó la runa *Onira*. Caín golpeó la trampilla y los goznes cedieron. Inara se lanzó a por la Oniromante.

—¡Duérmete, hija de puta! —gritó Elena mientras activaba la maldición.

Inara se durmió en mitad del salto. Las dagas desaparecieron de su manos y cayó sobre Elena a plomo. La Oniromante sintió el impacto y se retorció de dolor. Caín gritó. Una mano esquelética emergió de la trampilla ahora abierta y lo cogió de la camisa llevándoselo hacia arriba.

—¡Caín!

El muchacho gritaba. Del hueco emergieron lamentos. Elena se retorció hasta apartar a la Teje Sombras dormida. Cada movimiento le dolió como si una daga se retorciese en sus entrañas. Miró hacia la trampilla y vio cuencas vacías que le devolvían la mirada. Los

muertos de los nichos vacíos.

—¡Caín! —gritó de nuevo, asustada de verdad.

—¡Elena! —clamó el muchacho desde el interior—. ¡Socorro!

Su voz estaba llena de pánico. La Oniromante intentó ponerse en pie, pero la herida se lo impidió. Miró a su alrededor. Entonces vio como las malditas arañas de humo volvían, colándose entre las grietas de nuevo.

«No puede ser», pensó de mala gana.

Su mano fue inconscientemente hasta el mango de la espada. Las arañas chillaron y salieron volando hacia ella.

Desenvainó el Filo por segunda vez.

***

Tres carcajadas. Es todo lo que escuchó. Volvió a la plaza del pozo. Cadeus ya recuperaba la postura con la lanza para golpear de nuevo, Ander hizo una finta lateral viendo el golpe y le dio un toque a la lanza con la mano para apartarla. Se internó en las defensas del hechicero e impactó con un puñetazo que impregnó de rayos. Cadeus retrocedió, dandole un poco de tiempo a Ander para respirar.

El Clama Tormentas estaba sudando y cada vez le costaba más seguir con aquella danza. La herida en su costado importaba poco, no era más que un arañazo, pero el cansancio pasaba factura. Haber intentado convocar la tormenta le había drenado gran parte de su magia y ahora no disponía de las grandes reservas que había tenido al unirse a Gardebius.

No iba a poder dar mucho más de sí… y estaba demasiado lejos de ganar. Cadeus dio unos pasos laterales, formando un círculo a su alrededor. Ander lo siguió con los puños levantados y los rayos restallando en su piel, intentando no denotar su debilidad.

—Sin el arma no eres nada —susurró su rival—. Lo que conseguiste en el claro, no va a volver a repetirse.

Ander miró a la cicatriz que le había dejado a Cadeus tras su enfrentamiento. El ojo blanco le proporcionó una leve sensación de satisfacción. Al menos había conseguido eso, aunque no sirviese de nada.

—¿Qué le has prometido? —preguntó.

Cadeus tardó un poco en entender a qué se refería.

—Libertad —contestó—. Algo que tú nunca podrías.

—¿Y de qué servirá la libertad cuando él acabe con todo? ¿Has pensado en eso Gardebius?

Su rival sonrió.

—No voy a acabar con todo —murmuró—. Solo voy a despertarla para que ella viva y vosotros soñéis.

—¿Cuál es la diferencia?

—Nadie morirá. Ella os sacará de la pesadilla que es la existencia, os hará soñar con plácidos campos y tardes tranquilas. Vivirás con tu familia, con tu padre, con tu madre y con tu hermano. El sueño será apacible, será todo lo que puedas desear… ¿qué tiene eso de malo, Ander? La vida no es más que dolor.

—¡La vida es real!

—¿Cuál es la diferencia entre la vida y el sueño? Al fin y al cabo, ¿no viven las criaturas más allá del Velo que los separa?

—¿Tanto has sufrido, Cadeus? —inquirió Ander—. Tanto que prefieres una vida de mentira que afrontar la realidad.

Cadeus sufrió un tic nervioso que le hizo parpadear el ojo herido. Gritó, perdiendo por completo las formas y de nuevo invocó el haz de destrucción de la lanza. Ander se echó a un lado, esquivando el rayo mortal por apenas centímetros.

—¿Qué pasó Cadeus? ¿Qué pasó de verdad? —gritó—. ¿Qué hizo que prefieras soñar para siempre en vez de afrontar el dolor?

Cadeus no contestó. Lanzó un rayo y otro, pero Ander que estaba preparado los esquivó todos, sabiendo que si uno impactaba sería su fin. Tenía que seguir así, cada haz de la lanza drenaba poder del hechicero, le hacía sudar y cansarse. Podía notarlo en su respiración, en como se le aceleraba el pulso y se le arrugaba el rostro cuando invocaba el poder.

—Tu padre… —lanzó un rayo—…me traicionó.

—¿Y por eso lo mataste?

—¡Era mi mejor amigo! —Cadeus gritó, perdió por completo las formas, la fachada que siempre tenía como una delicada máscara de porcelana se rompió. Se convirtió en polvo.

Gritó y lanzó otro rayo. Ander usó la runa *Raik* para impulsarse hacia arriba y esquivar el haz mortal.

—¡Todos dormiremos! ¡El Plácido Sueño nos espera! —siguió gritando mientras trataba de controlar el rayo.

Intentó apuntarlo a Ander que caía hacia él, pero algo ocurrió. Fue como si el brazo de Cadeus se bloquease contra su voluntad y la lanza se quedó apuntando al cielo oscuro de Ter Valax.

—¿Qué haces? —preguntó el hechicero.

Ander sonrió. Cayó sobre Cadeus y le dio un puñetazo en la

cara. En aquel puñetazo descargó casi toda la magia que le quedaba. El impacto atronó y reverberó por todas las calles de la necrópolis. Los rayos restallaron en todas direcciones, serpenteando entre edificios como anguilas. Hubo una explosión de luz. Ander salió despedido hacia atrás por la fuerza del golpe. El Clama Tormentas aterrizó demasiado cerca del borde del oscuro pozo, se balanceó y por un instante pensó que iba a caer. Consiguió recobrar el equilibrio en el último instante. Buscó a su enemigo.

Cadeus se había estampado con una de las paredes semidestruidas por los haces negros, los cascotes habían cedido con su impacto y grandes piedras verdes se amontonaban encima de él. Si hubiese sido una persona normal, estaría muerto, pero Ander sabía que aquel cabrón no moriría tan fácilmente.

Miró al otro lado de las fauces oscuras. Su madre seguía sentada al borde con la mirada perdida, rodeada de velas negras y runas de hollín. Se preguntó si no sería lo más sensato rescatarla y marcharse corriendo ahora que podía. Luego, su mirada se deslizó hacia la lanza de Gardebius que había quedado a mitad camino entre Cadeus y él. Estaba clavada en el suelo, exhumaba negror por la herida en mitad de su mango, pero de alguna forma se mantenía unida.

Dudó. Estaba agotado, su magia drenada casi por completo. Algún rayo tímido todavía crepitaba por su piel, pero sabía que no podía seguir luchando mucho más. Y sin embargo… ¿le quedaba otra opción?

Las piedras que enterraban a Cadeus empezaron a moverse. El hechicero gruñó. Ander apretó los puños. Miró de nuevo a la lanza y luego a su madre. ¿Podía no luchar? Mientras Cadeus siguiese vivo, ellos nunca estarían a salvo. Él siempre encontraría la forma de volver, de buscarlos, él no se detendría porque la venganza lo había consumido.

Porque era un hombre enfermo. Tocado por la oscuridad de aquella ciudad. Ander suspiró. Cadeus apartó una enorme roca como si no fuese más que un poco de gravilla y se levantó entre el montón de escombros.

Tenía que seguir luchando. Corrió hacia la lanza. Cadeus lo vio, pero no hizo amago de moverse. Ander alcanzó el arma, cogerla fue una sensación reconfortante, como ver a un viejo amigo después de mucho tiempo. Intentó imbuir sus rayos en el arma, pero esta le rechazó.

—¿Por qué? —preguntó en un susurro.

«Era la única manera», la voz fue poco más que un susurro

traído por el viento.

Cadeus echó la mano a un lado y la lanza desapareció de entre los dedos de Ander para volver a aparecer en la mano de su enemigo. Entonces lo entendió, de alguna forma, Gardebius y él habían firmado un pacto, rompiendo el suyo por completo.

Aquello le partió el corazón. Se sintió estúpido por haber confiado en una criatura, por haber creído que podía ser algo más, que podía ser un amigo.

Cadeus alzó la lanza.

—Esto tiene que acabar ya, chico —murmuró—. Me has causado suficientes problemas, eso te lo reconozco.

Lanzó el arma con la fuerza que le confería la runa *Togh*. Voló, cortando el aire con un silbido ominoso.

Ander no pudo hacer nada. La lanza lo empaló. Otra vez.

29

La sensación era extraña. Como si todo el mundo se hubiese sumergido bajo el mar. Los sonidos le llegaban distorsionados, todo se movía lento, muy lento, menos ella. Elena podía moverse, aunque hacerlo no era tan sencillo. Cada paso que daba requería de toda su fuerza de voluntad, cada maldito paso que daba la agotaba y drenaba por dentro. Nunca había tenido mucha magia, sus poderes no la requerían, así que sabía que podría soportar aquel telón dorado poco tiempo. Caminó hasta que alcanzó a Caín, cada pasó que dio hasta él fue un maldito infierno, como si tuviese pesas repartidas por todo el cuerpo.

El Sanador había quedado suspendido con cara de terror. La cima de la torre a la que daba la trampilla estaba llena de esqueletos, no-muertos. Uno había cogido al muchacho del cuello de la camisa. Elena alzó la espada con gran esfuerzo y descargó un golpe en el brazo de la criatura, fue como cortar un trozo de papel con una tijera. En vez de caer al suelo, libre de la presa, Caín se quedó flotando en el aire al igual que el brazo, todavía congelados.

La Oniromante sabía que se le acababa el tiempo, por mucho que eso fuese una contradicción en su situación. Tenía que encontrar a Ander. Cogió las manos de Caín y las puso alrededor del mango de la espada junto a las de ella. De pronto, el Sanador recuperó el tiempo y cayó al suelo. Trastabilló. La carga sobre Elena se aligeró, el arma ya no solo extraía el poder y los años de ella.

—¿Qué está pasando? —preguntó Caín presa del pánico.

—No hay tiempo para explicaciones —contestó ella—. Tenemos que salir de aquí, vamos.

Paso a paso, los dos unirunas cortaron a través del velo dorado que detenía el tiempo. Salieron de la trampilla y dejaron atrás los cadáveres de los muertos que se resignaban a entender que estaban muertos. Pasaron al lado de Inara, dormida en la escalera. Elena pensó, por un solo instante, si debería acabar con ella… pero la idea se marchó tan rápido como había venido. Ella no era una asesina.

Bajaron todos los escalones de vuelta a la base de la torre, pasaron por la puerta caída y caminaron un trecho por las calles de la ciudad cambiante. Cada paso seguía costando, no tanto como antes, pero sí lo suficiente para que esa breve caminata se le antojase como una maratón. Ambos estaban sudando, no hablaban

porque lo único que podían hacer era apretar los dientes y seguir avanzando. Cuando se hubieron alejado lo suficiente de la torre, ambos soltaron el arma. El tiempo a su alrededor volvió a fluir con normalidad, lo que atrajo sombras. Caín las espantó dibujando su runa, aunque el muchacho parecía tan agotado y drenado como ella.

—Tenemos que llegar hasta Ander —dijo Elena entre jadeos—. ¿Puedes seguir?

—Más… o menos —masculló el Sanador apoyándose en sus rodillas y resoplando—. Creo que voy a desmayarme.

—No puedes —ordenó ella—. No hemos llegado hasta aquí para nada.

Él asintió varías veces sin decir nada, intentando recuperar el aliento. Cuando por fin se incorporó, la miró y dio un respingo.

—¿Qué?

—Na…nada —tartamudeó—. Es solo… tu pelo…

Elena se cogió un mechón de su melena y lo estiró para poder verlo. Era blanco, completamente cano.

«El precio del arma», pensó.

Algo en ella se revolvió, pero no tuvo tiempo de pensar en ello.

Escucharon un grito que emergió de la torre.

La Teje Sombras debía de haberse despertado rodeada de cadáveres andantes. Elena miró a su alrededor. Los callejones y los edificios cambiaban y se desmigajaban ante su mirada. Tardó un momento en concentrarse y encontrar el camino correcto.

El camino al centro de la oscuridad. Al foco. A lo que se ocultaba en su interior. Al lugar al que habían acudido Ander y Cadeus.

Elena recogió el Filo, lo envainó y salió corriendo. Caín la siguió.

***

—No te quejes, chico —escuchó que decía una voz profunda—. La herida no es mortal, todavía puedes luchar.

Ander miró a un lado y a otro. Su visión estaba borrosa, las formas eran apenas colores desdibujados a través del filtro del dolor. Estaba en el suelo, eso lo sabía por el frío empedrado que notaba contra su espalda. Escuchó unos pasos, vio la sombra de Cadeus acercándose al otro lado del enorme pozo, donde estaba su

madre.

Luego todo fue oscuridad.

—¿Por qué? —masculló, notó el sabor del hierro inundando su boca.

—Era la única manera, chico.

—¿De liberarte?

—De vencer.

Ander buscó con la mirada y vio dos ojos como ascuas brillando en mitad de la negrura. Los ojos se acercaron a él y, como si saliese a una luz inexistente, la figura de Gardebius se presentó ante él. Era el hombre, no el lobo.

—Debía ganarme su confianza, por eso te he atacado con todas mis fuerzas —sonrió—. Sabía que lo resistirías.

Ander bajó la mirada hasta su pecho, por donde el mango de la lanza se perdía en su carne. Escupió un borbotón de sangre y tosió.

—¿Y cuál… es tu gran plan?

—Arráncate la lanza, levántate y prepárate para el asalto final. Confía en mí.

—Disculpa si me cuesta —murmuró el Clama Tormentas.

Gardebius se agachó a su lado y le puso una mano en el hombro.

—Sabes que no podíamos vencer en combate directo —explicó como un padre lo haría a un hijo—. Ahora me lanzarás hacia él, Cadeus me volverá a coger e intentará destruirte de una vez por todas. Yo se lo impediré y tú darás el golpe del gracia.

—No me queda… —tosió varias veces y la boca se le llenó de sangre—…magia.

—¿Y para que estoy yo aquí?

Ander notó que algo salía del filo del arma y se adentraba en su cuerpo. Un calor conocido le invadió el pecho. Cerró el puño y unos rayos restallaron entre sus nudillos.

—Es en serio… no me has… traicionado.

—No, chico —murmuró Gardebius con un hilo de voz—. No dejaré que mueras, ese fue nuestro pacto.

—El pacto está roto.

—Seré una criatura de la Sombra… pero mi palabra vale algo.

Ander abrió los ojos y dio una bocanada. Volvía a estar en la plaza. Parpadeó varias veces hasta que fue capaz de ver a su alrededor. Un destello rojo lo inundó todo. Como un río, el círculo rúnico que Cadeus había dibujado en el suelo se fue iluminando.

—Hiciste un pacto con él —susurró mientras llevaba las manos al mango del arma.

«Sí.»

—Si le traicionas… ¿no lo romperás?

Ander tiró. El arma salió de su pecho acompañada de un reguero de sangre y un dolor candente que le hizo retorcerse de dolor. Se sintió a punto de desfallecer, pero el rayo que volvía a correr por su cuerpo lo mantuvo consciente a duras penas.

«Sí.»

—Eso te matará —masculló el Clama Tormentas mientras apoyaba una mano en el suelo y empezaba a incorporarse.

No hubo respuesta.

—No. Puede. Ser —masculló Cadeus interrumpiendo su hechizo, las runas de hollín dejaron de iluminarse. El círculo quedó a medias —. ¡¿Por qué no te mueres?!

Ander se alzó al otro lado de la gran fauce negra que lo separaba de su enemigo y de su madre. La lanza en la mano. Los rayos corriendo de nuevo por todo su ser. La tormenta viva en él una vez más. Tenía una herida terrible en el pecho, sangraba y llenaba toda su ropa de rojo. Cualquiera habría muerto y no dudaba de que él lo haría tras la pelea… pero antes tenía que acabar aquello.

Y supo que no lo iba a hacer por Evan, ni por Kalan. No lo hacía movido por la venganza ni el odio. Cadeus ya no le producía rabia…solo pena. Aquello, lo iba a hacer por Iris, por la mujer que le había dado la vida, porque ella había perdido tanto o más que él durante aquella locura. Las muertes acaban aquel día. Después de una última.

«Proteger… no vengar».

Levantó la lanza. Apuntó con la mano temblorosa y la vista desenfocada. La lanzó con todas su fuerzas y el arma voló acompañada de rayos en el camino. Cadeus ni se inmutó, echó la mano a un lado y el arma se deshizo en mitad del aire para volver a aparecer entre sus dedos.

—¿Eso es todo lo que tienes? —gritó, perdiendo por completo los papeles—. ¡Eres tan patético como tu padre!

—Evan… no era… patético —contestó Ander a duras penas.

—¡Fue incapaz de proteger a su familia!

—Pero fue capaz de formar una.

Cadeus se echó para atrás. Su semblante cambió de un momento a otro, de la frialdad a la rabia.

—¿Qué has hecho tú, Cadeus? —preguntó mirándolo directamente a los ojos—. ¿Qué has hecho tú más que dejarte inundar por el dolor todos estos años?

—Yo… —la máscara del hechicero pareció quebrarse por un instante—… ¡Yo soy su elegido! ¡No puedes comprender…!

—¿Qué? ¿Que has sido utilizado? Que no eres más que un peón, que no eres más que un hombre roto —Ander tragó saliva—. Igual de roto que el estúpido de mi hermano que se alejó de nosotros. Igual de roto que Gardebius que se perdió en el camino. Igual de roto que mi padre que no podía soportar la pérdida… seguramente porque siempre vivió con la carga de haberte fallado.

—¡Él me abandonó! ¡No le importaba! —gritó Cadeus con lágrimas en los ojos.

—Sí que le importabas —susurró Ander—. Pero sin querer, hacemos daño a quienes nos importan. Yo no seré otro hombre roto en esta cadena, Cadeus… no. Me niego.

Cadeus gritó, un grito desgarrado y lleno de dolor. Alzó el arma y apuntó al Clama Tormentas. La energía negra empezó a acumularse en la punta del arma.

—¡Cállate! —gritó.

—¡Si atacas morirás! —le advirtió Ander aguantando el tipo a pesar de que se sentía a punto de caer—. ¡No me hagas hacerlo!

—¡Muere!

Un haz de energía fue a emerger del arma, pero de pronto se apagó. Cadeus miró a la lanza con incredulidad.

—¿Qué haces? —gritó.

Ander dibujó la runa *Raik* y apuntó al suelo para salir despedido hacia arriba. Mientras sobrevolaba aquel pozo de oscuridad, echó un solo vistazo y le pareció que algo le devolvía la mirada desde el interior. Cadeus intentó alzar el arma, pero su brazo se quedó bloqueado. Ander pudo vislumbrar una forma oscura tras Cadeus, una forma hecha de sombras que recordaba vagamente a un lobo. La figura le sostenía el brazo impidiéndole moverlo.

Mientras sobrevolaba el abismo, Ander acumuló toda la magia que le había conferido Gardebius. Se exprimió hasta la última gota. En su mano derecha empezó a acumularse una bola de rayos que relampagueaban en todas direcciones. Ander gritó mientras caía sobre su enemigo. Cadeus intentó apartarse, pero la presa del lobo era férrea. Su ojo se abrió de par en par y el miedo se reflejó en su rostro por primera vez desde que se conociesen.

Supo que aquel era el final.

Ander cayó sobre él como el rayo y la tempestad. Hubo luz y luego oscuridad.

Hubo un trueno y después, la calma.

***

Elena dio con la espalda en la pared. Cientos de sombras se congregaban alrededor de los dos unirunas. Estiraban sus raquíticos brazos para intentar alcanzarlos, para rozar una pizca de aquel calor que emanaba de su sangre, de la vida que poseían y ellas anhelaban. Había demasiadas. Muchas más de las que se habían encontrado durante el camino. Caín activó de nuevo una runa sanadora y la luz que emergió de ella consiguió espantar un poco a las criaturas, se retiraron momentáneamente, pero no tardaron en volver a acercarse. Suplicantes. Hambrientas.

—¡¿Por qué hay tantas?! —gritó el Sanador presa del pánico.

Elena tenía una teoría, pero pocas pruebas para confirmarla. Creía que la magia del Filo había atraído a aquellos seres, había sujetado el arma por tanto tiempo que debía haber alertado a cada maldita sombra de la maldita necrópolis.

Caín activó otra runa y consiguió abrir un hueco entre los seres. Corrieron a través de él antes de que volviesen a rodearles. El Sanador se veía agotado, sudaba a mares y el pelo se le pegaba al cráneo. Elena temía que se quedasen sin sus poderes en breves… y lo necesitaba activo. No sabía si Ander estaría herido.

Corrieron calle abajo, entre edificios agrietados y polvorientos de piedra verde. Perseguidos por sombras. Elena se permitió echar un breve vistazo a su espalda. Vio varias chocando entre ellas y fundiéndose en algo mayor, convirtiéndose en otra cosa. Una cosa con ojos por todo el cuerpo que cada vez se parecía menos a una persona.

Quiso gritar, pero le faltaba el aliento. Siguió corriendo y metió la mano en la faltriquera. Sacó el frasco que podría haber destruido la torre. Uno que ocasionaría una explosión de fuego y muerte al romperse. Lo apretó contra su pecho mientras seguía corriendo y esperó no tener que utilizarlo.

—¡¿Por dónde?! —gritó Caín que iba por delante.

—¡A tu derecha!

El muchacho giró, se frenó un instante, probablemente no viendo el camino que para ella era claro, y luego se zambulló en lo que quiera que estuviese viendo. Para ella, allí solo había otra calle, aunque todavía veía trazos de la ilusión superpuesta, de la falsa ciudad.

—Espera —le ordenó al chico al girar la esquina.

Ella se parapetó contra la pared y se asomó a la calle principal. Un gemido lastimero y enfermizo sacudió el lugar. Sombras y más sombras se congregaban encima unas de otras, creciendo,

fusionándose, la bestia se estaba volviendo más solida por momentos, cientos de ojos recorrían ya aquel cuerpo hecho de negror y una boca de la que salía humo se formó en el caos que era el ser.

—¡¿Qué es eso?! —susurró Caín con un hilo de voz.

—Una pesadilla —masculló ella apretando el bote en su mano.

La criatura hecha de sombra se giró como si de pronto hubiese sentido algo tras de sí. Una figura apareció corriendo calle abajo, directa a las sombras, como si no le importasen. Inara. Tenía la ropa rasgada y estaba sucia después de combatir contra los muertos. Elena maldijo para sus adentros, la Teje Sombras se había librado del peligro mucho antes de lo que esperaba.

Inara pasó junto a la bestia. La sombra enorme se giró para encararla, gruñó, pero en última instancia se apartó y la dejó pasar, como si se hubiese dado cuenta de que ella era un depredador mayor al que no valía la pena molestar.

Elena apretó con más fuerza el bote contra su pecho. Si lo lanzaba en aquel instante, la explosión mataría a la Teje Sombras y a la bestia. Luego ellos solo tendrían que seguir corriendo hasta encontrar a Ander, pero algo la detuvo. Podía matar a criaturas, pero no a otra persona. Se paralizó. Todo su cuerpo se congeló menos la mano que sujetaba el frasco que le empezó a temblar.

«Tengo que hacer algo», pensó.

Pero no era una asesina. Inara era otro enemigo al que batir, un peligro más para Ander. Lo sabía, pero saberlo no cambiaba el hecho de que hacerlo la convertiría en alguien a quien quizás no pudiese mirar al espejo.

No hizo nada. No fue capaz.

El momento pasó. La Teje Sombra lanzó un zarcillo de oscuridad a los tejados de la ciudad y lo usó para impulsarse hacia arriba, salvó las distancias a toda velocidad, impulsándose de un zarcillo a otro. La prisa que la urgía y el hecho de que no los buscase, dio una pista a Elena de lo que estaba ocurriendo.

Ander debía haber vencido. El plan de Cadeus se venía abajo, y por lo tanto también el plan de aquella muchacha.

—¡Corre! —le ordenó a Caín mientras salía del callejón—. ¡Ander está en peligro!

Tiró el frasco como si fuese una granada. La sombra la vio y rugió triunfal, solo un instante antes de que el cristal se partiese bajo sus enormes garras. Fuego y destrucción se unieron en una preciosa explosión de naranjas y amarillos que alumbró varias manzanas a la redonda. La fuerza de la explosión mando a la

Oniromante al suelo y levantó cascotes de piedra. No dejaron que el humo pudiese asentarse antes de salir corriendo.

En dirección al centro. En dirección a Ander.

***

Ander nunca había estado tan cansado. Jamás. Ni después del ataque a su casa, a pesar de las heridas y de haber muerto. En aquel momento, no le quedaban fuerzas ni para ponerse en pie. Estaba drenado por completo. Agotado. A punto de entregarse a la oscuridad para que le abrazase y dejase de sentir dolor.

Pero no podía. Se obligó, con un esfuerzo sobrehumano, a abrir los ojos. Todo era borroso a su alrededor, pero poco a poco, los colores fueron adoptando formas. Lo vio todo, muy lentamente. El cuerpo de Cadeus junto al pozo, la cara quemada por los rayos, las cuencas de los ojos vacías. El asesino de su familia, el orquestador de toda aquella demencia…muerto. Junto a él yacía la lanza de Gardebius, las dos mitades separadas y tendidas en el suelo como dos cadáveres más de aquella locura.

Ander estiró la mano como si quisiese alcanzarla, pero estaba demasiado lejos y él demasiado cansado. Buscó a su madre. La encontró desmayada junto al pozo, respiraba, su bendito pecho subía y bajaba al ritmo acompasado de un sueño tranquilo.

Había alguien más. Inara. Estaba de pie junto a su madre, junto al pozo. En sus manos dos dagas oscuras brillaban. La muchacha miraba al interior de aquella profundidad abismal, pensativa. Lo miró de reojo y se dio cuenta de que había despertado.

—Así que al final lo mataste —murmuró.

No había enfado en su voz. No había nada. Solo vacío, sin sentimiento ni inflexiones, como si estuviese leyendo un guión que alguien le hubiese escrito.

—¿Qué se siente al cumplir tu venganza? Es liberador, ¿verdad?

—No… —escupió Ander, el dolor le recordó la enorme herida en su pecho que no dejaba de sangrar—…no. Su muerte pesará sobre mis hombros… para siempre. Pero no había otra manera.

—Oh —Inara pareció sorprendida—. Creía que éramos iguales. Que entenderías la belleza de una muerte justificada.

Ander alargó una mano y la enterró en la tierra y la piedra del suelo. Se arrastró como un gusano en dirección a su madre, el esfuerzo le hizo gritar de dolor. El sabor a hierro le inundó la boca.

—Inara… —masculló entre dientes—…no tienes que hacerlo.

Déjala…

Ella miró a Iris, inconsciente, frágil. Totalmente a su merced. Ander sabía que no había nada más que pudiese hacer para protegerla. Había luchado hasta el final. Por la magia crepitante, probablemente iba a morir allí, olvidado en una ciudad que solo existía entre dimensiones. Pero ella… tenía que salvarla a ella.

¿Por qué la lucha no acababa? ¿Por qué siempre había un paso más?

Inara se agachó y cogió a Iris del pelo. La miró fijamente, con una intensidad enfermiza en la mirada.

—No… —murmuró Ander arrastrándose un poco más—…no lo hagas.

La Teje Sombras soltó a Iris con un gesto de desprecio.

—Nunca fue digna de lo que Cadeus iba a ofrecerle —murmuró —. Y no tengo nada en contra de ti, Ander. Fuiste bueno conmigo.

El Clama Tormentas se detuvo, cansado, tan cansado. No sentía nada en su cuerpo más que dolor y oscuridad. La vista se le nublaba por momentos. El final estaba cerca.

—Ella no morirá, no al menos por mi mano —continuó Inara mientras se manchaba las manos con hollín y dibujaba en su vientre una runa idéntica a la que Iris tenía—. Este regalo es mío, es el verdadero don que Cadeus nunca podría haber alcanzado… él no era más que un peón.

—Inara… no…

—Adiós, Clama Tormentas… y gracias.

Inara se tiró al pozo. Ander gritó y estiró la mano como si pudiese alcanzarla, como si pudiese impedir algo, pero no.

A Inara no pudo protegerla.

30

Cayó y cayó. Había algo desconocido en esa caída. Había elección. Por una vez, no era una persona arrastrada por los eventos, no servía a una cábala, no necesitaba a Ander para que la liberase, no era engañada por Amareth, no seguía a Cadeus como una niña que desconocía los secretos del universo. Por una vez, desde hacía muchísimos años en su vida, era libre. Aquella era su elección y por lo tanto no tenía permitido gritar. Porque no había miedo.

Cayó y cayó. Rodeada de oscuridad, el viento azotando su cara y su pelo. Su ropa aleteando contra su piel. Escuchó un pulso. Un latido letárgico y extraño que venía del interior de la oscuridad. El pulso de algo que se muere lentamente.

«Niña mía», dijeron cientos de voces en su cabeza.

Sonrió.

Y siguió cayendo.

«¿Te entregas a mí?»

«Sí», pensó con deleite.

«Que así sea, entonces», hubo regocijo en la voz de Selen, una alegría que supo que llevaba milenios olvidada.

Entonces la oscuridad salió a su encuentro. Rodeó a Inara como tentáculos negros y se metió en su cuerpo, a través de su piel, a través de sus ojos, a través de su boca. La inundó, llenándola de vacío de sentimientos, de la ausencia del dolor.

Y también de conocimiento. Entendió el complejo entramado de Ter Valax, la necrópolis era una tumba. Su tumba. Un mausoleo para enterrarla y olvidarla, para apartarla de las almas mortales a las que durante tanto tiempo había protegido con su férreo abrazo. Un mausoleo para enterrarla junto a sus ejércitos, aquellos hombres y mujeres que la habían servido, castigados con la muerte por su fidelidad a ella.

Aunque la muerte no había podido pararlos. Ter Valax era una cárcel y un cementerio. Un entramado de complejas ilusiones hecho con el único propósito de que nadie llegase a ella. Pero nada es eterno, Selen lo sabía muy bien. Ni siquiera ella lo era.

Inara se abandonó a aquel poder que la conquistaba, que se colaba en los recovecos de su mente y crecía como un cáncer en su interior. Solo quería dejar de sentir dolor, pues la venganza no

había aliviado el peso de su pasado. La venganza no había devuelto la vida a Lin.

«Llévatelo todo», imploró.

Pronto dejó de ser la Adivina que tenía un aquelarre de mujeres que la amaban.

Pronto dejó de ser la Adivina que servía a una cábala y estaba llena de odio.

Pronto dejó de ser la Teje Sombras que tenía un vacío en el pecho.

Su prisión había terminado.

***

Un fogonazo de luz. Una calidez amable. Un temblor. Ander abrió los ojos y dio una bocanada sintiendo que los pulmones le ardían.

—¡Oh, benditos sueños! —exclamó Elena agachada a su lado—. Creía que te había perdido.

La Oniromante se abrazó a él y el Clama Tormentas se encogió creyendo que iba a notar un pinchazo de dolor en el pecho, pero no. Solo sintió el recuerdo del dolor. Cuando Elena se separó de él se miró al pecho, la herida estaba mal cicatrizada… pero cerrada. Caín estaba agachado junto a Iris, conjurando otra runa de sanación.

—Creía que moría —susurró el muchacho.

—No, no mientras yo esté aquí —le contestó Elena.

Ella le dio un beso rápido, como si necesitase juntar sus labios para sentir que él seguía aquí, que estaba bien. Él le devolvió el beso. Nunca, en toda su vida, le había sabido tan bien el beso de nadie. Otro temblor sacudió la tierra y los dos se separaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ander.

—Todo se viene abajo, puedo verlo, el entramado de la ciudad se deshace, la ilusión se derrumba al igual que lo que no es ilusión.

—Tenemos que salir de aquí.

Elena le ayudó a ponerse en pie. Se sentía mucho mejor, pero la debilidad todavía lo acompañaba. No había magia en su interior para llamar al rayo y que lo llenase de energía. Aquello tendría que hacerlo como un hombre corriente. Trastabilló hasta su madre y comprobó con alivio como ella abría los ojos y parpadeaba varias veces.

Caín suspiró aliviado y se dejó caer al suelo, agotado.

—¿Ander? —preguntó ella al verle llegar—. ¿Qué…qué…?

Él la abrazó. La abrazó con la fuerza de la tormenta entera, con el ímpetu del rayo que parte el cielo y destruye la tierra. La abrazó y ella lo envolvió con sus dulces brazos. Ander sintió que las lágrimas se le escapaban y un nudo se le hizo en la garganta, mejor. No tenían tiempo de hablar, ni de explicaciones. Se dio un instante para disfrutar del abrazo de su madre.

—Oh, mi niño —murmuró ella.

Ander se apartó con mucho esfuerzo.

—Tenemos que irnos —dijo, para confirmar sus palabras, la tierra tembló de nuevo—. ¿Puedes andar?

Ella asintió y con una sonrisa dibujó tres runas de sanación en el aire y las llenó de energía. Curó el agotamiento de todos con una cegadora luz. Un calor agradable y calmante invadió los músculos de Ander. Podría correr.

—Vámonos —sugirió Iris poniéndose en pie.

—¡Por aquí! —gritó Elena alejándose.

Iris y Caín siguieron al instante a la Oniromante. Ander no, Ander se detuvo un segundo y se acercó hasta el cadáver de Cadeus. Lo observó. Era un hombre roto y un hombre roto no merecía la muerte, merecía una cura, algo que llenase sus grietas y lo hiciese mejor. Sintió pena. Evan le había fallado y él también.

—Recordaré la lección que me habéis enseñado —murmuró—. Todos vosotros.

Luego se agachó para recoger las dos mitades de la lanza que yacían junto al cadáver. Sintió una presencia tenue en su interior, un eco de lo que antes había sido un poder crudo y brutal.

«Hola, chico»

—Hola, Gardebius.

—¡Ander! —gritó Iris desde la lejanía—. ¿Qué haces?

El suelo tembló de nuevo. El Clama Tormentas trastabilló, pero consiguió mantenerse alejado del borde de aquel pozo de sombras. Les hizo un gesto para indicarles que enseguida los seguiría. No se movieron.

—¿Qué hago contigo? —preguntó—. Rápido, no tenemos tiempo.

«No… lo sé…» contestó la exigua voz, «llevo una eternidad queriendo morir, pero ahora… ahora no lo sé.»

—¿Por qué? Dime lo que necesitas.

«He conocido que hay algo más que la oscuridad y el odio, tú me has recordado eso. Me has recordado quien era».

Otro temblor.

—¡Ander!

—¡Ya voy! —gritó él—. ¿Qué hago, Gardebius? Puedo dejarte aquí, en las sombras a las que perteneces o puedo llevarte de vuelta… pero sabes lo que eso significará.

«Lo sé… Custodio».

—Entonces…

«Llévame, han sido suficientes muertes por un día. Tú y yo llegaremos a un nuevo acuerdo».

—No firmaré un pacto de nuevo. No necesito poder prestado.

«No he dicho un pacto, chico. He dicho un acuerdo. Esto no ha acabado y vas a necesitarme cerca para hacer frente a la oscuridad que se avecina. Sí… puedo notarlo. Todavía… todavía tengo que protegerte, chico».

Ander sonrió.

—Esta vez soy yo el que te salva la vida —dijo.

Y salió corriendo en pos del resto con la dos mitades de la lanza entre las manos y el sonido de tres carcajadas ahogadas resonando en su cabeza.

31

Agus había conocido los milagros de primera mano. Había presenciado como su amigo se agarraba a los rayos de una tormenta y una criatura había intentado matarlo. Había sido testigo de la magia. Una energía reservada a las películas y los libros, algo imposible y hermoso. Aún así, a pesar de haber presenciado todo eso, todavía se maravilló cuando la puerta de la mansión se abrió y Vir apareció tras ella. La sonrisa de la muchacha era más hermosa que cualquier runa brillante. En realidad, la magia siempre había existido en su vida, aunque de otra forma.

—¿Agus? —preguntó ella, confusa—. ¡Agus! ¿Qué ha pasado? No conseguíamos localizaros a ninguno…

—Lo sé, Vir —interrumpió él.

Se quitó la gorra que llevaba y la apretó entre las manos.

—Han pasado muchas cosas —explicó a media voz—. La casa de los Nuévalos se quemó. El padre de Ander ha fallecido, Elena y yo fuimos a visitarlos al hotel en el que se hospedaban para animar a Ander y a su madre. Por suerte, unos viejos amigos de Evan se han volcado en la reconstrucción de la casa.

Vir abrió los ojos y la boca, sorprendida.

—¿Qué? ¿Ander está bien?

—Bueno, lo sobrelleva —contestó Agus—. Tiene días bueno y días malos, como todos.

—Ya imagino… gracias por contármelo, estaba un poco preocupada.

—Lo imaginaba, por eso he venido, para que supieses que estamos bien.

Ella sonrió.

—Ahora se lo contaré a mi hermano, veremos qué podemos hacer por los Nuévalos, mi familia podría ayudar.

Agus sonrió.

—Eso sería genial.

—Bueno… —Vir se revolvió en la entrada, sin saber qué hacer— …¿quieres pasar?

—No —respondió él con brusquedad.

Hubo un instante de silencio incómodo y Agus apretó con más fuerza la gorra.

«Idiota», se recriminó.

Había visto criaturas salidas de las mismísimas pesadillas, había distraído a poderosos hechiceros para darle una oportunidad a su amigo. Había estado ahí.

Aquello ya no debería darle ningún miedo. Era valiente.

—Vale… pues…

—No quiero pasar —interrumpió—. Porque hace un día estupendo, ¿por qué no vamos a tomar un café? Así puedo contártelo bien todo.

Vir cambió el peso de una pierna a otra y miró a Agus entre la sonrisa y la confusión.

«Idiota» se recriminó de nuevo. ¿Cómo iba una chica como aquella querer salir con un chico como él?

—Claro —contestó con una sonrisa.

—Tienes razón, ha sido una idea estúpida, perdona… —masculló él.

—He dicho que sí, Agus.

El muchacho alzó la mirada y soltó un poco la presa férrea sobre su gorra. Vir sonreía, sus dientes perfectos y blancos. Sus ojos entrecerrados. Dios, qué preciosa era.

—¡Deja que coja un abrigo y vamos!

Cerró la puerta dejando a un confuso Agus que todavía no terminaba de entender lo que había pasado. ¿Lo había conseguido? ¿Tenía una cita con Vir? No se lo terminó de creer hasta que ella salió de la casa con su chaqueta vaquera, le cogió del brazo y enfilaron el camino que salía de la mansión.

—Esto sí que es un milagro… —susurró para el cuello de su camiseta.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Nada. Solo pensaba en voz alta.

***

Elena contempló la mansión con una nueva perspectiva. Lo que antes le había parecido intranscendental, ahora se le colaba por debajo de la piel y le provocaba un escalofrío. Aquella casa enorme de varios pisos, aquel jardín esmeralda y sus estanques, los pasillos custodiados por estatuas y las escaleras de madera negra. Incluso el escudo que los había encerrado durante unas horas. Todo pertenecía a su familia y, por lo que le había prometido Orien, algún día le pertenecería a ella. La sola idea mareaba.

Cuando tocó a la puerta le sorprendió que no fuese el mayordomo el que abriese. Orien, al otro lado, parecía haber estado esperando su llegada pues abrió con el primer toque del timbre.

—Hija —saludó haciendo un leve asentimiento de cabeza.

La relación seguía siendo un poco rara. Ella no le había terminado de perdonar los años de ausencia, pero Ander la había convencido de aquello.

—No seas como mi hermano —había dicho—. No te alejes de tu familia, por mucho daño que haya causado su ausencia, conseguirás perdonarlo. Lo que nunca te perdonarás es no haberte dado una oportunidad de conocer a tu padre.

Maldito Clama Tormentas, Elena siempre lo había admirado en cierto modo, como se admira a una persona a la que se ama, pero en los últimos días Ander había cambiado. A mejor, por supuesto, era como si hubiese dejado atrás al niño y se hubiese visto obligado a madurar a grandes zancadas. Ella había perdido a su madre, pero no podía ni imaginar el dolor por el que él había pasado. Toda una familia desecha de la noche a la mañana.

—Papá —devolvió ella el saludo tras un incómodo silencio—. Recibí tu mensaje.

Él asintió y apretó los labios.

—Quería… quería enseñarte algo —la invitó a entrar apartándose de la puerta.

Recorrieron los pasillos de una mansión demasiado grande para una persona. El silencio pesaba en aquellos marmóreos pasillos, únicamente las pisadas de ambos resonaban entre las paredes. A Elena le parecía que aquello estaba mal. Un hogar como aquel debería estar lleno de vida, de gente yendo y viniendo, de una familia y sus conversaciones. Del calor del día a día.

Llegaron hasta la base de uno de los torreones del ala oeste y Elena tuvo un escalofrío. Había tenido suficientes torres en Ter Valax. Subieron unas escaleras de caracol y llegaron frente a la puerta del último piso. Orien se frotaba las manos y evitaba mirarla a los ojos. Estaba tan nervioso que consiguió que ella se pusiese tensa.

—He oído que te gusta la alquimia —dijo él, al fin.

Elena asintió. Supuso que Ander había hablado con su padre.

—Es un arte noble —continuó—. Hay magia en la mezcla de componentes y la búsqueda de reacciones, hay poder en moldear la realidad a tu antojo con procesos y mezclas.

—Yo diría que es ciencia, más que magia —comentó ella.

—Aún así… los componentes que usas poseen magia y así se

logran portentos únicos. Sin necesidad de runas, ni magia interna. Es… increíble.

—¿A dónde quieres llegar?

—A… a que… —Orien respiró hondo—. Me alegro de que nos hayas superado a tu madre y a mí en algo, me alegro de que no vivas solo bajo el estigma de tu uniruna. Muchos viven por lo que se les dice que son, pero tú has querido aprender más, has decidido que ser una Oniromante no te define. ¿Sabes cuantos viajeros de sueños podrían haber mantenido el tipo como tú lo hiciste en Ter Valax?

—Pocos —contestó ella sintiendo una leve punzada de orgullo.

—Efectivamente. Lo que te quiero decir, hija, es que eres impresionante.

Y con aquellas palabras abrió la puerta. Al otro lado había una habitación redonda de paredes de piedra. Varias mesas recorrían la habitación, estaban llenas de viales, matraces y decantadores. Había barriles, calderos, una chimenea y un horno. En una estantería había componentes con los que Elena solo había podido soñar, cosas tan caras y raras que pocos hechiceros tenían acceso a ellas. Pelo de hada, el aguijón de una mantícora, sangre de basilisco…

Los ojos se le iluminaron al ver todo aquello.

—Es tuyo —dijo su padre—. Sé que no arregla años de ausencia, pero espero que sea un comienzo. Te quiero, Elena y quiero que seas la mejor versión de ti misma.

La Oniromante sonrió mientras daba sus primeros pasos en aquel magnifico laboratorio. Era increíble. Miró a su padre y vio alegría en sus ojos.

—Es maravilloso —reconoció—. Muchas gracias.

Como él había dicho, no arreglaba los años perdidos, pero era un comienzo. Y a Elena le sentaba bien que, por una vez en su vida, no la obligasen a seguir soñando y le dejasen vivir sus sueños.

***

Parte de La Academia se había volcado para ayudar a los Nuévalos. Con la ayuda de varios hechiceros, la reconstrucción no había tomado más de unos días. La casa del risco volvía a alzarse y, aunque doliese, tuvo que reconocer que nunca se había visto tan bien. De las maderas quemadas ya solo quedaban dos recuerdos, dos tumbas simbólicas junto al acantilado, lugares sin cuerpos, pero

que servirían para recordarlos.

Iris estaba allí. A su madre le habían salido muchas canas últimamente. Se recuperaba, aunque seguía débil y la vivacidad y alegría que tenía antes se habían esfumado. Ander jamás perdonaría a Cadeus por haberle quitado la sonrisa a Iris, pero entendía a la perfección que ella estuviese así. Había perdido un marido y un hijo.

¿A quién quería engañar? Él mismo se pasaba horas frente aquellas dos tumbas, mirando al cielo despejado del horizonte y preguntándose si había hecho suficiente, si todo había acabado o no había hecho más que empezar. Habían días buenos y habían días malos, la oscuridad que se había asentado en su pecho estaba lejos de desaparecer, pero la sobrellevaría, de alguna manera se sobrepondría. No tenía más remedio.

Entró en su recién reconstruida casa y fue directo al sótano. Allí, tras una habitación vacía que habría que volver a llenar de trastos abandonados, había una puerta de piedra que contrastaba con todo lo demás. Por supuesto, tenía runas protectoras en el marco. Un Custodio no tenía su propia cámara hasta acabar los tres años de La Academia, pero él se había convertido en una excepción. A pesar de las reticencias del Archicustodio, varios de los amigos y antiguos compañeros de Evan habían decidido abrir un nuevo portal, construir algo nuevo que honrase lo que se había perdido.

Las runas reaccionaron a su toque, lo examinaron y un portal se abrió en el umbral. Ander pasó. El interior estaba muy vacío todavía, pero en el diseño de aquella dimensión de bolsillo no había faltado una chimenea y dos sofás al fondo. El fuego estaba siempre encendido, caldeando un interior frío y lúgubre. Sobre un único armero descansaban dos armas.

La lanza de Gardebius.

El Filo de Cronos.

Ander se acercó a ambos artefactos y los observó sin saber muy bien qué sentir. Uno había sido su salvación y el otro la perdición de su hermano. Ambos eran peligrosos. Pertenecían allí, a una cámara que los contuviese. Aún así, no podía condenar a la oscuridad a su salvador.

A su amigo.

Extendió la mano y cogió la lanza. En cuanto la tocó sintió una presencia que se extendía hacia su interior.

«Hola, chico», la voz de Gardebius había recuperado fuerza desde la reparación. Aunque la grieta donde se había partido seguía presente, como una cicatriz que jamás desaparecería, el arma estaba

entera.

—¿Cómo estás? —preguntó mientras se apoyaba la lanza en el hombro y se dirigía a la salida.

«Mejor», contestó Gardebius, «he recuperado la mayoría de mi ser, pero la rotura de mi forma física se ha cobrado un alto precio. Siento que he olvidado cosas, chico. Espero que no fuesen importantes».

Ander apretó los puños, no podía evitar sentirse culpable por el dolor que Gardebius había soportado. Lo había hecho por él, para darle una oportunidad. Aunque la Cámara de Custodios se hubiese opuesto a la reparación del arma, él se había mantenido firme. No dejaría a su amigo desaparecer en la nada.

Al fin y al cabo, Gardebius era el ejemplo claro de que la oscuridad podía revertirse. De que lo que la Sombra toca… no se corrompe para siempre. Muchas cosas tenían que cambiar, pero Ander asumiría esas batallas de una en una.

Salió de la cámara y usó la puerta trasera de la casa para salir al porche. Apoyó la lanza en la barandilla y él se colocó al lado. Mirando al horizonte. Un cielo despejado, una brisa suave, el olor al mar en calma.

—Dime una cosa —pidió Ander—. Si rompiste tu pacto… ¿por qué no moriste?

Tres carcajadas resonaron en el interior del Clama Tormentas.

«El truco para firmar pactos, chico, es ser lo más vago posible con las especificaciones».

Ander sonrió.

«Cadeus estaba alterado, no pensaba con claridad después de lo que le hiciste en el bosque, después de que le cortásemos un ojo».

—¿Le mentiste?

«No, le dije la absoluta verdad. No hay mentira más creíble que una verdad camuflada. Le dije que firmaría un pacto con él si eso me permitía matar a mis enemigos».

—Y él creyó que te referías a mí.

«Así es».

—Podría haber sido, podrías haberme odiado. Tuviste una oportunidad de matarme por obligarte a firmar un pacto de iguales.

«No, chico… ya perdí a un hijo»

Ander no contestó. Sacó el móvil de su bolsillo y buscó una lista de reproducción que se había creado tratando de imitar el disco que había perdido en el incendio. La lista de Kalan. Dio a *play*. Se quedó allí quieto, mirando al horizonte mientras los primeros acordes de *Riders on the Storm* de *The Doors* empezaban a sonar.

La tormenta lo había destruido todo. Lo había cambiado todo. Aquel era el poder devastador del rayo y el trueno. Del agua, el viento y la electricidad. El caos que deja tras de sí.

Pero como todas las tormentas… aquella ya había pasado dejando tras de sí campos regados con nuevas semillas que tendrían que crecer.

Y un cielo abierto al futuro.

About The Author

Carlos M. Chinillach

No solo escribo fantasía, también leo y hablo mucho sobre ella. Si te ha gustado esta novela y si te gusta el género fantástico, no dudes en seguirme en Instagram (@carlosmchinillach) para que podamos hablar de mundos distintos, de otras razas y de magia. También para enterarte de cuando saldrá la segunda parte de esta saga: Tejido de Sombras.

Gracias por haber llegado hasta aquí. Sin ti, lector, esto no sería posible. Recuerda dejar un comentario en Amazon antes de irte, me ayudas muchísimo y mi perrito necesita comer.
Me despido por ahora, pero sé que nos volveremos a cruzar.